

EVA ALTON



SELENA
LUNA DE LOBOS

Tabla de Contenido

[Selena - Luna de Lobos \(Las Brujas de Ibiza, #2\)](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[Epílogo](#)

[Ilustraciones de las Brujas del Serenata Nocturna:](#)

[1](#)

[Nota de la Autora:](#)

SELENA



Fra Alton

© 2024 Eva Alton

Todos los derechos reservados

Registration number: akH9pDY36Ny798Nc

Esta obra está protegida por derechos de autor. Está prohibido copiarla, reproducirla, transmitirla o adaptarla por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Las hierbas, medicinales o no, que se mencionan en el libro, han sido usadas de manera ficcional y sus propiedades pueden ser imaginarias y ficticias; lo escrito aquí no pretende ser consejo médico o de cualquier otro tipo.

Publicado por:



Elogios de la crítica sobre Eva Alton:

“Combina lo mejor de lo paranormal con lo mejor del romance.”

“Lo volvería a leer mil veces.”

“Una historia sobre vampiros y brujas increíblemente original y única en su estilo. Me ha deslumbrado de principio a fin.”

“Lo leí aprovechando cada minuto que tenía libre. Ameno, entretenido y con muy buen enganche... No podrás dejarlo hasta el final.”

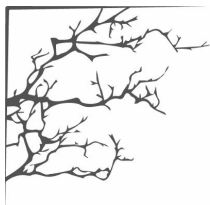
Otros Libros de Eva Alton:

Serie Serenata Nocturna
[Iris – Hechizo de Sangre](#)
[Selena – Luna de Lobos](#)
[Mina – Espíritus de Sombras](#)
Fantasía Histórica
[Notas Ocultas](#)
Serie Los Vampiros de Emberbury
[Bruja Extraviada](#)
[Espejo de Bruja](#)
[Mascarada de Brujas](#)
[Elementos de Bruja](#)
[El Beso Azul Cobalto](#)
[La Ayudante del Vampiro](#)

Únete al club exclusivo de lectoras VIP de Eva Alton y disfruta gratis de la novela "La Ayudante del Vampiro". [***Hazte miembro ahora haciendo clic aquí.***](#)



«Principium fundamentale medicinae est amor.»
(El principio fundamental de la medicina es el amor).
—Paracelso, médico, alquimista
y astrólogo suizo del siglo XVI.



Raoul



Praderas de Ordesa, 5 años atrás

El vampiro me miró con los ojos entrecerrados y sonrió, dejando ver sus afilados colmillos en advertencia. Pero, en aquel momento, su advertencia me daba absolutamente igual: sin mi manada y mi dignidad, ya no tenía mucho más que perder. Si hubiera querido atacarme, ni siquiera me habría molestado en defenderme; es más: le habría dado las gracias.

—¿Y bien? —preguntó el extraño, en un francés acentuado, con ese deje forzoso típico de los sajones.

Su fina camisa de lino, absurdamente fresca y elegante para alguien que estaba de pie en medio de un bosque nevado, delataba su condición de chupasangre casi más que los colmillos que ocultaba con poco éxito.

—Acepto —respondí sin más, encogiéndome de hombros.

Di una patada en el suelo, salpicando los matorrales de barro y nieve semiderretida, y me agaché a recoger mi sudadera: había quedado ensangrentada y hecha jirones tras la última —y fatídica— pelea.

—Buena elección. —El vampiro sonrió y chasqueó los dedos, satisfecho—. Entonces te veo en Ibiza. No te arrepentirás.

Después se esfumó en una bruma gris, de la cual emergió un cuervo de color negro brillante.

El cuervo se alejó en la noche, entre los angulosos picos nevados de los Pirineos. Entre las montañas resonó su graznido triunfante, y yo me pregunté si aquella decisión sería mi sentencia de muerte definitiva.

Pensé que acababa de cometer un error, y que sin duda me arrepentiría.

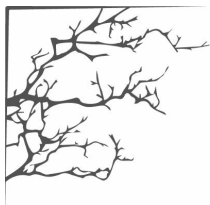
Jamás imaginé que terminaría trabajando para un vampiro. Como licántropo, crecí con las enseñanzas de mi madre, quien nos inculcó a mis hermanos y a mí los peligros de esas astutas criaturas. Sabíamos que eran ladinos y traicioneros desde que éramos unos cachorros inocentes que retozaban alegres entre los bosques del Alto Garona.

Y los Montblanc éramos líderes, no perros falderos al servicio de los cuervos.

Me marché de los Pirineos con un regusto amargo en la boca y sintiéndome un fracasado y un traidor: tenía muchos motivos para ello.

Pero, en aquel momento, todavía no sabía que trabajar para Theodore d'Alessandro me salvaría la vida en más de un aspecto.

Lo único que sabía con certeza era que me esperaba un arduo viaje, y no tenía otra elección más que emprenderlo.



Selena



Bar Serenata Nocturna, Ibiza

El gato Luminix se tornó verde fluorescente mientras le limpiábamos las legañas del ojo y luego trató de morderme la mano por tercera vez.

Mina, de pie junto a mí al otro lado de la improvisada mesa de operaciones, musitó algo ininteligible y movió las manos en un remolino, renovando el hechizo de ocultación que lo hacía parecer un felino blanco normal y corriente ante los ojos de los no iniciados. A veces el hechizo se desvanecía, en general tras unas cuantas horas, o cuando Luminix se ponía nervioso.

—A este paso voy a empezar a cobrarte —protesté, frotándome los rasguños dejados por el gato de Mina—. Podría abrir una clínica veterinaria y hacerme millonaria. Este puñetero bicho me va a matar un día.

Mina sonrió con todos los dientes y rebuscó bajo la barra. Apretó un interruptor y se encendieron las luces de la cocina con un chasquido.

—Se está haciendo de noche —dijo, señalando por la ventana—. Date prisa, o Teo nos pillaré otra vez Y, por cierto, deja de llamar a Luminix *puñetero bicho*. Sabes que sin él estaría perdida. Ha estado junto a mí en los peores momentos... como tú.

—¿Pero tú has visto el arañazo que me ha hecho? —refunfuñé, lamiéndome la sangre de la herida—. En serio, si no fuera porque eres tú...

Me esforcé por quitar la sustancia blanco-verdosa que rezumaba de los ojos del gato. De los ojos del *puñetero gato*, repetí en mi mente con muda rebeldía.

—Venga, si en el fondo te encanta curar animalitos —insistió Mina—. Además, a mí nunca me cobrarías. Para eso soy tu mejor amiga, ¿no?

Suspiré en voz alta, negándome a admitir en voz alta que tenía razón.

En los últimos diez días, Mina me había traído dos gaviotas heridas, un perro y hasta un erizo, y si aquello continuaba, alguno me iba a contagiar la toxoplasmosis, la tiña o la peste bubónica. Su obsesión por salvar a cualquier criatura en apuros crecía cada día, y yo siempre era su as en la manga. O, mejor dicho, mis conjuros y pociones curativos lo eran.

Unos pasos ligeros nos hicieron girar la cabeza a la vez. Entre unas cosas y otras había bajado el sol y, al parecer, nuestro jefe, Theodore d'Alessandro, había decidido pasarse por el bar más temprano de lo normal. Aquello era un engorro, ya que, por motivos incomprensibles, no veía con buenos ojos que usáramos la barra de su bar para atender a la fauna enferma de la isla.

—No me lo puedo creer —exclamó Teo, poniendo los ojos en blanco—. Pensaba que habíamos dejado claro este punto. No podéis poner a esos malditos sacos de pulgas en la misma superficie que usamos para preparar aperitivos. ¿Qué van a pensar los clientes cuando encuentren pelos de gato en el borde del plato? Ya estoy viendo las reseñas: «*El bar está bien ubicado, pero los Daiquiris llevan más pelos que el bigote de Nietzsche...*»

Mina le dedicó una mueca de absoluta inocencia, creando una pantalla protectora con su diminuto cuerpo entre el vampiro y nuestro paciente felino.

—Teo... —dijo, sujetándose la diadema de flores—, pero si el bar está vacío... estamos en temporada baja...

—¡La próxima vez hacedlo en el almacén, por todas las criptas! —gritó él, desesperado, y se fue a por una bayeta.

Pobre hombre. Era consciente de que ni siquiera él podía detener a Mina cuando esta se proponía hacer algo. Ni siquiera un vampiro furioso era capaz de amedrentarla.

—La verdad es que la cocina es mucho más higiénica para hacer curas que el almacén —apunté, aunque enseguida me di cuenta de que mi comentario no había sido demasiado acertado: después de todo, teníamos un gato de angora radioactivo y con conjuntivitis infecciosa tendido sobre su encimera de acero inoxidable.

Quizás aquello no fuera lo más higiénico del mundo, después de todo.

Teo nos lanzó la bayeta, se cubrió el rostro con las manos y se masajeó las rubias cejas.

—Bien, mirad, me da igual. Solo sacad a este bicho de mi cocina ahora mismo, por favor.

Mina tomó en brazos a Luminix y se encaminó hacia la puerta con aire protector, con las trenzas revoloteando a sus espaldas. Yo iba a seguirla cuando la mano de Teo se posó sobre mi hombro, deteniéndome.

—Selena, espera —me dijo con voz algo tensa—. He venido porque quería hablar contigo en privado.

—¿Conmigo?

Me sorprendió su comentario. En los años que llevaba en el Serenata, podía contar con los dedos las veces que él y yo nos habíamos quedado a solas. El recuerdo más claro era aquella noche en Barcelona, cuando me había convencido para unirme a su agencia paranormal. Por aquel entonces, yo trabajaba en una tienda cochambrosa del Raval y vivía en un antro lleno de cucarachas, que seguramente le habrían encantado a Mina, pero a mí no me fascinaban. Aquellos tiempos parecían ahora muy lejanos, por suerte.

Teo cerró la puerta de la cocina y miró a uno y otro lado.

—Se trata de una misión para un cliente muy importante —me dijo en voz baja—. Creo que serías la candidata ideal para encargarte.

—¿La candidata ideal? —repetí, confundida—. No te entiendo. ¿Es que ya no trabajamos en equipo?

Teo se mordió el labio y apartó la vista.

—Sí, claro que somos un equipo —contestó Teo en tono poco convincente—. Es solo que han surgido dos casos urgentes a la vez, y no puedo decir que no a ninguno. Les he pedido a Naomi y Oksana que se queden en el bar para no cerrar, pero alguien tendrá que encargarse de este asuntillo en las montañas, mientras yo voy a Dubái con Iris a echarle un vistazo a un poltergeist. Tenemos a uno que cada noche cubre de arena la mansión de un ricachón. Está muy cabreado y exige que vaya yo en persona; pero al menos es de los que pagan, para variar...

—Perdona, ¿Dubái? ¿Eres consciente de lo que les pasa a los vampiros en el desierto? —comenté, rociando la superficie metálica con espray desinfectante y sacándole brillo con la bayeta de microfibra—. A ver: Dubái: sol ardiente, diez horas al día...

—Muy graciosa —respondió él, apoyándose sobre el fregadero con un suspiro—. ¿Preferirías ir tú a los Emiratos, entonces?

Me encogí de hombros. A decir verdad, me daba igual a dónde me mandase Teo: todas las misiones tenían facetas buenas y malas. Además, viajar y conocer lugares nuevos era para mí una de las mayores ventajas del trabajo en la agencia. Cualquier lugar era mejor que el sitio de donde había venido.

—No me importaría —dije—. A diferencia de ti, a mí el sol directo no me afecta. Y a lo mejor se me derriren los michelines...

Teo sacudió la cabeza.

—No. ¡No! El cliente insistió en que tenía que ir yo, personalmente. Es un tipo sumamente irritante. Y, además, esto que tengo para ti es mucho mejor. Es en el norte.

—¿El norte... *de qué?* —pregunté con los ojos entornados, dejando de frotar la encimera de golpe.

—El norte de España.

Lo miré fijamente, rezando para que no estuviera a punto de decir lo que yo me temía. Teo se dio cuenta, y su rostro delató que había adivinado el destino correctamente.

—No... —dije, estrujando la bayeta hasta que el agua me chorreó por los pies—. De eso nada. No pienso volver allí.

—Conoces la zona mejor que nadie —insistió.

Negué de nuevo, dando un paso atrás.

—Sabes que no puedo.

—Fue hace muchos años, Selena —replicó Teo con voz firme—. La zona ha cambiado mucho. No te ocurrirá nada.

—¡Teo! ¿De verdad no lo entiendes? ¿Se te ha olvidado lo que me pasó allí?

Exhaló con fuerza y tamborileó con los dedos sobre la superficie de acero inoxidable. Luego se dio la vuelta y fue a buscar una botella de vino de Oporto. Lo observé, petrificada, mientras él se servía una copa con toda la parsimonia del mundo. Una gota rojiza salpicó el metal y la miró con nostalgia, probablemente deseando que fuera otra sustancia más deseable para los de su estirpe.

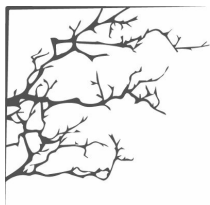
—Le he pedido a Raoul que te acompañe —dijo, quitando la mancha con el dedo y lamiéndoselo sin mirarme—, así que estarás completamente segura.

¿*Raoul?* ¿*En serio?* Aquello era el colmo.

Solté un grito de frustración y abrí la puerta de la cocina de una patada. Ni siquiera me molesté en despedirme, ni en darle explicaciones.

Si ese vampiro engreído pensaba que regresaría a los bosques de Huesca y, encima en compañía de un hombre lobo, estaba completamente loco.

Nada ni nadie iba a hacerme cambiar de opinión, ni menos aún, regresar a ese lugar que aún veía cada noche en mis pesadillas.



Raoul



Recogí a Theodore en su casa, a la misma hora de siempre. Aparqué el Mercedes negro frente a su jardín, donde me esperaba con gafas de sol a pesar de la creciente oscuridad, quitando flores marchitas de los hibiscos para matar el tiempo.

—¿Adónde, señor? —pregunté, sacando una mano por la ventanilla para saludarlo.

Mantuve la otra sobre el volante, por si tenía prisa.

—Portinatx —respondió él brevemente. Se sentó en el asiento del copiloto y se puso el maletín de cuero sobre las rodillas. Sacó de él unas hojas dobladas y comenzó a consultarlas, sin importarle la carencia de luz—. Tenemos que ir a ver a alguien.

—Por supuesto, señor.

Conduje hacia el norte de la isla suavemente y sin hacer preguntas, sumido en mis propios pensamientos. Un par de días antes, mi padre habría cumplido los setenta. Por un instante, me pregunté cómo habría sido mi vida si él no hubiera muerto prematuramente. Sacudí la cabeza: era un pensamiento poco productivo, porque no iba a hacerlo regresar de entre los muertos.

Unos kilómetros antes de alcanzar nuestro destino, Theodore me indicó que me desviara a la izquierda. Nos adentramos en una urbanización privada. Cruzamos un par de calles hasta llegar a una casa blanca, cúbica y moderna, iluminada por estilizadas farolas tan angulosas y geométricas como la villa que decoraban. Theodore me pidió que detuviese el coche y se bajó. Al verlo salir busqué mi teléfono en el bolsillo, dispuesto a leer el periódico un rato mientras lo esperaba.

—No, entra conmigo, por favor —dijo Theodore, dando un golpecito sobre la ventana.

Enarqué las cejas, sorprendido por aquella novedad, pero obedecí sin preguntas. Cerré el coche y me alisé la americana, poco acostumbrado a participar en sus reuniones.

Llamamos a la puerta y un ama de llaves salió a abrir. Ante nosotros se abrió un gigantesco recibidor con vasijas de aspecto antiguo en vitrinas. La empleada nos condujo hasta el salón: un rectángulo estéril de hormigón pulido en el que absolutamente todo era de color gris claro: aquello parecía más una tumba que una casa.

Sentado en el sofá más largo nos esperaba un hombre canoso con gafas, ataviado con un polo blanco de marca y pantalones de pana fina. Se levantó a recibirnos y nos tendió la mano.

—Claude, te presento a Raoul, mi socio —dijo Theodore, y después se giró hacia mí—. Este es Claude Sommer, arqueólogo.

El caballero sonrió lentamente, asintiendo con aire aristocrático.

—*Aficionado*. Arqueólogo aficionado. —Señaló dos butacas vacías y preocupantemente blancas frente a él—. Sentaos, por favor. ¿Queréis tomar algo?

Theodore negó educadamente.

—Gracias, Claude, pero tenemos prisa. No podemos quedarnos, pero necesitaba ver cuanto antes lo que habéis encontrado.

—Por supuesto, por supuesto, pero dime, ¿qué tal la agencia? ¿Todo bien?

—Digamos que nos llueven casos por todas partes —respondió Theodore—, pero el dinero... no tanto.

Claude hizo una mueca: el típico hombre pudiente al que la mención de la palabra *dinero* le resultaba de mal gusto.

—Ah, *c'est la vie* —dijo Sommer con una sonrisa forzada, y luego cambió de tema—. En fin, como te decía por teléfono, mis chicos encontraron una pieza muy curiosa en la cuenca del río Ara, en Huesca. Posiblemente sin importancia, pero quería que tú le echaras un vistazo antes de descartar que...

—¿Dónde está? —lo interrumpió Theodore, barriendo la habitación con la mirada.

Claude estiró un brazo hacia la mesilla de centro, soltando un gemido mientras se sujetaba la espalda. Cogió una cajita negra y brillante, el único objeto que ocupaba la superficie gris e impoluta. Sus rodillas crujieron, y en su rostro se dibujó una mueca de dolor.

—Los años no perdonan, amigo mío —murmuró, y después alzó la vista hacia Theodore con expresión irónica—. Bueno, a unos más que a otros.

Theodore apartó la vista, como si de pronto los cuadros abstractos de las paredes le interesasen muchísimo.

Claude nos tendió la caja de joyería, y Theodore levantó la tapa con curiosidad. Me asomé a ver qué había dentro y me sentí un poco decepcionado. En su interior, sobre un lecho de terciopelo negro, solo había un pequeño prisma de cristal blanco lechoso, al que le faltaba un buen pedazo.

Theodore lo observó con gran interés, absteniéndose de tocarlo.

—¿Qué opinas? —preguntó nuestro anfitrión, inclinándose hacia el extraño objeto—. ¿Piensas que podría ser...?

—Diría que sí —asintió Theodore, cerrando la tapa—. Aunque lo siento inerte.

—Lo he notado —dijo el otro—. A lo mejor es demasiado pequeño, o lleva demasiado tiempo desconectado de la fuente.

—Podría ser. ¿Esto es todo? ¿No encontrasteis ningún pedazo más?

Claude sacudió la cabeza.

—No, pero si encontraron esta parte, es posible que el resto esté relativamente cerca. Si apareció en el río Ara, podría haberlo traído la corriente desde sus afluentes: tenemos pendiente revisar el Ordiso, el Otal y el Arazas. Es posible que llegara hasta ellos desde más arriba, claro, pero...

Aquellos topónimos me pusieron la carne de gallina. Comenzaba a entender por qué el jefe me había pedido que lo acompañase, y sentí un desagradable escalofrío.

—Claro, claro —dijo Theodore, devolviéndole la caja a Claude—. ¿Dónde están tus chicos ahora?

—El campamento se encuentra cerca de Monte Perdido, pero pronto habrá que recogerlo para el invierno y posponer la búsqueda hasta primavera —respondió el caballero, reclinándose sobre el sofá con un suspiro.

—Hay que ir inmediatamente —dijo Theodore con el ceño fruncido—. Necesito verlo, antes de que la corriente lo arrastre más lejos o, peor aún, hasta el mar. ¿Podrían esperarnos?

—Supongo que podrían esperar unas semanas más, si el tiempo lo permite —respondió el otro lentamente.

Theodore frunció el ceño.

—Tendrán que esperar. Es importante. Necesito tener todas las piezas juntas antes del invierno.

—Theodore... —El hombre lo miró fijamente, mesándose los cabellos blancos—. Sé lo que pretendes, pero no deberías hacerlo. Tenemos que destruirlo cuanto antes. Si cae en las manos equivocadas, podría ser...

—No ocurrirá. Tú solo diles que nos esperen. Confía en mí, por favor.

—Oh, confío en ti, Theodore. Si no, no te habría llamado —respondió Claude, asintiendo—. Avisaré a Leonard. Es mi mejor hombre. Si alguien puede hacerlo, es él.



Para cuando abandonamos aquella casa cúbica de color cemento, yo sentía el peso de los recuerdos a punto de aplastarme.

Theodore se mantuvo en silencio hasta que subimos al coche, y esperó a que el ronroneo del motor inundase el aire de la cabina para hablar.

—¿Sabes lo que era ese artefacto, Raoul? —me preguntó, con la vista fija en la carretera.

—No lo sé, señor.

No me apetecía hablar de eso.

Ni de nada.

—Me interesa tu opinión —insistió—. ¿Qué piensas que podría ser?

—Diría que es un objeto embrujado.

—No vas desencaminado. Es algo parecido. Pensamos que podría ser una llave que abre un portal a la Umbrícora, la Oscuridad Primal. ¿Sabes algo?

Tragué saliva y consulté las señales en dirección San Antonio, esforzándome por no perder la noción del tráfico mientras hablábamos.

—No, señor. No sé nada.

Mentía, pero no era un tema para tratar mientras uno se concentraba en el tráfico. Además, como decía mi madre: «*Qui sème le vent, récolte la tempête.*»^[1]

—No importa —siguió Theodore sin inmutarse—. En cuanto lleguemos al Serenata tenemos que reunirnos con Selena y hablar del asunto. Será ella quien te acompañe.

Me atraganté con mi propia saliva y carraspeé antes de contestar.

—Perdón, ¿acompañarme? ¿A dónde, señor?

—A los Pirineos, obviamente. Los dos conocéis bien la zona. Erais casi vecinos, ¿no es cierto? Además, tú eres un experto de supervivencia en el bosque, y has recorrido cada rincón de esas montañas. Con tus habilidades y su magia, seguro que encontraréis el resto de ese artefacto en un abrir y cerrar de ojos.

—Hace mucho tiempo que no voy por allí, señor —repliqué, tratando de calmar la creciente agresividad que había comenzado a hervir por dentro—. Además, si tengo que hacerlo, preferiría ir solo. Sin la señorita Selena.

—Insisto. —Claramente, le importaban un carajo mis preferencias—. Ella te será útil. Además, sus dotes curativas podrían ser necesarias para el resto del equipo también. Es extremadamente importante que demos con el artefacto completo antes de la primera nevada, porque de lo contrario...

—Lo siento, señor. No será posible.

No.

No iba a hacerlo.

—Disculpa, Raoul. No lo entiendo. —A Theodore se le escapó un gruñido impaciente, que ocultó con una tos—. Pensaba que teníais una relación cordial.

—Una misión así arruinaría cualquier tipo de cordialidad que pudiera haber, señor.

—¿Hay algo que debería saber, Raoul?

Guardé silencio, esforzándome por reorganizar mis pensamientos.

¿Cómo explicarle algo así a alguien como Theodore? Respetaba a mi jefe, pero no dejaba de ser un vampiro; una criatura incapaz de comprender la abrumadora intuición sobrenatural que me paralizaba.

¿Cómo hablarle a un chupasangre común de la profundidad de este vínculo fuera de mi control, que me atraía hacia la persona equivocada; hacia una mujer de una especie completamente diferente?

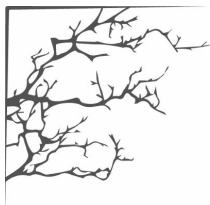
No, un vampiro jamás habría comprendido nada de eso. Y menos aún, cuando ni siquiera yo mismo lo entendía del todo.

Teo exhaló, nervioso. Luego hizo un ademán con la mano, desechando mis reparos en el aire.

—Mira, Raoul, me da igual lo que tengáis entre vosotros. Esto es una misión de trabajo y tendréis que dejar vuestros asuntos personales de lado. Vais a ir los dos, y no se hable más. Si pudiera iría yo, pero tengo otros asuntos que resolver, y el equipo de Claude no se quedará en las montañas eternamente.

Tragué saliva. Era físicamente imposible para un lobo decirle no a su alfa, y Theodore era lo más cercano a un líder que había tenido desde mi destierro. No me quedaba elección.

—Entendido —murmuré, y tomé la desviación hacia San Antonio con un mal presentimiento en el cuerpo.



Selena



Para ser la segunda quincena de octubre, el Serenata estaba sorprendentemente lleno.

De las cinco empleadas que nos turnábamos en el bar y en la agencia, había tres de vacaciones: Oksana, Naomi e Iris nos habían dejado solas a Mina y a mí, y habíamos tenido que encargarnos de todo durante una semana. El único que nos ayudaba era Garrett, el australiano misterioso, que se encargaba de preparar bocadillos y aperitivos en la cocina, pero solo hasta medianoche.

Había sido una semana bastante tranquila, en la que Mina y yo aprovechamos para hacer todo tipo de hechizos experimentales mientras nadie nos vigilaba. Teo salía casi todas las noches, ocupado con la logística de todas las misiones paranormales que lo inundaban desde que se corrió la voz de que había liberado a cientos de almas en pena atrapadas en un barco fantasma conocido como *El Velero de los Condenados*.

Sin embargo, nuestra maravillosa paz estaba a punto de terminar esa noche: al día siguiente me vería obligada a tomar un ferri hasta tierra firme, desde San Antonio hasta Denia, y emprender un viaje de cientos de kilómetros por carretera con Raoul, el hombre más huraño y peludo del planeta. Aunque no el más feo, para ser sincera.

En cualquier caso, si me hubieran dado a elegir entre limpiar los lavabos del bar durante dos semanas seguidas o ir a Huesca con un hombre lobo incapaz de mantener una conversación de más de dos frases, solo habría preguntado dónde estaba la lejía. Pero lo que hacíamos en la Agencia Serenata Nocturna era un trabajo, por mucho que a veces nos sintiéramos más como un grupo de amigos cazando fantasmas juntos. Y en los trabajos a veces había que limpiar baños. O colaborar con gente insoportable.

—Sely... —me llamó Mina desde el otro extremo de la terraza, agitando la mano junto a la barandilla que separaba las mesas de la arena.

Me gustaba ese apodo: me transportaba a mi infancia, cuando en el pueblo todos me llamaban Sely. Aparte de ese, tenía otro sobrenombre que solo mi madre y yo conocíamos; pero ese ni siquiera Mina lo sabía. Pensando en ello, me arrebujé en mi sudadera universitaria, con el logo de una universidad a la que no había ido y tan estrecha que a duras penas podía abrocharme la cremallera. Cuando la compré era de mi talla, pero toda la ropa parecía encogerse tras unos meses; o, al menos, eso me decía yo para consolarme. Me puse la capucha y salí del relativo resguardo tras la barra, junto a las estufas de gas que creaban microclimas de aire caliente en la húmeda terraza, junto a la playa.

—¡Sely, ven un momento! —volvió a llamarme Mina.

Desde la distancia, observé que mi compañera estaba rodeada de luciérnagas, que formaban una especie de corona de luz en torno a su cabeza. Ninguna persona normal habría podido hacer algo así, y la imagen gritaba a los cuatro vientos «*Soy una bruja*». Chasqueé la lengua, imaginando lo que habría dicho Teo al respecto, y me acerqué a ver qué había encontrado esta vez.

Mina se acercó a mi oído y señaló hacia una de las mesas más alejadas, donde una pareja en la cincuentena sorbía sus Martinis en silencio.

—¿Ves a esos dos? —me preguntó en voz baja, y yo asentí—. Esa es mi peluquera. La conozco desde que llegué a la isla. Y el que está con ella es su marido...

—Bonita camisa —observé, estudiando con curiosidad la ancha camisa rosa con palmeras verdes que lucía el hombre.

—Sí, bueno, resulta que el pobre hombre tiene un problema. Lo escuché el otro día en la peluquería.

La miré de reojo, sospechando que planeaba algo turbio... como siempre.

—A ver... ¿qué tipo de problema?

—Bueno... —Mina se retorció las manos y soltó una risita nerviosa—. Por lo visto lleva dos semanas sin ir al baño...

Fruncí los labios y puse los ojos en blanco.

—¿En serio, Mina? ¿Y para eso me llamas? ¿No es un asunto *un poquito* privado?

Mina me dedicó una de sus miradas traviesas y señaló las copas de Martini casi vacías.

—Te explico —insistió con ojos brillantes—: la peluquera estaba preguntándonos a las clientas. El pobre hombre está desesperado, se siente fatal, y al parecer nada le ayuda. Me caen bien, ¿sabes? Y pensé que podrías practicar con uno de tus hechizos curativos. Ya sabes... una poción, un conjuro... no sé. ¿No se te ocurre nada? Es que me da pena, ¿te imaginas estar en su situación?

Bufé, nerviosa, y negué con la cabeza.

—Sabes que no está bien hechizar a la gente sin su permiso —murmuré, apartándome de ella.

—Pero Selena, es un hechizo totalmente inofensivo. ¡Será solo para ayudar! Además, podremos comprobar si funciona enseguida...

Lanzó una mirada de soslayo a los baños.

—El aseo de caballeros hoy lo limpias tú —le advertí.

Ella me tendió la mano, contenta.

—Trato hecho —dijo estrechando la mía, y se giró para atender a un grupo de chicos que la llamaba desde otra mesa—. Eres un ángel, Sely.



Cogí mi bolso del almacén y me encaminé con él a la cocina. Aparté la tintineante cortina de cuentas que separaba la barra de los fogones y saludé a Garrett con la cabeza. El guapo australiano estaba ocupado friendo patatas para una tortilla, y ni siquiera se volvió a mirarme.

«Mejor», pensé, «*porque esto va a ser asqueroso*».

Escruté los cazos metálicos que colgaban de una barra en la pared y encontré uno del tamaño adecuado. Después ojeé los botes de especias, buscando alguna que pudiera servir para mi hechizo. Lo más adecuado que encontré fue un frasquito de cilantro.

—¿Me remueves un poco esas patatas? —dijo Garrett, quitándose el delantal y sacando el móvil de un bolsillo—. Tengo que responder a una llamada.

—Claro —respondí, feliz de que no estuviera presente mientras preparaba mi pócima secreta.

En cuanto Garrett salió, puse el cazo sobre el hornillo, a fuego máximo, y rebusqué en mi mochila hasta dar con el cuaderno de mi madre: mi tesoro mejor guardado.

En apariencia, era solo una inocente libreta de recetas; pero también contenía todo tipo de información sobre setas, especias... y cosas más o menos mágicas que se podían hacer con ellos. Acaricié la primera página, adornada con una cita de Paracelso en latín, escrita con la caligrafía de mamá:

«Principium fundamentale medicinae est amor.»

«*El principio fundamental de la medicina es el amor*», traduje en mi mente por milésima vez. *Sí, bueno*. Le iba a poner mucho amor a esa poción laxante... pero también mucho cilantro, por si acaso. Eché dentro la mitad de las hojas secas y comencé a remover con los ojos cerrados, recitando una invocación mientras esperaba a que el agua hirviese. Cuando comenzó a formarse una nube de vapor, pasé las manos a través de ella y dibujé un número cinco con los dedos. Después soplé para afianzar el hechizo y apagué el fuego.

—Era mi exmujer —dijo Garrett, entrando en la cocina a toda prisa con el teléfono en la mano—. Perdona, y gracias por mirar las patatas. Por cierto, ¿quieres un consejo? Nunca te divorcies. O, mejor, nunca te cases —añadió, echando un vistazo a su sartén y asintiendo satisfecho—. Bueno. ¿Por dónde íbamos? ¿Quieres un montadito de tortilla?

Miré la tortilla con anhelo. Me la habría comido entera. Es más, me había zampado dos trozos nada más llegar al bar. Pero otra vez me apretaban los pantalones, recordándome que ciertos vacíos no podían llenarse solo con comida.

Negué, ignorando el dulce aroma de las patatas fritas, y vertí la poción a hurtadillas en una jarra de cristal mientras Garrett cortaba sus manjares y los iba colocando sobre deliciosas rebanadas de pan de pueblo tostado.

—Eh... no tengo hambre, pero gracias —mentí—. Bueno, será mejor que vuelva a la barra. Mina estará volviéndose loca. Está ella sola con todas las mesas llenas.

Garrett se despidió con un gesto vago, con su atención absorbida por los ingredientes de la siguiente receta.

Vi a Mina, que iba corriendo de un lado a otro con su bandeja. Al verme salir, sus cejas dibujaron una pregunta, y yo asentí efusivamente. Hizo un gesto de verter líquido con la mano, mientras dibujaba con los labios la palabra «Martini».

Asentí desde la barra.

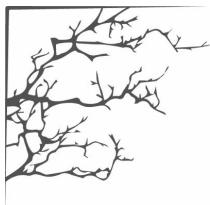
Añadí cinco partes de ginebra y una de vermut en una coctelera con hielo y recité de nuevo el encantamiento mientras la agitaba. Después llené dos copas, quitando el hielo antes, y añadí tres gotas de mi poción laxante en cada una. Lo miré, dudando: la receta decía que bastaba con una, pero el marido de la peluquera era un caso extremo. Añadí tres más por si acaso, para asegurarme.

Luego busqué palillos y un par de olivas para adornar el cóctel. No había ningún bote de olivas abierto, así que fui a buscar uno al almacén.

—¡Mina! —grité antes de marcharme—. ¡Cuídame estas dos copas que he dejado en la barra, por favor! Que no las toque nadie.

Mina me contestó levantando el pulgar y se dio la vuelta para hablar con Teo, que acababa de entrar en el Serenata, acompañado de Raoul.

Dejé mis copas embrujadas sobre la barra, junto a la caja. Sospechaba que esa poción laxante iba a ser una auténtica bomba, y me moría de curiosidad por ver cuántos segundos tardaría en hacer efecto.



Raoul



Legamos al Serenata pasadas las once. Nunca me había molestado trabajar por las noches. Es más; durante mis años en el bosque solía correr de madrugada sobre el mantillo húmedo: era el mejor momento para dar con presas incautas. Sin embargo, ese día me sentía agotado. Mi extenuación, más bien de tipo mental, había surgido a raíz de la visita a la fría casa del arqueólogo de Portinatx.

—¡Teo! —gritó Mina al vernos llegar, agarrando al vampiro del brazo para que se detuviese—. ¿Cuándo vuelven Naomi y Oksana? ¡Esto es una locura! Y encima, Selena dice que se marcha mañana por la mañana. ¿Es broma, verdad?

Mina me ojeó de arriba abajo, dejando claro que sabía con quién se marchaba su compañera.

—Eh, bueno... —contestó Teo, mirando su reloj de acero—. Naomi y Oksana vuelven mañana. No te preocupes.

—Ya, pero yo también necesito días libres —continuó Mina, bloqueándole el paso al vampiro, aunque le sacaba más de una cabeza—. Este fin de semana hay una manifestación contra el cambio climático y he quedado con unas amigas. Soy la portavoz del grupo.

—A decir verdad, pensaba que tú también nos acompañarías a los Pirineos...

Viendo que aquella conversación iba para largo y no necesitaban mi presencia, me largué de allí en busca de una copa. No solía beber a menudo, pero esa noche sentía que estaba a punto de perder los nervios.

No había nadie tras la barra, pero me encontré dos Martini olvidados junto a la caja. Les faltaba la oliva, y claramente estaban sin terminar de preparar. Cogí uno y lo olisqueé: fresco y bien cargado, justo lo que necesitaba.

En ese momento salió Garrett de la cocina, sujetando su teléfono móvil contra la oreja.

—¿Dónde está Selena? —me susurró, con su curioso acento.

—No la he visto —respondí encogiéndome de hombros.

—Tío, necesito que le des la vuelta a una tortilla. Esta noche no paran de llamarme desde Sídney por un rollo del divorcio. Alicia está insoportable. Pero tranqui, tronco, que vuelvo enseguida,

Se marchó antes de que pudiera explicarle que jamás le había dado la vuelta a una tortilla. Con las dos copas de Martini todavía en las manos, entré en la cocina y observé la mezcla de huevo semilíquido y patatas que borboteaba en la sartén. ¿Qué se suponía que tenía que hacer con esa cosa? Personalmente, prefería los huevos completamente crudos.

Me bebí un Martini de un trago para liberar una mano y cogí la espumadera con la otra. Traté de darle la vuelta a aquella masa informe, pero solo conseguí revolverlo todo.

—¡Maldita sea, Garrett! —farfullé, frustrado.

Sacudí la sartén, tratando de darle la vuelta en el aire, pero en vez de eso, el huevo líquido salió volando y lo salpicó todo. Trozos de patata y huevo crudo quedaron pegados a la pared cubierta de acero, y comenzaron a chorrear lentamente hacia el fuego encendido. Corrí en busca de servilletas para limpiar el desbarajuste y, mientras tanto, lo poco que quedaba en la sartén comenzó a oler a quemado. Solté una maldición, sin saber cómo arreglar aquello. Cogí la otra copa y, sin pensarlo, me la terminé de un sorbo mientras buscaba con la mirada el cubo del mocho.

Garrett volvió a entrar, limpiándose las manos en el delantal.

—Perdona, tío —dijo—. Es que llevo un día... en Sídney son las nueve de la mañana, ¿sabes? Pero mi ex ya está sacando toda la artillería pesada —Miró lo que quedaba de su tortilla y se llevó las manos a su rubia cabeza—. ¡Pero tronco! ¿Qué has hecho? ¡Me la has destrozado!

Me encogí de hombros y salí sin decir nada. No era mi culpa si se había quedado sin tortilla por atender asuntos personales durante el trabajo.

A mí me habían contratado para conducir y repartir leches en caso de emergencia, no para cocinar cosas raras.

En la terraza, Mina y Teo seguían enfrascados en su discusión sobre las vacaciones. Acostumbrado a esperar, metí las manos en los bolsillos del traje y paseé hacia la playa. Me detuve frente a la barandilla de cristal que marcaba el final de la terraza y miré las olas.

Al día siguiente tendría que tomar el ferry junto a Selena y conducir hasta los Pirineos. No podía decidir qué era lo peor de todo: tener que compartir el viaje con una bruja, y en particular con *esa* bruja que nublaba mi entendimiento, o verme obligado a regresar a un lugar que me estaba vetado, y al que me había prometido no volver jamás por mi bien y el de muchas otras personas.

Sentí que se me revolvía el estómago: eran los nervios, sin duda. Ojalá pudiera decirle que no a Theodore, pero...

—Eh, Raoul...

Una voz dulce y suave me sacó de mis pensamientos. Al darme la vuelta vi a Selena, con aquellos ojos grandes y negros resaltando en su rostro bronceado, que quedaba bien visible gracias al pelo recogido en una coleta alta de color azabache. Llevaba una sudadera a medio abrochar que dibujaba sus curvas al detalle, y unos pantalones vaqueros deliciosamente ajustados.

Cada vez que volvía a verla, después de un par de días sin contacto, sentía aún con más fuerza el vínculo inexplicable que me ataba a ella como un cable de acero. Un vínculo que, sin duda, ella no sentía, a juzgar por su trato indiferente. Esta vez ocurrió lo mismo, pero además se me encogió el estómago de una forma extremadamente dolorosa.

—Oye —dijo Selena, señalando hacia la caja y ajena a mi sufrimiento—, ¿no habrás visto por casualidad quién se ha llevado dos copas de Martini que estaban justo ahí?

—Pues... no. No sé nada —mentí.

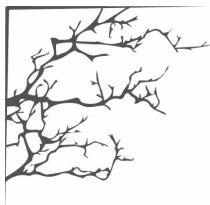
Mi estómago rugió, esta vez tan alto que Selena enarcó las cejas. Sentí que se me retorcían las tripas. Aquello estaba yendo demasiado lejos.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, con los ojos entrecerrados.

—Completamente —respondí, sujetándome el estómago con ambas manos.

El dolor se estaba volviendo insoportable.

En aquel instante, un terremoto con epicentro en mis intestinos se desató con fuerza nueve. Me agarré el vientre con ambas manos y eché a correr hacia el baño, sintiendo que iba a explotar. Tuve el tiempo justo de cerrar la puerta del cubículo detrás de mí, mientras la voz de Selena me llamaba desde fuera, preguntando a gritos si me encontraba bien.



Selena



El rostro de Raoul tenía un tono ceniciento, casi verdoso, cuando desembarcamos junto a Mina y su gato en el puerto de Denia, de camino al campamento de los arqueólogos.

El pobre Raoul se había pasado la mitad de la travesía en ferry encerrado en los baños del barco, y yo me sentía fatal por ser, al menos en parte, la culpable de su espantoso malestar estomacal. Me consolaba repitiéndome que nadie lo había obligado a beberse esas dos copas sin preguntar antes.

No, definitivamente no era culpa mía.

Aunque, para ser sincera, me alegraba en mi fuero interno de saber que el conjuro había funcionado. El grimorio de mi madre era reducido, pero infalible.

En el puerto de Denia el sol brillaba con fuerza, y el castillo fortificado se alzaba sobre los yates amarrados junto a la orilla, encaramado en la roca entre pinos y palmeras. Raoul se arrastró pesadamente por la rampa de salida hasta tierra firme. Después se puso en cuclillas, con las manos sobre las rodillas y la cabeza agachada, como esperando a que el suelo dejara de tambalearse bajo sus pies.

Ver a un hombre tan grande y corpulento en tal estado de debilidad, y más por una causa tan ridícula, resultaba desconcertante.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, dándole un golpecito en el hombro con el dedo índice.

—Estaría mucho mejor si no me hubieras envenenado anoche —gruñó en voz baja, y me pareció que murmuraba algo así como *condenada poción de cagaleras*, pero no estuve segura de haberlo entendido bien.

Mina reprimió una risita, tapándose la boca, y yo le lancé una mirada furibunda para que se callase. En el fondo me alegraba verla reír, porque no le había hecho ninguna gracia que Teo la obligase a unirse a nosotros en la misión y se perdiese su manifestación por los osos panda o algo parecido.

—Por cierto, yo no te envenené —me defendí, apartándome de Raoul—. Uno no va por ahí bebiéndose lo primero que encuentra. ¿Es que tu madre no te enseñó a no beber de un vaso sin saber de quién es?

Sus gruesas cejas se unieron en un gesto de rabia poco común en él.

—Preferiría que dejaras a mis padres fuera de tus bromas sin sentido —dijo secamente.

Me enderecé, sintiendo sus palabras como un golpe en el esternón.

—Vaya humos tenemos esta mañana —refunfuñé—. Perdona, ¿eh?

Mina carraspeó para aclarar el ambiente, que acababa de volverse desagradablemente denso.

—Creo que será mejor que conduzca yo —ofreció, dándole una palmadita en la espalda a Raoul—. Así me aseguro de minimizar las emisiones de CO₂. Tú no estás para llevar un coche, en ese estado.

Raoul la apartó de su lado y echó a caminar por la acera desierta y bajo el sol, sin mirarnos.

—No me pasa nada —gruñó, buscando en su teléfono la ubicación de la oficina de alquiler de vehículos—. Puedo conducir perfectamente.

No había terminado de decirlo cuando una mueca de dolor deformó su rostro y comenzó a mirar a un lado y a otro, en busca de un inodoro.

Suspiré.

Iban a ser seiscientos kilómetros muy, muy largos hasta Huesca.



Raoul había reservado un Land Rover 4x4 tan robusto y enorme como él. Mina se quejó de que contaminaba demasiado, de la huella de carbono y no sé qué más. Ninguno de nosotros intentó refutar sus argumentos, pero el alquiler ya estaba pagado y nos lo quedamos.

Tras unas horas, cuando las fértiles huertas fueron dando paso a campos de secano, y al caer la tarde el camino se estrechó y dejó entrever los Pirineos a lo lejos, tuve que estar de acuerdo con Raoul en que aquel vehículo era nuestra única opción para llegar hasta nuestro destino en el bosque de una pieza.

Poco a poco, el frondoso paisaje y los prados cada vez más verdes trajeron la mente un tropel de recuerdos enterrados del pasado.

Conseguimos llegar a la hora planeada, sin hacer demasiadas paradas a pesar del delicado estado del estómago de Raoul. Se empeñó en comprar algo en la farmacia, aunque le ofrecí muchas veces probar algún contrahechizo o poción que le ayudase a sentirse mejor.

—No me fío. Ya tengo bastantes brujerías para una temporada —fue todo lo que dijo, mientras masticaba unas extrañas pastillas negras como el carbón que, supuestamente, le ayudarían a sobrevivir el resto del viaje.

Teo nos había reservado habitaciones en Aínsa, una localidad encantadora de aspecto medieval en pleno Pirineo aragonés, repleta de hermosas casas de piedra sólida y gris. Según el mapa, nuestro hotel se encontraba muy cerca de las riberas del río Ara.

Para cuando llegamos allí, ya había anochecido y los tres estábamos agotados. Mina, Luminix y yo compartimos habitación y le dejamos a Raoul la otra. Era una suerte que tuviera una para él solo, porque iba a necesitar el baño mucho más que nosotras.

Mina fue a ducharse primero, y yo me tendí junto al gato en la mullida cama de hotel, ojeando las redes sociales en mi teléfono mientras la esperaba. Le envié un mensaje a Teo, avisando de que ya habíamos llegado, y le pregunté a qué hora vendría. Por razones obvias, Teo no podía viajar con nosotros durante el día, pero me había prometido acercarse volando para organizar la búsqueda y presentarnos al equipo de arqueólogos antes de marcharse a Dubái con Iris al día siguiente.

«Estaré allí mañana por la noche», llegó su respuesta, *«pero me marchó después de la reunión.»*

Dejé el teléfono a un lado y miré por la ventana. La oscuridad era casi completa, a excepción de las suaves farolas y alguna que otra luz en las ventanas vecinas. Me acerqué a abrirla un poco para inspirar el aroma a bosque, y este a su vez me transportó a mi infancia; a tiempos felices que ya jamás volverían. Cerré los ojos y pensé en mi madre; en sus migas a la pastora con huevo y granos de uva y en mis dos hermanas pequeñas correteando por el patio de la casa de huéspedes.

Un golpe contra el cristal me hizo abrir los ojos de golpe. Los abrí a tiempo de divisar un gran pájaro negro que se alejaba: un cuervo. Del susto solté un grito involuntario. Luminix maulló sobresaltado, y Mina salió corriendo del baño, chorreando agua y envuelta en una mullida toalla blanca.

—¿Qué pasa? —me preguntó, asomándose a la ventana junto a mí tras comprobar que Luminix estaba bien.

Sacudí la cabeza.

—Nada. Un pájaro ha chocado con el cristal como si pensara que la ventana estaba abierta. Ha sido bastante raro.

—Hmm. —Mina se anudó la toalla bajo el brazo para que no se le cayera. Luego se puso a rascar al gato tras las orejas, pensativa. Para entonces, el ave era ya poco más que un punto negro en el oscuro horizonte—. ¿Tú crees que era un pájaro normal?

Me giré para mirarla a los ojos, deseosa de quitar hierro al asunto. Ya era bastante tener que estar allí, tan cerca del lugar donde mi vida había dado un vuelco. No necesitaba preocupaciones extra.

—No sé. ¿Tú qué opinas? —dije, fingiendo indiferencia—. ¿Piensas que era Teo, espíándonos mientras nos duchábamos?

Mina me dio una suave colleja.

—Claro que no, tonta. Pero lo digo en serio. Yo entiendo de animales, y eso... eso parecía otra cosa.

—Teo ha contestado que vendrá mañana. Así que él no era.

—Ya te he dicho que no creo que sea Teo. Pero... él no es el único vampiro del país, y me preocupa pensar que alguien vino a observarnos a propósito.

—Bueno —dije, escaneando la habitación en busca de algo que comer para calmarme—. El mirón ya se ha marchado.

Mina se mordió el labio, pensativa, y luego regresó al baño, dejando un rastro de agua allá por donde pasaban sus pies mojados.

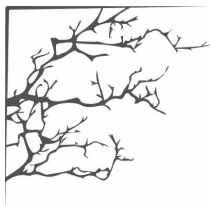
—Envíale un mensaje a Teo —gritó a través de la puerta—. Pregúntale si hay algún vampiro por aquí que él conozca. A lo mejor era algún miembro del grupo de arqueólogos.

Asentí y pasé el cerrojo de la ventana, por si acaso. Luminix se había apoyado sobre el alféizar, y bufaba a través del cristal, aunque yo no pude ver nada. El hechizo de ocultación comenzaba a disiparse, y el minino estaba recuperando su color original fluorescente.

—Ven aquí, gatito raro y verde —le dije, dándome una palmada en el regazo para que subiese.

Luminix saltó sobre mis rodillas y suspiré al hundir mis dedos en su pelo sedoso. Luego cogí el teléfono y le escribí a Teo, tal y como había sugerido Mina. Su respuesta no se hizo esperar:

«No hay ningún vampiro en el equipo», dijo, «Si veis alguno, no es de fiar. Infórmame inmediatamente de cualquier suceso sospechoso. Tengo razones de peso para pensar que cualquier criatura sobrenatural con la que os encontréis podría ser sumamente peligrosa.»



Selena



A pesar del agradable aire montaños, pasé una noche horrible. Me desperté innumerables veces creyendo que oía gritos y aullidos de lobos en los bosques circundantes. Sobre las cuatro de la madrugada, escuché un golpe y salté de la cama como un resorte, convencida de que el enorme pájaro negro había regresado y estaba dentro de la habitación, espiándonos. Iluminé el techo y las esquinas con la pantalla de mi teléfono para no despertar a Mina, pero no vi nada. La lámpara se balanceaba del cable, pero aparte de eso, la habitación estaba tranquila y silenciosa.

Conseguí dormitar un poco en las horas anteriores al amanecer, hasta que me despertó una presencia a dos dedos de mi frente. Era solo Mina, agachada sobre mi rostro con una expresión traviesa.

—¿Piensas dormir todo el día? —preguntó. Sus ojos, ya de por sí grandes, parecían gigantes a tan corta distancia—. Ya sabes cómo son los licántropos. Raoul lleva levantado desde las seis, ha desayunado ya dos veces, y no para de preguntar cuándo iremos al campamento.

Me despecé y me cubrí con la manta, sintiendo ya las consecuencias de mi noche de insomnio.

—Solo un ratito más... —murmuré con los ojos cerrados.

Mina dio una palmada, me destapó de golpe y me lanzó un jersey rojo de lana sobre la cabeza. Luminix me saltó sobre las costillas con las cuatro patas a la vez, dejándome sin aliento.

—¡De eso nada! —dijo Mina, apartando al gato—. Ya está bien de dormir. No sabes lo pesado que está Raoul. Además, tengo hambre. Te estaba esperando para desayunar y solo he tomado un café mientras tú dormías. Como no te des prisa no va a quedar nada en el bufet, porque Raoul se ha zampado ya casi todo. Las camareras nos miraban como si fuéramos unos gorriones.

Gruñí y me arrastré fuera de la cama. Me puse el cálido jersey, junto a unos pantalones entallados de pana marrón y unas botas montañosas. Me había llevado también mi parka roja con capucha, la que prácticamente nunca usaba en Ibiza, a sabiendas de que el tiempo en Huesca era bastante más frío que en las islas Baleares.

—¿Toda de rojo? —rio Mina, bajándome la capucha en broma y tapándome los ojos—. ¡Pero si pareces Caperucita!

—Pues tú Pocahontas —repliqué, tirándole de la trenza—. Es la única chaqueta de invierno que tengo, listilla.

Desayunamos rápidamente, aprovechando lo poco que quedaba en la cafetería. Estuve agradecida de que Raoul hubiera arrasado con la mayoría de los croissants, porque estaban tan buenos que me los habría comido todos. Luego salimos a la calle, donde nos esperaba haciendo flexiones con una mano, junto al coche de alquiler.

—¿Cuántas llevas ya? —pregunté, admirando la facilidad con la que subía y bajaba, como si tuviera un resorte oculto.

—Doscientas cuarenta y nueve —respondió sin detenerse ni perder el aliento, y yo alcé una ceja, preguntándole si sería cierto.

Fuera como fuese, me alegraba de ver que por fin se le habían pasado los efectos de mi poción laxante.

Mina dejó a Luminix en el hotel, no sin antes asegurarse de que tenía comida, agua y suficiente arena para todo el día. Luego condujimos montaña arriba durante un buen rato, siguiendo una estrecha y sinuosa carretera entre pinos y abetos. El asfalto se convirtió después en una pista forestal, pero no nos detuvimos: Teo nos había indicado claramente dónde se encontraba el campamento, más allá de los caminos transitados.

En un punto indefinido entre troncos, rocas y helechos, el navegador declaró, mucho más seguro de sí mismo que nosotros: «*Ha llegado a su destino*». Los tres nos miramos extrañados, pero Raoul detuvo el motor y aparcó el todoterreno a un lado de la pista. El único camino practicable era poco más que un sendero bloqueado aquí y allá por ramas crecidas y troncos caídos tras alguna tormenta. Lo seguimos durante unos minutos y, unos metros más adelante, nos alivió ver un par de 4x4 parados en medio del bosque: no éramos los únicos. A lo lejos divisamos también carpas blancas de tela, sujetas sobre finos postes metálicos, que marcaban la posición del campamento arqueológico. Un rumor de voces se elevó entre el susurro de las hojas en el viento. Lo seguimos en silencio, con curiosidad por ver qué nos esperaba al otro lado.

Bajo las carpas blancas, que se mecían con la brisa otoñal, nos sorprendió encontrar un bullicioso campamento arqueológico: recordaba a un hormiguero plagado de científicos, que repasaban pedruscos polvorientos con pinceles diminutos. Habían cubierto el suelo del claro con lona y se movían de un lado a otro como hormigas, ocupados en sus meticulosas excavaciones junto a la ribera del río.

En el punto central del campamento, una gran mesa de trabajo sostenía mapas, brújulas, pinceles y otros artefactos que no supe identificar.

Un hombre y una mujer de mediana edad estaban agachados sobre una rejilla, trazada en el suelo con clavos y cuerdas junto al lecho del río. Ambos llevaban chaquetas de tonos amarillentos: la de ella era lisa, y la de él con motivos de camuflaje. El hombre tamizaba la tierra con mucho cuidado, mientras que la mujer iba limpiando cada fragmento que desenterraban con un pincel.

La mujer, pecosa y con gafas, levantó la vista al vernos. Se sacudió las manos en los pantalones sucios de tierra y se nos acercó, reajustándose el gorro de lana sobre su rizada cabeza. Nos miró a los tres, con una cara abarrotada de pecas por el exceso de sol y aire libre, y me tendió primero la mano a mí, que iba delante.

—Penélope —se presentó, y después señaló hacia el hombre con gorra y barba corta y grisácea, que seguía tamizando arena como si le fuera la vida en ello—. Vosotros debéis de ser los del Serenata. Bienvenidos. Por cierto, *eso de ahí* es Federico, aunque todos lo llamamos *Freddy*. Es mi marido. Pero no le gusta saludar, ni menos aún hablar con seres humanos, así que ignoradlo. Es solo una máquina de tamizar depósitos sedimentarios, aunque muy eficaz. Fue él quien encontró el fragmento del Prisma de Ordesa. ¿Supongo que lo habréis visto ya?

Antes de que pudiera responderle que no, el hombre levantó la cabeza y dejó el tamiz a un lado con expresión ofendida.

—¡Penny! ¡Venga ya! —gritó. Se caló la gorra descolorida y sacudió la cabeza—. No le hagáis caso a mi mujer. Le encanta meterse conmigo.

Penélope lo atrajo hacia sí y lo rodeó con el brazo afectuosamente, dejando ver el dorso de su mano, lleno de pecas y manchas marrones.

—Es lo que pasa cuando llevas veinte años casada y encima compartes oficio —comentó, girándole la gorra a su marido y tapándole los ojos—. Todo el día juntos. Una pesadilla.

—¿Quién de vosotros es Leonard? —preguntó Raoul, acercándose al grupo a grandes zancadas—. ¿El profesor Ellington?

Raoul ojeó las tiendas de campaña de color verde militar al fondo del campamento, entre las que correteaban un par de personas más. Luego arrugó la nariz, como si notase un mal olor en el aire, y se apartó un poco de los dos arqueólogos.

—Ninguno —respondió Penélope—. Leonard no está. Justo ayer se marchó a Egipto por un asunto urgente.

—¿Egipto? —repitió Raoul, poniendo los brazos en jarras—. Tiene que ser un error. Esta noche había quedado con nosotros y con Theodore, nuestro jefe.

—Pues no está —reiteró Penélope secamente.

—Eso es inaceptable. Hemos venido desde la otra punta del país, ¿y nos deja plantados?

—Baja esos humos, *Toby* —rio la mujer, mientras fruncía la nariz y olisqueaba disimuladamente a Raoul, exactamente igual que había hecho él al llegar—. No es mi culpa que Leonard se haya marchado sin avisar, pero ya se sabe: los arqueólogos ingleses siempre se comportan como divas. Dijo algo de una pirámide, una maldición... la clásica excusa. Pero no os preocupéis: por suerte estoy yo aquí, y os lo explicaré todo, probablemente mejor que él. Los profesores universitarios siempre hablan en ecuaciones, de todos modos. Yo os seré mucho más útil. Mi sabiduría es ingente, y totalmente práctica.

A juzgar por su mala cara, a Raoul no le hizo ni pizca de gracia que se refiriese a él como Toby, ni menos aún el tener que tratar con Penélope en vez del profesor Leonard Ellington. Notó su cuerpo vibrar de furia, aunque no dijo nada al respecto.

Freddy, el marido de Penélope, debió de darse cuenta también, porque se interpuso entre su mujer y Raoul con aire apaciguador.

—Bueno, bueno, tranquilidad. ¿Por qué no os sentáis a tomar algo? Os podemos ofrecer agua, gaseosa y café del termo, aunque estará frío...

—Café no queda —lo interrumpió Penélope—. Habría que bajar al pueblo.

—Agua está bien —dijo Mina desde el fondo.

Una horda de ardillas la seguía, cargando castañas y bellotas entre sus diminutas manitas. Mina se agachó con una sonrisa y extendió el brazo para que pudieran subir por él, hasta posarse en su hombro.

—Los animales la adoran —puntalicé—. Puede convencerlos de que hagan cualquier cosa.

—Ya veo —dijo Penélope, frunciendo los labios y apartándose un poco—. ¿Y a ti eso no te preocupa? —añadió, girándose hacia Raoul.

—No lo había pensado —respondió, y luego, con cierta ironía, añadió—: ¿Y a ti? ¿Te preocupa?

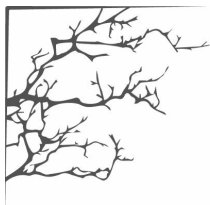
Me pregunté a qué clase de juego estaban jugando esos dos, pero en ese mismo instante alguien gritó desde el otro lado del campamento, llamando a los arqueólogos.

—¡Penny! —Era una chica con coleta, que agitaba el brazo para llamar su atención—. Venid a ver esto. ¡Creo que tenemos otro!

Penélope y Freddy se dieron la vuelta de inmediato y corrieron hacia su compañera. La alcanzaron en menos de tres segundos, saltando con una agilidad insólita para dos humanos ordinarios.

Raoul los miró de reojo y comenzó a seguirlos con dificultad, como si algo lo repeliera.

—Esos dos no me gustan nada —murmuró antes de darme la espalda.



Raoul



La joven de la coleta sujetaba con pinzas un pedazo de cristal lechoso de aspecto aparentemente inocente. Sin duda, no lo era: pude sentir cómo zumbaba en el aire, emitiendo una llamada oscura y casi tan inquietante como la pareja de lobos que regentaba el campamento en ausencia del tal profesor Leonard.

—¿Puedo verlo? —preguntó Selena, haciendo amago de tomarlo entre los dedos. Al agacharse, no pude evitar apreciar la perfecta redondez de su trasero. Aparté la vista, azorado, y me centré en el objeto que acababan de desenterrar los arqueólogos.

Penélope se interpuso entre Selena y la joven que había encontrado el fragmento, agarrándolo antes de que nadie más pudiera hacerlo, con gesto posesivo.

—Apartaos —ordenó—. La jefa de esta excavación soy yo.

—¿Qué es eso? —preguntó Selena, visiblemente contrariada por la agresiva irrupción de Penélope.

—¿De verdad no lo sabes? —preguntó ella con tono de sospecha, y pareció volverse más grande mientras hablaba—. ¿Por qué narices te han enviado aquí, entonces?

Selena le sostuvo la mirada, retándola en silencio.

—Pues no lo sé, ¿para devolver a algún espíritu al sitio de donde vino? —replicó la bruja—. Es lo que solemos hacer en la agencia. Pensé que tú me explicarías los detalles. O, a lo mejor, solo los sabía Leonard, pero claro, como ni siquiera ha tenido la decencia de presentarse...

—Está bien, está bien... —se interpuso Freddy, agitando los brazos para apaciguarlas—. El Prisma de Ordesa. ¿Habéis oído hablar de él, al menos?

Selena y Mina sacudieron la cabeza, y después se giraron a mirarme.

—Algo he oído —dije, recordando la breve visita con Theodore al caballero belga de Portinatx.

—Aquí en el bosque no —susurró Penélope, calmándose un poco, y luego señaló uno de los gastados 4x4 de su equipo—. Vayamos al pueblo. Hablaremos de camino, dentro del coche es más privado. De todos modos, necesito un café como Dios manda.

—Cuando se acaba el café, se pone insoportable —comentó Freddy, encogiéndose de hombros.

Freddy se empeñó en conducir, lo cual me molestó: prefería tener el control siempre que fuera posible. Sin embargo, no tenía ganas de discutir con aquellos dos, de modo que me embutí como pude en la parte trasera del vehículo, junto a las dos brujas. Selena iba en medio, y un delicioso aroma a vainilla y canela me envolvió al verme aplastado contra su costado a la fuerza. Su jersey rojo de lana de angora me hacía cosquillas en el dorso de la mano, y pude sentir el calor y la firmeza de sus anchos muslos a través de los pantalones de pana. Inspiré de nuevo, y mi cerebro se inundó de súbitas fantasías en las que imaginaba qué podría haber debajo de aquel grueso jersey. ¿Serían sus pechos tan firmes y generosos como parecían sus muslos a través de los pantalones? ¿Tan sonrosados como sus mejillas doradas de sol...?

—Me estás pisando —gruñó Selena, sacándome de mis estúpidas reflexiones—. ¿Puedes correrte un poco?

—Eh... sí... —Miré hacia la mugrienta puerta del 4x4, esforzándome por regresar al presente—. Hacia ahí... claro. Este coche es un poco estrecho para cinco personas.

—También tenemos un transportín en el maletero, si lo prefieres —comentó Penélope con sorna.

—¿Para meter a tu marido cuando no obedece? —repliqué, siguiéndole el juego.

—Ese siempre obedece —me susurró Selenia al oído, con una risita de complicidad que solo yo pude oír.

Penélope soltó un gruñido bajo.

—Bueno, a lo que íbamos —dijo Freddy, sin dejarse ofender en lo más mínimo por nuestra conversación—. La Umbrícora. Habéis oído hablar de ella, supongo.

—La Oscuridad Primal —dijo Mina, asintiendo—. La muerte silenciosa. Conocemos las leyendas antiguas, sí.

—Correcto, aunque no son leyendas, ni mucho menos antiguas —apuntó Freddy—. Hay portales que dejan pasar la Energía Oscura a nuestro plano, como seguramente sabéis.

—Sí, bueno, pero ya no queda ninguno —dijo Mina, observando los pájaros a través de la ventanilla.

—Claro que quedan —dijo Penélope—. Ese es el problema. Nos han hecho creer que se cerraron todos, pero no es verdad. El Prisma de Ordesa es solo uno entre cientos: quedan muchísimos. El hecho de que nuestra comunidad los ignore los hace todavía más peligrosos, porque sus efectos nos pillan desprevenidos. Es una maldita plaga, y no hay cura conocida.

Selenia se estremeció, y me apretó el brazo buscando apoyo. Sus dedos, diminutos, se clavaron en mi antebrazo desnudo, devolviéndome por un instante a las fantasías de unos minutos antes.

—No entiendo por qué Teo nos mandaría aquí para una cosa así —dijo Selenia, asomando la cabeza entre los dos asientos de delante para ver mejor a los dos lobos—. No es el tipo de misión que suele encargarnos.

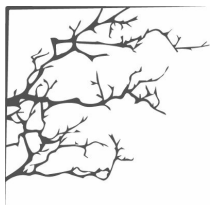
La observé con curiosidad: D'Alessandro había dicho que uno de los motivos para elegir a Selenia era su buen conocimiento de la zona. Pero quizás ella no quisiera compartir ese dato con aquellos extraños.

—Esto es algo que tendríais que haber discutido entre tu jefe y tú —replicó Penélope, señalando un restaurante de carretera por la ventanilla—, pero imagino que se necesitará una bruja si encontramos un portal activo. Para desactivarlo, ¿no? —añadió.

—No tengo ni idea de cómo hacer eso —murmuró Selenia, y después se giró hacia Mina—. ¿Y tú tampoco, imagino?

Mina le lanzó una mirada misteriosa, y después inclinó la cabeza lentamente hacia Penélope y Freddy, sin que ellos se dieran cuenta.

—No, claro —respondió lentamente, aunque sus ojos delataron que no estaba siendo del todo sincera—. No tengo ni la menor idea.



Selena



Pasaba del mediodía cuando nos detuvimos en un mesón de carretera de aspecto mediocre. Era uno de esos edificios bajos y anticuados, con un restaurante abajo y apartamentos cochambrosos arriba, pero se encontraba enclavado en un entorno espectacular, frente a los picos grises de roca de los Prepirineos, que parecían cortados a cuchillo.

Freddy aparcó en el parking casi vacío, delante de la terraza, y los cinco bajamos del coche. Fuera, a pesar del fresco día otoñal, había dos mesas ocupadas: una con fumadores, mientras que en la otra almorzaba una pareja con tres *huskies* siberianos. Cuando pasamos junto a ellos, los tres perros se encogieron, lloriqueando con incomprensible sumisión. Penélope soltó una risita, y se agachó a acariciarlos. Freddy los ignoró y fue a buscar una mesa dentro con buena vista.

—Es mi sitio preferido de la zona —comentó Penélope tras entrar y sentarse. Abrió la carta, la ojeó un segundo y la volvió a cerrar, llamando al camarero con un chasqueo de los dedos—. Chuletas de ciervo para todos. Vino de Somontano... y civet de jabalí para picar mientras esperamos.

El camarero asintió y desapareció en la cocina, mientras los demás observábamos a Penélope con confusión.

—¿Perdón? —pregunté—. Pensaba que veníamos a tomar café.

Freddy sonrió con inocencia.

—Sí, claro, también pediremos café —dijo, como si fuera obvio—. Viene con el menú.

Iba a decir que hacía apenas un rato que habíamos desayunado, y que habría preferido no tener que zamparme un chuleton: no porque no tuviera hambre, que casi siempre tenía, pero llevaba meses tratando de empezar una dieta sin éxito y ya solo me quedaban dos pares de pantalones con los que no pareciese una magdalena desbordada.

La mano de Raoul me apretó el antebrazo por debajo de la mesa antes de que pudiera abrir la boca y presentar mis objeciones. Sacudió la cabeza levemente, pidiéndome que les siguiera el juego a los dos arqueólogos. Sin embargo, Mina no iba a ser tan fácil de acallar.

—¿Será broma, no? —exclamó, dando una palmada en la mesa—. Gracias, pero no como carne de animales inocentes, ni menos de esos pobres ciervos y jabalíes, que corrían felices por los bosques hasta que vosotros...

—Es que es vegana —la detuve, notando los semblantes desconcertados de Freddy y Penélope.

—¿Vegana? —dijeron al unísono, como si aquello fuera una enfermedad.

Sujeté el brazo de Mina, pidiéndole paciencia, porque tenía cara de estar empezando a hervir por dentro.

—Sí —insistí—. ¿En este sitio no hay nada que ella pueda comer?

Penélope miró a Mina como si fuera un extraterrestre, ladeando la cabeza.

—Pues... ni idea.

—¿Patatas al horno? —propuso Freddy, rascándose la barba, que por zonas era ya completamente blanca.

—Servirá. Y una ensalada sin atún —contesté yo por Mina, porque me temía que, si la dejaba hablar, se pondría hecha una furia y trataría de convencer a nuestros anfitriones de que visitasen un matadero y empezasen a comer seitan.

La comida transcurrió entre una conversación circunstancial e incómoda. Mina se retorció en el asiento y se esforzaba por no mirar los platos de los demás. Tratando de ayudarle, creé una especie de fortín en torno a ella usando vasos, servilleteros y un florero pegajoso, con la esperanza de evitarle la visión de aquellos enormes chuletones sangrientos que, claramente, la estaban haciendo sentirse cada vez más mareada. Raoul y los dos arqueólogos, por su parte, parecían estar disfrutando sobremanera del festín, hasta tal punto que pidieron una ración adicional de chuletas de cordero para cada uno y rebañaron la grasa de los platos con pan, hasta dejarlos relucientes.

Menos mal que hemos venido solo a tomar café, me dije. Nunca en mi vida había visto a tres personas que comieran tanto, ni tan deprisa. Comían con las manos, manchándose la cara como animales salvajes hambrientos, y hasta a mí me dio un poco de reparo presenciar aquel voraz espectáculo.

Cuando el camarero retiró los platos vacíos, el rostro de Mina estaba completamente ceniciento, y se excusó para ir al baño. Entretanto, murmuré una invocación curativa sobre su copa de agua, y de paso también sobre la mía. Cuando regresó se la bebió de un sorbo, y al poco rato sus mejillas recobraron el tono sonrosado.

—¿A qué hora viene vuestro jefe? —preguntó Penélope, limpiándose la cara con una servilleta de papel barata—. El chupasangre.

Me sorprendió que conociera aquel detalle de Teo, pero Raoul y Mina permanecieron indiferentes ante el comentario.

—No antes de las ocho de la tarde —respondió Raoul, tras consultar el horario de la puesta de sol.

—A esa hora ya no habrá nadie en el campamento —apuntó Freddy—. El equipo se aloja en unos apartamentos a las afueras de Torla. Sobre las cinco suelen marcharse todos.

—Bastará con que esté la persona responsable —Raoul hizo una pausa, sin poder ocultar su disgusto por la ausencia del profesor Ellington—, y el Prisma de Ordesa, claro.

—Bien —respondió Penélope, llamando al camarero para pedir, ahora sí, los cafés—. Estaré yo como representante. Podemos reunirnos sobre las siete y media. Hasta entonces, Freddy y yo tendremos trabajo preparando el nuevo hallazgo. ¿Preferís regresar al campamento con nosotros, u os dejamos en el hotel mientras tanto?

—Volveremos con vosotros —contesté yo—. Tenemos el coche allí.

Los demás estuvieron de acuerdo, y tras tomar el café abandonamos el restaurante.

Una vez de vuelta en el bosque, Raoul nos informó de que necesitaba salir a correr un rato para rebajar la copiosa comida. Se adentró en el bosque y desapareció de la vista, dejándome a solas con Mina.

—Vaya panda de salvajes —comentó ella, una vez se habían marchado los otros tres—. ¿Has visto cómo comían?

Asentí, vagando sin rumbo entre la maleza en busca de alguna seta jugosa para la cena.

—Oye, a ti que te gustan las hierbas —dijo Mina señalando unas bayas rojas y alargadas—. ¿Eso no es un rosal silvestre? ¿Quieres que recolectemos unas cuantas bayas de escaramujo para algún hechizo? ¿O para hacer infusiones?

El rosal silvestre, o escaramujo, era desde luego una planta muy útil y beneficiosa, que habría podido reconocer hasta un niño. Pero nunca, jamás, la habría recolectado, ni menos aún consumido.

—No me gustan esas bayas. Les tengo un poco de tirria.

Mina rio.

—¿Y eso? —dijo, tomando una y mordiéndola. La escupió con cara de asco—. Bueno, a decir verdad, están un poco asquerosas.

—Qué tonta eres —respondí, sacudiendo la cabeza y quitándole el resto de bayas de la mano—. Hay que hervirlas.

Divisé unos endrinos que crecían junto a las riberas del río, sobre la tierra húmeda. Sus ramas estaban cargadas de pequeñas bayas negras, y me atraieron al instante.

—¿No tendrás una bolsa por ahí? —le pregunté a Mina.

Ella asintió, y sacó una bolsita plegada del bolso: de algodón ecológico sin blanquear, muy propio de ella. Me la tendió y corrí a llenarla de endrinas, fantaseando con las pócimas y tinturas que podría preparar con ellas.

—¿Esas sí que te caen bien? —me preguntó Mina con expresión divertida.

—¿Sabes que con los endrinos se puede preparar una medicina laxante, y también contra la diarrea? —repliqué yo, emocionada—. ¿No te parece fascinante que partes diferentes de la misma planta puedan tener efectos opuestos?

Mina alzó una ceja con escepticismo al escuchar la palabra “laxante”; seguramente todavía se acordaba de los resultados de mi última pócima milagrosa. Pero luego su expresión cambió de golpe, como si acabara de ocurrírsele algo.

—Esa Penélope y su marido... —dijo, tomando una bolita negra entre los dedos y girándola, distraída. Comprobó que estábamos lo suficientemente lejos del campamento para que no nos oyeran, y continuó—. Está claro que son lobos, los dos. No hay más que verlos. ¿No te parece raro que Teo haya accedido a trabajar con ellos? ¿A ti no te molesta?

Me encogí de hombros; mi cerebro estaba concentrado en detectar todas las endrinas de la cornada, como un radar.

—Raoul también lo es, y Teo confía en él —dije, eligiendo las bayas de aspecto más sano—. Lo importante es que hagan bien su trabajo, ¿no? ¿Qué más dará lo que sean?

Mina me agitó la mano delante de los ojos para llamar la atención.

—¿Hola? ¡Son lobos, Selena! ¿De verdad no te importa tener que pasar tiempo con gente así?

En ese instante me sentí como si despertara de un sueño. Había estado tan concentrada en recolectar las bayas que, literalmente, no había prestado demasiada atención a lo que mi amiga estaba diciendo.

Tragué saliva y miré alrededor.

Por un instante, en el lugar donde se encontraba Mina me pareció ver a mi madre, con un pañuelo floreado en el pelo, cantando nuestra canción secreta. Recordé cómo me explicaba que el jarabe de los frutos del endrino se usaba como astringente, mientras que las flores y las hojas eran un fantástico laxante. A papá le gustaba hacer pacharán, aunque por razones obvias, a los niños nunca nos dejaba probarlo.

«*Pero la corteza de la arañonera es venenosa, y las pepitas machacadas también, así que ten mucho cuidado de no tocarlos con los dedos, Sely*», me decía siempre mi madre: le gustaba llamarlo *arañonera*, aunque era la misma planta.

Cerré los ojos y, cuando volví a abrirlos, la imagen de mi madre había desaparecido, sustituida de nuevo por Mina, con su diadema de flores y los brazos en jarras, esperando a que retornase de mi ensoñación.

Sentí que se me enturbiaba la vista por las lágrimas, y me froté la cara con la esquina de la bolsa de tela. Me acuclillé junto a los arbustos, temerosa de perder el equilibrio.

—Ahora sí —dijo Mina, agachándose a mi lado—. Por fin lo has entendido.

Inspiré hondo.

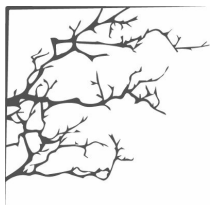
—Tengo que superarlo, Mina —murmuré.

—Sí, en eso tienes razón —Mina me acarició la espalda, comprensiva—. Pero eso no significa que tengas que fiarte ciegamente de cualquiera, solo para demostrarte a ti misma que has dejado atrás el pasado. —Frunció el ceño, y miró hacia el campamento, donde la chaqueta amarilla de Penélope destacaba entre las tiendas verdes—. No sé, Selena. Creo que debemos tener cuidado. Hay algo aquí que me da mala espina.

—Con un trabajo como el nuestro, no puedo dejar que eso me limite para siempre. Y no creo que esos dos lobos sean de esta zona.

No; seguramente no lo fueran.

Pero, aun así, eran de la misma especie que las bestias horribles que habían acabado con toda mi familia, en ese mismo bosque, mucho tiempo atrás.



Selena



Sobre las siete de la tarde, las riberas del Ara se habían vuelto ya oscuras y engañosamente silenciosas. La mayoría de arqueólogos se había marchado a casa; Freddy y Penélope habían desaparecido en el bosque, alegando que necesitaban ir a buscar unas ramas secas para la chimenea de su apartamento. Su equipo se llevó los otros todoterrenos y solo quedó el nuestro, pero prometimos acercarlos a su hotel tras la reunión, junto con su cargamento de leña. Entretanto, Raoul todavía no había vuelto de correr, y Mina se había marchado un rato antes, diciendo que le parecía oír los gemidos de un lirón herido; prometió no alejarse. Yo confiaba en que los animales salvajes la guiarían de vuelta aunque oscureciese, así que no me preocupé demasiado cuando tardó en regresar.

Comenzaba a refrescar, así que fui a buscar refugio dentro del 4x4. Aunque quizás no era solo el frío lo que me incomodaba, sino más bien la sensación de encontrarme sola en medio de aquel bosque crecientemente oscuro.

A pesar de haber pasado mi infancia correteando entre esa misma frondosa floresta, desde entonces la vida me había dado muchos motivos para ser precavida en situaciones así.

Cerré el coche por dentro, y el clic de la cerradura me dio una falsa, pero bienvenida, sensación de seguridad.

Por inercia, tomé en la mano el teléfono para entretenerme, pero no había cobertura. Lo dejé a un lado y busqué el gastado cuaderno que llevaba siempre en la mochila: recuerdo de mi madre, y una de las pocas cosas que había salvado de nuestra casa familiar tras su muerte. Aquel libro contenía mayormente recetas, aunque también algunas canciones, dibujos y poemas: a pesar de estar sucio y arrugado, era mi mayor tesoro, y lo único que me había acompañado en todas mis mudanzas.

Hojeé las páginas y busqué alguna receta con la que aprovechar mi gigantesco botín de endrinas silvestres. Estaba enfrascada en la lectura, tomando apuntes en un cuaderno aparte, cuando unos golpes sobre el cristal me sobresaltaron.

—¡Selena! ¿Se puede saber dónde está todo el mundo?

Bajé la ventanilla del 4x4, que había quedado cubierta de polvo tras su paso por las pistas forestales.

Era Teo. Lo envolvía la característica nube de humo gris típica de un vampiro recobrando su forma humana; debía de haber volado hasta allí desde Ibiza, tal y como habíamos acordado.

—Pues... no sé —respondí, dejando el libro a un lado y buscando mi chaqueta roja en el asiento de atrás—. Todos tenían cosas que hacer, y me quedé aquí sola esperando. En principio, habíamos quedado aquí a las...

Consulté mi reloj: eran las ocho y media. Hacía casi una hora que deberían haber regresado los demás.

—Ahora que lo dices, no sé por qué no han vuelto todavía —comenté, abriendo la puerta para salir del vehículo—. Es un poco raro.

Me abroché la chaqueta y bajé del coche. Después comencé a caminar hacia el campamento, seguida por Teo, que olisqueaba el camino como un sabueso.

—¿Quién se encarga de la investigación? —preguntó, cada vez más tenso—. ¿Habéis hablado ya con Leonard?

—Eh... no. Leonard tenía un asunto urgente en Egipto, al parecer. Hay una mujer que lo sustituye, una tal...

—¿Penny Torres? ¡Por Zeus, dime que no es ella!

Lo miré fijamente en vez de responder. Teo exhaló, haciendo acopio de paciencia, y se echó las manos a la cabeza.

—¡Santa Cripta! Esa mujer es intratable. Ladra por cualquier tontería, y siempre cree tener la razón. Se nos echará el invierno encima si Leonard no vuelve pronto.

—El marido parece agradable...

—¿Ese? Es un maldito perrillo faldero. No nos servirá de mucho.

Quise preguntarle de qué los conocía, pero justo entonces, una chaqueta amarilla asomó entre la foresta, acompañada de un ruido infernal de ramas rotas y hojarasca pisoteada.

—Hablando de la reina de Roma, por el bosque asoma... —dije señalándola.

Penélope venía jadeando, con zancadas tan ruidosas y pesadas como las de un oso pardo.

—Señora Torres, qué gran placer volverla a... —la saludó Teo con ironía, tendiéndole la mano.

Penélope ignoró su mano extendida y sacudió la cabeza. Luego se agachó, apoyando las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Levantó un brazo, pidiéndonos un momento para recuperarse. Cuando por fin alzó la cara y nos miró, me chocó ver que tenía el rostro desencajado y húmedo de lágrimas.

—Es Freddy... Nos separamos para... —dudó un momento, como si no quisiera revelar toda la información—, para buscar leña... y luego... luego perdí la conexión...

Sollozó, incapaz de terminar la frase.

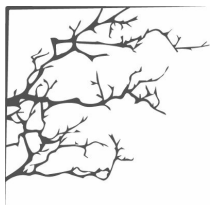
—¿La conexión? —pregunté, confundida—. ¿Vuestro teléfono funciona aquí?

Teo negó con la cabeza, acallándose.

—No creo que se refiera a ese tipo de conexión. —me interrumpió. Después le hizo un gesto a Penélope, y le ofreció su brazo para que se apoyase. Esta lo rechazó y se irguió de nuevo—. Continúa, por favor, Penélope. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé... no estoy segura... —Gimoteó de nuevo, mostrando una debilidad que no había esperado en ella—. Está allí... lo he encontrado un poco más arriba. Estaba cubierto de sangre, y creo que está... que está...

Fue incapaz de pronunciar la palabra. De su garganta solo salió un desgarrador aullido, que recordaba al de un animal herido. Sin embargo, no fueron necesarias las palabras: tanto Teo como yo comprendimos al instante que al marido de Penélope le había ocurrido algo terrible.



Selena



Un gran lobo de pelaje grisáceo, de un blanco casi nívoo en torno al morro, yacía inerte en un charco de sangre entre el mullido y oscuro lecho boscoso.

Penélope, que nos había guiado hasta el cuerpo, había caído postrada junto a él, aullando al cielo a cuatro patas. A pesar de su aspecto humano, su comportamiento delataba orígenes muy diferentes.

Iluminé la macabra escena con la linterna de mi teléfono. Para mí, no era la primera vez que veía a un animal muerto, y nunca era agradable; pero aquel lobo era mucho más que eso, y el luto se palpaba en el aire, apretándonos las entrañas a todos los presentes.

Teo se agachó y le dio un suave empujón al cuerpo, dejando al descubierto su pecho nívoo. Una flecha, que había quedado atascada entre dos rocas, le sobresalía cerca del cuello, donde había dejado un oscuro agujero que empañaba el pelaje de sangre.

—Puntas de plata —dijo Teo, hurgando un poco en la herida. Luego se limpió los dedos, restregándolos sobre el suelo embarrado, sin poder disimular su mueca de asco ante el olor—. Además, parecen bastante inusuales. Esto no lo ha hecho un cazador común.

Penélope no paraba de gemir. Sus lamentos se iban volviendo más agudos, convirtiéndose en gritos que rasgaban la negrura de la noche. Jadeaba tan fuerte que me dije que había que encontrar algo para calmarla, y cuanto antes. Miré a mi alrededor, en busca de alguna flor o raíz con la que prepararle una pócima de emergencia.

Sus aullidos debieron de alertar a Raoul de nuestra ubicación, porque llegó corriendo por el sendero, chorreando sudor.

—¡Santa Madre Luna! —exclamó al ver la escena, y dio un salto aterrorizado hacia atrás—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Todavía no lo sabemos —respondió Teo, obviando los saludos—. ¿Dónde está Mina? ¿No estaba contigo?

—No. No la he visto desde la comida.

Raoul frunció el ceño y me miró, lanzándome una pregunta muda.

—No sé nada de ella —respondí—. Me dijo que había unos animales heridos. ¿Unos lirones, o algo así? —Sacudí la cabeza, sintiéndome de pronto una idiota por haberla dejado irse sola—. Dijo que volvería enseguida, pero...

Raoul apretó la mandíbula, disgustado. Después se agachó junto a Teo y estudió el cuerpo del lobo muerto, usando su propia linterna.

—El ángulo de entrada de la flecha es extraño. ¿Lo ves? —comentó, iluminando el fino ástil de madera que sobresalía del pecho de Freddy.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Teo, acercándose un poco más.

—Fíjate...

Raoul movió el ástil de la flecha de lado a lado. Estaba todavía clavada en el pecho del lobo, lo cual provocó un grito agónico por parte de Penélope, como si a ella también le doliera la herida. Ignorando los aullidos de la mujer, Raoul continuó:

—Si os fijáis, la flecha parece haber quedado atrapada entre las rocas, con la punta hacia arriba. ¿Cómo pudo ocurrir algo así?

—Seguramente se introdujo ahí cuando el lobo... quiero decir, cuando Freddy cayó —aventuró Teo.

Raoul trató de mover la flecha de nuevo, pero estaba fuertemente encajada en la grieta entre dos pesadas piedras.

—No sé. Solo digo que es extraño. ¿Mucha casualidad que cayera así, no?

—¡Dejad de profanar su cuerpo de una vez! —gritó Penélope, interponiéndose entre Raoul y el lobo caído.

Luego se puso a gruñir a cuatro patas, arqueando la espalda. Parecía estar al borde de lanzarse al cuello de los dos hombres.

—Cálmate, Penny, por favor —le dijo Teo con voz conciliadora, protegiéndose con las manos extendidas frente a él.

—¡Maldito vampiro apestoso! —gritó ella, descargando su ira sobre Teo—. ¡Es culpa tuya! ¡Esto ha pasado porque habéis venido, estoy segura de que tiene algo que ver! ¡Estábamos bien hasta que llegasteis!

Se agazapó sobre el suelo, en posición de ataque. Raoul se interpuso entre ella y Teo, sus anchos hombros imponentes incluso al lado del alto vampiro.

Si no hacía algo pronto, alguien saldría herido. No podía permitir que aquello continuase ni un segundo más.

Olisqueé el aire: a lo lejos se apreciaba el ligero olor pungente de la valeriana. De pequeña solía decirle a mi madre que la valeriana olía a pies, y a ella siempre le daba risa. Esta planta a menudo crecía en los claros altos y húmedos, como el elegido por los arqueólogos. El otoño estaba avanzado para encontrar flores, pero dado que no había nevado todavía, no era imposible. Con suerte conseguiría un puñado de raíces que, bien machacadas, podrían servir para mis propósitos.

Iluminé el camino como pude, usando el teléfono, y bajé la empinada cuesta que llevaba hasta el lugar donde habían encontrado a Freddy. Sin que nadie se diera cuenta, me adentré sola en la espesura, siguiendo el rastro de las hierbas medicinales. Estaba casi segura de haberlas visto mientras recogíamos endrinas con Mina.

El claro no se encontraba donde yo pensaba: me había desorientado. Continué avanzando, y las voces se fueron apagando en la distancia. Me aseguré de no alejarme tanto como para dejar de oírlas. Cada vez se gritaban más fuerte unos a otros, así que tampoco era muy difícil.

Me costaba caminar en la oscuridad entre la hojarasca, suelta y húmeda: había perdido la práctica. Mi niñez en el bosque me había enseñado a pisar ligero, tanteando el terreno primero, para evitar trampas y agujeros; pero hacía mucho tiempo que no lo hacía, y varias veces estuve a punto de resbalarme.

El aroma de la valeriana se perdió en el viento, y me pregunté si habría sido mi imaginación. Iluminé a mi alrededor y solo vi árboles y arbustos enmarañados.

Quizás no había sido tan buena idea separarme del grupo, después de todo.

Regresé sobre mis pasos, buscando el sonido de la discusión entre Teo, Penélope y Raoul. De pronto, sus voces ya no se escuchaban.

Comencé a preocuparme.

Me detuve y traté de conectar el GPS del móvil, pero el aparato seguía sin funcionar en medio de la nada.

Gruñí de frustración, incapaz de admitir que yo, Selena Herrera, la hija de María la Curandera, me había perdido.

Yo, que a los siete años trepaba y saltaba por las rocas más ágil que un rebeco, ocultándome en los rincones más recónditos de Ordesa cuando mamá me llamaba para bañarme después de cenar.

Yo, que había llegado a conocer ese rincón de los Pirineos mejor que cualquier niño conocía el patio de su casa.

Estuve tentada de gritar, pero cabía la posibilidad de alertar con ello a algún oso, en vez de a mis compañeros.

O a algo peor.

No.

Tenía que concentrarme y buscar el río yo sola. Si seguía bajando, terminaría por encontrarlo. Era un poco más difícil hacerlo en la oscuridad, pero sabía que podía. Lo había hecho mil veces antes.

Caminé, lo más silenciosa que pude, cuesta abajo.

Me pareció escuchar unas pisadas pesadas a lo lejos; recé por que algún animal salvaje no me hubiera seguido la pista.

Continué despacio, husmeando el aire en busca de humo o alguna otra señal del campamento.

Las pisadas de mi perseguidor, animal o humano, se volvieron más cercanas, disipando toda duda.

Una gota de sudor me resbaló por la frente, a pesar del frío cortante de la noche.

La criatura estaba cada vez más cerca.

Caminé más deprisa, huyendo sin querer admitirlo del cazador invisible.

Aquella súbita persecución me devolvió al pasado, y a esa noche que se repetía en mis pesadillas.

Mareada por el pánico, tropecé con una rama caída entre los arbustos y caí de bruces. La mullida vegetación amortiguó mi caída; apenas me hice un par de rasguños.

Los pasos estaban ya prácticamente detrás de mí. Me agarré al tronco de un árbol para ponerme en pie de nuevo, tan rápido como pude.

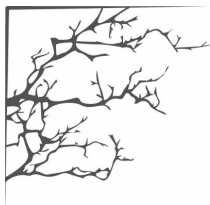
Tenía que escapar. En mi cabeza resonó la voz de mi madre:

«¡Huye, Sely! ¡Escóndete!»

Resbalé de nuevo, y al pensar en ella me vino a la mente nuestra canción: *«En el bosque oculto, al caer la oscuridad, juntas entonamos, un antiguo cantar...»*

Justo había conseguido levantarme cuando una mano fuerte me agarró del hombro, y una voz ronca masculló:

—¿A dónde crees que vas?



Raoul



Maldita bruja loca.

Como si no fuera suficiente con aquel estúpido arqueólogo muerto y nuestra compañera Mina que se había esfumado en la nada; no se le ocurría nada mejor que irse *de paseo* por el bosque.

Sola.

En plena noche.

—¡Raoul! —gritó, deteniéndose en seco con un jadeo y posándome una mano en el brazo—. ¡Vaya susto me has dado! Solo estaba buscando unas hierbas para...

Su chaqueta roja estaba cubierta de hojarasca, y toda ella despedía un sensual aroma a sotobosque húmedo y puré de castañas. El toque de sus dedos, cálidos y suaves, me hizo tambalearme y dar un paso atrás. Crispé los dedos tras la espalda y respiré hondo.

Ignorando mi nerviosismo, Selenia se agachó de nuevo, usándome como apoyo, y recogió algo de entre el follaje. Luego agitó en el aire una bolsa de tela vacía.

—Estaba buscando valeriana —dijo, como si eso fuera una explicación completamente normal de sus acciones.

Bufé. *¿En serio?* ¿Aparecía un tipo muerto y no se le ocurría nada mejor que salir a recolectar florecitas?

—¿Pero tú te das cuenta del peligro que corres aquí sola? ¿Es que te crees que eres Caperucita, saltando por el bosque con tu cestita?

Selenia exhaló con impaciencia, apartándose de mí, y se cruzó de brazos.

—Sé cuidarme sola —me espetó, enfadada—. Además, quería ayudar a Penélope. Está muy alterada.

—Yo también estoy alterado —le solté sin pensar.

Ella entrecerró los ojos sin comprender.

—¿Quieres que te prepare una infusión a ti también? —ofreció, en tono un poco más dulce.

Meforcé por no sonreír ante su candor. En esa mujer no había ni una pizca de malicia, y esa era una de las cosas que la hacía, a mi parecer, tan irresistible. Pero no todo el mundo ahí fuera era como ella. Podría haberle ocurrido algo, ¿y entonces qué?

—No necesito ninguna infusión —contesté suspirando—. Lo que quiero es que dejes de pasearte sola en la oscuridad, y más aún cuando puede haber un loco suelto que anda lanzando flechas a todo lo que se mueva. ¿De verdad no te das cuenta? Hay peligros acechando por la zona. ¿Y si te hubieran atacado también a ti?

El estómago se me encogía solo de pensarlo. No, no lo permitiría. Desde luego que no. Y me importaba un comino lo testaruda que fuese. Para colmo, con esa capucha roja resaltaba como una señal luminosa en medio de los verdes y marrones del bosque. Solo le faltaba una sirena en la coronilla.

—A Freddy lo alcanzó una flecha de plata —replicó ella, desvanecido todo su miedo—. Solo los cazadores de licántropos usan ese tipo de proyectil. Dudo que uno de esos tenga interés por atacarme a mí.

—¡Maldita sea! ¿Es que no te das cuenta? Eso significa que este bosque está lleno de lobos, y Dios sabe qué criaturas más.

Su cuerpo se tensó, y pude oler un cambio en su actitud: esta vez sí, era miedo.

—¡Ya sé que este sitio está lleno de lobos! —gritó con la voz rota—. ¡Nací aquí, y además tengo uno justo delante de mí! ¿Acaso tú eres peligroso?

Eso había sido un golpe bajo, teniendo en cuenta que llevaba cinco años sin transformarme y haciéndome pasar por un ser humano normal.

Cinco años huyendo de mi yo del pasado, negando mi esencia, luchando contra la bestia interior y tratando de fundirme con mi mitad humana hasta hacer desaparecer la otra. Que me lo echase en cara justo ella, a quien solo había mostrado mi lado más humano desde el primer minuto en que nos conocimos, dolía más de lo que le habría podido confesar.

Yo solo quería protegerla, pero ella se empeñaba en hacerme la vida imposible.

—Vamos —le ordené, cogiéndola del brazo. Ella se soltó con una sacudida, terca como una mula—. Está bien. No te cogeré de la mano si no quieres, pero sígueme. Puedo ver en la oscuridad mejor que tú. Por muy bruja que seas, tus hierbas y pociones no te van a ayudar a volver al campamento lo suficientemente rápido. Se te congelarán los dedos de los pies antes de que amanezca. Y sería una pena, porque tienes unos pies bastante... —dudé un momento—, bastante monos.

Y ágiles, me dije en silencio, sorprendido de que hubiera llegado tan lejos bosque a través sin descalabrarse.

Frunció los labios y se caló un poco más la capucha roja, confesando sin palabras que mi comentario había dado en el clavo.

—Anda, ven aquí —le dije, un poco enternecido al ver cuánto frío tenía. La rodeé con el brazo y esta vez sí que me lo permitió—. Hay un termo con agua caliente en el coche. Sígueme.

Caminamos juntos, acurrucados uno junto al otro, montaña abajo. Para mí era relativamente fácil oler el rastro que los demás habían dejado al subir, igual que mi olfato me había guiado hasta la ubicación del cuerpo de Freddy.

Selena se arrebujó contra mi costado, sedienta de calor. Su presencia a mi lado era agradable: tan suave, blanda y redondeada, que me recordó al pan recién horneado de mi madre...

Sacudí la cabeza. ¡Por Dios! ¿Qué clase de pensamientos amanerados eran esos?

Tropecé con un tronco, y ella se rio por lo bajo, rebajando un poco la tensión que nos atenazaba a ambos.

Necesitaba centrarme.

—Por aquí —le dije, señalando unas luces tenues a lo lejos.

Ella asintió. Atravesamos un espeso matorral y divisamos a Theodore, en compañía de Penélope. La mujer se había calmado un poco, pero a Mina no se la veía por ninguna parte.

Cuando nos acercamos a Theodore, Selena me soltó y se apartó un par de pasos.

—Menos mal —suspiró él al vernos, y luego se giró hacia Selena—. ¿Dónde te habías metido?

Ella se encogió de hombros y volvió a mostrarle su bolsa vacía al vampiro.

—Solo quería ayudar.

—Nos ayudarías más *viva* —puntualizó él, visiblemente molesto—. ¿Alguna noticia de Mina?

Ambos negamos a la vez. Podía sentir el pesar de la bruja ante la ausencia de su compañera, y supe que, en cierto modo, se estaba culpando a sí misma por dejarla ir.

—La encontraremos —le susurré, evitando su mirada.

Ella exhaló y cerró los ojos, visiblemente abrumada. Después caminó con cuidado hacia Penélope, que estaba sentada en una silla plegable de camping y tarareaba una canción con la

mirada perdida.

—¿Penélope? —dijo Selena con timidez, tendiéndole la mano lentamente. Penélope la ignoró, y Selena se acucilló a su lado—. Penny... ven, déjame que te ayude...

Selena se fue enderezando lentamente, como quien se acerca a un animal herido. Después le colocó una mano en cada hombro a la viuda, buscando su mirada. Penélope dio un respingo cuando Selena la tocó, como si no hubiera notado su presencia hasta entonces. Primero se puso tensa y luego, poco a poco, sus hombros comenzaron a encorvarse, como si el cúmulo de nervios atrapados que retenía en su interior se desinflase de golpe. Dos lágrimas brillaron en las comisuras de sus ojos. Después comenzó a llorar en silencio, de manera diferente a como lo había hecho frente al cuerpo de su marido fallecido.

—Shh... —susurró Selena, sin apartar las manos—. Está bien. Lloro, Penélope. Te hará bien. Lloro todo lo que necesites. Estamos aquí para ayudarte.

La observé con ternura, maravillado ante la efectividad de sus métodos, tan sencillos a simple vista. Nada de lo que Selena hacía era espectacular ni ostentoso, a diferencia de lo que había visto hacer a otras brujas del Serenata. No lanzaba fogonazos como Naomi, ni leía mentes como Oksana; sin embargo, los poderes de Selena funcionaban, y estaban ayudando a aquella mujer desgarrada por el dolor, igual que habían ayudado antes a muchos otros.

«*Menos a ella misma*», pensé con tristeza.

Theodore se me acercó en dos zancadas y me dio un toque en el hombro con semblante amargo.

—¿Dónde está el resto de su manada? —murmuró, señalando a Penélope con disimulo.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Pero esos dos no son de aquí, de eso estoy seguro. Por el acento, diría que son del sur. Hay varios clanes en Sierra Nevada.

—¿Habrá que organizar un...? —el vampiro dudó, incierto como siempre de nuestras costumbres—. ¿Un sepelio?

Terminó la frase arrugando la nariz con aversión. Yo ignoré sus maneras y asentí, y él continuó:

—¿Pero eso significa que vendrá toda la manada hasta aquí, y...?

Gesticuló hacia las lonas junto a la ribera y los instrumentos arqueológicos abandonados por el campamento.

—Señor, el fallecido seguramente querría que lo enterrasen en su hogar, junto a sus antepasados. Dudo que la esposa quiera enterrarlo aquí. Puede estar tranquilo.

Los hombros del vampiro descendieron un poco, con claro alivio.

—Vamos —dijo, dándose la vuelta—. Acompáñame a por él. No podemos dejarlo ahí.

—Puedo ir solo —respondí, lanzando una mirada de reojo hacia la viuda.

—Parece bastante grande. Te ayudaré.

Lo miré fijamente, negando.

—Sin ofender, señor, pero... —Tragué saliva—. Pero hay ciertas cosas que ninguno de mi especie desearía en sus últimas voluntades. Si usted me entiende.

Sus ojos relampaguearon al comprender, verdes y luminosos por un instante. Quizás yo trabajara para D'Alessandro debido a mis circunstancias, pero, en general, lobos y vampiros éramos enemigos históricos. Ninguno de mi estirpe habría querido que un chupasangre cargase su cadáver a sus espaldas, ni que la fetidez mortuoria de los hijos de Nosferatu impregnase su pelaje antes de reunirse con la Madre Luna.

—Entiendo —dijo con tono molesto—. Ve solo, entonces. Me quedaré con ellas mientras tanto.

Me di la vuelta y comencé a caminar bosque adentro, cuando Theodore me llamó de nuevo.

—Raoul —dijo—. No vais a llamar a la policía, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—¿Y qué les decimos? —respondí, sin poder evitar que la rabia se filtrara en mi voz—. ¿Qué hemos encontrado un *animal* muerto?

Theodore asintió, aliviado.

—Ya. Será mejor así. Al menos hasta que terminemos con la búsqueda del artefacto. He mirado la previsión del tiempo, y podría nevar en cualquier momento. Si la zona se cubre de nieve o, peor aún, si la policía se entromete... ya sabes que esta es una excavación confidencial...

Confidencial, en el dialecto de D'Alessandro, seguramente significaba *sin permisos*.

En cualquier caso, sentí una punzada de ira al ver que, incluso frente a un hombre muerto, Theodore seguía pensando primero en sus negocios.

Pero era un vampiro. Un jefe justo, pero un vampiro, a fin de cuentas. Su gente mataba a diario, por mucho que fuesen criminales de guante blanco. Jamás entendería plenamente las tribulaciones que sufría nuestra gente, ni mucho menos, nuestras costumbres. Aunque Theodore me trataba con cortesía, en su mundo los lobos no eran mucho más que canes glorificados.

—Hay algo más... —dijo, lanzando una mirada a Selena, que había abrazado a Penélope y la acunaba—. A pesar de todo lo ocurrido, no voy a poder quedarme. Lo siento de verdad, y ya sé que debería acompañaros, pero no puedo dejar a Iris sola en los Emiratos. Llegó allí ayer, y la misión se les ha complicado. Ese poltergeist está fuera de control, y me preocupa que le pase algo a ella también. No es seguro dejarla allí, completamente sola.

—Yo me ocuparé de todo, señor —le aseguré. Luego señalé a las dos mujeres abrazadas y añadí—: Cuidaré de ellas. Y encontraré a la señorita Mina.

—Sé que lo harás. Y sé que no descansarás hasta que esté todo resuelto. Eres el único mortal a quien confiaría mi propia vida, Raoul. Lo sabes.

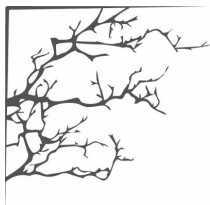
—Lo sé, señor.

Theodore asintió, satisfecho con la respuesta, y yo me giré para ir en busca del cuerpo de Freddy mientras él se acercaba a hablar con Selena.

—¡Raoul! —me gritó desde lejos, cuando yo ya me encontraba entre los árboles.

Me di la vuelta para mirarlo; un punto blanco de cabellos dorados, surreal con su camisa de lino arremangada en la gélida brisa nocturna.

—Gracias, Raoul —dijo, y desapareció entre las hojas.



Selena



Teo se marchó, no sin antes ordenar que Penélope y yo regresáramos a nuestros respectivos alojamientos en el pueblo.

A pesar de no tener mucho común, en eso las dos estuvimos de acuerdo de inmediato: ninguna pensaba irse de allí, al menos no hasta que nuestros asuntos quedasen resueltos. Ella tenía que aclarar la muerte de su esposo, y yo, la desaparición de Mina.

Ninguna de las dos era una damisela de esas que esperaban en su torre mientras otros libraban batallas por ellas.

Raoul regresó al rato, con el cuerpo del lobo muerto a sus espaldas. Cargaba a la enorme criatura como si pesara menos que una pluma, y sus bíceps esculpidos asomaban por debajo de la manga corta de su camiseta, abultados por el esfuerzo: era una visión impresionante y bastante nueva para mí. Después de todo, en el Serenata siempre iba con traje y corbata.

Suspiré, recordándome a mí misma que no era momento para pensamientos así.

Raoul se acercó a nosotras con la cabeza gacha, en una respetuosa señal de luto. Sujetaba en la mano la flecha que había sellado el destino de Freddy.

Penélope cayó de rodillas frente a Raoul, mientras este depositaba el cuerpo de su esposo, con gran delicadeza, sobre un lecho de hojarasca.

—No podemos dejarlo aquí —dije—. Mañana por la mañana vendrán los demás y...

Penélope entrecerró los ojos, temblando de rabia, y bufó como una bestia.

—Les diré que no vengan. Soy yo quien está al mando. —Alzó la mirada, con los ojos brillantes de odio—. No puede venir nadie... ¡nadie! ¿Entendéis? Necesito estar sola con él, y encontrar al que le hizo esto. Ahora, ¡marchaos de aquí!

Raoul asintió, respetando la voluntad de la viuda. Dio un paso atrás, que pareció una reverencia, y me tomó del brazo, atrayéndome hacia sí.

—Vamos —dijo, señalando el coche con la barbilla—. Te llevaré al hotel.

—De eso nada —murmuré—. No podemos dejar a Mina vagando por el bosque. ¿Y si vuelve?

Raoul me miró como si fuera una niña pequeña y contestó despacio, en voz baja y profunda:

—Penélope necesita estar a solas con él esta noche. Es su derecho. Era su pareja de vida.

—Bien. Pues vayamos al bosque a buscar a Mina y que se quede ella aquí. Hay bastante espacio para todos, ¿no crees? —repliqué, poniendo los brazos en jarras.

Raoul puso los ojos en blanco y chasqueó con la lengua.

—¿Siempre eres tan tozuda?

—No. Solo cuando alguien secuestra a mis amigas.

—Mina es inteligente, y sabe comunicarse con las criaturas del bosque. Seguramente se hizo de noche y se metió en algún sitio a dormir —dijo con demasiada tranquilidad—. A mí me ha pasado muchas veces.

—Sí, pero ella no es... —me detuve sin terminar la frase al ver cómo cambiaba su semblante.

En serio, no entendía a ese hombre. Un rato antes había perdido los estribos porque yo andaba sola por el bosque. Ahora, de pronto, le parecía bien si Mina dormía sola en cualquier agujero. ¿A qué venían esos dobles estándares?

Sí, era cierto que Mina podía conectar con los animales salvajes, en particular con los espíritus de los animales muertos. A lo mejor alguno la había guiado o le había dado cobijo. Pero, ¿y si había tenido un accidente, o se había perdido? Era una de mis mejores amigas, y no iba a echarme a dormir tan tranquila en un hotel hasta que ella estuviera sana y salva.

—No —repliqué—. No me iré hasta que vuelva. No vas a convencerme.

Raoul suspiró, dándose por vencido. Se alejó un poco de Penélope, que seguía a cuatro patas junto al cuerpo de Freddy y solo le faltaba gruñir para parecer un perro rabioso. Luego señaló el 4x4, suspirando.

—¿Es que no estás cansada? —me susurró, esta vez con un tono un poco más dulce—. ¿Las brujas no dormís?

A decir verdad, estaba agotada. Era de madrugada, y no habíamos parado desde el desayuno.

—No puedo —murmuré, esforzándome por parecer alerta—. No puedo irme así.

Raoul asintió y abrió la puerta trasera del coche.

—De acuerdo —dijo, tomándome de la mano y haciéndome pasar al interior del vehículo—. Entonces quédate aquí. Descansa un poco. —Estuve a punto de replicar y decirle que no pensaba hacerlo cuando se llevó un dedo a los labios, pidiéndome silencio—. Iré yo a buscarla. Tú quédate aquí y haz una siesta. Te dejaré las llaves del coche por si acaso, y...

Me senté y me pareció que aquel asiento era mucho más mullido de lo que lo recordaba.

—¿Esto es de Mina? —preguntó Raoul, tomando un gorro de lana verde bordado con margaritas, abandonado sobre el salpicadero. Dejó la punta de flecha sobre el techo del vehículo y olisqueó la prenda.

Asentí.

—Creo que sí. Lo llevaba puesto esta mañana.

—Servirá —dijo escuetamente.

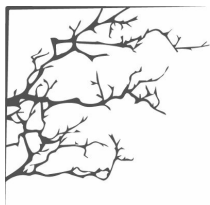
Se lo metió en el bolsillo trasero del pantalón y después se puso a rebuscar por el maletero. Al momento, regresó con una basta manta gris de arpillera. Me cubrió con ella con sorprendente ternura, asegurándose de que no quedaran resquicios entre mi cuerpo y el respaldo por los que pudieran entrar el frío y la humedad de la noche. Sus manos eran enormes, peludas, y sorprendentemente cálidas a pesar de las bajas temperaturas.

—Así mejor —dijo, admirando su obra con satisfacción—. No te preocupes. Yo me encargaré de buscarla. Nosotros no necesitamos dormir tanto como... bueno, ya me entiendes.

Un gesto de dolor cruzó su rostro, como si le costase admitir lo que era. Se apoyó un momento en el cabezal del asiento, asegurándose de que yo ya no tenía frío, y sentí su rostro a tan solo unos centímetros del mío. Sus labios, gruesos y sonrosados, estaban tan calientes que podía sentirlos sin que me tocaran. Contuve la respiración y permanecí muy quieta, pensando que me daría un beso en la frente.

Él titubeó, petrificado a mi lado, hasta que los gritos de Penélope nos sacaron de nuestro ensimismamiento.

—¡Largaos de una vez! —se la oyó gemir entre los árboles—. ¿A qué esperáis? ¡Dejadme sola con mi marido!



Raoul



Me alejé del campamento con los gemidos de Penélope todavía resonando en mis oídos. La bestia interior pugnaba por salir con una potencia inusitada. La cercanía de Selená y el olor a bosque la había despertado como nunca antes. Pulsaba, haciendo temblar cada músculo y amenazando con emerger sin permiso. Apreté la mandíbula, conteniendo la transformación con todas mis fuerzas, y me concentré en la misión actual. El aroma de Selená era dulce y delicioso, y por motivos incomprensibles me transportaba de vuelta al hogar que una vez perdí.

Pero aquello era absurdo, cuando ella ni siquiera era una de los nuestros.

Husmeé el terreno húmedo y me concentré en el gorro verde de Mina, buscando su rastro entre los cientos de olores presentes en la maleza: los conocía todos y cada uno desde mi más tierna infancia y era fácil para mí aislar los que no pertenecían a la naturaleza. Me pareció encontrar una pista junto a unos arbustos cargados de bayas negras y redondas que crecían a lo largo del río. Concentrado en ella, seguí caminando río arriba sin hacer ruido.

Entretanto, estudié la flecha que había acabado con la vida de Freddy. Me arrepentí de haber dejado mis propias flechas en el hotel, pensando que no iba a necesitarlas durante una simple reunión de coordinación.

Observé el ástil, que era finísimo, pero sumamente duro y elástico. Era posible doblarlo sin romperlo, y solo por eso la flecha seguía intacta a pesar de haber soportado el peso del lobo sobre ella entre las rocas. La punta mostraba intrincados diseños repujados en plata, posiblemente célticos, en los que se habían alojado ominosas manchas de sangre seca y negruzca.

—¿Quién te mató, y por qué? —pregunté al aire.

El olor familiar a sangre de licántropo me distrajo por un momento del rastro de Mina, desviando mis pensamientos.

Freddy y Penélope eran dos lobos foráneos, en un bosque que no era el suyo. Habían llegado hasta allí sin su manada, lo cual los dejaba desprotegidos y los convertía en un blanco fácil para los cazadores.

Pero, por otra parte, los humanos cazadores de lobos no solían dejar atrás sus trofeos; en cualquier caso, comenzaban a escasear en el país. En el pasado, nuestra población había sido diezmada. Hoy día, nuestras hembras raramente criaban ya como antes, y en general, la mayoría de la gente nos consideraba seres de leyenda, que solo habitaban en las fábulas para niños.

Otra opción, claro, eran los vampiros. Nuestros enemigos acérrimos aprovechaban cualquier oportunidad para aniquilarnos. Sin embargo, los chupasangres no solían atacarnos si no se sentían amenazados, porque sabían que podían perder la pelea. Tampoco frecuentaban los bosques; ellos eran criaturas discretas, que necesitaban pasar desapercibidas para sobrevivir, y preferían vivir en las grandes urbes, donde la afluencia de humanos era mayor y la multitud disimulaba sus excéntricas costumbres.

Tendría que hablar con Penélope a solas y comprobar que no se hubieran metido en un lío con alguno de ellos, aunque lo dudaba. Había conocido a Freddy durante muy poco tiempo, pero me había parecido un tipo poco conflictivo. No tenía aspecto de ir buscando peleas con otros sobrenaturales.

El camino se volvió estrecho y resbaladizo al aumentar la pendiente. Me concentré en no perder pie, apartando ramas con los brazos y cada vez más desconcertado. Husmeé de nuevo, comparando el rastro con el olor del gorro: no había duda. Pero, ¿por qué se había metido Mina en un sendero así, y más aún, al anochecer? No conseguía entenderlo. Igual que tampoco comprendía de dónde había salido aquella extraña flecha antigua que llevaba en el bolsillo.

El rastro se perdió frente a una escarpada pared de roca de más de dos metros. La superficie era lisa, sin ramas ni salientes por los que trepar.

Que yo supiera, las brujas no volaban. Al menos, esta no. Así que era imposible que hubiera escalado por una pared lisa, y la única opción era que hubiese regresado al campamento por el mismo camino por el que se fue. Claro que, de ser así, nos habríamos cruzado por el camino.

Permanecí en pie frente a la roca, de brazos cruzados. Luego me incliné y olfateé la superficie gris, pero no encontré huellas de Mina sobre ella. Para asegurarme mejor, me puse a cuatro patas y rastree a fondo la turba húmeda del suelo boscoso. La bruja había estado allí, pero no había continuado hacia ningún lado. Era como si, llegada a ese punto, sencillamente se hubiera esfumado.

Estaba aún agachado en el suelo cuando escuché un aullido lejano. El cielo sobre las copas de los árboles se había tornado ya violáceo, con un resplandor anaranjado a lo lejos que anunciaba el inminente amanecer.

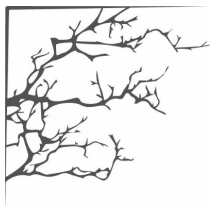
Por un segundo, estuve tentado de transformarme allí mismo y correr hacia el lugar de donde había venido el aullido para averiguar más.

Pero inmediatamente comprendí que aquello era un error, por varios motivos.

El primero, porque Damir podía rondar por la zona y notar mi presencia.

Y el segundo, porque acababa de ocurrírseme una hipótesis más, que de pronto parecía la más obvia.

Alguien le había disparado esa flecha a Federico Molina, y era más que posible que sus asesinos hubieran pertenecido a su misma especie.



Selena



Desperté en el todoterreno, con el cuello entumecido y las puntas de los dedos congeladas. Temblaba, pero no solo de frío: también por las pesadillas, que siempre se repetían. En el bosque había amanecido, y los cantos de los pájaros se filtraban a través de una minúscula rendija de la ventanilla que había dejado abierta. Consulté el móvil: las siete y media de la mañana, sesenta por ciento de batería. Según mis cálculos, había dormido tres o cuatro horas.

Al salir del vehículo noté olor a humo y caminé con cautela hacia las tiendas. Entre ellas encontré a Penélope y a Raoul, acucillados frente a una pequeña hoguera rodeada de piedras sobre la cual habían acomodado un trípode con una cafetera de aluminio. El líquido borboteó, amenazando con salir justo en el momento en que me acerqué a ellos.

Raoul me saludó con un leve gesto de la barbilla y fue a retirar la cafetera del fuego, ayudándose de un trapo deshilachado. Penélope, sin embargo, siguió mirando la danza de las brasas como si yo no estuviera allí.

—¿Has conseguido descansar un poco? —me preguntó Raoul, sirviendo café en tres tazones metálicos y tendiéndome uno.

Asentí en silencio, para no perturbar a Penélope con nuestra cháchara banal. No se veía al lobo muerto por ninguna parte.

Me calenté las manos con la taza y aspiré el familiar aroma a café, mil veces más delicioso en medio del frío bosque.

—¿Noticias de Mina? —susurré en voz baja, aunque estaba claro que mi amiga no había regresado todavía.

Raoul sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Seguí su rastro por el bosque —murmuró, dando un sorbo de la bebida hirviente. Me pregunté cómo hacía para no quemarse, pero no lo dije en voz alta. Hizo una leve mueca y continuó—. La pista se pierde junto a una pared de roca. ¿Te suena que conociera algún hechizo para teletransportarse, desaparecer o volar?

A pesar de la inquietante situación, casi se me escapó una carcajada al oír aquello.

—No, que yo sepa. No conozco a nadie capaz de hacer algo así.

—Ya.

Raoul se levantó y fue a buscar un bote de azúcar en la improvisada cocina que los arqueólogos habían montado bajo unas lonas. Se echó medio bote, formando una montañita blanca dentro de la taza, con la punta sobresaliendo como un iceberg sobre la superficie del café humeante.

En ese momento, Penélope se dio la vuelta y me miró por primera vez desde mi llegada. Profundas ojeras sobresalían por debajo de la montura de sus gafas, y aparentaba diez años más que el día antes.

—La Umbrícora —dijo con voz ronca—. Fue la Umbrícora la que se lo llevó a los mismísimos Infiernos.

Observé que sostenía el fragmento del prisma cristalino que habían encontrado el día anterior: era poco más que un trozo de vidrio opaco y rayado, con una punta triangular y el otro extremo partido. Recordaba al típico pedrusco que uno podía comprar por un par de monedas en cualquier mercadillo esotérico con cristales.

Alargué la mano para posarla sobre el hombro de Penélope. Solo quería transmitirle un poco de mi energía curativa, pero ella me apartó con una fuerte sacudida.

—No. Quiero sentir el dolor con toda su intensidad. No quiero calmantes que lo enmascaren.

Me aparté, comprendiendo. Después Penélope volvió a quedarse mirando el fuego, sin decir nada más. Raoul se levantó y me hizo un gesto para que lo siguiera. Apuré el resto de mi café y dejé la taza en el suelo, junto a la pequeña hoguera.

Nos alejamos un poco de Penélope, y cuando estuve segura de que no podía oírnos, le pregunté:

—¿Dónde está Freddy?

La pregunta pareció incomodarlo, pero respondió de todos modos.

—Penélope lo ha enterrado de forma provisional en algún lugar secreto; no me ha dicho dónde. La tradición requiere un funeral público frente al alfa de su manada y con toda su familia presente. Necesita una despedida formal para encontrar el camino hasta la Madre Luna. Pero se niega a volver a su casa hasta que aclare lo sucedido.

—Yo tampoco pienso hacerlo —dije, tratando de erguirme para no parecer una niña frente a aquel hombre inmenso—. Pero deberíamos llamar a la policía.

Raoul se mordió el labio, dudando.

—Le prometí a Theodore que resolveríamos esto por nuestra cuenta. Freddy ya está muerto, así que llamarlos no cambiará nada.

—Sí, pero, ¿qué hay de Mina?

—No han pasado ni veinticuatro horas. Y, además, ya te he dicho que la encontraré. Aunque sea lo último que haga.

Clavé los talones en el barro, dispuesta a discutir todo lo que hiciera falta. No regresaría a Ibiza sin mi amiga. Y no dejaría que su rastro se perdiera en el viento por una negligencia nuestra.

—Antes de que digas nada, tengo un plan —continuó Raoul, mirándome de reojo—. Pero es algo que tengo que hacer solo.

—¿A qué te refieres?

Lo miré con los ojos entrecerrados, y noté que desviaba la vista hacia las puntas de sus botas, azorado. Siempre me pareció muy extraño que le causara tanta incomodidad reconocer su verdadera naturaleza. Jamás lo había entendido.

—¿Te refieres a...? —pregunté.

Asintió en silencio.

—Esta noche la luna estará casi llena. Es el momento perfecto. Seguro que habrá otros cerca, y podría establecer una conexión mental con ellos, o incluso ir a buscarlos. Ellos... —dudó, como si hubiera algo que no quisiera contarme—. Ellos podrían saber algo. Podrían haber visto algo.

—Entiendo, pero...

Quise preguntar por qué era tan importante ir a buscarlos en su forma de lobo, y él pareció leer mi mente.

—No me recibirían como humano. Y, además, sería peligroso. No podría defenderme.

Calló de golpe.

—¿Los lobos suelen ser agresivos los unos con los otros? —pregunté, rezando por no haber usado algún término ofensivo sin saberlo.

Negó con la cabeza y arrancó una ramita. Se puso a escarbar en el suelo con ella, destapando un nido de gusanos blancos y carnosos.

—No. Tranquila. No tienes por qué preocuparte —contestó sin mirarme—. Puedes quedarte aquí con Penélope mientras yo voy a echar un vistazo. Sobre todo, vigila que no haga ninguna tontería, y que no se vaya muy lejos. Me marcharé en cuanto caiga el sol.

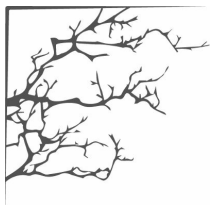
Mi estómago rugió, y él sonrió enternecido.

—¿Por qué no bajas al pueblo y traes algo de comida? —propuso, señalando el 4x4 aparcado tras los árboles—. Y échale un vistazo al gato de Mina: seguro que esa bola de pelo fluorescente se ha comido todo el pienso.

—A decir verdad, lo que más le gusta son las samosas de guisantes. Pero yo no sé hacerlas.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, pues échale cualquier cosa. Sobrevivirá. Y ya que vas, trae también algo de ropa de abrigo, y mantas para vosotras... parece que esto irá para largo.



Raoul



Esta noche, Selena y Penélope volvieron a negarse a dormir en el pueblo. Me resultaba incómodo dejar a Selena en compañía de Penélope, que me daba poca confianza, pero la bruja era más testaruda que una mula.

Habilité una de las tiendas para que pudieran dormir en ella. Cubrí el suelo con sacos de dormir y mantas, aunque Penélope dijo que no los necesitaba. Probablemente no fuera tan sensible al frío nocturno. Le hice prometerme que no se transformaría mientras estuviera a solas con Selena, ni tampoco saldría a correr por el bosque sola. Aceptó a regañadientes.

Me alejé lo suficiente para asegurarme de que ninguna de las mujeres pudiera verme; o, mejor dicho, una en concreto. Busqué un lugar discreto y bien iluminado por la luna hasta dar con un pequeño claro rodeado de pinos silvestres y abedules.

Me desnudé despacio y escondí mi ropa, bien doblada, en una grieta honda entre dos rocas. Guardé la misteriosa punta de flecha entre las prendas y luego me puse a cuatro patas.

Parecía mentira, pero llevaba años sin hacerlo: concretamente, desde aquella pelea fatal con Damir; aquella que había acabado con la vida de mi padre, y casi también con la mía. Muchas noches me despertaba gritando y revivía ese día. Habría sido mejor que Damir hubiera acabado también conmigo, porque al perdonarme me había obligado a llevar aquella carga a cuestas por el resto de mi vida, y a vivir en deshonra. Si no lo hizo, no fue por descuido.

Desde entonces, el duelo y la vergüenza me habían llevado a renegar de mis raíces y de mi verdadera naturaleza. Solo quería ser un hombre, un mortal ordinario, sin manada y sin pasado. Theodore d'Alessandro me había ofrecido justamente eso, y yo había aceptado.

Me erguí sobre los brazos, todavía a cuatro patas. Alcé la cabeza a la luna y la miré fijamente, dejando que su mágica luz blanca bañase por completo mi frágil y desnudo cuerpo de humano.

La luz lunar atravesó mi piel y comenzó a correr por mis venas. Comencé a temblar, sintiendo la bestia crecer dentro de mí. Un escalofrío me recorrió al sentir de nuevo el zumbido de la transformación; esa magia latente que jamás me había abandonado.

El dolor, agudo y punzante, me recorrió como un rayo. Duró tan solo un segundo, pero fue tan intenso que me hizo gritar.

Mi grito se convirtió en un aullido, y pronto sentí la brisa removiendo mi pelaje, de un rico tono marrón salpicado de motas negras. Todos los olores se volvieron mil veces más intensos, y escuché las hojas susurrar bajo las suaves pisadas de una ardilla, que huía del depredador en el que acababa de convertirme.

Estiré la espalda y mis vértebras crujieron: llevaba demasiado tiempo sin tomar aquella postura.

Sentí la libertad y la fuerza de mi verdadero ser, por fin liberado, y aullé con todo el aire de mis pulmones, mirando a la luna.

Luego di un salto y eché a correr por el bosque, disfrutando del placer de correr tan rápido como el viento, saltando los obstáculos sin dificultad y sintiendo cada aroma, cada chasquido y cada presencia animal en los alrededores. Las almohadillas de mis patas amortiguaban mi galope sobre el suelo boscoso, y yo avanzaba casi sin tocarlo.

La brisa me trajo el olor de una piara de jabalíes: una madre con varias crías prácticamente adultas, buscando comida en el sotobosque. El instinto cazador se apoderó de mí al instante. Aminoré el paso, mientras mi cerebro maquinaba la mejor forma de acercarme a ellos sin ser notado: durante mi vida en los bosques, no había cazado mucho en solitario. Era mucho más fácil rodear a las presas entre varios, creando una trampa imposible de evitar. Pero esta noche no tenía a nadie más que a mí mismo.

Me detuve y sentí algo más en el aire.

Estos no eran presas, sino lobos como yo.

Me agazapé tras unos arbustos.

Como hijo de alfa, tenía la capacidad de abrirles las puertas de mi mente y comunicarme con ellos a distancia. Pero, si lo hacía, cualquiera podría descubrir que estaba cerca. Y la condición de Damir para perdonarme la vida era que desapareciese de los bosques pirenaicos para siempre.

Antes de hacer pública mi presencia, tenía que comprobar primero si los recién llegados eran amigos o enemigos. Si me precipitaba, podía toparme con él, o con alguno de sus secuaces.

Caminé con sigilo, dispuesto a averiguar más. Comprobé la dirección del viento, y me situé contra esta para evitar ser detectado. Me adentré entre los abetos, montaña arriba, y avancé durante lo que pareció una eternidad. Si había más de uno y daban conmigo antes que yo con ellos, era lobo muerto.

El leve chasquido de una brizna de hierba seca atrajo mi atención. Algo se movió entre las hojas, y después se quedó completamente quieto.

Ahora, ambos sabíamos que no estábamos solos.

Me preparé para lo peor.

El morro de un lobo pardo asomó entre los arbustos, olisqueando el aire con cuidado. No parecía saber dónde estaba yo exactamente, lo cual me daba ventaja.

Lentamente, comenzó a acercarse.

Me olía, pero no me veía.

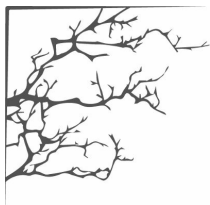
Cuando estaba tan solo a unos pasos, comprendí que solo me restaban dos opciones: huir... o atacar. Y ninguna terminaría bien.

Me agaché para coger impulso, preparándome para saltar sobre él antes de que él lo hiciera.

Mi oponente se adelantó y se lanzó sobre mí, haciéndome rodar por el suelo. Luego embistió contra mi pecho con todo su peso. Sus fauces se cerraron en torno a mi cuello, a punto de perforar mi yugular.

En el último momento, se detuvo.

Nuestros ojos se encontraron, y solo entonces comprendimos, al unísono, que ya nos conocíamos de antes.



Selena



Me costó dormirme tan cerca de Penélope. La mujer no paraba de retorcerse y dar patadas a las mantas en el otro extremo de la tienda. Se durmió antes que yo, pero hablaba constantemente en sus sueños, e incluso gritaba de vez en cuando. Llamaba a Freddy y luego se ponía a llorar sin llegar a despertarse del todo. Compartir tienda con ella era una auténtica tortura.

Llegó un punto en que no pude soportar ni un minuto más sus movimientos bruscos y sus gemidos, que me sobresaltaban cada vez que comenzaba a adormecerme. Me acerqué a ella sin hacer ruido y le puse las manos sobre el abdomen, canalizando mi energía curativa. Por fin, la mujer se calmó y cayó en un profundo sueño.

Suspiré, agotada tras el largo día y el gasto extra de energía que siempre suponía usar mis dones de curación. Luego me tendí en el saco de dormir, con las mantas cubriéndome hasta los ojos. Me dormí, creyendo en mi ingenuidad que me despertaría al alba, cuando Raoul regresara con noticias de Mina.

Pero me equivocaba.

Abrí los ojos de golpe, sintiendo algo anómalo en el ambiente. Tanteé a mi alrededor, mientras me habituaba a la oscuridad.

Penélope ya no estaba en la tienda, y en su lugar había solo una bola de mantas arrugadas. Había dejado abierta la cremallera de la entrada, y la puerta de tela impermeable ondeaba al viento, dejando que el viento helado se colara en el interior.

—¿Penélope? —la llamé, asomando la cabeza por la abertura mientras me frotaba los ojos—. ¿Estás ahí?

Tomé una inspiración profunda para calmarme.

«*Está bien*», me dije, «*seguramente habrá ido al baño*».

Pero tardaba mucho en regresar. Aquello no era normal. Con un suspiro, cogí una linterna que Raoul me había prestado y me eché una de las mantas por los hombros como una capa. Luego metí los pies en las zapatillas sin calzármelas y salí de la tienda.

La hierba estaba húmeda, cubierta de una fina capa de escarcha. En el aire se respiraba la llegada del invierno, y con cada inspiración sentí la gelidez del ambiente enfriar mi garganta.

—¿Penélope?

Di una vuelta entre las tiendas del campamento. La luna estaba casi llena y lo iluminaba todo con claridad.

Escuché un chapoteo junto al río, a lo lejos. Caminé hacia el origen del sonido, ignorando la punzada de pánico que amenazaba con apoderarse de mi conocimiento.

—Penélope, ¿estás ahí? —pregunté, iluminando la zona.

Había una figura agachada junto al agua, rebuscando en el fondo del cauce. Se levantó de golpe, y la luz se reflejó en sus ojos, que brillaron como los de un gato.

—Ah, aquí está otra vez la curandera... —siseó Penélope alzando el rostro—. ¿Vienes otra vez a intentar hipnotizarme?

Su pelo y su ropa estaban empapados.

—¿Te estabas bañando? —pregunté sorprendida—. Te vas a resfriar... anda, vuelve dentro.

Le tendí la mano para ayudarla a levantarse, pero Penélope se limitó a reírse en voz alta; una risa como un graznido, que resonó en el silencio del bosque.

—No tengo frío. Lárgate, estoy ocupada.

Ignoré su tono insolente. Después de todo, lo que le había sucedido a Penélope era suficiente para volver loco a cualquiera.

Volvió a agacharse, y noté que tenía a su lado la pieza del Prisma que habían encontrado un par de días antes. Estaba sumergida hasta las rodillas, tamizando gravilla del lecho del río obsesivamente.

—¿No puedes dormir? —insistí, y viendo que no contestaba continué—: Puedo hacerte una infusión si quieres, pero tendrá que ser junto a la tienda. Es peligroso estar aquí fuera de noche. Sería mejor si volvieras y...

Penélope dejó el tamiz a un lado y bufó.

—¿Volver? ¿Por qué? ¿Tienes miedo de las criaturas del bosque? —Entrecerró los ojos—. ¿Tienes miedo de... los lobos?

Tragué saliva.

—Sí, a veces —contesté secamente.

El aleteo de un ave me hizo alzar la cabeza. Una sombra negra pasó fugazmente sobre nosotras, para luego desvanecerse.

—Y de otras criaturas también —añadí mirando al oscuro cielo.

—Haces bien —respondió ella, asintiendo—. Hay lobos muy, *muy* malos. Y les encantan las chicas como tú.

Ahuecó las manos sobre sus pechos y caderas, dibujando curvas exageradas y dando a entender por qué les gustaban *las chicas como yo*. Apreté la mandíbula, sintiendo que aquella mujer desquiciada estaba a punto de agotar mi paciencia y hacerme explotar. Parecía estar poniéndome a prueba a propósito. Quizás tuviera un motivo oculto, o quizás fuera simple malicia.

Penélope echó a reír al ver mi expresión de hastío, y su rostro se desencajó por completo, como el de alguien que ha perdido la cordura del todo.

—Vale, Penélope —le dije, mordiéndome la lengua—. Haz lo que te dé la gana. Yo vuelvo a la tienda. Buenas noches.

«Y que te den», pensé, aunque eso me lo callé.

Me di la vuelta y comencé a volver sobre mis pasos, comprobando cuántos dedos cabían en la cinturilla de mis pantalones: al comprarlos cabían tres. En este momento, ninguno. El estrés siempre me daba hambre, y últimamente había tenido mucho. La comida había sido mi único consuelo durante muchos años, cuando no tuve a nadie a quien contar mis penas. Pero ese consuelo tenía un precio.

Entretanto, la linterna parpadeó, y le di un golpecito para que volviera a encenderse.

—Claro, claro, vete... —dijo Penélope por detrás con tono malévolo, retomando su tarea de tamizado—. ¿No es eso lo que haces siempre? Dejar a los tuyos desprotegidos, a la merced de los salvajes... ¿Qué más da si aparecen despedazados al día siguiente, con el cuello roto y las mejillas descarnadas? Lo importante es que tú disfrutes de un sueño reparador, ¿a que sí, señorita Herrera... *Capuchita*?

Me detuve de golpe y me di la vuelta. Habría jurado que la sombra de la arqueóloga se había vuelto el doble de grande, y humeaba a su alrededor con tentáculos grises y rizados.

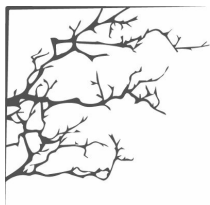
—¿Por qué me has llamado así? —le pregunté, con la voz temblando de rabia. Solo una persona conocía ese mote, y no lo había compartido jamás con nadie—. ¿Y cómo te atreves a

decir algo así de mí, sin conocerme siquiera?

La mujer se encogió de hombros, con expresión de lunática. Después tomó el Prisma de Ordesa y se lo metió en un bolsillo con cremallera de su chaqueta amarilla. Se aseguró de que estuviera bien cerrado y se puso a cuatro patas, estirando la espalda como un gato. Cuando me miró, esta vez fijamente y sin parpadear, observé que un fino velo negro empañaba sus pupilas. El humo negro se disipó, dejando solo finos hilillos grises que se enroscaron en torno a sus brazos y piernas antes de desaparecer.

—El bosque habla... —dijo con voz ronca—. El bosque sabe...

Después echó a correr como un cuadrúpedo y se perdió en la penumbra de los árboles circundantes.



Raoul



Los colmillos de la loba, a meros milímetros de mi carne, se detuvieron súbitamente. Reconocí de inmediato su pelaje marrón oscuro, y la peculiar mancha blanca sobre la frente, en forma de estrella. Sus ojos relucieron mientras me observaba de arriba abajo, reconociéndome también. Me golpeó con el morro, instándome a abrir la conexión mental entre nosotros para poder comunicarnos.

“Raoul”, dijo su voz dentro de mi cabeza, “¡Eres tú!”

Ella seguía encima de mí, pero sentí que el peligro se disipaba. Relajé mis músculos e inspiré su aroma, que hacía tanto que no sentía.

“Pensaba que no volvería a verte,” añadió, incrédula.

“Tanaya... hermana.”

La loba se echó atrás, liberándose.

“No puedo hablar contigo,” dijo. “Tengo que marcharme.”

“¡Espera!” la llamé mentalmente, viendo que se daba la vuelta y comenzaba a trepar por la pendiente. “¡Por favor, no te vayas!”

“Damir me matará. Y a ti también, hermano, si no te vas inmediatamente.”

Se alejó con pasos pesados, muy distintos de los brincos alegres que yo recordaba en mi bulliciosa hermana pequeña cuando éramos cachorros. Los años separados no solo me pesaban a mí: también la habían cambiado a ella.

“¡Por favor, espera!” la llamé. “¿Cómo está madre? Solo dime eso.”

“Madre vive”, respondió ella con tono tajante. “Es todo lo que puedo decirte. Ahora vete, Raoul.”

La seguí en silencio. No me marcharía hasta que cumpliera con mi misión y obtuviera respuestas sobre Mina y Freddy.

“Tany... Necesito saber algo”, le dije. “Ha desaparecido una mujer, y también ha muerto un lobo. ¿Sabes algo? A lo mejor fue Damir, o alguno de los suyos...” Luego, dolorido, añadí: “de los vuestros.”

Tanaya se giró, con los ojos relampagueando de furia.

“Muchas mujeres desaparecen, y muchos lobos han muerto. Es todo lo que puedo decirte.” Después me enseñó los colmillos con gesto beligerante. “No me sigas, Raoul. Trazarán tu olor e irán a buscarte. No me hagas cargar de por vida con la muerte de mi propio hermano. Ya hemos sufrido suficiente, ¿no crees?”



La escuché marcharse mientras el dulce aroma de su rastro se perdía en la noche. Habría sido muy fácil seguirla y descubrir dónde vivía ahora y cómo estaba nuestra madre, pero no lo hice... todavía.

Lo haría más tarde, cuando Tanaya y madre ya durmieran en su forma humana, con el sentido del olfato atrofiado por las limitaciones de ese cuerpo. Eso dificultaría que detectasen mi presencia. No me importaba romper mi promesa; ahora que había vuelto a verla, para mí era vital

descubrir cómo estaban y si aún tenían una casa, aunque fuese una cabaña, en el bosque o en alguna aldea relativamente cercana. Nuestro antiguo hogar, al igual que el de muchos otros, había sido requisado por Damir al convertirse en alfa. Llevaba años preguntándome qué habría sido de ellas, y no iba a desperdiciar la oportunidad de descubrirlo por fin.

Retomé la pista de los jabalíes y vagué por el bosque, sumido en mis recuerdos.

El animal más cercano era poco más que una cría, bien cebada para el invierno. Se había alejado de la madre, y el olor de su sangre caliente ensanchó mis orificios nasales, arrastrándome hacia ella como un imán. La pequeña jabata tenía la respiración acelerada y temblaba, asustada y sola sin su progenitora.

El humano en mí se habría compadecido de ella.

El lobo, sin embargo, tenía hambre.

No fue difícil acorralarla hasta tenerla en la posición perfecta. Solo un salto, un mordisco certero, y podría abatirla. Un golpe seco, rápido y sin sufrimiento.

Me agazapé, concentrándome en su fornida garganta.

Mis sentidos se agudizaron, y de inmediato noté que algo no andaba bien.

El bosque tomó un matiz sombrío; las sombras cobraron vida y se retorcieron como serpientes oscuras. La jabalina delante de mí desapareció, y en su lugar se plantó frente a mí un enorme monstruo grotesco. Su piel, antes suave y oscura, se había cubierto de sombras inquietantes que se movían como tentáculos.

Gemí, con el rabo entre los cuartos traseros, y di un paso atrás.

Un susurro sibilante llenó mis oídos: eran palabras ininteligibles, en un idioma extraño pero cargadas de malevolencia. La criatura me miraba con los ojos encendidos, como si pudiera leer mis pensamientos más oscuros y adentrarse en mis miedos y en mis recuerdos. Mis barreras mentales comenzaron a desmoronarse bajo la presión.

El morro del animal cambió de forma, estrechándose hasta convertirse en el de un lobo, y vi frente a mí a una versión corrompida de Damir, el mismo lobo que había arruinado mi vida entera.

“¡Fuera de mi territorio!” gruñó la bestia, adentrándose en mi mente sin permiso. “Huye con el rabo entre las piernas, como el cobarde que eres. ¡Huye ahora, o muere!”

Aquello no era un jabalí, ni mucho menos una presa: era un enemigo mortal camuflado.

El instinto depredador se apoderó de mi conciencia y salté hacia adelante con todas mis fuerzas. No intenté un ataque rápido y limpio; en lugar de eso, hundí mis colmillos en la carne de la bestia con una ferocidad descontrolada. La criatura emitió un chillido agudo y porcino, que en mi mente sonó como una risa burlona. Me ensañé, viendo solo el monstruo con las facciones de Damir, hasta que el bosque entero quedó salpicado de sangre, que se mezcló con las sombras danzantes. Después, la oscuridad comenzó a extenderse como humo por el suelo del bosque, con un siseo de fuego apagándose.

El humo negro se disipó, y solo entonces solté a la criatura.

Mis ojos se encontraron con los orbes en blanco de la cría de jabalí, que temblaba como una hoja, desplomada de costado.

La criatura gemía mientras agonizaba sin comprender lo sucedido.

La culpa me sacudió mientras regresaba al momento presente y la oscura alucinación de Damir desaparecía.

De un mordisco terminé con el tormento de la jabata, sin comprender qué me había llevado a cometer aquella atrocidad innecesaria.

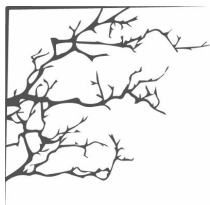
Era como si una fuerza ajena a mí me hubiera obligado a hacerlo; como si un poder oscuro hubiera nublado mi entendimiento.

Los lobos cazábamos por supervivencia, pero nunca por diversión. La crueldad deliberada se castigaba duramente en la manada.

La caza se me había ido de las manos. ¿Había pasado demasiado tiempo sin cazar? ¿Me había vuelto incapaz de controlar el instinto depredador?

Postrado en el suelo frente a mi presa muerta aullé a la Madre Luna mientras regresaba a mi forma humana. Ni siquiera comí, asqueado por mi propia crueldad y la pérdida de control que había experimentado.

Después corrí desnudo por el bosque, cubierto de sangre, y me pregunté qué habría ocurrido si me hubiera encontrado a Tanaya detrás de ese matorral, en lugar de a la pobre jabata.



Raoul



Alcané el lugar donde había escondido mi ropa y me fabriqué una guarida para dormir con rocas y hojas secas. Caí rendido en el acto, aun a sabiendas de que era una idea terrible quedarme en ese lugar. Si el clan de Damir trazaba mi olor, estaría muerto antes de abrir los ojos. Dormí una hora, quizás dos, hasta que la primera claridad del alba me desveló. Tuve una pesadilla tras otra, despertando cada pocos minutos con el corazón acelerado.

Desperté en mi forma humana, tratando de lamerme los cuartos traseros. Tardé unos segundos en recordar cómo había llegado hasta allí y por qué mi pelaje había desaparecido. Mi piel seguía cubierta de manchas oxidadas, y el sabor a sangre persistía en mi lengua. Escupí sobre la tierra, disgustado; no tanto por el sabor, sino por los recuerdos de la noche.

Regresé sobre mis pasos hasta el lugar donde había encontrado a Tanaya, y desde allí comencé a trazar su estela. Estaba aún fresca y no fue difícil.

Caminé sigilosamente, sumido en mis pensamientos y tratando de comprender por qué me había dejado llevar por los instintos más primarios durante la noche anterior.

El sol comenzaba a despuntar cuando llegó hasta mí el tufo a humo de chimeneas, perros y desperdicios humanos: clara señal de la presencia cercana de una aldea. Aminoré el paso y tuve cuidado de ocultar tanto mi presencia como mi olor.

A lo lejos se erguía la mansión Montblanc, ahora casi en ruinas. Era la casa más grande y antigua de la aldea, que una vez dio cobijo a los míos y a todo aquel que lo necesitase. Había sido construida al borde de un profundo barranco, con el sudor y el esfuerzo de varias generaciones. La insignia de los Montblanc seguía tallada sobre la piedra clave de la entrada, pero eso era lo único que quedaba de nosotros.

Continué avanzando, sigiloso, hasta divisar tres o cuatro casas más humildes de madera, un establo y un granero. Un camino de piedras era el único acceso hasta la primera de ellas, frente a la cual había aparcado un todoterreno desvencijado, tan viejo que mostraba enormes manchas de óxido en la chapa del techo y el capó.

La chimenea emitía un delgadísimo hilillo de humo, y una luz tenue procedía de una de las pocas ventanas.

Me acerqué a gatas hasta la primera cabaña entre los pinos y me asomé un instante por el cristal.

Ahí estaban.

Mi madre, en su forma humana y ataviada con un batín gastado, atendía los fogones con aspecto demacrado y envejecido: al verla parecía que hubieran pasado muchos más años desde mi partida. Poco más allá, en un rincón de la cocina, se encontraba mi hermana Tanaya, tan hermosa como siempre, con su oscura trenza rojiza, la peca en la frente y sus cejas pobladas a lo Frida Kahlo; pero ahora había también profundos círculos oscuros bajo los ojos. Soñolienta, removía un tazón de leche. Vestía algo parecido a un uniforme de supermercado mientras leía una novela amarillenta sobre aquel tablón de madera tosco y astillado que hacía las veces de mesa.

—¿A qué hora entras hoy, *ma chérie*? —le preguntó madre.

—A las ocho. Me toca abrir —respondió Tanaya, alzando la vista de su libro. Después dudó un momento, como si estuviera a punto de decir algo, y calló.

—¿Vendrás a comer? —dijo madre—. Prepararé los conejos que trajiste anoche.

—No. —Tanaya sacudió la cabeza—. Hoy sustituyo a Mayra otra vez; está enferma. Saldré a las diez. Tampoco me esperes para cenar.

Madre suspiró y se giró a mirarla, apoyando el cucharón de madera sobre la reducida encimera de la cocina.

—Trabajas demasiado —dijo, y el dolor recorrió mi pecho al escuchar su tono amargo—. No puedes hacer turnos dobles y después cazar toda la noche.

Tanaya se cruzó de brazos y apartó la novela, que llevaba el sello de una biblioteca pública.

—¿No? ¿Y entonces qué hacemos? ¿Empezamos a comer lombrices?

Madre se quedó en silencio, y Tanaya continuó, con los nudillos crispados sobre el asa de la taza.

—Sabes que Damir nunca parará. Cada céntimo que entra en esta casa termina en sus arcas. Está obsesionado con su imperio imaginario, con convertirse en el alfa más poderoso del sur de Europa. Si no nos marchamos, nos exprimirá hasta que exhalamos nuestro último suspiro.

—No me marcharé de este bosque, y lo sabes. Soy una Montblanc, y esta es mi casa. Este es el hogar que fundé con tu padre: el sitio donde crecieron mis hijos —replicó madre con los brazos cruzados y tono beligerante—. Pero tú puedes irte. Nadie te retiene aquí.

Una honda arruga surcó el entrecejo de mi hermana y noté que apretaba la mandíbula en silencio.

Sentí vergüenza de mí mismo, y a la vez una profunda admiración por Tanaya: pudiendo marcharse lejos y empezar una nueva vida, era la única de los hijos Montblanc que había decidido quedarse a cuidar de nuestra madre. Nuestra hermana mediana, Séraphine, tuvo mejor suerte, y se casó con un miembro de un clan francés antes de que... cerré los ojos, devolviendo mi atención a la escena en la cocina.

—¿Queda leña? —preguntó Tanaya con voz tensa.

Madre negó, mirando al suelo, y se apretó el cinturón del batín, dejando ver lo huesudos y angulosos que se habían vuelto sus hombros.

—Saldré a buscar algo más tarde —dijo madre—. Cuando haga menos frío.

—Sabes que no debes cargar peso.

—Me las apañaré —replicó madre, y luego señaló el reloj de pared—. Vas a llegar tarde. Vete.

Tanaya se levantó y cogió un anorak viejo del perchero. Se acercó a la puerta y se giró hacia madre, pensativa.

—Madre... —dijo, titubeante—. Anoche, cuando salí de caza... —Dudó de nuevo y calló.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —preguntó madre tensando la espalda—. No me digas que volviste a encontrarte con ese malnacido. Si vuelve a tocarte, juro que...

Clavé las uñas en las tablas de madera que cubrían la fachada, rabioso en mi impotencia.

—No. No —dijo Tanaya, jugueteando nerviosa con las llaves del coche—. No era Damir. Me encontré con... —Alzó la mirada, observando la reacción de madre, y yo hice lo mismo desde mi escondite. Luego su voz se diluyó en un susurro—. Con Raoul, madre. Lo vi cerca de aquí, valle abajo. No sé por qué vino, después de tanto tiempo en el exilio, pero dijo algo de una mujer desaparecida, y...

A madre se le cayó el cucharón dentro de la olla con un sonoro chapoteo, y sobre su rostro descendió un velo oscuro.

—No vuelvas a pronunciar ese nombre en esta casa —murmuró, mirando a un lado y otro—. Mi hijo mayor está muerto... ¿me oyes? Igual que su padre.

Mi hermana se miró los zapatos, compungida, y madre continuó en un tono que a duras penas pude escuchar.

—Sabes lo que ocurriría si volviese, ¿verdad? ¿Y si te hubieran visto con él? ¿Te imaginas lo que podría pasarnos a los tres? Por favor, Tanaya. Ya perdí a mi marido y a mi primogénito, y Séraphine se ha marchado para siempre. No podría perderte también a ti.

Tanaya se mordió el labio, tragándose sus palabras.

—Si vuelves a verlo, no hables con él, no te acerques... solo huye lo más rápido que puedas, ¿me has entendido? —le espetó madre.

Después colocó la tapa de la olla en su sitio con un fuerte ruido metálico, subrayando sus palabras. Tanaya se limitó a asentir, apesadumbrada.

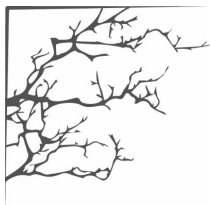
—No sé qué pudo pasarle por la cabeza para presentarse aquí, pero espero que le devolvieras el sentido común —murmuró madre, devolviendo su atención al guiso—. Espero que no vuelva jamás.

Sus palabras me dolieron, aunque las merecía.

Tanaya posó la mano sobre la manija de la puerta, muy despacio, y se dispuso a salir.

—Lo vi bien, madre. Tenía buen aspecto —murmuró, pero nuestra madre no la oyó, o fingió no hacerlo.

Después giró la llave y yo escapé de allí tan rápido como pude, sin mirar atrás, pero perseguido por los fantasmas del pasado.



Selena



Al amanecer escuché pasos acercándose y temí que Penélope hubiera regresado, aún más delirante de cuando se había marchado.

Tras nuestra discusión por la noche desapareció en el bosque. Luego volvió y se sentó de nuevo junto al río, buscando frenéticamente aquel tesoro que tanto anhelaba. Yo, mientras tanto, me tumbé en la tienda, con los ojos como platos y fijos en las costuras del techo. No podía sacudirme de encima el presentimiento de que había algo oscuro y macabro acechando en aquellos bosques: había visto el humo negro en torno a Penélope, y eso debía de ser prueba suficiente de que yo no estaba loca.

Un par de horas más tarde escuché el motor del 4x4 alejarse, y deduje que Penélope me había robado las llaves y se había marchado con nuestro coche, el único que quedaba en el campamento. Al asomar la cabeza fuera de la tienda comprobé que me había abandonado allí sin más miramientos, atrapada en medio de la espesura, sin cobertura telefónica y sin manera de regresar al pueblo.

Por suerte, los pasos que se acercaron de buena mañana eran de Raoul, y no de la arqueóloga trastornada. El pobre llegó arrastrando los pies, sucio y cabizbajo, y se sentó a mi lado en una silla plegable que a duras penas podía contener la enormidad de su cuerpo fornido.

Yo llevaba un buen rato levantada, desde que el motor del coche me había despertado. Había hecho un fuego para hervir agua con el poco café que quedaba, y mordisqueaba pan reseco con mermelada del día anterior. Me giré a saludarlo y solo entonces observé que la suciedad que lo cubría se parecía mucho a la sangre seca. Se me escapó un grito y me tapé la boca, levantándome como un resorte a examinarlo más de cerca.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? —exclamé, rodeándolo con los brazos y palpando sus heridas. Los músculos de sus hombros se notaban calientes, duros y tensos bajo la tela.

—Estoy bien —respondió sin mirarme, en su típico estilo reservado, aunque no me apartó de él.

Le pasé la mano por los brazos y los pectorales, solo para asegurarme de que no tuviera lesiones graves, y traté de concentrarme en la tarea. Era cierto: no parecía tener más que un par de rasguños.

—¿Por qué estás cubierto de sangre? ¿De quién es, dónde has estado? ¿Descubriste algo anoche?

Me miró, desconcertado, esforzándose por procesar todas mis preguntas de golpe. Se quedó callado, con una ceja alzada, y comprendí que lo estaba apabullando con aquel interrogatorio.

Le serví una taza de café cargado de azúcar, recordando que le gustaba así. Luego esperé a que diera un par de sorbos y entonces reformulé mi pregunta, simplificándola:

—¿Qué pasó anoche?

Raoul se quedó observando la taza, tan fijamente que pensé que le había caído algo dentro. Después metió la punta del dedo en el líquido y rescató del brebaje a un pequeño insecto alado. Lo sujetó suavemente, con una delicadeza sorprendente para un hombre de manos tan enormes, y después lo envió lejos de un soplido.

—Hay lobos en este bosque —dijo, como si hablara solo—. Gente peligrosa. Y creo que podrían estar detrás de la muerte de Freddy. E incluso la desaparición de Mina.

Lo miré boquiabierta.

—¿Lobos? ¿Te atacaron? ¿Sabes algo de Mina? ¿Por qué son peligrosos? —pregunté, y al momento me di cuenta de que estaba hablando otra vez de manera atropellada. Inspiré hondo—. Perdona. Cuéntame qué pasó anoche, por favor.

—No pasó nada —replicó—. Solo descubrí que no estamos solos. Nada más, por desgracia.

Tomé aire profundamente, armándome de paciencia. «No pasó nada» me sonaba a «No quiero contarte lo que pasó», y eso me molestaba.

—¿Y entonces, qué hacemos? —dije, sirviéndome más café para ver si me ayudaba a calmar los nervios—. ¿Vamos a buscar a esa gente? ¿Les plantamos cara y descubrimos si fueron ellos quienes se llevaron a Mina?

Raoul sacudió la cabeza.

—No, claro que no. Enfrentarnos a ellos directamente sería un suicidio. Lo mejor sería que Penélope y tú os largarais de aquí cuanto antes y me dejaseis a mí todo esto. Si otros lobos han matado a Freddy, ¿qué más da ahora? Está muerto. Nadie puede cambiar lo ocurrido, y este lugar es peligroso. Penélope no puede hacer nada ya, y a Mina puedo buscarla solo. En mi opinión, tenéis que desaparecer de este sitio cuanto antes.

—Ya, pero yo no puedo irme de aquí y dejar atrás a Mina. Y menos aún, sabiendo que hay gente peligrosa merodeando por este bosque.

—Ya te he dicho que puedo encargarme solo de todo. Rastrearé el bosque. Cuando esté seguro de que la zona está limpia, pueden volver los arqueólogos y seguir buscando el prisma para Theodore. Los únicos lobos que había en el equipo eran Penélope y Freddy. Quienquiera que fuera el que atacó a Freddy, dudo que esté interesado en los humanos corrientes. Pero vosotras dos estaríais mejor en el pueblo. A ningún lobo le gusta tener a otros sobrenaturales rondando por su territorio.

Lo observé con el ceño fruncido, harta de que me tratara como a una niña indefensa.

—Mina es mi mejor amiga —le espeté—. No pienso dejarla atrás.

Los reproches de Penélope la noche anterior resonaron de nuevo en mi mente:

«¿No es eso lo que haces siempre? Dejar a los tuyos desprotegidos, a la merced de los salvajes... ¿Qué más da si aparecen despedazados al día siguiente, con el cuello roto y las mejillas descarnadas?»

Apreté los dientes con furia.

Ya había cometido ese error una vez.

No volvería a hacerlo.

Raoul suspiró y meneó la mano con impaciencia, pero yo insistí:

—Y si piensas que Penélope va a aceptar esa explicación y se va a marchar de aquí, lo llevas claro —continué—. Esa mujer ha perdido la cabeza por completo.

—Intenta entenderla. Los lobos solo tienen un compañero de vida —dijo Raoul sin mirarme—. Cuando lo pierden, es como si perdieran la mitad de su alma.

Tragué saliva, conmovida por la emoción que destilaban sus palabras. Pero no. No estaba segura de que ese fuera el único problema de Penélope.

—Tendrías que haberla visto anoche —repliqué—. Se puso como una fiera. Estaba ahí, junto al río, tamizando gravilla como una posesa, y cuando le dije que descansara un rato me soltó todo tipo de insultos y barbaridades... era como hablar con otra persona. Parecía como si tuviera un demonio dentro. Fue espeluznante.

Raoulladeó la cabeza y me miró con atención triplicada.

—Explícame mejor eso último —dijo.

Traté de hacer memoria. Recordé a Penélope junto al río, y cómo su sombra pareció cobrar vida por un instante, volviéndose más espesa y separándose en cientos de tentáculos que se enroscaban en torno a ella. Sopesé la opción de contárselo todo a Raoul; eso, y las palabras exactas de la mujer antes de que yo me marchara. La sombra podía haber sido causada por mi imaginación. Pero, ¿lo del apodo con el que me llamaba mi madre? ¿Lo demás que había dicho sobre mi familia? ¿Había sido una frase lanzada al aire, que había dado en el blanco por puro azar?

—Bueno, era tarde, y estaba oscuro —murmuré, evadiendo la pregunta—. Me pareció ver algo raro, algo oscuro y sobrenatural. Pero a lo mejor tienes razón, y es solo que le está costando aceptar lo de Freddy.

—Ya, pero, ¿qué viste? ¿Qué te dijo exactamente?

Miré a un lado, incapaz de repetir lo que Penélope me había dicho.

—Dijo algo que era imposible que supiera. Algo privado, que yo no le había contado —respondí, tras dar una inspiración profunda—. En fin, da igual. La cuestión es que anoche, cuando me quedé a solas con ella, tuve miedo. Me dio la sensación de que era...

Me mordí la lengua, temiendo parecer una paranoica.

—¿Peligrosa? —terminó él la frase por mí.

—Sí. Lo siento, a lo mejor estoy exagerando. Pero entiende que todo esto es muy estresante. Primero lo de Freddy, luego Mina...

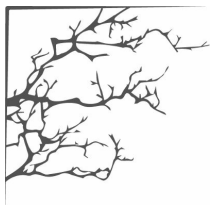
Raoul no contestó. Alargó la mano hacia mí, posándola sobre la mía en el apoyabrazos de la silla plegable. Después me miró fijamente, como si quisiera decir algo. Había algo en su mirada... algo salvaje, protector. Hacía años que nadie me miraba así. Me apretó la mano un instante, con los ojos fijos en los míos, brillando con destellos amarillos. Se inclinó un poco más hacia mí y pensé que me abrazaría, pero en vez de eso se levantó de golpe y me arrebató la taza vacía de las manos.

—Voy a lavar esto —dijo secamente, dándome la espalda.

Comenzó a caminar hacia el río con las dos tazas colgando del asa. Estas tintinearón mientras se marchaba, al compás de sus pasos pesados. Yo recogí el resto de utensilios y lo seguí con el estropajo y el detergente, confundida por su repentina reacción.

Cuando alcancé a Raoul, que ya estaba en la orilla, el estruendo de un motor diésel hizo temblar las hojas de los arbustos. Me asomé entre los pinos y atisé el morro del todoterreno cubierto de polvo que acababa de aparcar junto a la pista forestal.

—Bueno —dijo Raoul, dejando las tazas a un lado y frotándose los brazos con el agua del río para lavar las manchas de sangre seca—. Parece que pronto descubriremos si esa loba es de verdad tan peligrosa como piensas.



Selena



La puerta del 4x4 se cerró con un golpe seco que retumbó en el silencio del bosque e hizo callar a los pájaros. Penélope se acercó al campamento con los brazos cargados de bolsas de papel y una amplia sonrisa en su rostro pecoso. Se había lavado y llevaba puesta ropa limpia. Sus rizos, grasientos y enmarañados el día anterior, ahora se veían brillantes y esponjosos, y rebotaban al caminar, confiriéndole un aura casi aniñada al enmarcar sus gafas redondas.

—¡Buenos días, dormilones! —canturreó, posando las bolsas sobre la mesa plegable que había junto a la hoguera—. Pasé un momento por el pueblo y os he traído del horno rosquillas de anís. ¡Recién hechas! ¿Os gustan? Pensé que tendríais hambre...

La miré boquiabierta, olvidando por un segundo los objetos que sostenía entre las manos. Se me cayó el estropajo y la corriente casi me lo arrastró río abajo. Penélope parecía una persona totalmente distinta a la de la noche anterior.

Raoul se levantó a saludarla, secándose las manos en el pantalón, y yo recogí las tazas mojadas, poniéndolas en una bandeja. Después me levanté y lo seguí, observando su intercambio en silencio.

—Te veo mejor que ayer —le dijo Raoul a Penélope, con rostro impasible.

—Nada como una noche de sueño reparador en plena naturaleza para ver las cosas desde otro *prisma* —respondió ella con una risilla amarga. Su cara se ensombreció, pero aun así se esforzó por sonreír un poco—. No es culpa vuestra que haya ocurrido todo esto. Creo que no he sido lo bastante agradecida con vosotros... —Giró en torno a sí, con los brazos extendidos—. Sois los únicos que estáis aquí todavía. Los únicos que no se han marchado a seguir con sus asuntos y se han preocupado por mí, a diferencia de los demás. Estáis intentando ayudarme y pensé que os debía una disculpa; perdonad si he estado rara últimamente. —Su rostro se contrajo de dolor—. Esto... no está siendo muy fácil, ¿sabéis?

Mis labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa apenada. Asentí, dándole un golpecito en la espalda sin decir nada. Luego me acerqué a abrir las bolsas de papel que Penélope había traído. Encontré dentro rosquillas, y junto a ellas también ensaimadas, una trenza de bollería artesanal y dos tarros de mermelada casera. Había también zumo de manzana, una torta salada de hojaldre y un recipiente de plástico lleno de trozos del típico jamón con chorreras de la zona, todavía caliente.

Aquello era para desmayarse. Todo tenía un aspecto absolutamente delicioso, y se me hizo la boca agua solo de verlo.

—Penélope... —dije, enternecida por el gesto y por sus palabras. Tomé una de las ensaimadas y le di un pequeño mordisco: estaba celestialmente tibia, y la masa se deshacía en la boca—. No puedo ni imaginarme lo duro que debe de ser todo esto para ti. No te preocupes por lo de anoche, no pasa nada. Y ten por seguro que no pararemos hasta que demos con el malnacido que le hizo eso a Freddy.

Los ojos de Penélope relucieron un instante, con algo que solo pude definir como sed de venganza. Pero de inmediato regresó a su papel afable, y se agachó a buscar un abridor para las botellas de cristal que había traído.

Fruncí el ceño, confundida ante aquella fugaz reacción. Por un instante, me había dejado llevar por mi instinto maternal y por aquellas ensaimadas que te transportaban a otra dimensión.

—Dime, Raoul —dijo Penélope con voz casi seductora, sirviéndose un poco de zumo en una taza metálica—. ¿Descubriste algo anoche?

La mirada de Raoul se clavó en la mía, en una pregunta muda. Negué levemente, y él afirmó con la barbilla, de manera casi imperceptible.

—Nada —contestó él, oteando en la distancia—. La parte del bosque que revisé está limpia, aunque podríamos echarle un vistazo a la parte oeste.

Penélope asintió y se acercó a la mesa para dejar las tres tazas de zumo. Estas tintinearon en el silencio del bosque, roto solo por los pájaros y el rumor lejano del arroyo.

—Ya veo. —Guardó silencio un instante, y luego añadió—: ¿Dónde está la flecha? ¿La tienes tú?

Raoul asintió brevemente. Rebuscó en un bolsillo y extrajo de él la punta de plata, envuelta en un trapo sucio de tierra y sangre. Penélope casi se lo arrancó de las manos; luego destapó el paquete con sumo cuidado y rotó el afilado objeto entre los dedos, emitiendo sonidos guturales mientras lo hacía.

—¿Artesanía celta? —murmuró—. No, espera, ¿podría ser vikinga? Si no fuera imposible, diría que es de hechura feérica^[2]. Pero, ¿cómo habrá llegado hasta aquí? —La sostuvo con el brazo extendido, girándola bajo la luz del sol. Luego añadió con voz rota, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—: A Freddy le fascinaban este tipo de hallazgos. Soñaba con encontrar pruebas de la existencia del pueblo feérico, y coleccionaba objetos con runas e inscripciones. Qué ironía que tuviera que morir justo así.

Penélope hizo ademán de guardársela, pero Raoul se lo impidió, quitándosela de las manos con un gesto veloz y directo.

—Si no te importa la guardaré yo —le dijo a la mujer, volviendo a envolver la flecha en el trapo.

De nuevo, una sombra de ira emborronó el gesto afable de Penélope. Duró tan solo un segundo, pero ambos lo advertimos.

—No, claro —contestó, fingiendo indiferencia—. Quédatela. Es solo que la forma y la simbología me hacen pensar en un objeto de varios siglos de antigüedad. Alguien tuvo que conservarlo durante todo ese tiempo. Pudo haber salido de un museo, claro. Pero la otra opción es que alguien la hubiera conservado, y cuando pienso en seres que puedan vivir cientos de años, lo primero que me viene a la mente es...

Se volvió hacia mí con expresión avispada. Recordé la sombra del cuervo que había visto ya dos veces: la primera, en el hotel con Mina; la segunda, la noche anterior junto a Penélope.

—Anoche me levanté un momento porque fuera apestaba... —continuó Penélope. Luego se acercó a la oreja de Raoul, de modo que apenas pude oírla—. Ya sabes. Ese hedor *a muerto*.

—¿Insinúas que podrían estar viviendo en este bosque? —pregunté, metiéndome entre ellos. Ella puso los ojos en blanco.

—No lo *insinúo*. Estoy segura. Hay vampiros aquí. Los olí anoche. Estaban vigilándonos. Raoul frunció el ceño.

—De acuerdo —declaró, con aquella voz tan profunda que parecía salir de las raíces de los árboles más antiguos—. Es extraño, pero no imposible. Más vale que descartemos todas las posibilidades y mantengamos los ojos bien abiertos. Ninguna precaución está de más.

—Hay que ir a buscarlos. Seguro que están implicados, o saben algo. Si encontramos su guarida durante el día, estarán en desventaja —añadió Penélope, y tuve que admitir que, por muy chiflada que estuviera, en eso tenía razón.

—Es posible que tengas razón —dijo Raoul—. Bien. Lo mejor será que empecemos a inspeccionar la zona ya mismo, mientras haya luz solar. Recogeremos el campamento y nos pondremos en marcha de inmediato, pero esta noche la pasamos a cubierto. ¿Os parece? Y si alguna avista algún cuervo, ocultaos y haced una señal a los demás. Pero con discreción. Podrían estar vigilándonos.

Ambas asentimos. Al menos en una cosa estábamos de acuerdo todos.

—Por cierto, ¿dónde tienes el Prisma de Ordesa, Penélope? —inquirió Raoul con tono casual, mientras sacudía las migas de la mesa—. Me gustaría comparar los grabados de ese artefacto con los de la flecha.

—Ah... está en... en... —La mujer tartamudeó y miró hacia un punto indefinido—. Creo que me lo he dejado en el coche. ¿Es urgente?

—No es urgente, pero me gustaría verlo otra vez. Me pregunto si ambos objetos podrían estar relacionados entre sí, o si el prisma podría tener algo que ver con lo que ha ocurrido aquí en estos días.

Penélope hizo un gesto despectivo y le tendió la bolsa de rosquillas, ofreciéndosela una vez más antes de cerrarla. Raoul negó con la cabeza, y ella continuó, no sin antes meter los restos de comida en una mochila de camuflaje.

—Nah. Lo dudo. —Pensó un momento más y añadió—: Es más: es imposible.

—¿Imposible? —repetí sin entender.

—¿Para qué iba a querer un chupasangre una cosa así? El prisma no es más que una antigüedad sin importancia para ellos. Ni siquiera saben que existe.

—Aun así, me gustaría verlo —insistió él, cada vez más nervioso—. Ni siquiera estamos seguros de que haya vampiros aquí, o de que ellos sean los culpables de lo ocurrido.

—¡Claro, claro! —dijo Penélope, agitando las manos con aire apaciguador—. Sin problema. Luego voy al coche y la busco; déjame solo que vaya antes a... —Esbozó una sonrisa falsa, señalando los árboles—. Asuntos de mujeres. —Soltó una risita nerviosa y sacó una compresa del bolso, con movimientos exagerados. Raoul apartó la vista, sonrojándose—. Cuando vuelva lo miramos juntos, ¿de acuerdo?

La arqueóloga se adentró en el bosque, dejándonos a solas. Raoul tomó las llaves del coche, olvidadas sobre la mesa, y desapareció en dos gigantescas zancadas. Cuando regresó, al poco rato, su labio estaba torcido en una expresión de desconfianza, y llevaba los brazos cruzados sobre su imponente pecho. Se detuvo entre dos árboles entre los cuales los arqueólogos habían tendido una cuerda para secar sus trapos. Observé que, de hombro a hombro, casi tocaba ambos troncos: ese hombre ocupaba el doble que cualquier persona normal. Mi vista se detuvo sobre sus hombros bien formados durante un instante más de lo necesario.

—Nada, ¿verdad? —le susurré, sabiendo perfectamente a qué había ido al coche.

—Nada —confirmó, volviendo a dejar las llaves donde habían estado antes, exactamente en la misma posición. Miró hacia la espesura, hacia el lugar por donde Penélope había desaparecido, y bajó la voz antes de contestar—. Ha mentido. Lo debe de llevar encima. Me pregunto qué más nos oculta, y si esa historia de los vampiros es verdad, o está tramando algo.

—No me fío ni un pelo —murmuré, totalmente de acuerdo.

—A ver a dónde nos lleva.

En ese momento, Penélope apareció entre dos arbustos, subiéndose la cremallera de la chaqueta. Había recuperado su aire jovial, y dio una palmada al aire.

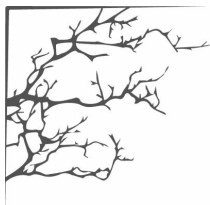
—Bueno, ¿nos vamos? —dijo, observando de reojo si las llaves seguían donde las había dejado. Al comprobar que sí, sus hombros se destensaron. Raoul las cogió con indiferencia,

como si acabase de verlas en ese instante, y se las guardó en la chaqueta bajo la mirada aguileña de la arqueóloga.

—Si lo prefieres, tengo espacio en mi mochila —comentó ella con fingida indiferencia—. Para no perderlas.

—No hace falta —dijo Raoul—. Nunca pierdo nada.

—Ok. Vamos entonces —asintió Penélope, metiendo la mano furtivamente en un bolsillo de la chaqueta particularmente abultado—. Me pareció que el rastro era más fuerte por ese lado. Seguidme.



Selena



Dejamos que Penélope avanzase sola, a unos pasos por delante de nosotros dos; así era más fácil vigilarla. De vez en cuando, se agachaba a husmear el terreno y cambiaba de dirección, con movimientos más propios de un animal que de un humano. A veces, cuando pensaba que no la mirábamos, volvía a deslizar la mano en el bolsillo de la chaqueta y cerraba los ojos con expresión cansada. Después parecía recuperar las fuerzas, daba un brusco salto y seguía caminando como si nada. Repetía ese mismo proceso a ratos, en una extraña cadencia.

Raoul, a mi lado, marchaba con el ceño fruncido, sumido en sus pensamientos. Llevábamos la mayor parte del día vagando por el bosque, siguiendo las confusas indicaciones de la arqueóloga, y desde entonces Raoul casi no había abierto la boca. Un par de veces sugerí abandonar aquella caminata sin rumbo, pero lo único que él hizo fue llevarse el dedo a los labios, pidiéndome silencio y un poco más de paciencia.

Pero yo comenzaba a hartarme de aquel paseo, y más aún de su mutismo. Aquella búsqueda no parecía llevar a ninguna parte. Me habría gustado subirme a un árbol y gritar el nombre de Mina a los cuatro vientos. Sin embargo, Raoul había sido estricto en que debíamos guardar absoluto silencio para pasar desapercibidos; no solo eso, me había pedido que lanzara un hechizo para ocultar nuestro rastro en la medida de lo posible. Yo no era experta en ese tipo de invocaciones; se me daba mejor la magia curativa. Lo único que pude hacer fue buscar algo similar en el libro de mi madre y seguir las instrucciones con la esperanza de que aquello ayudase un poco.

—Yo creo que esta mujer no sabe a dónde va —susurré, sintiendo que mi desconfianza hacia ella crecía por momentos—. ¿Por qué le dejamos que haga de líder? ¿De verdad te crees ese cuento de que sigue el olor de unos vampiros?

Raoul se encogió de hombros.

—¿Tú hueles algo? —insistí.

—No. Pero quiero ver a dónde nos lleva —respondió escuetamente.

—¿Te has planteado que podría tener su propia agenda? —continué, cada vez más inquieta—. ¿Que podría estar arrastrándonos a alguna trampa?

Raoul me miró con los ojos entrecerrados. Noté que llevaba la chaqueta desabrochada. Debajo tenía solo una ajustadísima camiseta de manga corta, que marcaba a la perfección sus pectorales trabajados y que, sin duda, no era adecuada a la temperatura ambiente.

—Es posible —dijo sin más.

Su respuesta indiferente me enfureció. Tampoco ayudaba que llevásemos varias horas vagando sin rumbo entre aquellos matorrales, con los pies fríos y el estómago rugiendo de hambre. Durante todo ese tiempo, ninguno de mis acompañantes se había molestado en decir nada, ni en proponer un cambio de estrategia que, claramente, era más que necesario.

—¿Es posible? —grité, y él respondió con una mirada furibunda ante mi rompimiento del pacto de silencio. Había alzado la voz, sí, pero ya estaba harta. No iba a dejarme intimidar por aquel hombre, aunque fuera el doble de grande que yo—. ¿Te da igual si nos está tendiendo una emboscada?

—No creo que sea eso —contestó, encogiéndose de hombros—. No tiene motivos para hacerlo.

Sentí la furia hirviendo en mi interior, cada vez con más fuerza.

—Es bastante frustrante colaborar con gente como tú, ¿sabes? —le espeté, deteniéndome en seco—. No me dices nada. No sé lo que piensas, no me cuentas lo que has visto, ni la mitad de lo que sabes. Solo me dices que calle y obedezca. —Le di un golpe en el pecho con el dedo índice. Estaba duro como una roca. Me froté el dedo dolorido tras la espalda, para que no me pillara en aquella ridícula situación—. ¡Solo caminas como un autómatas, sin decir nada durante las últimas tres horas! ¡Es desesperante!

Penélope ni siquiera se dio cuenta de que nos habíamos detenido, y siguió trotando sendero arriba. Raoul me observó, completamente inmóvil, con las cejas enarcadas y expresión atónita.

—No te entiendo —dijo, mirando de reojo las pisadas húmedas de la arqueóloga, que había desaparecido ya de nuestra vista—. Tú tampoco me contaste lo que Penélope te dijo anoche... Me dijiste que no me fiase de ella: para mí fue suficiente. La diferencia entre nosotros dos es que yo confío en ti, sin más. No necesito más que tu palabra.

Bufé. A lo mejor él, por la forma en que había sido educado, era capaz de seguir a alguien ciegamente. Pero yo jamás había formado parte de una *manada*, y lo más parecido que había tenido se había esfumado precisamente por un exceso de confianza en el prójimo.

Aquello era exasperante. El enfado y la frustración comenzaron a hervir en mis entrañas. Los últimos días de preocupación y búsqueda infructuosa, durmiendo a la intemperie y comiendo bocadillos fríos, empezaban a pasarme factura y amenazaban con salir en tropel como una explosión de ira descontrolada.

—Estamos haciendo lo que tú querías —añadió Raoul, en un claro intento de apaciguarme que solo me enfureció aún más—. Estamos buscando a Mina.

—¡Lo único que estamos haciendo es perder el tiempo! —mascullé, apretando la mandíbula para evitar que mis palabras se convirtieran en otro grito aún más fuerte que el anterior—. ¿Por qué no llamamos a Teo? Él sabría qué hacer.

—Theodore está informado. Se encuentra en los Emiratos y me encargó que resolviera el asunto. Y es lo que estoy haciendo.

Apreté la mandíbula, desesperada.

—¡Maldita sea, Raoul! Esa mujer está loca, y apuesto a que ni siquiera sabe a dónde nos lleva. En mi opinión, le apetecía pasearse por el bosque por motivos que no tienen nada que ver con Mina, y, a lo mejor, ni siquiera con Freddy. —Una idea me asaltó como un relámpago—. ¿Y si lo mató ella? ¿Lo has pensado?

—Eso es absurdo. Era su compañero predestinado.

Al decir aquello me miró con suma tristeza, como si le doliese que yo no pudiera comprender algo que, en su mundo, era completamente obvio.

—¡Lo que sea! —repliqué, desechando aquella teoría con un gesto de la mano. Aparté la mirada, porque sus ojos parecían estar taladrándome con algo que solo podría haber descrito como anhelo—. ¿Y qué me dices que lo que ocurrió anoche? Volviste cubierto de sangre, y ni siquiera sé por qué. Solo sé que puede haber lobos acechando en cada esquina, esperando algún despiste para despedazarnos. ¿Es demasiado pedir que me expliques quiénes eran y dónde estaban?

Raoul se echó un poco hacia atrás, con expresión cada vez más dolida. Se juntó las solapas de su chaqueta de ante, en un intento fútil de cubrir las manchas de sangre seca de su camiseta, que todavía no había tenido ocasión de cambiarse.

—No es demasiado pedir —contestó lentamente—. Simplemente, es irrelevante.

Quise aullar de desesperación.

Aquel hombre había encontrado lobos: lobos que afirmaba podían ser sumamente peligrosos. Mientras tanto, mi mejor amiga seguía sin dar señales de vida. Pero, por algún motivo absurdo, estaba dispuesto a seguir a Penélope en su búsqueda sin sentido de unos vampiros que, existieran o no, dudaba que estuvieran implicados en todo esto.

—¡Por Hécate! —grité—. ¿Es que no puedo juzgar yo misma lo que es importante? ¿Por qué tienes que comportarte siempre como si fuera una niña, como si tuvieras derecho a juzgar lo que es mejor para mí? ¡No lo soporto!

Raoul dio otro paso atrás y bajó la mirada. Arrancó una ramita y la giró entre los dedos, pensativo.

—Lo siento. Jamás quise que te sintieras así. Mi intención era solo...

—¿Qué? ¿Cuál era tu intención, si puede saberse?

Alzó el rostro y me miró fijamente desde su gigantesca altura. Era como estar de pie frente a un oso.

—Protegerte —contestó, en voz tan baja que casi no pude oírlo—. Ayudarte.

Sus palabras me desarmaron al instante, haciendo brotar un tropel de recuerdos dormidos que me sacudió como una explosión: recuerdos de la gente a la que yo debí proteger, pero no pude; recuerdos de aquellos que me ayudaron o protegieron en el pasado, y que habían terminado todos muertos.

Sin poder evitarlo, se me escapó un sollozo y mis ojos amenazaron con anegarse de lágrimas.

La mano tosca y enorme de Raoul se acercó a mi rostro, con una timidez más propia de un adolescente que de un hombretón de dos metros. Sin decir nada, deslizó la punta del dedo índice por debajo de mis ojos, secando mis lágrimas. Mientras, con otro brazo, ancho y reconfortante, me abrazó suavemente por detrás de la cintura.

—Shh... —susurró, asintiendo—. Ya sé qué no ha sido fácil. Tanto tiempo así, sin saber dónde está Mina... A mí también me preocupa, créeme. Pero sé que la encontraremos. Te lo prometo; vamos a dar con ella. Y yo siempre cumplo mis promesas, ya lo sabes.

Alcé la vista y mis ojos se encontraron con los suyos: unos ojos lobunos, de un marrón dorado que rozaba el amarillo, semiocultos tras pestañas tupidas y cejas bien pobladas. Su presencia era cálida y reconfortante, como un bastón en el que apoyar mi alma cansada tras tantas pérdidas y tanta soledad. La idea de alguien en quien poder confiar ciegamente me atraía tanto como me asustaba.

Sostuvo mi mirada. Su rostro, anguloso y con la barba bien recortada, se acercó unos centímetros más al mío.

—Raoul, yo... —dudé, esforzándome por aclarar mi mente en aquel torbellino de sentimientos encontrados. Sus ojos eran hipnóticos, amarillos y luminosos, y no podía apartar la vista de ellos. Quise explicarle lo de mis padres; lo de mis dos hermanas pequeñas. Quise contarle por qué no podía fiarme de nadie, ni menos aún de una loba como Penélope o... *o de alguien como él*, susurró una voz maliciosa en mi interior.

—Selena... —su voz sonó ronca, atormentada.

Me acerqué un poco más sin darme cuenta, hasta que la punta de su nariz tocó la mía, y el roce de su piel cálida me hizo estremecer. Sin pensar, lo rodeé con ambos brazos, atrayéndolo hacia mí.

Hacía tanto tiempo que no me sentía arropada, resguardada... *amada*.

Su espalda era tan ancha que las puntas de mis dedos ni siquiera se tocaron al rodearlo. Sentí la necesidad de tener su cuerpo más cerca; mucho más cerca... como si leyera mi mente, él me

apretó más fuerte: tanto, que la hebilla metálica de su cinturón se clavó en mi vientre, pero no me importó.

Después, sus labios se acercaron a los míos con sumo respeto; dudando, tanteando con cuidado mi labio inferior.

Cerré los ojos y me dejé llevar por aquel beso, que sabía a regalo inesperado, pero también a vidas pasadas, como besar a alguien a quien mi alma conocía desde hacía mucho tiempo. Un beso que había esperado desde siempre, sin saberlo.

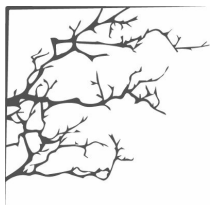
Lo apreté contra mí todavía más, movida por un instinto salvaje que había vivido latente en mí hasta entonces. Lo besé con ardor, diluyéndome en ese inesperado momento de unión. Era como volver a casa... como entender al fin qué me había llevado hasta Ibiza, hasta el Serenata, y hasta aquella misión sonada en la que nada parecía estar saliendo bien, excepto...

—Ejem.

Un carraspeo me sobresaltó, haciéndome soltar las anchas espaldas de Raoul de golpe.

Penélope estaba plantada frente a nosotros, con los brazos en jarras y expresión contrariada.

—Si la llamada de la naturaleza puede esperar un rato... —dijo con tono irónico, mientras levantaba una ceja. Raoul dio un par de pasos, separándose de mí con aspecto de no saber a qué se refería la arqueóloga—, quería deciros que acabo de encontrar algo *muy* interesante ahí arriba.



Raoul



Observé a Penélope trepar por las ramas de un pino con la agilidad de un primate. Después saltó al tronco de al lado, sin desplazar ni una hoja, y nos hizo un gesto con la mano para que la imitásemos.

Negué con la cabeza: si aquella arqueóloga desquiciada pensaba que un hombre de mi envergadura podía saltar de árbol en árbol como una mona, estaba más que equivocada.

Es más: era físicamente imposible que ninguna de aquellas ramas fuera capaz de sostenerme: garantizado.

—Sube tú y me dices qué se ve —le indiqué a Selen—. Yo mientras montaré guardia aquí abajo por si viene alguien.

—Hace años que no subo a un árbol —replicó ella, y luego se miró los pies, azorada—. Creo que ahora peso demasiado para eso.

La miré, sonriendo a medias.

—Claro que no —repliqué.

Selena frunció los labios, dudando, pero al final se puso a trepar. Lo hizo con mucha más precaución que Penélope, probando la resistencia de cada rama antes de dar el siguiente paso. Sus mejillas aún conservaban el adorable rubor provocado por aquel beso inesperado, que parecía haberla sorprendido tanto como a mí. Me remetí la camiseta por dentro del pantalón sin despegar los ojos de su cuerpo. Su trasero era generoso y redondeado, y se sacudía ligeramente de lado a lado mientras subía. Se movía con gran flexibilidad, y poseía esa figura mullida y a la vez ágil que yo tanto admiraba. Recordé la suavidad de esos muslos bajo mis manos al besarla, y algo dentro de mí se removió al revivir ese fugaz momento.

Selena llegó a la misma altura que Penélope y se giró hacia donde señalaba la otra mujer. Al hacerlo, sus ojos se agrandaron. Le hice un gesto con la mano para que me aclarase qué estaba viendo, pero negó con la cabeza y emprendió de nuevo el descenso; esta vez con aún más cuidado de no hacer ruido.

—¿Y bien? —le pregunté cuando regresó a mi lado, notando su expresión ansiosa.

Penélope saltó también sobre el suelo, amortiguando la caída con una experimentada flexión de rodillas.

—Tiene razón —dijo Selen, señalando a Penélope y sacudiéndose las hojas de la ropa—. Ahí hay algo.

—¿Qué es? —pregunté, cada vez más incómodo por ser el único que no sabía de qué iba el asunto.

—Diría que es la boca de una cueva —explicó Penélope, orgullosa de su descubrimiento—. Hay una roca que la cubre, pero la entrada está repleta de pisadas, que se alejan hacia un sendero. También hay rastros más continuos: surcos alargados, como si hubieran arrastrado algo... o a alguien. Además, han dejado un resquicio entre la piedra y el hueco. No muy grande, pero lo suficiente para que pase un...

—¿Un cuervo? —pregunté, adelantándome a su explicación.

Ambas mujeres asintieron a la vez, lanzando una mirada de reojo hacia el cielo, que no tardaría mucho en comenzar a oscurecerse.

—Buen trabajo, Penélope —dije, todavía sorprendido de que hubiera encontrado algo en su aparente búsqueda a ciegas—. Ahora debemos buscar un lugar más alejado, pero con buena visibilidad. Nos apostaremos ahí a vigilar la entrada de la cueva. Este sitio no es bueno; porque podrían oírnos, o podrían tener vigías entre los árboles. Vamos.

Las dos obedecieron, y olfateé el aire en busca de un escondite. No había mucho para elegir, así que me agaché tras unos arbustos espesos, a una distancia prudencial de la cueva entre las rocas.

—Bien —dije mientras ambas mujeres se acucillaban a mi lado—. Por lo visto, Penélope tenía razón y, por inaudito que sea, hay un clan de vampiros en la zona.

Vampiros viviendo en territorio de lobos... «*Desde luego, esto no habría sucedido si Léonide aún fuera el alfa*», fue mi primer pensamiento, aunque lo descarté de inmediato. No tenía sentido llorar por la leche ya derramada... Lo que Damir consintiera en su territorio no era asunto mío, por amargo que fuera aceptarlo.

—De todos modos —proseguí—, el hecho de que estén ahí no prueba que estén implicados en la desaparición de Mina, ni en el asesi...

Los ojos de Penélope destellaron con furia, y añadí, con la mayor delicadeza posible:

—Ni en *lo de Freddy*.

Penélope bufó, cruzándose de brazos.

—Vaya tontería. Si están aquí, es porque traman algo turbio. ¿Cuándo has visto vampiros viviendo en un bosque? No es su hábitat natural, ni jamás lo ha sido. Los chupasangres *odian* los bosques. Este es nuestro hogar, no el suyo. Ellos lo saben, y nos detestan. Sabes que nos consideran unos bárbaros. Esas bestias son seres urbanos. No vivirían en un bosque solo por el paisaje.

Tomé aire profundamente.

En mi fuero interno, seguía pensando que Damir estaba detrás de todo aquello, al menos hasta cierto punto, pero justificar mis sospechas habría requerido dar demasiadas explicaciones, que no estaba dispuesto a dar sin tener antes pruebas que las respaldasen.

—Bien —dije con poca convicción—. Supongamos que en esa cueva hay, en efecto, algún vampiro. Supongamos también que tienen a Mina, aunque lo dudo. Lo único que podemos hacer ahora es permanecer cerca, a resguardo, y observar qué hacen. Vigilaremos quién entra y quién sale. Escucharemos cada sonido procedente de ese agujero. Si ella está allí... —*Y sigue viva*, pensé, pero preferí no decirlo—, la oiremos en algún momento. Entrar ahí en tropel y sin saber qué hay sería un suicidio.

Selena asintió, acercándose un poco a mí, de manera casi imperceptible. La humedad del atardecer comenzaba a intensificarse, y sentí la necesidad de abrazarla, pero no me atreví a hacerlo.

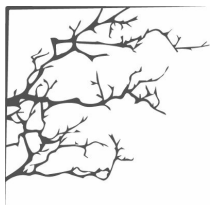
—¿Podrás mantener el hechizo de ocultación un poco más, para asegurarnos de que no puedan olerlos? —le pregunté a Selena, aprovechando la oportunidad para tocar su brazo.

—Lo intentaré —contestó—. Ya te dije que no es mi especialidad. Mi magia es solo curativa.

—Bien. Haz lo que puedas. Propongo que nos quedemos aquí hasta que anochezca y observemos. ¿Alguna de vosotras preferiría volver al campamento?

Ambas me sostuvieron la mirada, desafiantes.

—Entendido —respondí, suspirando—. En el mejor de los casos, daremos con Mina. Y, en el peor, descubriremos qué nos acecha en la oscuridad.



Selena



El cielo se tornó violáceo y la oscuridad cayó lentamente, pero en el bosque no hubo movimiento alguno. Sin quererlo, se me escapó un bostezo, y me apoyé un poco en el costado de Raoul, cuyo cuerpo siempre despedía mucho más calor que el de cualquier persona que hubiera conocido antes. Sin saber cómo, empezamos a acercarnos paulatinamente. Temía moverme bruscamente, porque quizás eso le hiciera darse cuenta de cuántos centímetros de nuestros cuerpos se estaban tocando en ese instante. Y, sinceramente, me gustaba su olor y su cercanía. Su calidez me daba sensación de solidez y seguridad, y lo hacía todo mucho más llevadero.

Llevábamos un buen rato agazapados en ese mismo sitio, completamente alerta, y hasta el momento no habíamos escuchado ni un paso, ni un aleteo, ni tampoco voces o gritos que delataran la presencia de algún prisionero en la cueva. Nuestros ánimos comenzaban a decaer, y cada vez parecía más claro que aquel agujero en la roca era solo eso: una simple oquedad insignificante, sobre la cual alguien había dejado caer una piedra y después se había marchado.

Aparte de eso, cuanto más oscurecía, más inquieta se mostraba Penélope. Se revolvía en el sitio como un animal enjaulado, haciendo movimientos breves y bruscos que disimulaba después con un golpe de tos, o rascándose al estilo canino. Cuando la luna se elevó en el cielo, la mujer comenzó a gruñir en voz baja, olfateando el aire. Raoul le lanzó una mirada severa, pidiéndole silencio. Sin embargo, Penélope no podía parar, y llegó un momento en que no pude soportar más su actitud.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le susurré, conteniendo mi impaciencia.

Penélope exhaló con los ojos cerrados y se relamió los labios.

—Demasiados olores... —respondió con un gruñido bajo—. Tengo hambre.

—Pero si acabas de zamparte las tres últimas rosquillas...

—No es hambre *de eso*.

La mujer le lanzó una mirada cómplice a Raoul, y este respondió con el labio fruncido en un gesto de impotencia.

—No es un buen momento, Penélope —declaró.

—Tú también tienes ganas. Admítelo —replicó ella, poniéndose a cuatro patas y mostrando los dientes.

—Penélope, por favor, contente —musitó Raoul, retorciéndose las manos.

—El bosque me llama, igual que a ti —insistió ella con voz ronca—. Si a ti te da igual, deja que vaya yo al menos. Solo será un momento. Una hora como mucho. No puedo aguantar ni un minuto más.

Se le escapó otro gruñido feral, y Raoul apartó la vista, azorado.

—Es mala idea —replicó él.

Permanecieron así un momento, casi sin pestañear, en un curioso duelo de miradas.

Cansada de soportar a Penélope, que no paraba de agitarse como si tuviera pulgas, meneé la mano en el aire, justo entre los dos y puse fin a su combate silencioso.

—Eh, vosotros dos —dije, mirándolos alternativamente—. Dejadlo ya, ¿vale? —Luego me giré hacia Raoul y señalé a Penélope—. Que se vaya un rato si quiere. Podemos vigilar la cueva solos. De todos modos, parece que aquí no hay nadie.

—Sigo pensando que es una mala idea, pero...

Antes de que Raoul pudiera terminar la frase, Penélope ya había echado a correr hacia la espesura, con los brazos colgando frente al cuerpo, dejándolo con la palabra en la boca.

—Esa mujer es muy rara —comenté, observando la tierra escarbada en el lugar donde había estado sentada la arqueóloga—. ¿Son todos así, los...? —Dudé, sabiendo que Raoul prefería evitar el tema—. ¿Los vuestros?

Sacudió la cabeza, negando.

—No. Está desquiciada. Ha perdido el control.

Lo observé de arriba abajo con detenimiento. La luna estaba casi llena, y las manchas sobre su ropa todavía se apreciaban a pesar de la oscuridad del bosque.

—¿Entonces tú no lo haces nunca? —pregunté con curiosidad, y él ladeó la cabeza sin comprender—. Cazar... —dije, pero me miró cada vez más confundido—. Con las manos, quiero decir.

—Intento evitarlo —fue su escueta respuesta.

Afinó la vista, enfocando un punto lejano, y sus hombros se tensaron.

—¿Por qué? —insistí.

Estaba aburrida de esperar en la misma posición durante horas. Pensé que podíamos al menos hablar un poco. Pero Raoul alzó una mano, instándome a callar. Señaló en la dirección de la cueva, con la otra mano tras la oreja.

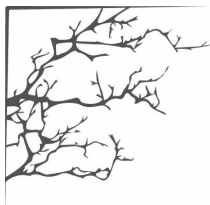
—Shh... —susurró, levantándose con sigilo—. Allí. ¿Lo oyes?

—No oigo nada —respondí, pero entonces escuché una voz y sentí que se me cortaba la respiración.

Raoul me miró, asintiendo en silencio, y se llevó un dedo a los labios.

Era ella.

Habíamos encontrado a Mina.



Selena



No cabía duda.

Aquellos eran los gritos ahogados de una mujer amordazada, y la voz, aunque débil, era inconfundible.

Un crujir de hojas se oyó en la distancia, y Raoul se quedó inmóvil, en cuclillas. Se chupó el dedo índice y lo alzó para comprobar la dirección del viento. Luego comenzó a deslizarse hacia la cueva; solo un ligero gruñido delató su creciente inquietud. Hizo un gesto para que esperase quieta donde estaba; yo lo miré y asentí. Haría lo que fuera por rescatar a mi amiga de ese agujero.

—Hay que sacarla de ahí —musité, agarrando un palo grueso del suelo. Al pensar en los gemidos ahogados de Mina, mis dedos se crisparon en torno al báculo improvisado.

—Tengo un plan —respondió él con absoluta calma.

—¿Qué hacemos con Penélope? ¿No deberíamos esperarla?

Raoul dudó por un instante antes de hablar.

—¿Crees que sería de ayuda?

Dudé.

—No lo sé —respondí—. Es bastante imprevisible.

—Exacto —dijo, sin dejar de avanzar con sigilo.

Me hizo un gesto para que lo siguiera por un estrecho camino empinado que rodeaba la cueva por detrás.

Llegamos hasta el borde de la espesura, a unos pasos de la oquedad en la roca. Desde allí, los gritos apagados de Mina se escuchaban con total claridad: era ella, y estaba sufriendo.

Escuchar su voz de nuevo me provocó un nudo en el estómago. No sabía si alegrarme de haberla encontrado, o preocuparme por haberla encontrado *allí*.

Pero al menos estaba viva.

Aunque, si Penélope estaba en lo cierto, aquella cueva podía estar plagada de vampiros, y ni siquiera sabíamos cuántos eran.

Señalé la roca que cubría la entrada y le hice un gesto a Raoul en señal de pregunta. Raoul dudó un instante y luego negó con la cabeza. Seguramente habría podido apartar la piedra, pero el ruido los habría alertado de nuestra presencia.

—La mochila —musitó—. ¿Dónde la tienes?

Señalé con la barbilla hacia el lugar donde habíamos estado montando guardia.

—La dejé en el escondite —dije.

—No te muevas de ahí —respondió, asintiendo—. Vuelvo enseguida.

Me agazapé entre las ramas, tan quieta como pude, y mientras tanto aproveché para entonar en voz baja un cántico de protección dirigido a Mina, dondequiera que estuviese. Su voz se escuchaba lejana, con eco y cada vez con menor frecuencia. Además de la suya, escuché algunas voces más: había un hombre y una mujer, por lo menos. La cueva parecía ser profunda y amortiguaba el sonido, dejándolo pasar solo a ratos y distorsionado, como si lo trajera el viento a través de varios túneles y bifurcaciones.

A los pocos minutos regresó Raoul, llevando mi mochila, una caja de cerillas y un puñado de ramas secas entre los brazos. Casi se me saltaron los ojos de las órbitas al verlo y adivinar lo que

planeaba.

—¿Estás loco? —le espeté, adivinando sus intenciones—. ¿Es que quieres asar a Mina viva? Raoul exhaló, agitando la cabeza.

—No. Pero es la única manera de obligarlos a salir. Haré una hoguera y los esperaremos junto a la abertura. Iremos eliminándolos uno a uno, según vayan saliendo.

—Es una locura.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Me mordí el labio, admitiendo con mi silencio que no tenía ninguna idea alternativa. En el fondo, Raoul tenía razón: entrar ahí a ciegas y enfrentarnos con un número indefinido de vampiros habría sido un auténtico suicidio. Era mejor hacer que saliesen ellos.

Deseé que estuviera allí Naomi, cuya magia era mucho más útil: con su telekinesis habría sido capaz de mover esa roca, o incluso lanzar proyectiles contra los enemigos. Mis dones curativos eran prácticamente inservibles en casos así.

«*O en la mayoría de los casos*», pensé sin darme cuenta. Aquel pensamiento me atormentaba, sobre todo en momentos así.

—Está bien —dije, exhalando—. ¿Cómo lo hacemos?

Raoul dio un paso al frente, comprobando que no hubiera nadie cerca, y apiló las ramas frente a la entrada de la cueva. La oquedad era lo suficientemente grande para que una persona pudiera salir a gatas, pero no mucho más.

—Encenderemos el fuego y yo me pondré ahí —dijo, señalando el lado izquierdo de la gruta—. Empujaré la roca para que tengan que pasar por mi lado. Tú encárgate de que las llamas no se descontrolen.

—¿Y eso cómo se supone que lo hago?

—No lo sé, ¿no dijiste que eras bruja? —Señaló unas rocas caídas cerca de la entrada—. Por si acaso, pondremos unas cuantas piedras en el lado que da a los árboles. No queremos provocar un incendio. Busca algo más para ahogar el fuego si se nos va de las manos.

Aquel plan no me gustaba en absoluto, e iba contra todas las enseñanzas que había recibido de mi madre acerca de cómo comportarse en un bosque de manera segura y civilizada. Pero no se me ocurría nada mejor, así que acepté a hacer lo que me decía. Revolví la mochila y abrí el libro de hechizos en busca de algo que pudiera servirme. Lo más parecido que encontré fue un encantamiento titulado «Llamar a la lluvia»: según las anotaciones de mi madre, era muy útil para salvar los cultivos en casos de sequía.

Entre Raoul y yo creamos un círculo de piedras junto al acceso a la cueva, eligiendo las más limpias y grandes. Después, prendió un manojo de hierba seca y lo acercó a la pequeña pila de leña que habíamos creado en el centro. En unos instantes, unas largas lenguas de fuego se alzaron frente a las rocas. Para entonces, a Raoul le caían chorros de sudor por la frente. Se quitó la chaqueta marrón de ante, la dobló y la dejó a un lado, quedándose en camiseta. Luego se agachó frente a la piedra que hacía las veces de puerta y extendió los brazos para moverla. Los músculos de su espalda se tensaron, marcándose a través del fino tejido húmedo. Lo observé atónita mientras la roca cedía sin grandes dificultades.

El humo había comenzado a levantarse, y pronto la brisa lo dirigió al interior de la cueva. Raoul me miró y alzó el pulgar; yo asentí en respuesta.

Me agazapé entre los matorrales a un lado de la entrada, sujetando mi báculo.

Él desapareció en un escondite al otro lado, llevándose un manojo de ramas afiladas en la mano.

Los gritos no tardaron en oírse desde el interior, cada vez más cercanos e inquietos.

Al poco rato, dos cuervos negros salieron disparados por la oquedad, seguidos por otro un poco más pequeño. Revolotearon en círculos sobre la hoguera, sin vernos. Descendieron hasta el suelo y desaparecieron en una nube de humo por un instante. Cuando el humo se desvaneció, aparecieron en su lugar dos hombres altos, delgados y de tez grisácea, y una mujer rubia de pelo rizado, a quien todavía le chorreaba sangre por la comisura de los labios.

—Acá hay alguien —gruñó el hombre más alto en un castellano que sonó anticuado y extraño, mientras olisqueaba el aire.

Cerré los ojos y repetí una y otra vez el hechizo para ocultar nuestro olor, rogando que funcionase.

—Vos —ordenó el vampiro a su compañero—. Apagad eso. —El otro asintió y dio un par de pasos hacia los árboles, en dirección opuesta a nosotros. Suspiré con alivio. Luego, el vampiro continuó, girándose hacia la mujer—: Doña Virginia, acompañadme. Vayamos a buscar al cretino que nos ha dejado este presente en la puerta.

La vampiresa torció el labio, molesta.

—Son solo necios humanos, haciendo una hoguera para calentarse —espetó la mujer, limpiándose la sangre del rostro con el dorso de la mano—. Humildes buscadores y serranos, nada más. Nos servirán de tentempié, pero no necesitamos ir dos para eso. Tengo otros menesteres que resolver ahí dentro.

—Doña Virginia... —repitió el que parecía ser el líder, esta vez con un tono colérico que se alzó por encima del crepitar de las llamas—, sé perfectamente a qué *menesteres* os referís, y no confío en vos, en absoluto, mujer. Ayer ya estuvisteis al límite de desangrar a esa hechicera hasta la muerte. Y la requerimos con vida, ¿es entendido?

Los hombros de la vampiresa, que vestía un corpiño sin mangas de satén bordado en oro, temblaron en una risa ahogada. Apreté la mandíbula, deseando poder saltar de mi agujero y estrangularla con mis propias manos, pero era consciente de que eso habría sido un suicidio. Me pregunté por qué Raoul tardaba tanto en salir y atacarles, y empecé a ponerme nerviosa.

—Siempre aderezáis tan bien vuestras historias, don Baldomero... la amplificación es vuestro don —replicó la mujer con ironía—. Pero me regocijáis con vuestra chirigota, amado mío. No en vano llevo tres siglos tolerando vuestro mal humor...

El vampiro de aspecto más joven regresó cargando una rama, probablemente tan pesada como él mismo, y se puso a golpear las crecientes llamas en un intento de ahogarlas.

En ese momento fue como si el infierno se desatara de golpe.

Raoul le asestó un golpe en la cabeza con una piedra a Baldomero, el vampiro más viejo. Este cayó al suelo, aturdido y fuera de combate. La mujer, al ver aquello, abrió la boca dejando ver sus enormes colmillos ensangrentados. Luego resopló y sacó las garras, lanzándose sobre Raoul, que rodó por el suelo hasta deshacerse de ella.

Entretanto, el otro vampiro más joven se apartó del fuego e intentó golpear a Raoul en la espalda con el tronco que cargaba. Raoul esquivó el golpe por un centímetro, y acertó a desarmar al otro de una patada. Se puso en pie de un salto y noqueó a la mujer de un puñetazo, rotando sobre sí mismo con las tres ramas afiladas en la mano.

No podía más. Tenía que hacer algo, o iban a acabar con él: eran tres contra uno.

—¡Entra en la cueva! ¡Rápido! —gritó Raoul, girándose hacia mí y señalando hacia el agujero. Se agachó para esquivar otro golpe—. No podré contenerlos mucho más tiempo.

Dudé entre unirme a la pelea o correr en busca de Mina.

La vampiresa emitió un espantoso sonido gutural y se lanzó sobre la garganta de Raoul, quien le interpuso el codo justo a tiempo. Con el otro brazo intentó estrangularla, pero el vampiro

joven regresó a la carga. A sus pies, Baldomero comenzaba a moverse de nuevo, recuperando el conocimiento.

Me puse en pie de un salto, saliendo de mi guarida, y me lancé al interior de la cueva sin mirar atrás. Me arrastré a gatas por el primer tramo, que era oscuro, estrecho y claustrofóbico. Dentro, la penumbra era casi total.

Encendí mi teléfono para iluminar el camino, y comprendí que la batería no duraría mucho.

Unos metros más adelante, el túnel se abrió en una cueva más amplia, donde pude ponerme en pie de nuevo. Ante mí se abrieron tres galerías de tamaño parecido, de cuyo techo colgaban pequeñas estalactitas. Estudié las pisadas dejadas por los vampiros en el suelo de tierra durante sus idas y venidas. La mayoría de ellas iban hacia la tercera oquedad; además, entre estas se observaba una línea continua, la misma que Penélope había advertido fuera y que podría haber sido causada al arrastrar a una persona inconsciente por los pies.

Me adentré en el siguiente túnel y seguí caminando, siempre hacia delante. Por un instante, me pareció escuchar pisadas que me seguían, pero desaparecieron enseguida.

El túnel era tan largo que empecé a pensar que había sido un error entrar. Cuando estaba a punto de regresar sobre mis pasos, un soplo de aire más cálido me indicó que había un espacio más amplio al otro lado. Segundos más tarde percibí una luz lejana que parpadeaba. Giré una esquina y apareció ante mí una pequeña caverna iluminada.

El espacio era casi circular, con el techo abovedado y repleto de estalactitas blancuzcas. En su centro había un círculo de cirios encendidos; algunos se habían extinguido, y el olor a velas apagadas inundaba el aire viciado. En medio de este, una figura reposaba cubierta por una sencilla manta. Bajo el material se apreciaba su postura, con los brazos y piernas abiertos como el Hombre de Vitruvio.

—¡Mina! —exclamé, llevándome las manos a la boca al verla.

Ella no contestó: parecía estar inconsciente; alguien debió de dejarla en esa postura a propósito. Miré a un lado y a otro, pero no vi a nadie más. Di un paso hacia el círculo de velas, temerosa de cruzarlo por si lo guardaba algún hechizo de magia negra.

—¡Mina, soy yo! ¿Qué te han hecho? —pregunté desde fuera del círculo—. ¿Puedes oírme?

Mina volvió un poco en sí, abrió los ojos y sacudió la cabeza débilmente. Al hacerlo, quedó al descubierto su cuello, en el que se apreciaban varias mordeduras amoratadas. De una de ellas todavía chorreaba un hilillo de sangre. Se encogió en un ovillo, y noté que estaba amordazada.

—¿Es seguro entrar? —le pregunté, de pie en el borde del círculo y retorciéndome las manos.

Mina asintió y murmuró algo tras la mordaza, como si aquello requiriera un esfuerzo sobrehumano. Luego volvió a dejar caer la cabeza sobre el suelo, estrellándose contra la superficie de tierra compactada con un ruido sordo.

Puse un pie al otro lado del círculo mágico, y luego el otro.

No sucedió nada.

Exhalé, sintiendo el olor a humo cada vez más intenso que llegaba a través del túnel: un olor que venía de fuera y era muy distinto al de las velas que aún ardían en la cueva.

—Tenemos que salir de aquí, Mina —dije, quitándole la mordaza.

Luego le tiré del brazo para que se levantara.

Al hacerlo, la manta se deslizó a un lado, dejando ver su costado: estaba completamente desnuda. Tragué saliva, horrorizada, y aparté la manta por completo para observar mejor qué le habían hecho.

Su cuerpo entero estaba cubierto de mordeduras, particularmente en los muslos, la cara interior de los brazos y los pechos. Las heridas supuraban, infectadas, y mostraba una dolorosa

hinchazón en uno de los senos. Aquellos abominables vampiros ni siquiera habían usado su capacidad de curar las mordeduras tras beber su sangre; normalmente lo hacían para disimular sus actos antes de dejar libre a la presa. No curar las mordeduras solo podía significar una cosa: que no planeaban soltar a su víctima con vida.

Malditas criaturas depravadas.

Un instinto casi maternal de protegerla me sobrecogió: si los hubiera tenido delante, habría hecho cualquier cosa por darles su merecido.

Tomé aire, comprendiendo que era imposible que Mina saliese de allí por su propio pie en aquel estado. Tendría que sanarla antes, pero no estaba segura de que Raoul pudiera guardar la entrada durante el tiempo suficiente para que yo pudiera llevar a cabo mi ritual, o de que no nos ahogásemos antes ahí dentro a causa del humo.

—Al diablo —murmuré, y me arrodillé junto a mi amiga.

Extendí los brazos sobre su cuerpo magullado e inspiré hondo, apretando los párpados e ignorando el creciente hedor a humo que estaba volviendo el aire espeso e irrespirable.

Me concentré en buscar una fuente de energía pura y celestial, tal y como mi madre me había enseñado, y la canalicé hacia mi amiga.

En el ojo de mi mente visualicé un chorro de luz azul y dorada, que bajaba desde el cielo y la bañaba por completo. Mantuve los brazos levitando sobre Mina, sin abrir los ojos, hasta que la escuché tragar aire súbitamente, como si acabase de despertar de una pesadilla.

Abrí los ojos: donde antes su piel había estado cubierta de pus y costras, las heridas estaban prácticamente curadas, y la hinchazón se había rebajado hasta volverse casi imperceptible. Mina se incorporó, aturdida, y se cubrió un poco con la manta, ajustándola sobre sus hombros como una capa.

—¡Selena! ¡Me has encontrado! —dijo, abrazándome con lágrimas en los ojos—. Pensé que era imposible. Estaba segura de que me daríais por muerta o desaparecida.

—¿Estás loca? Nunca me habría marchado de aquí hasta encontrarte.

La apreté fuerte contra mí y luego anudé las puntas de la manta sobre sus hombros para que hiciera las veces de túnica.

—¿Cómo estás? —pregunté—. ¿Podrás llegar sola hasta la salida?

Estiró los brazos y flexionó las muñecas con cara de sorpresa.

—Estoy... bastante mejor —dijo asintiendo. Se puso de rodillas, y al hacerlo una mueca de dolor cruzó su rostro—. Bueno. Me duele todo, pero al menos ahora puedo caminar. ¿Está muy lejos la salida? No recuerdo cómo me trajeron hasta aquí.

—No os preocupéis, mi querida, pues jamás volveréis a necesitar ese recuerdo —dijo una voz femenina a nuestras espaldas.

Me di la vuelta, horrorizada.

Doña Virginia me había seguido hasta la cueva. Había aparecido de la nada, con el absoluto sigilo propio de una vampiresa.

La mujer nos mostró los larguísimos colmillos, con los ojos desorbitados.

—¡Jovenzuelas desvergonzadas! ¿Cuál será la primera, decidme?

Mina se puso en pie en el centro del círculo y alzó el puño hacia el techo de la cueva.

—*Vespertilionum Profunditatum* —gritó, ahora que estaba libre de la mordaza, y su voz tronó a través de los túneles.

En un instante, bandadas enteras de murciélagos invadieron el espacio y se lanzaron sobre la vampiresa, abatiéndola a mordiscos. Una nube negra de criaturas aladas la rodeó, hasta que se derrumbó entre gritos horripilantes y su cuerpo comenzó a desintegrarse ante nuestros ojos.

Mina y yo, agazapadas en un rincón, observamos la escena cogidas de la mano y conteniendo el aliento.

El aleteo menguó, y las criaturas negras comenzaron a dispersarse, dejando ver lo que había debajo.

Virginia, la aterradora vampiresa rubia, estaba muerta, y de ella no quedaba más que un montón de cenizas grises y humeantes.

Los murciélagos se diseminaron por todos los resquicios, hasta que el único vestigio de su presencia fue el parpadeo de las llamas de las velas.

—Vamos —dije, tomando a Mina de la mano y caminando rápidamente hacia la salida—. Eso ha sido... perturbador, por cierto.

Mina sonrió débilmente y me apretó la mano con afecto. Luego se esforzó por arrastrar los pies tras de mí, jadeando.

—¡Selena! —gimió—. No puedo ir tan deprisa. El hechizo me ha agotado.

Claro. Qué tonta había sido.

Iba a contestar, pero el humo se me metió en los pulmones y un ataque de tos me impidió hablar.

—No te preocupes, Mina —la tranquilicé entre toses, encendiendo la linterna del teléfono para adentrarme en el primer túnel—. Iremos a tu ritmo.

Mina se apoyó en mi hombro y comenzamos a avanzar juntas por la primera galería, que era la más larga de todos. Jadeábamos por el humo y el agotamiento.

Cuando estábamos aproximadamente a mitad de camino, un mensaje apareció en la pantalla de mi móvil: «*Batería baja. El aparato se apagará en 30... 29... 28...*».

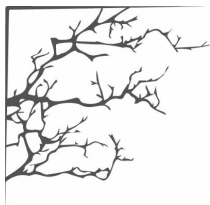
—Oye... —le dije, observando la cuenta atrás con creciente preocupación—. No tendrás por casualidad tu teléfono por ahí, ¿verdad?

—No, ¿por? —respondió ella, respirando con dificultad.

—Por nada, no te preocupes... —mentí, mordiéndome el labio inferior.

Me cubrí la nariz y la boca con la tela de la chaqueta, y luego tragué saliva: no deseaba alterarla más de lo necesario. Ya había sufrido bastante.

Pero en algún momento tendría que confesarle que no había manera humana de que pudiéramos salir de esa cueva en menos de veinte segundos, y no estaba segura de cuánto tiempo más podríamos seguir respirando con ese humo en el aire.



Raoul



La vampiresa se me escapó y se coló por la oquedad de la cueva; no pude hacer nada para impedirlo, porque los otros dos me atacaron a la vez.

Los vampiros me habían acorralado contra la pared de roca, y uno de ellos sostenía un tronco gigantesco contra mi cuello. Me costaba pensar bajo presión; aun así, me esforcé por calcular las posibles estrategias: la primera opción era empujar el tronco con todo mi peso y quitarme de encima al agresor más joven. Eso no era muy difícil, pero tendría que encontrar la manera de abatir al otro al mismo tiempo. Eso ya era más complicado, porque esos energúmenos se movían demasiado rápido, volvían a levantarse deprisa y tenían dientes y garras sumamente afilados.

Había una segunda opción, pero habría necesitado al menos unos segundos y ponerme a cuatro patas para conseguirlo.

—¿Podéis solo contra él, don Armando? —escupió el vampiro más viejo con una sonrisa engreída.

Si hubiera podido, le habría arrancado la sonrisa, o mejor aún, la mejilla entera, de un solo mordisco.

El vampiro más joven asintió, apretándome el tronco contra el cuello tan fuerte que me mareé. Tensé todos mis músculos, preparándome para el ataque. Sentí las venas de mi cuello hincharse por el esfuerzo. El otro, tan tranquilo, continuó:

—Don Armando, acabad con este apestoso y apagad el fuego, que yo regreso a la cueva. Alguien tiene que vigilar a doña Virginia... es muy capaz de malograr a la bruja, y así de poco nos serviría.

Maldición.

Estaba asfixiándome, y mientras tanto se me iba a escapar otro chupasangre. No podía permitirlo. Si ese vampiro entraba en la cueva, era imposible que Selena pudiera con los dos y escapase sana y salva del agujero.

Aquel pensamiento fue suficiente para darme las fuerzas que me faltaban. Con un gruñido gutural, empujé el tronco con ambos brazos. Me liberé del vampiro joven, y este cayó rodando por la hierba, a meros centímetros del fuego.

Quise lanzarlo a las llamas, pero el otro fue más rápido. Se lanzó sobre mi espalda y me asestó un mordisco en el cuello mientras intentaba estrangularme. Aullé de dolor, sacudiéndomelo de encima. El otro se levantó y se lanzó a la carga también, tratando de desgarrarme el pecho con sus zarpas.

El dolor me nubló la vista, y me asaltó el pensamiento de que jamás saldría vivo de ese claro en el bosque.

Pensé en Selena, y en que no volvería a verla.

Di golpes a diestro y siniestro, tratando de bloquear los ataques, que volaban desde ambos lados.

No podrá sola. No sobrevivirá.

Rugí, desesperado por liberarme de aquellas viciosas sanguijuelas.

Aullé de nuevo de pura frustración, sin poder ver por la sangre y el dolor, que me habían vuelto la vista borrosa.

De pronto, una de las sanguijuelas cayó al suelo, con el cuello chorreando sangre. Una bestia furiosa y enorme saltó sobre él y comenzó a despedazarlo. El otro, enfurecido, trató de atacar al enorme animal, pero el recién llegado se movía demasiado rápido.

Aprovechando la indecisión del vampiro joven, alargué el brazo para recoger la rama más afilada que vi y lo atravesé con ella en pleno plexo solar.

Ambos vampiros cayeron, inertes, y comenzaron a descomponerse a una velocidad imposible y convirtiéndose en los montones de polvo que habrían sido a su edad, de no ser inmortales.

Me quedé inmóvil, sentado sobre los codos y jadeando. Estaba cara a cara con la bestia, que rezumaba espuma por las comisuras del hocico.

Soltó un gruñido bajo y agresivo.

No contesté enseguida. En vez de eso, lo estudié detenidamente, sin moverme un milímetro.

Era otro lobo, pero no de mi manada.

Reconocí su olor, pero ella no parecía saber quién era yo. Sus ojos estaban nublados por la furia; sedientos de sangre y desencajados.

—Quieta... —murmuré quedamente, alzando los brazos frente a mí, muy despacio.

Hice amago de incorporarme y la loba gruñó más fuerte, mostrándome sus colmillos teñidos de rojo.

Alcé las manos sobre la cabeza, en señal de tregua.

Para entonces, de los vampiros no quedaba más que una montaña de cenizas grises, que se fueron volando con el viento.

La loba abrió sus fauces ensangrentadas todavía más, retándome. Su pelaje era oscuro, ligeramente ondulado en torno a las orejas. Tenía el vello de la espalda cada vez más erizado, y comenzó a caminar de un lado a otro, irritada.

Daba un paso hacia mí; dudaba y saltaba hacia atrás. Lo repitió varias veces hasta que se detuvo y se sentó sobre los cuartos traseros. Luego ladeó la cabeza, con la vista fija en la cueva, y prestó atención a los sonidos que provenían de ella. A través de la abertura se oían voces y pasos.

Tragué saliva, barajando miles de posibilidades que pasaron a cámara rápida por mi cerebro.

La loba se agachó, preparándose para saltar: era difícil saber si se abalanzaría sobre mí primero o sobre el que saliese de la cueva.

Si era un vampiro, estaría muerto al instante.

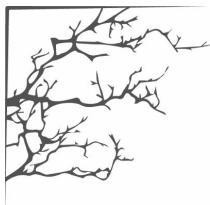
Si era Selenia... no quise pensar en esa opción.

Las voces se acercaron, y una mano salió del agujero. Alguien se arrastraba por el túnel y tanteó hierba desde el interior.

La loba emitió un gruñido bajo.

Y, entonces, saltó.

Penélope había perdido la cabeza por completo, y estaba decidida a matarnos a todos.



Selena



La batería del teléfono se agotó mucho antes de llegar a la salida.

La luz se extinguió, y Mina y yo nos quedamos a oscuras en medio del humo espeso. Los tramos finales del túnel eran demasiado angostos para caminar la una junto a la otra, así que estiré una mano detrás de mí, agarré fuerte a mi amiga y le pedí que no me soltase y que no hablase para evitar tragar más humo.

Tras varios metros avanzando a ciegas por el túnel más largo, llegamos hasta la cueva intermedia. Recordaba que había varias bifurcaciones; si me equivocaba de camino, estábamos perdidas. Examiné el suelo con cuidado, buscando mis propias huellas en el barro húmedo. Reconocí los surcos dejados por las suelas de mis botas de montaña, con su característico patrón en zigzag.

—Por aquí —declaré, tirando de Mina.

—¿Estás segura? —preguntó con voz afónica.

Se puso a toser y esperé a que se le pasara. Luego asentí y recé por haber elegido el camino correcto. El túnel se fue volviendo más bajo y angosto, hasta que no tuvimos más remedio que reptar por él. Mina, detrás de mí, jadeaba por el agotamiento y la falta de aire.

—Tranquila —le dije, sonando más convencida de lo que estaba en realidad—, cógeme del pie y no te sueltes. Recuerdo el camino perfectamente. Este tramo es muy estrecho, pero eso es una buena señal. La salida debe de estar muy cerca.

Entonces Mina gritó, y su mano se desprendió de mi pantalón.

Alcé la cabeza, asustada, y al hacerlo me golpeé contra el bajo techo de piedra. Una fina lluvia de tierra y polvo me cubrió, y me limpié la cara con las manos en la absoluta oscuridad.

—¿Mina? ¿Estás bien? —pregunté, incapaz de alcanzarla por el estrecho conducto.

—Se me ha enganchado el pie en algo. Creo que es una raíz —gimió.

—¿Puedes dar un tirón y romperla?

—Lo estoy intentando, pero no tengo fuerzas —lloriqueó entre toses—. No puedo más, Selena.

—Por favor, Mina. ¡Aguenta! Solo un poco más. Ya casi llegamos.

Me abstuve de decirle que ni siquiera sabía qué, o quién, nos esperaba fuera.

Quizás la hoguera sellaba la entrada, o algún vampiro aguardaba sediento de sangre.

Quizás me había equivocado de túnel.

Pero explicarle todo eso no habría ayudado para nada.

Escuché a Mina gruñir del esfuerzo, y un suave chasquido resonó en el oscuro túnel.

—¡Lo he conseguido! —dijo débilmente—. Pero creo que la tierra ha bloqueado el camino detrás de nosotras. ¿Falta mucho, Selena?

—Nada. Cinco minutos... —contesté, y escuchándola gemir más fuerte me corregí—: ¡Solo un minuto! Sobre todo, no me sueltes, ¿entendido? Ven... te cantaré una canción para que sepas que sigo aquí, aunque no me veas.

Me puse a cantar la misma tonadilla que solía cantarme mi madre cuando íbamos a coger setas o bayas al bosque. Siempre me pedía que cantáramos la misma, a una voz, para evitar perdernos. Así podíamos separarnos e ir cada una por su lado. Eso la mantenía tranquila. Hacía

mucho desde la última vez que fui con mi madre al bosque, pero yo todavía la usaba para calmarme:

*«En el bosque oculto, al caer la oscuridad,
Juntas entonamos, un antiguo cantar.
Guardianas del secreto, en la noche sin final,
Con el viento como eco, nuestro deber vital.*

*Bajo el manto estrellado, la luna nos guiará,
Con cánticos antiguos, el destino sellará.
Con la magia ancestral, cumplimos con amor,
El legado sagrado, que es nuestro resplandor.»*

Un atisbo de luz amarillenta se adivinó al fondo del túnel, y suspiré de alivio.

—Hemos llegado —le susurré a Mina—. Ahora debemos guardar silencio. Saldré yo primero y me aseguraré de que los vampiros se han marchado. Si es seguro, te avisaré. Si no, quédate ahí hasta que te llame, ¿de acuerdo?

Mina me tiró dos veces del pantalón en respuesta, mientras el aire silbaba al salir de sus pulmones llenos de humo.

Tanteé el suelo exterior con una mano, y después con la otra. Solo noté hierba húmeda. El fuego crepitaba, aunque no parecía haber llegado todavía hasta la abertura. Aparte de las llamas no se escuchaba nada, y aquel silencio tenso me inquietó. Pero la posibilidad de permanecer enterrada para siempre en aquel túnel claustrofóbico era todavía menos atractiva.

Con el máximo sigilo, asomé la cabeza a través de la abertura, parpadeando para que mis ojos se acostumbrasen a la claridad de la luna.

Unos ojos amarillos, enormes y brillantes me miraron fijamente desde el otro lado.

Bajo esos ojos, unos enormes colmillos chorreaban una espesa mezcla de sangre y saliva, que goteaba lentamente sobre el mantillo boscoso.

Junto a la criatura humeaba una pila de cenizas y materia sanguinolenta.

Sentí que se me detenía el corazón, y permanecí inmóvil, esperando la reacción de la bestia.

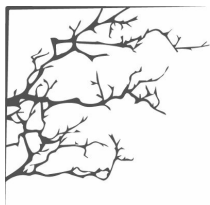
Era imposible recular por aquel túnel tan estrecho y semiderrumbado; más aún, con Mina detrás. Quise alertar a mi amiga, pero sabía que, si emitía cualquier sonido, delataría su presencia y la condenaría a ella también.

La bestia se agachó para coger carrerilla, con los músculos tensos y temblando del esfuerzo.

Gruñó y después aulló a la luna.

Cerré los ojos, esperando el impacto, pero este nunca llegó.

Cuando volví a abrirlos, solo vi la cola del gigantesco animal mientras desaparecía, trastornado, entre la espesura.



Selena



Las manos de Raoul, fuertes y gigantescas, tiraron de mí hasta sacarme del túnel. Me levantó en sus brazos y me apretó contra su pecho cubierto de sudor. Sollocé de alivio, abrazándolo con fuerza, y sus ojos dorados se empañaron por un instante.

—¡Gracias a la Madre Luna! —musitó sin soltarme, acariciando mi cabeza con suma ternura.

Me besó el pelo mil veces. Olía a sudor y a bosque. Me costó un instante recobrar el habla después del susto, y él continuó:

—Cuando esa vampiresa entró ahí... yo... yo pensé que...

—Estoy bien —respondí, apartándome un poco hacia atrás para verlo mejor. Después señalé hacia la cueva—. Pero Mina... Tenemos que sacarla del túnel. Está muy mal. Apenas puede moverse.

La hoguera casi se había consumido, e iluminaba el claro con una luz tenue y anaranjada.

Entre los dos ayudamos a Mina a arrastrarse hasta el exterior. Seguía desnuda, a duras penas cubierta por la manta. Su piel estaba sucia de barro y cubierta de cicatrices en diferentes estadios de curación.

Raoul la miró con la mandíbula apretada. Su labio inferior vibró en silencio, y señaló a los montones de cenizas humeantes a unos pasos de la hoguera agonizante. Lanzó una piedra dentro y las cenizas saltaron por los aires.

—Ahí los tienes —dijo con voz temblorosa—. Me alegro de que esa loba salvaje los aniquilara. Después de hacerte esto se merecían morir, y ojalá hubieran sufrido más. ¡Malditas criaturas del infierno!

—¿Quién era? —pregunté con cautela, aunque imaginaba la respuesta—. Esa loba... no me digas que era...

Raoul me miró, y sus ojos lo dijeron todo.

Sacudí la cabeza sin poder creerlo.

—Pensé que iba a matarme —murmuré, frotando a Mina con la manta.

—Sí. Estuvo a punto de hacerlo —respondió Raoul, acercándose a la hoguera para azuzarla un poco—. Y también a mí. No sé por qué motivo cambió de opinión en el último momento. Tendrías que haberla visto... parecía un demonio. Sus ojos no eran normales, era como si algo la controlase desde dentro.

Raoul avivó las llamas, y ayudé a Mina a situarse junto al fuego para que entrase en calor: estaba helada. Raoul se quitó su chaqueta de ante y se la puso sobre los hombros. Mina se subió la cremallera y permaneció sentada en el suelo, aturdida pero aliviada, con aquella enorme chaqueta marrón y la manta cubriéndole las piernas.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo —dijo Raoul, olisqueando los alrededores—. No me gusta este sitio. Podría haber más. —Se agachó frente a Mina y la miró a los ojos—. ¿Recuerdas cuántos eran?

—Cuatro... —respondió ella débilmente, haciendo memoria—. Creo que vi a cuatro. Tres hombres y una mujer. Aunque también los escuché hablar de un jefe, así que no estoy segura.

—Eso significa que todavía podría haber uno o dos más sueltos por el bosque —apunté, preguntándome cómo iba a recorrer Mina el largo camino de vuelta en esas condiciones.

Raoul debió de leerme la mente, porque sus ojos viajaron hasta los pies descalzos de Mina y frunció el ceño.

—Bien. Tenemos dos opciones —le dijo a Mina—. O bien te llevo a cuestras hasta el campamento, o te pones mis pantalones y mis zapatos y caminas tú sola —dictaminó con voz completamente neutra.

Mina y yo nos miramos, dudando. En el fondo tenía razón: no podíamos pasar la noche frente a esa cueva, con el riesgo de que regresaran los vampiros que aún andaban sueltos.

—Yo... —Mina titubeó, y me lanzó una mirada desesperada, pidiendo auxilio—. Preferiría caminar sola, pero...

—Bien. No se hable más —respondió Raoul.

Acto seguido se desató las botas: unas botas tan grandes que podrían habernos servido como barcas, de haber tenido el río cerca. Se quitó también los calcetines, y lo dejó todo a un lado. Después rellenó la punta de su calzado con musgo seco y se lo entregó a Mina, que lo observaba petrificada.

Por si fuera poco, luego se desabrochó los pantalones y se los bajó, ante nuestras miradas azoradas. Eran unos de esos pantalones color caqui con docenas de bolsillos, de material grueso y resistente. Se los quitó con total indiferencia, dejando a la vista unos magníficos bóxers ajustados. Ambas nos quedamos mirando como dos idiotas, pero él ni se inmutó.

—Bien. Póntelo todo —dijo, cruzándose de brazos, como si no estuviera semidesnudo frente a dos mujeres que no paraban de espiar con disimulo el intrigante volumen que se ocultaba bajo su ropa interior.

Mina se levantó; viendo su cara, debió de costarle un gran esfuerzo. La ayudé a ponerse aquellos pantalones kilométricos. Era tan menuda que tuve que enrollar los bajos varias vueltas para que no los arrastrara por el suelo. Luego la ayudé con las botas, apretando los cordones tanto como pude.

Ese calzado era el doble de grande que sus pies y totalmente inadecuado para el empinado descenso que nos esperaba: aquello iba a ser una odisea. Aunque, para ser sincera, a mí también iba a costarme aguantar todo el camino de regreso junto a ese hombre lobo atractivo, corpulento, y que, para colmo, solo llevaba puestos unos calzoncillos y una camiseta apretada que no dejaban mucho a la imaginación.

Al parecer, las leyendas acerca de los licántropos y su indiferencia ante la desnudez eran ciertas.

Y, a juzgar por lo que dejaba entrever la poca ropa que le quedaba, *las otras* leyendas también eran verdad.

—En marcha —dijo Raoul, ajeno al revuelo que acababa de causar con su generoso gesto.

Se agachó un poco y pasó un brazo por debajo de las axilas de Mina para ayudarla a caminar.

—Venga. Vamos.

Mina dio un par de pasos de prueba y se desembarazó de su soporte.

—Puedo sola —contestó, con las mejillas como dos semáforos en rojo.

Él se encogió de hombros y la dejó ir. Después cogió un palo grueso y afilado del suelo y se puso a liderar la marcha con paso marcial, usándolo como bastón. Cada dos pasos se giraba para asegurarse de que lo seguíamos, y luego continuaba.

Inspiré hondo. Iba a ser imposible concentrarme en no tropezar si mientras tanto tenía que observar ese trabajado trasero contraerse con cada paso justo delante de mí.

No, eso no iba a funcionar. Si esa situación continuaba unos minutos más, yo seguramente terminaría rodando montaña abajo y moriría desnucada. Lo cual habría sido una pena después de

sobrevivir al túnel y a los vampiros.

Aceleré el paso, tirando de Mina.

—Es mejor si no nos separamos mucho —le dije—. Ven, si vamos los tres juntos será más seguro.

Una vez al lado de Raoul, con sus nalgas fuera de mi vista, resultó mucho más fácil ignorar el hecho de que continuaba ahí, casi sin ropa. Él caminaba como si nada, sin importarle que sus pies descalzos pisaran el terreno helado y lleno de guijarros punzantes.

—¿Vamos al campamento? —preguntó Mina, jadeando.

—Sí. Y luego al hotel; en el campamento ya no queda nadie.

Mina arrugó el ceño, y recordé que seguramente no sabía nada de lo de Freddy, porque ella había desaparecido antes de todo el revuelo.

—Los arqueólogos se han marchado —expliqué sin dar detalles, para no estresarla más—. Penélope los envió a casa después de...

—¿Después de qué? —preguntó, deteniéndose en seco.

Raoul y yo nos miramos, dudando. Ninguno dijo nada.

—¿Es que nadie me va a decir qué ha pasado? —gritó enfurecida, cruzándose de brazos.

—Freddy apareció muerto la misma tarde que tú desapareciste —dije lentamente, observando su reacción.

Mina abrió la boca, la cerró y después se puso completamente pálida.

—Freddy, ¿el marido de Penélope?

Asentí.

—Sí. El mismo. Y, por cierto, tampoco sabemos dónde está ella. —Pensé que no era el mejor momento para dejar caer toda la historia sobre la pobre Mina, que a duras penas se tenía en pie—. Digamos que... no lo está llevando muy bien.

—No me extraña. ¡Por todos los Dioses, cuántas cosas horribles en tan pocos días!

Asentí con pesar y la tomé de la mano para ayudarla a continuar. Caminamos en silencio en la oscuridad, cada vez con mayor dificultad. La pendiente de bajada iba aumentando cuanto más nos acercábamos al campamento, y Mina parecía cada vez más agotada y sumida en sus pensamientos.

—No paro de preguntarme por qué los vampiros te eligieron a ti, de entre toda la gente que había en ese campamento —dije, pensando en voz alta, mientras sorteaba unas ramas bajas—. Hace tan solo unos días, había una docena de arqueólogos en este bosque. Llevaban aquí varios meses, y nunca les sucedió nada. ¿Por qué decidieron secuestrarte justo a ti, pudiendo atrapar a cualquier humano ordinario con muchísima más facilidad? Además, normalmente no eligen la sangre de bruja, si les das a elegir.

Mina se apartó para evitar ser golpeada por las ramas que yo acababa de apartar, y se sujetó el cinturón con ambas manos. Los pantalones de Raoul le venían tan grandes que ni siquiera ajustando el cinturón en el último agujero conseguía que se sostuvieran más altos de sus caderas, y se le iban enganchando en todos los matorrales.

—En eso tienes razón —respondió—. Conocían a la perfección la ubicación del campamento, e incluso sabían que el equipo buscaba el Prisma de Ordesa. Desde luego, si me secuestraron no creo que fuera por mi sangre —añadió, tomando una inspiración profunda y frotándose las marcas que todavía le manchaban la piel del cuello—. Esto me lo hizo la mujer. Era la más sanguinaria. Disfrutaba con sus “juegos,” como los llamaba ella. Pero lo hacía para manipularme y para intentar conseguir cosas de mí.

—¿Qué cosas? —pregunté.

—No estoy segura. Me hacían preguntas raras. Sobre mis poderes. Sobre las cosas que sabía hacer, y los animales que podía controlar. Me pedían que hiciera pequeñas demostraciones y, si me negaba, me castigaban.

Raoul emitió un gruñido bajo: nos había estado escuchando sin decir nada, y al girarme noté que sus hombros temblaban de furia. Mina continuó:

—No sé exactamente qué buscaban, pero estoy segura de que su objetivo no era usarme como alimento. Querían algo más. Creo que querían... mi magia.

—¿Tu magia? —pregunté confundida.

La magia de Mina era un talento relativamente raro, que funcionaba tanto con animales vivos como con los espectros de algunos animales muertos, si se encontraban cerca y dispuestos a colaborar. Era herencia de sus antepasados feéricos, o al menos eso decía ella. Nunca quiso contarme la historia entera, pero al parecer, alguno de sus antepasados había hecho un pacto con las hadas muchos siglos atrás, otorgando a las mujeres de su familia un poder prodigioso sobre las criaturas de la naturaleza.

—¿Para qué iban a querer tu magia? —pregunté, sin dar con ninguna respuesta lógica—. ¿A qué especie animal podrían querer controlar esos vampiros, y por qué?

Mina se apoyó en un árbol a recuperar el aliento. Entendí que no era un buen momento para hacerle tantas preguntas, y la sostuve de ambas manos para ayudarle a superar los últimos metros del descenso.

Poco a poco, la pendiente comenzó a disminuir, anunciando que el campamento no debía de quedar ya muy lejos.

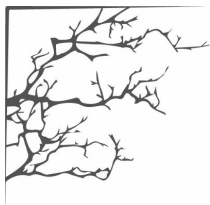
Raoul levantó una mano y nos pidió que esperásemos unos pasos por detrás mientras él comprobaba que todo estuviera bien y no había ningún peligro oculto. Después se agachó, con los brazos colgando, y desapareció corriendo bajo los matorrales.

Al verlo así no era difícil imaginárselo como un lobo solitario, imponente y mortífero, capaz de despedazar a cualquier criatura solo con la fuerza de sus garras. A cualquier criatura, incluso a un...

—Un momento —dije. Me giré hacia Mina, que parecía a punto de derrumbarse de agotamiento—. Claro... ¡ya lo entiendo! Querían usar tu magia para controlar espíritus animales, pero no los de las criaturas del bosque corrientes.

Ella asintió, y después se acuclilló a descansar de nuevo. Incapaz de hablar más, me señaló con el dedo índice, corroborando que había dado en el clavo.

—¡Era eso! —continué yo, viéndolo todo claro de pronto—. ¡Querían tu magia para controlar a los licántropos!



Raoul



El campamento estaba despejado, pero aun así no me pareció seguro pasar allí otra noche más. Ahora que por fin habíamos encontrado a Mina, era urgente que volviésemos al hotel. Todos necesitábamos descansar, y a ella tenía que verla un médico. También había que contactar a Teo para que me diera instrucciones sobre cómo proseguir con la misión. De la loba salvaje no había rastro, pero mejor así: esa mujer no era de fiar, y sus reacciones eran demasiado imprevisibles. A pesar de haber visto muchas escenas sangrientas en mi vida, todavía me atormentaba el recuerdo de cómo había despedazado a aquellos dos vampiros.

El todoterreno seguía aparcado en el mismo sitio, y me alegré de haber guardado yo las llaves. Abrí las puertas y les pedí a ambas mujeres que subieran. Mina se apoyó en el hombro de Selena, en el asiento trasero. Luego cerró de inmediato los ojos. Ya de por sí era menuda, de una delgadez casi extrema, pero ahora se la veía consumida, magullada y claramente exhausta tras lo que le habían hecho esos malditos.

Odiaba tanto a los chupasangres.

Me senté en el asiento del conductor, me puse el cinturón y encendí los faros. Arranqué el motor, giré el volante y comencé a conducir cuesta abajo por la pista forestal. En ese instante, una figura se acercó corriendo hacia nosotros, agitando los brazos. Pisé el freno para evitar atropellarla y detuve el vehículo en seco. Abrí la ventanilla y asomé la cabeza.

Penélope se acercaba al 4x4 corriendo, sucia y despeinada, en su forma humana.

—¡Esperadme! —gritó, apoyando el cuerpo sobre el capó, con la cabeza gacha y los brazos extendidos, rogando—. ¡Por favor, no os vayáis sin mí!

Se le cayeron las gafas encima de la chapa y se las volvió a poner con torpeza. Después me miró suplicante a través de los cristales redondos de sus lentes. Confundido, me giré hacia los asientos traseros, lanzando una pregunta muda a mis dos acompañantes.

Ellas no habían visto a Penélope en su peor momento, ni tampoco habían estado ahí cuando estuvo a punto de saltar sobre mi cuello y hacerme pedazos.

—¿Qué hacemos? —les pregunté, con una mano en la palanca de cambios y la otra en el volante. Si era preciso, estaba dispuesto a dar marcha atrás y apartarla de nuestro coche a la fuerza.

—No sé... —murmuró Selena, mordiéndose las uñas—. Si vuelven esos vampiros... sería peligroso para ella, y supongo que no podemos dejarla aquí, sola en el bosque...

—Yo no me fío —dije.

—Es una pobre mujer sola —replicó Mina con voz débil—. Acaba de perder a su marido. Está conmocionada. ¿Cómo vamos a dejarla aquí, estáis locos o qué?

Selena y yo nos miramos, compartiendo un momento de mudo entendimiento. Mina no sabía nada todavía.

—Que se vaya andando —decidí, y moví la palanca para hacer marchar atrás.

Sabía perfectamente que una distancia de varios kilómetros no sería un impedimento para Penélope en su forma canina. Solo tenía que transformarse y correr bajo la luna, y estaría en el pueblo mucho antes de que amaneciese.

—¿Es que no tenéis corazón? —me espetó Mina, horrorizada.

Antes de que pudiéramos detenerla, Mina abrió la puerta y se bajó del coche a trompicones. Se acercó a Penélope, que seguía medio tumbada sobre el capó para impedir que continuásemos, y le dio un golpecito en el hombro.

—Anda, sube, Penny —le dijo con voz dulce—. Menos mal que has regresado a tiempo. ¿Dónde te habías metido?

Penélope se irguió y le dedicó una sonrisa agradecida. Después me lanzó una mirada de súplica a través del cristal del parabrisas, agitando la cabeza con un gesto que parecía decir: “Puedo explicártelo”.

Resoplé, exasperado, y le abrí la puerta del copiloto desde dentro.

—Vamos —dije, mirándola con suspicacia—. Pero a la mínima tontería te lanzo por la ventanilla, y no es una broma.

—Gracias —respondió ella con voz queda.



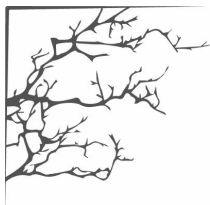
Ninguno de los cuatro habló durante el breve viaje. Mina y Selenia se durmieron, y Penélope se pasó el rato mirando por el cristal con aspecto compungido.

Miré el cielo a través de la ventanilla: la Madre Luna parecía llamarme; tentarme. Hacía tiempo que no sentía aquel tirón tan fuerte, y la tenacidad de aquella atracción me espantó. Pero sentía que, si cedía a sus encantos, se repetiría la escena con el jabalí. La noche anterior había perdido la razón por completo y me había convertido en una bestia sanguinaria e incapaz de controlarme: una bestia no mucho mejor que Penélope. Y eso era algo que no podía permitirme; menos aún ahora, con Selenia y Mina a mi cargo.

Llegamos a nuestra primera parada y dejé a la loba en su hotel, en la misma localidad donde se alojaba el resto de su equipo.

Después conduje un par de kilómetros más hasta Aínsa, donde se encontraba nuestro alojamiento. Aparqué en la puerta del hotel y ayudé a las dos mujeres a instalarse en su habitación. Me aseguré de que tanto la puerta como las ventanas permitían echar el cerrojo por dentro, y les hice prometerme que no le abrirían a nadie que no fuese yo.

Después me retiré a mi dormitorio y marqué el número del jefe, a sabiendas de que me esperaba una fuerte reprimenda.



Selena



Amanecí con un grito en los labios, el mismo de todas las mañanas: «¡Despierta, mamá!». En ninguno de mis sueños recurrentes conseguía pronunciar la advertencia y avisarla a tiempo; mi garganta siempre se volvía muda, como suele suceder en las pesadillas. La escena solía repetirse casi todos los días, con ligeras variaciones. Cada vez me esforzaba por despertar a mi madre, y cada vez la perdía sin conseguirlo.

Parpadeé lentamente y volví en mí, vislumbrando la luz blanquecina de un día nublado de otoño. Al sentarme, con la espalda sobre el cabezal, noté que la hierba al otro lado de la ventana estaba cubierta de escarcha.

Mina, a mi lado, seguía durmiendo junto a su gato. El color había regresado a sus mejillas, y tenía mucho mejor aspecto después de la segunda sesión de magia curativa que le había hecho antes de irnos a la cama. Luminix ronroneaba plácidamente a su lado, brillando con luz verde porque nadie se había molestado en renovar el hechizo que ocultaba su verdadero color.

Me agaché sobre el rostro de mi amiga para examinarla más de cerca: en el lugar donde habían estado las cicatrices de su cuello ya solo quedaban ligeras marcas rosadas, que seguramente desaparecerían en un par de semanas. Con mucho cuidado, le aparté el pelo crespo que le cubría la frente; los moretones causados por los golpes se estaban desvaneciendo también.

Justo en ese momento, Mina abrió los ojos de par en par.

Al encontrarse con mi rostro tan cerca del suyo, dio un grito de horror y se subió la sábana hasta el cuello. El gato arqueó el lomo, con el pelo erizado, y me bufó como si fuera su peor enemiga.

Me aparté rápidamente, esperando a que ambos se calmasen. Yo también tenía la respiración acelerada: me habían dado un susto de muerte. Mina tardó un instante en despertar del todo y comprender que solo era yo.

—Yo... Selena, perdona —murmuró con voz entrecortada, acariciando al minino para que se calmase también. Este me miró con cara de reproche—. Pensé que...

Extendí la mano y le di un suave toquecito en el hombro. Permanecí de pie junto a la cama, guardando la distancia.

—Shh —le dije—, no necesitas excusarte. Lo entiendo. No quiero ni imaginar lo que tuviste que pasar con esos vampiros. Debió de ser horrible.

Mina tragó saliva y desvió la mirada.

—Sí. Pero prefiero no hablar de ello, si no te importa.

—No es necesario. ¿Tienes hambre? ¿Bajamos a desayunar? —le pregunté, cambiando de tema para no incomodarla.

Aparté un poco la cortina: fuera había comenzado a lloviznar. Abrí la ventana solo un poco, lo suficiente para que entrase el agradable y tranquilizador rumor de las gotas al caer.

—A decir verdad, estoy muerta de hambre —contestó agradecida—. Esos vampiros solo me traían carne cruda para comer, y sabes que soy incapaz de alimentarme de otros animales...

Sacudí la cabeza, furiosa conmigo misma por no haber sacado a Mina antes de aquel agujero. Me sentía como la peor amiga del mundo; una auténtica incapaz que comía rosquillas y paseaba por el bosque besando licántropos mientras ella...

—Anda, vamos —le dije—. Ahora estás a salvo. Aunque espero que Raoul nos haya dejado alguna ensaimada, porque la otra vez se zampó el bufet entero antes de las nueve.



Raoul estaba en el comedor, rodeado de platos vacíos y bebiéndose a lametones un tazón de leche sola tan grande como una palangana. Nos saludó con un gesto de la cabeza, y aprovechó nuestra llegada para asaltar a la camarera, que justo en ese momento estaba rellenando el contenedor metálico de los huevos revueltos.

—Sinceramente, no comprendo cómo puede comer tanto y estar así... —comentó Mina, dejando su chaqueta en el respaldo de la silla mientras buscaba algo adecuado a su dieta entre las bandejas del bufet.

—¿Así, cómo? —pregunté con curiosidad, echándole el ojo a una fuente llena de huevos con beicon. Me los había ganado, después del estrés de los últimos días. Di un paso hacia el delicioso beicon, perfectamente dorado, crujiente e ideal para proporcionarme el consuelo instantáneo que necesitaba. Tomé la pala para servirme un plato lleno, pero luego me detuve, dudando. Al final me serví solo una loncha y me dirigí hacia la macedonia de frutas, satisfecha por mi pequeña victoria.

—Bueno... ya sabes. —Mina me sonrió, y me dije que era la primera vez que la veía sonreír así desde lo de la cueva. Le lanzó una mirada a Raoul—. No está nada mal, ¿no te parece?

Luego se sirvió un trozo de bizcocho de chocolate, mirándome con gesto travieso. Sentí que el rubor se me subía a las mejillas. Para evitar que se diera cuenta, me aparté de un salto, fingiendo que me moría por llegar a la máquina de café. Ella me siguió, con un pedazo de tarta y una taza vacía en la mano.

—No sé a qué te refieres —musité, echando una bolsita de té en la taza. Luego presioné el botón del agua caliente—. ¿Hablas del bizcocho?

—Si te gusta llamarlo así...

Señaló con la barbilla a Raoul, que volvía a la mesa con una montaña de huevos revueltos casi tan alta como su cabeza.

—¿Qué? —Me hice la despistada—. Pues no sé. Es un tipo normal. Normalito. Como todos.

—Sí. Por supuesto —replicó Mina, sin dejar de repasar a Raoul con la mirada. Por suerte estaba lo bastante lejos como para no oír sus desvaríos—. Un tío totalmente normal de dos metros de alto y tres de ancho, al que te comes con los ojos cada vez que ves, y...

—¡Vaya tontería! Yo no...

—Oye, no es por nada, pero estás echando un chorrizo de café encima de esa pobre bolsita de té de hierbas.

—¿Qué?

Exhalé y dejé la taza a un lado, exasperada. Mina me estaba poniendo de los nervios con sus comentarios absurdos.

—Nada. Déjalo —dijo entre risas.

Mina me dio un empujón amistoso y se coló delante de mí para hacerse una infusión de hibisco.

Entretanto, Raoul había regresado a la mesa y estaba ocupado con un café y un plato de huevos que parecía la Pirámide de Guiza. Desistí en mi intento de prepararme una infusión y me serví un vaso de zumo de naranja: no me había levantado demasiado centrada. Luego cogí algo

de pan con mantequilla y fui a sentarme junto a nuestro taciturno compañero, eligiendo la silla más alejada de él a propósito.

—¿Qué tal has dormido? —le pregunté, viendo que permanecía callado.

—Mal —respondió a secas.

—¿Y eso? —insistí, a pesar de que su respuesta dejaba bastante claro que estaba de un humor de perros y no quería hablar.

—Theodore no quiere que nos marchemos sin encontrar antes el artefacto. Ya sabes... —Bajó la voz—. Ese maldito pedrusco medio roto. Está obsesionado con conseguirlo a toda costa. Pero, ¿para qué?

—Pues... ni idea, la verdad. ¿Para entregárselo a Claude Sommer, que es el que paga la expedición?

—Sommer quiere destruirlo. ¿No sería igual si lo dejamos donde está?

Me encogí de hombros.

—¿A lo mejor le preocupa que otros lo encuentren antes?

Yo solo era una empleada, igual que él. Y me extrañaba que, por primera vez en su vida, Raoul estuviera cuestionando las órdenes del jefe. Aquello era muy, muy raro.

—La zona es más peligrosa de lo que pensábamos. Me preocupa que Mina y tú estéis aquí —confesó al fin.

Puse los ojos en blanco: así que era eso.

—Sé cuidar de mí misma. No me iré a casa hasta que la misión esté terminada.

—Pues tendrá que ser rápido, porque dan nieve en las próximas cuarenta y ocho horas, y puede que dure hasta final de mes.

Tomó su tazón de café y sorbió un poco con expresión decaída. Lo miré en silencio, notando que se había recortado la barba, y que le quedaba particularmente bien. El aroma a café dulce se mezclaba con el de su after shave, en una combinación inconfundiblemente masculina y matinal.

—Entiendo —respondí, tomando un poco de kiwi con el tenedor para distraerme—. ¿Y se te ocurre alguna idea para lograrlo a tiempo?

—Sí. Pero no me gusta.

—¿No te gusta... qué? —preguntó Mina, que llegaba con un plato que poco tenía que envidiar al de Raoul: bizcocho de chocolate, ensalada de mango con piña, yogur de soja y una pila de croissants con mermelada.

Raoul ni siquiera la miró y siguió bebiéndose su café callado, sin contestar a su pregunta.

—Alguien está de mala leche esta mañana —comentó Mina con despreocupación.

—Vamos a tener que llamar a Penélope —soltó Raoul de sopetón, dejando la taza de golpe sobre la mesa. Los cubiertos rebotaron con un fuerte sonido metálico que nos sobresaltó a las dos, haciéndonos levantar la vista de nuestro desayuno.

—¿Penélope? —repetí con horror.

Raoul asintió.

—No se me ocurre otra opción. Estoy seguro de que lo tiene ella; al menos un fragmento. Lo llevaba en el bolsillo, ¿os acordáis? Y probablemente podría llevarnos hasta el resto de piezas.

—Por Hécate, pero si esa mujer está enferma... aunque lo tuviera, no nos lo daría —murmuré—. Tendríais que haberla visto esa noche en que me quedé a solas con ella: estaba desquiciada, hurgando en la arena en busca de los fragmentos de prisma que le faltaban. Está obsesionada con esa cosa... casi más que con resolver el misterio de su marido muerto.

—Pues por eso —gruñó Raoul—. Esa maldita loca podría encontrarlo más rápido que nadie.

Mina frunció el ceño y se apartó la trenza hacia un lado. Todavía no habíamos tenido tiempo de contarle los detalles sobre el preocupante comportamiento de Penélope.

—¿Por qué sois tan crueles con esa pobre viuda? —nos espetó, molesta—. ¿Es que no podéis mostrar un mínimo de compasión? ¡Acaba de perder a su compañero de vida! Ya me parece mal que Raoul diga esas cosas, ¿pero tú, Selena? ¡Eres una curandera! Esperaba más empatía de ti.

Abrí la boca para decirle que Penélope había hecho cosas sumamente turbias en los últimos días, pero Raoul me lanzó una mirada y sacudió la cabeza, señalando al comedor lleno con la barbilla. Entendí el mensaje y me callé: nunca se sabía quién podía estar escuchando, y menos en un lugar público como ese.

Raoul cogió su mochila, abandonada sobre una silla vacía a su lado, y la abrió. De ella extrajo la punta de flecha encontrada junto a Freddy, y la puso con cuidado sobre la servilleta blanca de algodón, cubriéndola un poco con la tela para que nadie más la viese. Alargué la mano para cogerla al mismo tiempo que él, y nuestros dedos se rozaron con una descarga eléctrica. Ambos nos apartamos de golpe, intercambiando una mirada incrédula: estaba segura de haber visto las chispas.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Mina, ajena a nuestro pequeño percance.

Raoul apartó la vista de mí, tragó saliva y carraspeó un poco antes de contestar. Destapó un poco la pieza metálica, lo justo para que Mina pudiera apreciarla.

—Esta es la flecha que mató al marido de Penélope —le dijo a Mina en voz baja, esforzándose por no mirarme—. Quería enseñártela. ¿Te dice algo?

Mina alargó la mano y tomó la punta de flecha con tan solo dos dedos, como si tuviera cuidado de romperla. Después se la acercó a los ojos, para verla mejor. Enarcó las cejas y le dio una vuelta; después otra. Su expresión era de absoluto desconcierto, aunque no dijo nada.

—¿Y bien? —dijo Raoul, agachándose para poder mirarla a los ojos—. ¿Qué opinas? ¿Podría haber pertenecido a esos vampiros que te capturaron?

Mina sacudió la cabeza, todavía con cara de asombro.

—No... lo dudo, lo dudo mucho —dijo—. Yo... no creo que esos vampiros mataran a Freddy. Estaban todos conmigo esa noche. Al menos, los que yo llegué a ver.

Alcé un dedo en el aire.

—A no ser que hubiera más —apunté.

—Dijiste que querían usarte para controlar a los lobos —añadió Raoul, cruzándose de brazos y separándose un poco de la mesa. Al hacerlo, su codo rozó mi antebrazo—. Lo lógico es pensar que estuvieran implicados en el asesinato de Freddy.

—Eso es cierto —admitió Mina—. Pero parecían tener a alguien concreto en mente. Repitieron un nombre varias veces, y desde luego, no era el de Freddy.

—¿Recuerdas ese nombre?

Mina dejó su panecillo a un lado y se rascó la cabeza.

—Hmm, no. Estaba aturdida. Pero me volverá a la mente, tranquilos.

Le tomé la mano y se la apreté con cariño.

—No te preocupes. Lo importante es que tú estés bien.

—Gracias. ¿Os importa si me la quedo hasta esta tarde? —preguntó Mina, tirando de la servilleta sobre la que descansaba la flecha—. Me gustaría hablar con mi abuela. Podría saber algo.

—¿Tu abuela? —preguntó Raoul, escéptico.

—Mi abuela sabe mucho de simbología antigua. A lo mejor podría descubrir quién la forjó.

En ese momento, el teléfono de Mina vibró, bocabajo sobre la mesa. Le dio la vuelta y miró la pantalla con una leve sonrisa.

—¡Oh, vaya! Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Quién es? ¿Tu abuela? —pregunté esperanzada.

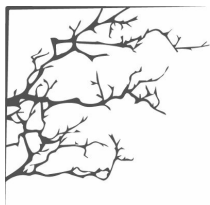
—No, no, qué va —rio—, mi abuela es bruja, pero no tanto. Ni siquiera la he llamado todavía. ¡Es Penélope! Le escribí esta mañana para ver cómo estaba. Me preocupaba que estuviera triste y sola, y la invité a cenar con nosotros.

La miré, conteniendo la respiración. Nada me apetecía menos que sentarme junto a Penélope y mirar cómo devoraba toneladas de carne medio cruda durante toda la noche. O quizás, nada a excepción de ver a Penélope salivando sobre un trozo de vidrio semitransparente junto a un río, mientras me echaba en cara los errores de mi pasado.

Raoul se dio cuenta de lo poco que me gustaba la idea y me puso una mano sobre el antebrazo, negando.

—De acuerdo. Que venga —dijo antes de que yo pudiera protestar—. Tenemos que hablar con ella, de todos modos.

—Pues vas a poder hablar bastante... —añadió Mina, algo desconcertada—: porque dice que acaba de reservar una habitación en este hotel, justo al lado de la nuestra.



Selena



El resto del día lo pasamos descansando en nuestras habitaciones. Mina y yo hicimos un maratón televisivo en la cama del hotel, mientras Luminix dormitaba hecho una bola entre nuestras piernas.

Raoul se marchó un rato a hacer ejercicio y nos reunimos de nuevo a la hora de comer. Se presentó en ropa deportiva y recién duchado, con el pelo a medio secar. Me pregunté cómo sería pasar las manos entre esos mechones húmedos que se pegaban a su cuello formando pequeños rizos, aunque descarté el pensamiento muy rápido al ver que seguía de mal humor.

Casi no habló durante la comida, y empecé a preguntarme si yo había hecho algo que pudiera molestarle.

Penélope llegó por la tarde y se instaló en su habitación, que casualmente estaba en la misma planta que las nuestras. No mencionó dónde había estado ni lo que había hecho desde la última vez que la vimos.

Al anochecer bajamos todos juntos a cenar. Mina se esforzó por mantener un ambiente cordial entre todos, aunque Raoul no paraba de lanzarle miradas asesinas a Penélope, y ella a él. La cena terminó siendo sumamente incómoda, pero aun así alargamos la sobremesa tanto como pudimos, en un intento de sonsacarle algo a Penélope sobre el Prisma de Ordesa. Durante todo ese tiempo, la viuda nos dio largas y no nos dijo nada que no supiéramos ya.

Cuando trajeron el postre, tanto Raoul como yo empezamos a perder la paciencia. Aunque él lo disimulaba, yo podía sentir su creciente nerviosismo como si hubiera una conexión invisible entre nosotros.

Penélope, sin inmutarse, estaba atiborrándose de dulces y pastas tras devorar una pierna de cordero ella sola.

—Escucha, Penélope —le dije, esta vez con voz mucho más firme que antes—. Necesitamos encontrar los fragmentos que faltan del prisma. Tienes que volver a reunir a tu equipo y acelerar la búsqueda todo lo posible: que continúen mañana mismo, en cuanto amanezca. Va a nevar en los próximos días, y así será casi imposible encontrarlo.

La mujer levantó la mirada de su plato y se reajustó las gafas con cara de inocencia.

—Ya, pero los mandé a todos a casa. Es imposible que se presenten mañana por la mañana.

—Entonces tendremos que buscarlo nosotros solos —dijo Raoul con firmeza.

Penélope sonrió con las cejas levantadas, como si aquello fuera la idea más absurda que había oído en mucho tiempo. Su sonrisa irritó todavía más a Raoul, y yo le puse una mano sobre la rodilla por debajo de la mesa para que se calmase.

—Solos no tenéis ninguna posibilidad —dijo ella, tan tranquila—. No tenéis ni idea de cómo hacerlo. Además, sospecho que el trozo que falta no está en el río, sino en manos de alguien que lo encontró antes que nosotros.

Los tres nos miramos, perplejos.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté—. Teo estuvo hablando con nuestro cliente, Claude Sommer, y este lleva años investigando el Prisma de Ordesa junto a Leonard, tu jefe. Según sus cálculos, los fragmentos fueron arrastrados por la corriente desde los picos más altos. Al parecer, si alguien tuviera algún trozo, habría algún tipo de signos detectables. No dijo cuáles, pero dijo que sería obvio.

Raoul apretó los puños sobre el mantel, aunque no dijo nada. Penélope continuó, sin darse cuenta de su reacción.

—Pues creo que se equivocan —replicó ella—. Yo creo que no está en el río. Llevo mucho tiempo tamizando esa ribera y, además, tengo una especie de... —Entrecerró los ojos con cierta malicia, ladeando la cabeza mientras bajaba la voz—. Una especie de presentimiento. Como esos que tenéis las brujas, ¿sabes? Algo me dice que no está ahí y que alguien podría tenerlo. No solo eso: siento que no se encuentra lejos de aquí. Diría que no ha salido de la comarca.

—¿Quieres decir que podrían tenerlo los vampiros que se llevaron a Mina?

El rostro de Mina se contrajo en un gesto de dolor, pero se mantuvo callada. Llevaba la mayor parte de la velada en silencio y con mala cara; seguramente no se encontraba demasiado bien todavía. Entretanto, Penélope frunció la nariz, pensativa.

—No, no estaba pensando en esa gentuza. Creo que solo la querían a ella. —Señaló a Mina, que apartó la vista—. Revisé la cueva de arriba abajo cuando os fuisteis, y no encontré nada interesante. Solo velas... y algún que otro bicho muerto.

De nuevo, Raoul soltó un gruñido bajo: llevábamos varias horas hablando y era la primera vez que Penélope mencionaba que había estado investigando por su cuenta.

—Necesito que nos muestres esos dos pedazos de prisma que encontró tu equipo —dijo Raoul, con una rabia creciente en la voz que no fui capaz de interpretar.

—Sin problemas, pero los tengo al fondo del equipaje. ¿Os importa si los traigo mañana por la mañana, cuando deshaga la maleta? Estoy agotada; me gustaría irme a dormir.

Sonó a excusa, de nuevo, pero no habría ayudado mucho intentar forzarla.

La velada continuó hasta casi las once de la noche, cuando Penélope se disculpó y se retiró a su habitación; Mina la acompañó por las escaleras, alegando que necesitaba irse pronto a la cama, en particular tras los acontecimientos de los últimos días.

Yo me quedé al pie de la escalera, tratando de decidir qué hacer. Estaba algo cansada, pero mi cansancio era más bien de tipo mental. El cuerpo, sin embargo, me pedía a gritos un buen paseo para calmar todos los pensamientos preocupantes que revoloteaban por mi cerebro.

—¿Tú no tienes sueño? —me preguntó Raoul, plantado al pie de la escalera que llevaba a los dormitorios y con un pie en el primer peldaño.

Lo observé, sorprendida. Llevaba todo el día casi sin hablarme. Se quedó completamente quieto mientras esperaba mi respuesta con un brazo sobre la barandilla. Esa noche se había puesto otra camiseta blanca ceñida y una chaqueta de ante marrón exactamente igual a la del día anterior, que despedía un cálido aroma a piel curtida.

—Pensaba que estabas enfadado conmigo —dije, retorciéndome las manos y evadiendo su mirada.

Arrugó la frente, confundido.

—¿Enfadado contigo? —repitió, incrédulo.

—No sé... —Me encogí de hombros—. Durante el desayuno estabas raro, y llevas todo el día evitándome. ¿De verdad necesitabas hacer ejercicio durante cinco horas seguidas?

—Hago ejercicio cuando estoy estresado —respondió—. Me ayuda a descargar la tensión. Pero nunca me enfadaría contigo.

Sonreí un poco, sacudiendo la cabeza.

—De acuerdo. Entonces todo bien.

—No. Nada está bien —replicó, cruzando esos brazos enormes sobre su pecho esculpido—. Estoy preocupado por vosotras... por ti. Ese bosque no es seguro. Hay cosas horribles ahí dentro.

Abrí la boca para protestar, pero alzó la mano para que callase.

—Ya sé lo que piensas. No estoy diciendo que tengas que marcharte: sé que no lo harás, te diga lo que te diga. Pero me preocupa. ¿Me entiendes?

—Te entiendo —contesté despacio—. Creo.

—Gracias.

Se quedó en silencio, mirándome con amargura y algo más que no supe identificar. ¿Era ansiedad? ¿Era cansancio? ¿O era... deseo?

—No tengo sueño. ¿Te apetece dar una vuelta? —le pregunté con tono casual—. Aínsa es uno de los pueblos más bonitos de España.

Raoul esbozó una leve sonrisa, casi halagado.

—Es cierto. Es una de las zonas más hermosas de los Pirineos. ¿Has estado alguna vez?

Tragué saliva, empujando los recuerdos tan hondo como pude.

—Sí... estuve varias veces de niña —respondí sin dar demasiada información—. Pero no me importaría verlo otra vez. Hace mucho tiempo que no vengo y seguro que ha cambiado bastante.

—Ven —dijo él, asintiendo—. La plaza Mayor está iluminada por la noche... te gustará.

Caminamos lentamente, escuchando el resonar de nuestras pisadas sobre el suelo empedrado.

Me puse a su lado, sintiéndome diminuta junto a él: era tan alto e imponente como una torre vigía. A cada paso que dábamos nos encontrábamos más cerca el uno del otro, hasta que nuestras manos se rozaron y él interceptó la mía en uno de sus vaivenes.

Sorprendida, apreté sus dedos contra los míos. Su piel era velluda y rugosa: las manos de alguien que había trabajado duro y a la intemperie. Me devolvió el apretón, pero mantuvo la mirada al frente.

Entretanto, admiramos las casas medievales, la mayoría con fachadas de pesados sillares grises y balcones de hierro repujado. Pronto nos encontramos bajo los arcos de la galería de piedra que bordeaba la plaza Mayor; tal y como había vaticinado Raoul, los edificios antiguos estaban iluminados con farolillos de forja, que le daban al lugar un aura mágica y dorada.

—Es casi tan bonito como lo recordaba —dije, suspirando.

Raoul se detuvo bajo una de las antiguas arcadas y se sentó en un escalón justo debajo de esta, soltándome la mano.

Me sentí extraña sin el calor de sus dedos entre los míos, pero él no pareció darse cuenta. Señaló una tienda cerrada a lo lejos, mientras me invitaba a sentarme a su lado.

—Ese local antes perteneció a mi familia —susurró, como hablando solo.

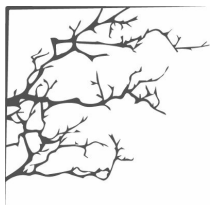
—¿Ya no?

Negó en silencio.

—No. Las cosas cambian. A veces de golpe.

Me arrebujé un poco en mi chaqueta de lana. La noche era fresca, y el aire olía a pasto y a cuentos del medievo.

—Dímelo a mí —respondí pensativa, mientras su comentario me sacudía con una lluvia de recuerdos agridulces.



Selena



Raoul me miró fijamente, con aquellos ojos dorados y lobunos que parecían ver a través de mi alma.

—Sé que creciste cerca de aquí —dijo con voz suave—. Pero nunca hablas de ello. Muchas veces me he preguntado por qué.

Me aparté un poco de él, incómoda al escuchar su pregunta. En general, me era difícil hablar de ello con la gente, pero contárselo a él me parecía una misión imposible.

—Hay cosas que es preferible olvidar —respondí para zanzar el asunto—. Durante mucho tiempo me he esforzado por dejar atrás este sitio, y a la gente que conocí aquí. Sospecho que tú lo sabes mejor que nadie.

—Mi madre solía decir que el árbol no tiene la culpa de estar infestado de termitas —dijo él con una sonrisa agrisada—. Este lugar sigue siendo hermoso, aunque en él ocurrieran cosas que no te gustaron.

—¿Tus padres aún viven? —le pregunté para cambiar de tema.

Miré el letrero de madera rústica que adornaba la tienda de la esquina, y los preciosos balcones cargados de geranios fucsias. Traté de imaginarlo a él de niño en esa misma plaza, jugando con otros chiquillos o ayudando en la tienda.

Esta vez fue él quien me miró con el ceño fruncido y apretó los labios.

—Si no quieres, no contestes. Pero, por favor, no me mientas —le advertí.

—Jamás te mentaría —dijo ofendido.

Se inclinó un poco hacia mí, bajando la voz. Estaba tan cerca que sentí su olor a jabón y a chaqueta de cuero.

—Mi padre falleció, pero mi madre aún vive. Es solo que hace mucho que no la veo.

—¿Discutisteis?

—Algo por el estilo. Ella no quiere verme, y es mejor así.

Percibí una profunda amargura en su voz, y algo dentro de mi corazón se rompió un poco. Con timidez, acerqué mis manos a las suyas. Estudié su reacción, moviéndome lentamente. No se opuso, así que tomé sus manos y las apreté bien fuerte sobre mi regazo.

—Raoul, solo tienes una madre, y no vivirá para siempre. ¿No crees que deberías tragarte ese orgullo y hacerle una visita, o al menos llamarla?

Cuando alzó la vista, sus ojos estaban empañados de lágrimas. Se soltó las manos, sacudió la cabeza y miró a otro lado.

—No lo entenderías... —murmuró con la voz rota—. Ojalá fuera tan fácil borrar ciertas cosas.

No pude contenerme y lo abracé, invocando la Energía Curativa del firmamento. Sentí la luz viajar a través de mis brazos, directa al centro de su alma, y su respiración se calmó un poco. Aquel hombre gigantesco pareció derretirse contra mi pecho, dejando caer sus barreras por primera vez desde que lo conocía. Apoyó la cabeza en mi hombro y yo lo mecí lentamente, disfrutando de aquel momento en la desierta plaza de piedra.

—Los recuerdos espinosos tienen raíces profundas —respondí en un susurro, aspirando el aroma de su pelo recién lavado—. Créeme: lo sé mejor de lo que piensas.

Levantó la mirada, y sus pupilas doradas se clavaron en las mías. La luz amarillenta de los farolillos les daba un tono casi metálico, completamente sobrenatural. Aspiré su aroma terroso profundamente: el aire era agradable, y la temperatura sorprendentemente cálida para una noche de otoño en aquellas latitudes.

Observé sus labios entreabiertos y tragué saliva, incapaz de apartar la vista de ellos. Me moría por besarle, pero no sabía si era un buen momento: jamás lo había visto así, tan frágil y tan necesitado de amor y consuelo. Era extraño, y a la vez conmovedor, ver a un hombre tan grande derrumbarse bajo el peso de los recuerdos.

Éramos tan distintos, y a la vez tan iguales.

Me quedé quieta un instante, sin saber qué hacer, y en respuesta, él se levantó de golpe.

—Ven —dijo bruscamente, tomándome del brazo—. Te llevaré a mi lugar preferido.

—Pensaba que era este —dije, intrigada, gesticulando hacia las arcadas de la plaza.

Negó, con aire misterioso.

—Oh, no. Es mucho mejor. Pero hace muchos años que no voy por allí.

Las comisuras de su boca se arquearon levemente, dibujando la sombra de una sonrisa.

Lo seguí por las callejuelas más estrechas y oscuras de Aínsa, más allá de otra plaza más pequeña y un parque que yo no recordaba de mis tiempos allí. Tras ser adoptada por mi tía, había aprovechado la primera oportunidad de marcharme a trabajar en Barcelona con apenas diecisiete años, huyendo de aquellos lugares que guardaban demasiados recuerdos. Había saltado de un trabajo precario a otro solo por no regresar al pueblo, hasta que Teo me encontró trabajando en una tienda del Raval por un salario mísero, atraído por los cuentos de las vecinas, que hablaban de una chica aragonesa con manos que curaban. Al parecer, los rumores habían llegado hasta Ibiza, y gracias a ellos había encontrado a mi nueva familia en el Serenata Nocturna.

Raoul y yo seguimos caminando por las callejuelas hasta que comenzó a escucharse el discurrir de uno de los dos ríos que abrazaban a la pintoresca población. Pero no se detuvo hasta que llegamos más allá de donde terminaban las casas, en una zona arbolada junto a una de las riberas.

—Por aquí —dijo, apartando algunas ramas de arbustos para abrirme paso.

Obedecí en silencio y caminé tras él, curiosa.

Entre la vegetación, cada vez más espesa, se abrió un claro diminuto. En su centro había una gran piedra lisa y casi plana, de casi dos metros de longitud. Brillaba como mármol pulido, y sobre su superficie había símbolos tallados que no supe reconocer. Raoul se recostó sobre ella y me llamó, dando palmaditas sobre el espacio vacío que quedaba. Subí a la losa de un salto y me recosté a su lado, sintiéndome repentinamente tímida.

El rumor del río se escuchaba muy cerca, y el aire era húmedo y frío.

Sentado en la piedra a mi lado, señaló hacia arriba.

Levanté la mirada y, al hacerlo, me quedé boquiabierta.

Las copas de los árboles enmarcaban un retazo de cielo nocturno de forma casi circular. En su centro, un manto de estrellas fulgurantes danzaba en torno a la luna, perfectamente llena y nívea.

—Lo llamábamos *El Observatorio de la Luna* —dijo, en voz tan baja que tuve que acercarme más para entenderle.

Solté una risita traviesa, acercando mi frente a la suya.

—¿Quiénes? —pregunté con tono algo pícaro mientras pinchaba el dedo índice contra su pecho de acero—. ¿Tú, y las chicas a las que traías aquí en tus tiempos?

Raoul sacudió la cabeza, enarcando las cejas con incredulidad.

—¿Chicas? —Resopló, como si encontrara el comentario sumamente divertido—. No, claro que no. Venía aquí con mis hermanas. A veces con mi padre. Nunca se me dieron demasiado bien las chicas. Ni siquiera me interesaban demasiado.

Encogió aquellos hombros de jugador de rugby en un gesto de honda indiferencia.

—Venga ya. No me lo creo —insistí, intrigada por saber más de su infancia y adolescencia—. Uno no va con su padre a un sitio así, solo para observar la luna. Y un chico como tú debía de tener decenas de admiradoras en esos tiempos...

Sus ojos se cerraron, hasta convertirse en poco más que una fina línea dorada.

—Aunque no lo creas, ciertas criaturas del bosque disfrutamos observando la luna llena, solo por el placer de hacerlo... sin segundas intenciones.

Me sentí un poco incómoda de pronto, al entender a qué se refería. Me mordí el labio, entendiendo que acababa de comportarme como una tonta adolescente y que mi comentario había estado fuera de lugar: él solo quería compartir conmigo ese lugar que había frecuentado con su padre, y yo...

Raoul notó mi azoramiento, y me atrajo hacia sí, apretándome contra su pecho.

—Aunque es posible que hoy sí que te trajera aquí con segundas intenciones —dijo con voz ronca.

Cuando alcé la mirada, sus ojos estaban fijos en mi rostro. Me miraba fijamente, con intensidad, como si yo fuera el postre más exquisito que había visto jamás. Me humedecí levemente los labios y parpadeé despacio; lo suficientemente despacio como para tener los ojos cerrados cuando me besó con delicadeza, abrazándome cada vez más fuerte.

Había deseado tanto ese beso.

Sus manos avanzaron torpemente, tanteando mi trasero, y después subieron por mi espalda, por debajo de la camiseta.

—Selena... —murmuró en un jadeo—. Hace tanto tiempo que...

—Shh... —lo acallé, guiando sus manos hacia el botón de mis pantalones, justo hacia el lugar donde necesitaba que estuviesen en ese momento—. Yo también.

Raoul expiró en mi oído, revelando el deseo reprimido que él también había estado sintiendo durante todo ese tiempo. Sus brazos, enormes y robustos, me envolvieron como las ramas de un árbol fuerte y antiguo, y sentí que mi cuerpo se disolvía bajo su fuerza bruta.

Me quitó la chaqueta roja, y yo levanté los brazos para que me ayudase con el suéter de lana. Extendió la ropa sobre la piedra, y yo me tendí sobre ella, dudando acerca de cómo proseguir. La roca dura y fría se clavó en mi espalda a través de la tela, y me sentí extrañamente expuesta cuando levanté ligeramente las caderas para que me quitase los pantalones.

Por un instante me embargó la vergüenza al pensar en mis kilos de más y en todo lo que me hacía, según los cánones de belleza, imperfecta. Pero me bastó ver el brillo del deseo en sus ojos para olvidarme de todas esas dudas en un solo segundo. Me observaba con absoluto deleite, como si yo fuera la obra de arte más hermosa que hubiera admirado jamás.

Bajo su mirada, me sentí la mujer más bella y más deseada del universo.

Se despojó de los pantalones, quedando de rodillas frente a mí: todo en él era enorme y magnífico, tal y como había imaginado.

Comenzó a besarme poco a poco, y sus manos encontraron el cierre de mi sujetador. Sus dedos, algo toscos, pelearon con el cierre un momento, y mientras sentí su aliento cálido en mi oído al deslizar las manos suavemente sobre mis pechos.

—Selena... —murmuró en un jadeo, masajeándolos con fervor.

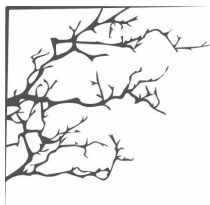
Una ola de calor me recorrió de arriba abajo, y me retorcí bajo aquellas manos enormes, sintiendo su cuerpo tan cerca del mío. Una de sus manos fue bajando, y solo se detuvo al llegar al elástico de la poca ropa interior que me quedaba; tiró un poco de él, jugueteó, y yo cerré los ojos, incapaz de soportar aquella tortura un segundo más.

Dije su nombre en un gemido y guíe su mano hacia el lugar donde quería que estuviese. Él accedió, y sus dedos me acariciaron en los rincones donde más los necesitaba, hasta que mi espalda se arqueó de placer. Me contorsioné y gemí, pidiéndole algo más. Pero en vez de eso, se apartó un momento y se agachó. Su ausencia duró dos segundos, pero se me hizo eterna. Después sacó algo pequeño y cuadrado del bolsillo de la chaqueta con una sonrisa pícaro y me lo tendió con cara de inocencia. Yo sonreí y lo abrí despacio, mirándolo a los ojos fijamente mientras desenroscaba un poco el contenido del paquete. Ahora era yo quien lo hacía sufrir con cada momento de espera, y estaba disfrutando con el juego.

Esta vez fue él quien gimió, mordiéndose el labio mientras lo tocaba, deslizando ambas manos por toda su longitud mientras le ponía la protección. Cuando terminé, me levantó con un solo brazo, me dio la vuelta y me apretó contra su pecho, temblando de necesidad contenida. Me susurró una pregunta al oído, asegurándose de que era lo que quería, y no recuerdo haber respondido que sí tan rápido jamás en mi vida.

Lo sentí dentro de mí, mientras nuestros cuerpos se unían con un suspiro al unísono. Oscilamos en una cadencia desesperada, que llevaba días, o quizás meses, luchando por suceder: solo entonces comprendí que nuestra pasión había sido como una bomba de relojería, a punto de explotar en cualquier momento.

Observados solo por la luna, disfrutamos de un instante de unión y perfección absoluta en el claro entre los árboles, y nuestros gemidos de placer se mezclaron con los ecos de las hojas en la brisa nocturna, mientras nuestra pasión se desbordaba como el agua de un arroyo bajo la lluvia de otoño.



Selena



Raoul me cubrió con su chaqueta de ante, y yo aspiré su cálido aroma a cuero y perfume masculino. Habría podido quedarme así, sumergida en la acogedora calidez de su pecho, durante el resto de la noche; pero la noche era demasiado fría para dormir a la intemperie, y necesitábamos al menos un par de horas de sueño para proseguir la búsqueda del prisma al día siguiente.

Me tapé las piernas desnudas con los pantalones, desechados a un lado, y sentí de nuevo esa absurda timidez que me había asaltado al desnudarme frente a él. Bajo la despiadada claridad de la luna llena era posible ver con todo detalle las curvas, quizás demasiado blandas, de mis muslos y vientre. Mi piel no era ni lisa ni suave, y con su textura de naranja difería mucho de la de las mujeres perfectas que mostraban las revistas.

—Eres la mujer más bella que he visto jamás —susurró él con admiración, ajeno a mis inquietudes.

Me tendió el jersey con gesto triste, como si le costara despedirse de la visión de mi cuerpo desnudo. Yo me senté sobre la losa de piedra, un poco encogida para disimular mis pechos algo caídos, y me subí los pantalones rápidamente, con una sonrisa amarga.

—Gracias —dije encogiéndome de hombros—. Aunque sé que debería hacer más ejercicio. Me sobran un par de kilos.

Justo mientras lo decía, una lorza rebelde se negó a meterse en la cinturilla de los pantalones, como si quisiera darme la razón.

—No te sobra absolutamente nada —replicó—. Tienes una figura preciosa, y para mí eres perfecta tal y como eres. —Me devoró con los ojos, y luego añadió—: Lo digo completamente en serio.

Observé su cuerpo musculoso y bien formado, y me pregunté por qué no había llegado a quitarse la camiseta. Esperaba tener la oportunidad de poder ver con detalle lo que había debajo la próxima vez.

—Deberíamos irnos —dije, recogiendo mi parka roja, que había absorbido un poco de humedad de la fría roca—. Si no, mañana estaremos agotados.

Me abroché la cremallera y rebusqué en los bolsillos, comprobando que estaba todo en su sitio: mi cartera, mi teléfono y la llave de la habitación.

Al sacar el teléfono vi un mensaje de Mina. Lo había enviado un buen rato antes. Leí la vista previa, sin abrirlo:

«Salgo un rato a dar una vuelta con Penélope, dice que tiene insomnio y me da pena verla sufrir.»

Le he dado de comer a Luminix, no le des nada más que se está poniendo como una sandía verde y peluda. Besos.»

Una sensación de angustia me embargó al leer aquello, y Raoul debió de notarlo en mi expresión, porque me preguntó de inmediato:

—¿Todo bien?

Sin siquiera terminar de abrir el mensaje, marqué el número de Mina mientras negaba con la cabeza.

—No estoy segura... —respondí, sujetando el móvil entre el hombro y la oreja.

El teléfono sonaba, pero Mina no respondía. Quizás se hubiera ido ya a dormir y lo hubiera dejado en silencio. O quizás...

Volví a guardar el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, incapaz de sacudirme aquella repentina inquietud.

—Se ha ido con Penélope —dije quedamente.

Raoul alzó una ceja. Después miró el reloj, comprobando que eran casi las dos de la madrugada.

—¿A estas horas? —dijo extrañado.

—Me lo mandó a las doce. Dijo que Penélope no podía dormir y habían salido juntas.

—Pensé que Mina estaba cansada y quería dormir —murmuró.

—Mina es incapaz de dejar sufrir a una hormiga —repliqué, forzando una risilla.

Raoul se calzó las botas, sacudiendo la cabeza, y luego se ató los cordones a toda prisa.

—Vámonos —dijo—. Cuanto antes lleguemos, antes te quedarás tranquila. Aunque estoy seguro de que Mina está roncando en su cama, con ese bicho verde y peludo encima.

—Seguro.

Asentí, poco convencida.

Raoul se internó de nuevo en las callejuelas empedradas. Esta vez eligió el camino más corto, que a cambio era estrecho y mal iluminado. Yo lo seguí, cogida de su mano, esforzándome por absorber algo de aquella serenidad que él emanaba por todos sus poros. Después de tantos años ya no era capaz de orientarme por aquellas vías recónditas, y menos aún en plena noche.

—¿Falta mucho? —pregunté, calculando cuánto habíamos tardado en llegar hasta el claro a la ida.

Raoul sacudió la cabeza.

—No —respondió, señalando hacia el final del callejón oscuro donde nos encontrábamos—. Solo hay que llegar hasta allí, giramos a la izquierda, y...

El ruido de un aleteo lo interrumpió, haciéndonos levantar la mirada al unísono.

Un murciélago sobrevolaba el callejón, descendiendo entre los muros de piedra de las antiguas casas, vacías ahora que había pasado la temporada veraniega.

—¡A cubierto! —gritó Raoul, señalando la oscuridad de un portal y empujándome dentro.

Tropecé y caí sentada en un rincón, sin entender. Solo entonces alcé la vista y vi que aquello no era un murciélago, sino un cuervo negro y grande que volaba directo hacia nosotros.

El cuervo desapareció en una nube de humo gris y húmeda, y al instante surgió de ella un hombre corpulento de mediana edad, con pelo largo y ralo que le crecía alrededor de una coronilla calva y blancuzca, casi verdosa. Llevaba un jubón ajustado, un capote antiguo y unas calzas apretadas que le cubrían las piernas varicosas hasta la altura de la rodilla.

El hombre dio un par de pasos al frente, sacando una espada plateada del cinto y haciéndola girar sobre la empuñadura. Después sonrió, dejando a la vista un par de colmillos largos y amarillentos, y se dirigió a Raoul, ignorando mi presencia:

—Vaya, vaya... ¿pero... qué ven mis ojos? Si es el heredero de Léonide en persona... el exiliado, ¿no es cierto? —Después me miró a mí, que seguía acurrucada en el rincón más húmedo de aquel portal de sillares—: y nada más ni nada menos que la hija de Herrera. Aunque vuestra madre no era Herrera, ¿me equivoco, mi querida dama? Sin embargo, era también bastante afamada en estos lares. ¿María la Curandera, si bien recuerdo?

Lo observé boquiabierto. No tenía ni la menor idea de quién era ese vampiro, pero él, sin duda, sabía mucho sobre mí. Y, a juzgar por la expresión de Raoul, también era cierto lo que había dicho sobre él.

Raoul gruñó, emitiendo un sonido bajo y lobuno que ningún humano ordinario podría haber producido.

—¿Qué quieres de nosotros, sanguijuela? —le espetó, cruzándose de brazos. Al hacerlo pareció todavía más ancho, y llenó la mitad del callejón solo con su presencia.

El vampiro enfundó la espada con una floritura y nos dedicó una reverencia burlona.

—Solo dialogar, amigos míos —dijo—. A decir verdad, estoy algo decepcionado de no hallaros en compañía de la otra bruja. Es a ella a quien buscaba... la invitamos a nuestra casa, y la muy desagradecida se marchó sin despedirse... —Sus ojos relucieron, rojos en el oscuro callejón—. No solo eso. Dejó un auténtico desorden a su paso. Creo que debería rendirme cuentas por todas esas manchas de... —Estiró la boca en una mueca asqueada—, *...de sangre de bruja*.

El vampiro fingió escupir algo repugnante, y los hombros de Raoul comenzaron a temblar, cada vez de forma más violenta.

—No os sulfuréis, amigo. No he venido a cobrarme vuestras insignificantes vidas mortales. —El vampiro rio, y su risa sonó como un rechinar de uñas sobre una pizarra—. Sin embargo, podríamos ayudarnos mutuamente. Os propongo un trato...

Raoul se encorvó en una postura antinatural, sin dejar de gruñirle. Entretanto, rebusqué en mi mente en busca de algún hechizo de defensa; por desgracia, mi único legado eran hechizos curativos, que de poco iban a servirme.

—Vos me ayudáis a recuperar el Prisma, que seguro sabéis dónde está —dijo el vampiro con tono sibilino—. Luego dejáis que me lleve a la otra bruja y yo le perdono la vida a esta. —Jugueteeó con la empuñadura de su espada, sacándola lo justo para que se viera la afilada hoja de plata—. ¿Qué me decís?

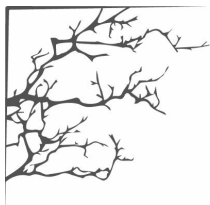
Raoul se agachó de golpe, y a continuación todo sucedió demasiado rápido para poder apreciar los detalles. Un grito desgarrador surgió de su garganta, haciendo retumbar los cristales de las ventanas circundantes. El grito se convirtió en un aullido, y un segundo después, la camiseta de Raoul estalló, haciéndose jirones mientras su cuerpo se hinchaba y cambiaba de forma.

Llegué a atisbar su pecho desnudo por un instante; lo suficiente para ver algo que me aterrorizó todavía más que la presencia de aquel vampiro nauseabundo bloqueando la salida del callejón.

Un momento después, en el lugar donde había estado Raoul se encontraba un lobo gigantesco de ojos amarillos, agazapado sobre los cuartos traseros y a punto de saltar sobre el vampiro, que lo apuntaba con su espada de plata.

Me encogí todavía más en el extremo más alejado del portal, y el olor a orín de aquel rincón despertó recuerdos espantosos, que habría preferido que permanecieran enterrados en mi memoria. Meforcé por recordar algún hechizo útil, pero mi mente estaba completamente nublada.

No podía dejar de pensar en lo que había visto, aunque solo por una fracción de segundo, tatuado sobre el pecho de Raoul: una M mayúscula rodeada por cuatro pétalos de rosa, que no dejaba lugar a dudas sobre su verdadera identidad.



Selena



Praderas de Ordesa, 15 años atrás

La niña soltó una risita traviesa y fue corriendo a esconderse detrás de los rosales silvestres. Sujetaba en el regazo la cesta con su mayor tesoro: un enorme *boletus edulis*, de sombrero perfecto color café y sin un solo agujerito de gusano. Era raro encontrarlos en primavera, y más aún, ejemplares tan grandes y hermosos como ese.

—¿Selena? ¿Dónde estás, *Capuchita*? —la llamó su madre, apartando las ramas con cuidado al pasar—. No te escondas, ya sabes que no me gusta... me preocupo si no te veo.

Selena se aguantó la risa para que su madre no la encontrase, pero se le escapó un jovial resoplido por la nariz: sabía que a mamá no le gustaba ese juego, pero... ¡era tan divertido! Al fin y al cabo, pronto cumpliría los nueve, y ya no tenía edad de que la controlaran en todo momento. Ella no era como sus dos hermanas de cuatro años, las gemelas: esas dos sí que eran unas renacuajas, y por eso mamá no las llevaba al bosque cuando tenía una misión importante, pero a Selena sí.

A Selena le gustaba observar a su madre mientras la buscaba: bastaba mirarla para comprender que era diferente de las otras mujeres del pueblo, que vestían casi todas con pantalones vaqueros o ropa deportiva. No; mamá tenía su estilo propio, siempre con faldas largas, jerséis de lana que tejía ella misma y delantales bordados a mano. Algunas compañeras del colegio, al que asistían doce chiquillos de edades mezcladas, opinaban que vestía como una anticuada, y algunos hasta la llamaban «la mesa camilla» en referencia a sus faldas amplias y su generosa figura. Selena opinaba que todo eso eran tonterías, porque su madre era la mujer más bella del mundo, y los vestidos que se cosía eran los más hermosos de todo el pueblo. Además, mamá era una bruja, así que no podían esperar que vistiera y se comportase como los otros adultos corrientes. Por supuesto, las niñas del colegio no podían saber su secreto: eso era algo que hasta las gemelas habían entendido desde el día en que balbucearon su primera palabra.

—¡Selena, sal de una vez de donde estés! Me estás poniendo nerviosa.

Esta vez el tono de su madre sonó diferente. Ya no la llamaba *Capuchita*, como cuando se llevaban bien. Se notaba que estaba comenzando a enfadarse, pero Selena se dijo que aguantaría solo un momentito más, porque estaba siendo muy divertido.

Entonces mamá comenzó a cantar con dulzura, y ya el primer verso removi­ó algo en el interior de Selena, como una espiral cálida y dorada girando en el centro de su pecho:

«En el bosque oculto, al caer la oscuridad, juntas entonamos un antiguo cantar.

Guardianas del secreto, en la noche sin final...»

—... *Con el viento como eco, nuestro deber vital.*

Selena terminó la estrofa, y emergió de un salto de su escondite, orgullosa de sabérsela al dedillo.

Mamá alargó los brazos y la envolvió con su suave chaqueta de punto, que olía a miel y a guisos con romero.

—Ven aquí, pequeña granuja —le dijo, plantándole un beso en la coronilla—. Si vuelves a esconderte, a la próxima te dejaré con tus hermanas. Estos días siento algo raro en el aire, mi niña, y no es bueno que andes sola. ¿Entendido?

—Sí, mamá —rezongó Selena, cruzando un poco las piernas.

Se dio cuenta de que tenía pipí, pero sabía que, si le decía a mamá que quería volver a ocultarse en los arbustos, eso no le iba a gustar nada de nada. Así que decidió aguantar un poco más.

Al dar un paso se le enganchó el vestido en las espinas de un rosal silvestre, y se detuvo a desenredar la tela para que no se rasgara. Observó con atención las preciosas flores del arbusto: siempre le llamaban la atención, con sus pétalos de color rosa y el centro amarillo chillón, lleno de puntitos.

—Son bonitas, ¿verdad? —comentó mamá, tomando una entre las manos—. La flor del escaramujo, la *rosa canina*... A mí también me gustaba, hasta que mi abuela me enseñó su significado.

—¿Qué significado, mamá?

Mamá frunció los labios y arrancó los cinco pétalos uno a uno, para después desechar la florecilla en el suelo y pisarla.

—Hay cierta gente que las usa para simbolizar cosas malas. Se las dibujan sobre el cuerpo... —Se apretó la mano contra el corazón, con gesto preocupado—. Justo aquí. Si ves a alguien con ese dibujo en el pecho, o en el brazo, no debes nunca confiar en ellos. Y cuantos más pétalos tenga el dibujo, más malo será.

—¿Más malo? —preguntó la niña, incapaz de entender cómo un dibujo de una flor tan linda podía representar algo malo.

—Sí —respondió mamá, mirándola fijamente a los ojos y tomándola por los hombros—. La mayoría de esas personas se dibujan un pétalo, o dos... solo uno de cada clan tiene los cinco, y ese es el más terrible: el jefe de todos ellos. Querida hija, también hay gente mala en estos bosques, aunque por suerte no solemos encontrarnoslos.

—Tendré cuidado, mamá —dijo Selena, bailoteando un poco en el sitio para aguantarse las crecientes ganas de ir al baño.

—Ven, he visto unos endrinos por allí —dijo entonces su madre, señalando hacia un punto indefinido en la espesura—. Tenemos que darnos prisa porque pronto oscurecerá, y necesitamos los ingredientes para la poción. Hay que estar preparadas en caso de que...

Mamá se detuvo en seco y no dijo nada más. Selena se preguntó a qué podría referirse y para qué necesitaba estar preparada; pero la presión en la vejiga era cada vez más intensa y pronto se olvidó de las palabras de su madre.

La observó trabajar con los endrinos, mordiéndose la lengua para no quejarse. Mamá separaba la corteza de la planta con mucho cuidado, usando un cuchillo afilado, y la iba metiendo en una bolsa de tela.

—La corteza es venenosa, y las pepitas también —le dijo su madre sin mirarla, porque estaba concentrada en no tocar la planta con las manos desnudas—. Se puede usar para muchas cosas, como, por ejemplo, para...

—Mamá, ¿por qué la gente del pueblo siempre dice que eres una bruja, pero a mí solo me hablas de hierbas? ¿Cuándo me enseñarás a hacer hechizos y magia de verdad, como tú?

—Hija mía... ya sabes lo que decía Paracelso: *la naturaleza misma es magia, y la magia es la naturaleza*. Es todo lo mismo, una vez aprendes cómo funciona. Algún día lo entenderás.

—Pues no lo entiendo —contestó Selena con tono molesto, acostumbrada a que mamá le diera largas en vez de respuestas, y citas raras de Paracelso en lugar de hechizos espectaculares.

Mamá revisó su bolsa y sopesó la cantidad de corteza de endrino que había recolectado.

—Bien, tenemos suficiente —dijo con aire satisfecho—. Creo que ya podemos volver a casa.

Selena se sintió aliviada. Le gustaba salir al bosque con su madre, pero ese día ella también sentía algo raro en el aire... aparte de sus necesidades físicas.

Tomaron el sendero más corto, que llevaba directamente a la pequeña casita de huéspedes que regentaban sus padres. Tenía cuatro habitaciones para montañeros y esquiadores, aunque esa semana estaban todas vacías por ser temporada baja.

—Le he dicho a papá que encienda la chimenea; esta primavera no quiere llegar —dijo mamá, apretándole la mano con cariño—. Te veo cara de frío, ¿estás bien?

Selena asintió y dio un par de saltitos.

—No es frío. Es que tengo pipí...

Mamá sonrió, sorprendida.

—¿No puedes aguantar hasta casa? Estamos a dos pasos.

Selena miró hacia su casita, que se alzaba blanca con el tejado empinado al final del sendero, y cruzó las piernas con más fuerza. Había bebido varios vasos de limonada esa tarde, mientras jugaba con las gemelas junto al río, que discurría justo detrás de su hogar en el bosque. Sacudió la cabeza, negando. No podría aguantar el tiempo suficiente para llegar.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —la reprendió su madre, sacudiendo la mano—. Anda, métete ahí, entre los arbustos... te esperaré. ¡Pero date prisa! Tengo que acostar a tus hermanas, que si no se ponen lloronas.

La niña salió disparada y se escondió entre la vegetación.

Se subió la falda y se agachó entre dos troncos. Justo en ese momento escuchó unos pasos, y asomó un poco la cabeza para ver quién era: muy poca gente usaba ese camino, aparte de algunos lugareños que salían, como ellas, a recoger setas o a estirar las piernas.

Tres hombres altos y algo sucios se acercaron a mamá, con gesto cansado, o quizás dolorido. Vestían ropa de senderismo y portaban mochilas y bastones. Uno tenía el pantalón roto y ensangrentado, como si se hubiera caído.

Selena escuchó que pedían direcciones; seguramente se habían perdido.

Mamá señaló hacia su casa, que podía verse desde el camino. Ella siempre ayudaba a todo el mundo: era famosa en el pueblo por ello. Daba igual que fuera un animal herido o un alpinista que había perdido el rumbo: Selena habría podido contar más de cien anécdotas sobre los actos altruistas, y a veces algo alocados, de mamá, que daba cobijo a cualquiera que pareciera necesitarlo sin importarle su aspecto o su procedencia.

Era un poco gracioso que siempre le dijera a Selena que no debía confiar en los extraños, cuando ella misma siempre lo hacía.

Uno de los hombres se apretó las sienes, como si le doliera la cabeza. Mamá miró su reloj y se giró otra vez hacia la casa. Luego se agachó y rebuscó en su bandolera, seguramente en busca de alguna hierba o ungüento que pudiera ayudar al hombre.

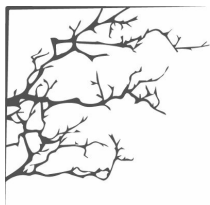
En ese instante, otro de los montañeros dio un salto, se situó detrás de mamá, y le retorció los brazos por detrás de la espalda. Mientras tanto, el tercero le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula, y ella cayó desmayada entre sus brazos.

Selena se tapó la boca para no gritar.

Vio cómo uno de los hombres cargaba a su madre por encima del hombro y se dirigía hacia la casa de la familia, donde papá debía de estar haciendo la cena y cuidando de las gemelas. Los

tres extraños se miraron sonriendo, con sus dolores mágicamente desvanecidos.

Selena se quedó de piedra, atrapada en su escondite, y se preguntó cómo iba a alertar a papá sin que aquellos hombres malos la descubrieran.



Raoul



La luna me cegó con su atracción irresistible. A decir verdad, no sabía si era la luna, o algo más oscuro cuyos tentáculos llevaba varias noches sintiendo: algo que reptaba por mi espalda y se adentraba como dedos espectrales en mi corazón, hasta anidar en la base de mi cerebro.

La amenaza de aquel apestoso vampiro había despertado algo irrefrenable en mi interior, haciendo que el lobo saliera sin pedir permiso.

No iba a dejar que esa sanguijuela le pusiera un dedo encima a Mina, ni mucho menos a Selena. Aquella mujer era mi destino, aunque ella aún no lo supiera. Y no iba a dejar que me arrebataran de nuevo lo que la Madre Luna me había concedido.

—Fuiste tú quien mató a Federico Molina... —traté de decirle al vampiro, pero el final de la frase se disolvió en un gruñido gutural.

Sentí la transformación inminente. No fui yo quien la llamó; vino sola. Mis músculos se hincharon, obligándome a encorvarme, y muy pronto el mundo adquirió un tono amarillo azulado, mientras los matices rojos y verdes se apagaban de golpe.

Eran mis ojos de lobo, viendo el mundo en su versión nocturna: más práctica, nítida y luminosa, aunque con menos colores.

El vampiro volteó la espada, y su inmunda hoja de plata relució bajo la luna. Un siseo cortó el aire, en un avance de lo que haría conmigo si lo dejaba acercarse lo suficiente.

Sin embargo, aquel chupasangre era astuto, como todos los de su calaña. Se acercó primero a Selena y no me costó adivinar sus intenciones: quería llevársela para hacer Dios sabe qué con ella.

Y eso no iba a permitirlo.

—¿Federico Molina? —La sanguijuela rio, mostrando sus asquerosos colmillos amarillentos—. ¿Por qué y para qué iba a hacerlo? ¿Qué me importa a mí ese perro callejero? No te hagas el noble ahora, echándome a mí el muerto frente a la dama... —dijo entre risas, escapando de mis fauces abiertas con un giro veloz.

Salté, tomando todo el impulso que pude, y me abalancé sobre el no-muerto. Trató de defenderse con garras y colmillos, pero yo seguí atacando, sin importarme el dolor ni las heridas.

Su espada se hincó en mi costado, provocando un dolor impensable que me atravesó como una descarga eléctrica.

Furioso, mordí su garganta y lo arañé con las zarpas hasta que la espada salió volando de sus manos. Me miró con horror, pero no me detuve ahí; en vez de eso, desgarré su pecho hasta abrirlo por la mitad. Su corazón, negruzco y agarrotado, me recordó a una raíz podrida. No latía, lo cual no me sorprendió. Después de todo, llevaba varios siglos muerto.

Sus ojos se encontraron con los míos un instante más antes de cerrarse.

—Bien sabes que lobo mata a lobo, y esa flecha no era nuestra, ¡por todos los infiernos! —me dijo en un gorgoteo, con sangre goteando por la comisura de los labios—. ¡Fuisteis vos! ¡Admitidlo!

¿Pero qué estaba diciendo ese energúmeno?

—Clemencia, por favor... —suplicó el vampiro, con los ojos girando en una lúgubre y postrera danza—. Jamás nos interpusimos en vuestros conflictos internos. ¡Mataos entre vosotros

si así lo deseáis, por todos los diablos!

¿*Clemencia*, para esa bestia inmundada? ¿Para ese maldito mentiroso, que farfullaba estupideces sin sentido?

Sentía el cerebro confuso, pero una cosa era clara: esa criatura fétida era un chupasangre, y estaba en mi territorio.

Y quería apropiarse de lo que era mío por derecho.

Alargué una zarpa y desgarré su corazón, arrancándolo de su pecho pálido y verdoso. Venas negras y reseca colgaron del órgano sin vida, y una mueca de horror desfiguró el rostro del vampiro mientras su cráneo chocaba con el suelo empedrado con un ruido seco.

Aullé a la luna, sintiendo que la sed de sangre todavía no había sido acallada.

Necesitaba más...

Más muerte...

Más carne...

Más venganza...

Decenas de tentáculos de humo negro surgieron de todas las esquinas del callejón, envolviéndome con su danza macabra.

Una respiración entrecortada y un llanto me alertaron de la presencia de otra criatura.

Alguien más...

¿Nos conocíamos?

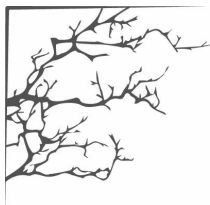
Los tentáculos me nublaban la vista, y di un paso hacia la mujer, que temblaba encogida en un rincón, tratando de ocultarse.

Alzó las manos, protegiendo su rostro, y entre sus dedos se coló un rayo de luna, iluminando sus facciones.

El rayo de luna aclaró la niebla al pasar, y al fin pude ver sus ojos: unos ojos aterrados, incrédulos, que me miraban como si yo fuera la bestia más espantosa de aquel callejón. Yo, y no el vampiro del que ya solo quedaba un montón de restos viscosos, que pronto serían cenizas.

Apreté los dientes, esforzándome por recordar. Con toda mi fuerza mental, llamé al humano en mi interior, suplicándole que volviera.

Sentí mis garras transformarse de nuevo en manos, y mi pecho desnudo golpeó los adoquines desgastados antes de perder el conocimiento.



Selena



Praderas de Ordesa, 15 años atrás

Los montañeros entraron en la casa, cargando a mamá en brazos. Selena los siguió con sigilo por el borde del sendero, esforzándose por ir más rápido, pero sin que la vieran. A pesar de conocer esos bosques como la palma de su mano, el miedo la volvía torpe, y el vestido se le enganchaba en las zarzas todo el rato.

«¡Mamá, despierta!», gritaba en sus pensamientos, desesperada por que el mensaje llegara hasta los oídos de su madre inconsciente. Ella sabría qué hacer; seguro que tenía una poción también para eso, o a lo mejor un cántico, o una hierba mágica.

Los senderistas empujaron la puerta de madera, que siempre estaba abierta. Esta giró suavemente sobre los goznes, sin hacer ruido. Mamá seguía aturdida, pero empezó a moverse un poco cuando la metieron a rastras en la casa.

Selena salió de puntillas y se acercó a su casita, acurrucándose detrás del viejo pozo para que no pudieran verla.

Oyó gritar a papá, y las gemelas lloraron.

Los hombres le pidieron algo a papá de mala manera, y él respondió muy enfadado, con esa voz de trueno que usaba solo cuando algo le molestaba mucho, mucho.

Se oyó un escándalo de platos y cristales rompiéndose, y el golpe seco de algo muy pesado que caía al suelo.

Mamá gimió: debía de haberse despertado del todo.

Selena no veía nada; seguía apostada a la sombra del pozo, y no supo si preocuparse o alegrarse al oírla.

Entonces la puerta de atrás se abrió, y mamá salió en tromba, apretando algo contra su pecho. La puerta rebotó con fuerza contra la fachada, y la niña, como un resorte, salió de detrás del pozo. Su madre le lanzó una mirada acerada, mientras susurraba tres palabras: «¡Huye, Sely! ¡Escóndete!». Era la primera vez que mamá *quería* que se escondiese, y eso era señal de que algo andaba muy, muy mal.

A Selena le pareció que añadía algo más, aunque solo pudo ver sus labios moverse mientras pasaba. Pero, ¿qué había dicho exactamente?

«¿El vino está en la vitrina?

¿El verano está en la cocina?»

Aquello no tenía sentido.

—¿Mamá...?

Selena no estaba segura de haberlo entendido bien. Quería preguntárselo. Pero su madre la ignoró, haciendo un gesto para que callase y se ocultase rápido. Luego mamá corrió hacia el cauce del río, que discurría junto a la casa, y lanzó algo dentro. El objeto se hundió con un chapoteo y se lo llevó la corriente.

Uno de los hombres malos salió tras ella, le dio un golpe en la cabeza y la arrastró de nuevo al interior de la casa.

Selena temblaba.

Los hombres volvieron a gritar y esta vez papá ya no sonó enfadado, sino asustado y suplicante.

La niña no podía aguantarlo más. Desoyendo las órdenes de su madre, fue de puntillas hasta la puerta y asomó tan solo la punta de la nariz, lo justo para ver la escena que la perseguiría en sus pesadillas durante los siguientes quince años:

Un lobo enorme, al que le faltaba un trocito de oreja, agarró a su padre entre las fauces. Sacudió su cuerpo en el aire como si fuera una muñeca de trapo, y la cabeza de papá chocó contra la esquina de la chimenea. Luego papá se quedó flácido, y dejó de gritar. Otros dos lobos saltaron sobre su madre y hermanas, y Selena se hizo pipí encima sin darse cuenta.

La niña salió corriendo con los leotardos mojados, y se perdió en el bosque.

Permaneció allí mucho tiempo, llorando entre sus propios orines, hasta que cayó dormida entre la hojarasca.



A la mañana siguiente, Selena despertó en un áspero lecho de hojas, tiritando de frío y sintiendo que olía mal.

Pensó que otra vez había conseguido evitar que mamá la bañase, gracias a su destreza para huir trepando por los árboles y esconderse entre los arbustos. Lo hacía muchas veces, porque no entendía esa manía suya de lavarla tanto: los ciervos y los lirones nunca se duchaban, y no les pasaba nada.

Selena descartó aquellos sueños tan espantosos que había tenido, en los que unos lobos despiadados hacían cosas horribles e impensables a su familia.

Caminó contenta hasta la casa, canturreando la canción de mamá: «*Con la magia ancestral, cumplimos con amor...*»

Al llegar a la puerta, notó que esta estaba abierta de par en par, y que hacía frío dentro.

Caminó cada vez más despacio hasta alcanzar el salón comedor, donde su pequeño corazón se detuvo de golpe.

Toda su familia yacía en el suelo, cubierta de sangre y con los miembros retorcidos en posturas absurdas. Ni siquiera pudo reconocer la cara de papá, pero sí la de las gemelas, todavía abrazadas junto a la chimenea apagada, que mostraba una ominosa mancha marrón en la esquina sobre la que se habían reunido algunas hormigas.

Junto al padre yacía también uno de los senderistas: por algún motivo incomprensible estaba desnudo. Tenía magulladuras por todas partes, y los labios azulados.

Selena sintió las lágrimas calientes bajándole de nuevo por las mejillas sucias y llenas de chorretones. Tembló, sobrecogida por el shock, y cerró los ojos para bloquear aquella escena, la más cruenta y horrible que había visto en su corta y alegre vida. Luego comenzó a hipar de manera incontrolable.

Se agachó junto a sus hermanas y les puso las manos sobre el pecho, tal y como mamá le había enseñado. Llamó a la energía del Universo: a toda la energía del cielo, de los Ángeles y de los Elementos, y a todas las Diosas y santas cuyos nombres conocía. Invocó a los antiguos Dioses paganos a los que rezaba mamá, y también al Dios del que siempre hablaba el párroco de la escuela.

Rezó todos los rezos y musitó todos los hechizos, pero no pasó nada.

Desesperada, entró en el dormitorio de sus padres y sacó el diario de mamá, leyendo cada sortilegio entre sollozos hasta que el sol estuvo muy alto.

Mucho rato después escuchó los pasos de una vecina, que se acercó por el sendero. La mujer pasó junto al pozo, parlotando distraída.

—Sely, preciosa, tenéis la puerta abierta de par en par y os vais a congelar —dijo desde el umbral—. Os traigo acelgas de mi huerto, ¿todo bien? No he visto a tu madre a la salida del colegio, a las doce, y pensé que...

La vecina se quedó con la boca abierta, paralizada.

—¡Dios bendito! —exclamó santiguándose, y corrió a sacar a la niña de aquel antro de los horrores.

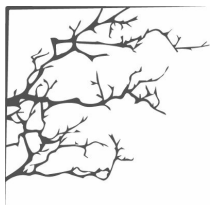
Selena intentó aferrarse a la pierna de papá, pero la vecina tiró de ella muy fuerte hasta obligarla a levantarse.

La niña apretó el diario de su madre contra su pecho y se dio la vuelta antes de salir. Aquella fue la última vez que vio el que había sido su hogar.

Poco después fue adoptada por su tía, que trató de hacerla olvidar sus orígenes con la esperanza de que olvidase también los horrores que había sufrido.

Pero en su retina quedó para siempre grabada la imagen de su familia extinguida, y en particular la de aquel extraño sin vida, caído junto al cuerpo de su padre.

Sobre el pecho del hombre lobo muerto había un dibujo: un tatuaje con una M mayúscula, rodeada por tres hojas de rosa canina. Selena nunca olvidó ese tatuaje en forma de rosa; la misma flor maldita sobre la que tanto la había advertido su madre.



Selena



Cerré los ojos en un acto reflejo, tapándome la cara con las manos al oír el golpe contra los adoquines: un sonido que me recordó demasiado a la cabeza de mi padre estrellándose contra la chimenea de nuestro hogar, muchos años atrás.

El cuerpo del lobo cayó al suelo con un ruido sordo. Cuando volví a mirar, Raoul yacía inconsciente y desnudo a mis pies, cubierto de arañazos, cortes y mordiscos espantosos. Una de las heridas, infligida por la espada de plata del vampiro, supuraba en su costado y se estaba tornando negruzca.

Mi primer instinto fue arrodillarme a su lado y extender las manos a unos centímetros de su pecho, apresurándome a canalizar energía curativa.

Pero entonces me detuve, dudando.

¿Era una buena idea sanarlo?

Había visto el odio en los ojos de aquel lobo: no solo al atacar al vampiro con ensañamiento, incluso después de haberlo herido de muerte; sino también al acercarse a mí después, con los ojos inyectados en sangre.

El tatuaje era el mismo: una M mayúscula inscrita en un círculo y rodeada por varios pétalos de rosa silvestre.

Cuatro pétalos.

Uno más de los que había tenido aquel lobo que aún veía en mis pesadillas.

Según mis cálculos, eso solo podía significar que Raoul estaba por encima de aquellos malditos asesinos que habían acabado con mi familia.

Cuatro pétalos: el heredero del alfa.

Alguien de tan alto rango tuvo que estar al tanto del plan malévolo de sus secuaces, o peor aún, pudo haberlo urdido él mismo.

Raoul se encogió en posición fetal, apretó los párpados y una mueca de dolor surcó su rostro.

Hacía quince años que me despertaba por las noches gritando, con la frente empañada de sudor. Había hecho todo lo posible para superar mi fobia a los lobos y todo lo relacionado con ellos, y para aceptar que debía compartir misiones de todo tipo con aquel hombre que, por casualidades del destino, había sido también contratado por la Agencia Serenata Nocturna.

Lo había aceptado de todas las formas posibles, en mi vida y hasta en mi intimidad. Le había expuesto las partes más ocultas de mí y mis debilidades, creyendo que él era diferente.

Mientras tanto, él había sabido perfectamente quién era yo y lo que los suyos me habían hecho.

Aquel licántropo sin escrúpulos se había aprovechado de mi inocencia y de mi buena voluntad. No había tenido reparos en desnudarme y hacerme suya cuando se presentó la oportunidad, aun sabiendo lo que le habían hecho a los míos.

Estuve tentada de escupirle a la cara y dejarlo morir ahí, en el suelo, igual que él había dejado morir a mis padres y hermanas.

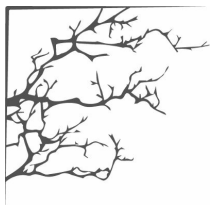
Pero, por desgracia, mamá y yo nos parecíamos demasiado, y fui incapaz de hacerlo.

Una curandera era siempre una curandera, y el sufrimiento ajeno nos dolía como si fuera propio.

Apreté la mandíbula, aparté la vista y recité una rápida invocación sobre el corte más profundo, el de su costado. Lo sané lo justo para que no fuese letal, pero le dejé el resto de magulladuras.

Después me alejé de allí. Mientras caminaba, abrí el mensaje de Mina, ya que la primera vez, con las prisas, solo había ojeado las primeras líneas. Al final del texto había compartido un enlace a su ubicación en tiempo real y suspiré de alivio: «*chica lista*», me dije, observando un punto que se movía sobre el mapa a varios kilómetros de distancia.

Salí a toda prisa del callejón, dispuesta a encontrar a Mina. Sabía que Raoul volvería en sí muy pronto; pero para entonces, jamás volvería a verme.



Selena



Fui primero al hotel a buscar el todoterreno.

Mina no estaba en la habitación, pero eso yo ya lo sabía. La cama seguía hecha, con la colcha perfectamente lisa y doblada. Luminix maulló cuando entré, furioso, y cambió de verde a blanco de manera intermitente, como una luz de alarma. Estaba claro que su dueña llevaba muchas horas sin renovarle el hechizo de ocultación. Le acaricié la cabeza y me senté a su lado, pensativa.

Me sentía agotada, y habría dado cualquier cosa por tumbarme en esa cama y cerrar los ojos hasta la mañana siguiente. Pero no me quedaría tranquila hasta que diese con Mina, dondequiera que estuviese. Teníamos que largarnos de allí cuanto antes, lejos de esos licántropos asesinos y de ese bosque repleto de amenazas. Llegada a ese punto me daban igual la opinión de Teo, el Prisma de Ordesa y todo lo demás: había tenido suficiente.

Volví a llamar a Mina, y después a Penélope, pero ninguna contestó. El punto GPS en mi móvil se alejaba paulatinamente, internándose en el bosque.

Bajé a la calle de nuevo: el coche de Penélope no estaba, tal y como me había temido. El nuestro sí que seguía en su sitio, pero yo no tenía las llaves; aun así, recordé que Raoul las había metido en el bolsillo de su mochila y que no la llevaba consigo durante el paseo.

Me armé de mi mejor sonrisa y recité una invocación de luz para crear un aura de confianza a mi alrededor. Después me encaminé al mostrador de la entrada y, con toda mi dulzura, le sonreí al recepcionista, que resolvía sudokus con cara de sueño.

—Hola... —le dije con picardía, enroscándome un mechón de la coleta en torno al dedo índice—. ¿Podría darme la llave de la 304?

El hombre dejó sus pasatiempos a un lado y levantó la vista: era tan solo un par de años mayor que yo, y tenía el rostro redondo y bonachón. Comprobó algo en el ordenador, confundido, y luego negó con la cabeza como si no entendiese algo.

—¿Apellido? —preguntó, sin dejar de teclear.

—Montblanc —respondí, sin pestañear ni un segundo. Lo vi abrir la boca para objetar algo, y añadí convencida—: Está a nombre de mi novio.

Sonreí, reforzando mi aura mágica, y el hombre enarcó las cejas un instante.

—Sí, es verdad, ahora que lo dice, recuerdo haberlos visto juntos en el bufet del desayuno. Están con su amiga, la que siempre lleva una trenza, ¿verdad?

—Así es —dije, cogiendo la llave rápidamente—. Gracias... y buenas noches.



Cuando entré en la habitación de Raoul no sabía muy bien qué esperar.

¿La guarida de un asesino encubierto? ¿El agujero inmundito de una bestia salvaje, con restos de huesos y carne putrefacta por las esquinas?

Para mi sorpresa, no había nada de eso, y la pulcritud del espacio me sorprendió. Raoul había llevado consigo muy poco equipaje, y los escasos objetos que quedaban a la vista eran de tonos neutrales, todos limpios y colocados de manera ordenada sobre el escritorio y la mesilla.

Encontré la mochila en su armario, y en el bolsillo la llave del coche. Me la guardé y no pude resistir la tentación de echar un vistazo rápido a sus pertenencias.

Encontré su traje negro y camisas blancas en el armario, en una bolsa de la tintorería del hotel. En la maleta no había gran cosa: varias camisetas exactamente iguales, ropa interior de marca y unos vaqueros. Estaba a punto de salir cuando advertí que su maleta era mucho más honda vista desde fuera que por dentro, y le eché un segundo vistazo, prestando más atención: al mirarla mejor comprendí que tenía doble fondo. Había una cremallera oculta en el forro, debajo de las camisetas.

La abrí despacio, con cuidado de no desdoblar la ropa que había encima. Dentro había algo enrollado en un trapo, y lo saqué despacio, sin mover el resto de sus cosas.

Al desenrollar la tela me encontré un hatillo de flechas con punta de plata: del tipo usado para matar vampiros u hombres lobo. Las volví a guardar a toda prisa, cuidando de no dejar mis huellas sobre el metal.

Aquello confirmaba las últimas palabras del vampiro: «*lobo mata a lobo...*» ¿hacían falta más pruebas?

Me marché de aquella habitación con una sensación ominosa en el estómago.

Salí del hotel y arranqué el todoterreno, usando la ubicación de Mina como destino en el GPS. El punto luminoso seguía moviéndose, y se internaba en las montañas por caminos recónditos y sinuosos.

Mientras conducía pensé en las palabras del vampiro antes de morir: «*No te hagas el noble ahora, echándome a mí el muerto...*»

Los vampiros eran a menudo seres ladinos, en los que no se debía confiar.

Pero el tatuaje en el pecho de Raoul, confirmado por la inicial de su apellido, hacía pensar que ese vampiro podía haber dicho la verdad. Aquella flor de rosal tenía cuatro pétalos, ni más ni menos, lo cual denotaba que Raoul no era un lobo cualquiera.

Y el hecho de que escondiese flechas de plata en un compartimento secreto, e incluso, que no se hubiera quitado la camiseta durante nuestra velada juntos, hacía mi teoría todavía más plausible.

Raoul tenía que haber matado a Freddy.

La tarde en que Federico Molina había sido asesinado, Raoul estaba ausente, perdido en el bosque. Nunca explicó claramente qué había hecho. ¿Quién se pasaba cuatro horas haciendo jogging?

Mi teléfono sonó, interrumpiendo mis pensamientos: por supuesto, era Raoul.

Dejé el aparato vibrar sobre el salpicadero, sin tocarlo, y seguí conduciendo. Insistió un par de veces, y después envió un mensaje de texto:

«¿Estás bien? ¿Dónde estás? Disculpa por lo de antes. Por favor, Selena, responde. Estoy preocupado por ti.»

Resoplé, incrédula. «*Disculpa por lo de antes*» era un mensaje bastante flojo y muy poco convincente después de haberme mirado con esos ojos de asesino en el callejón, justo después de despedazar a un vampiro ya muerto como si estuviera poseído por los demonios del inframundo.

La ruta me hizo adentrarme en la espesura por caminos cada vez más estrechos y difíciles. Me alegré de tener un 4x4, pero, aun así, sentí miedo de despeñarme: la noche era oscura, y el estado de aquellas carreteras secundarias, pésimo.

El GPS me guió hasta un puerto de montaña. Conduje despacio, curva a curva, sin perder de vista el punto en el mapa que indicaba la ubicación de mi amiga.

Poco antes de alcanzar la cima perdí la señal: el punto con la ubicación de Mina se volvió gris, y cuando la llamé, su teléfono ya no sonaba.

O bien lo había apagado, o se encontraba sin cobertura.

Algo me decía que era lo segundo.

Avancé hasta la última ubicación registrada de mi amiga, cerca de un merendero, y aparqué el coche bajo los árboles. ¿Y ahora qué? Estaba en medio de la nada y era noche cerrada. La opción de echar a andar por la espesura a ciegas no era demasiado tentadora, y me pregunté si no habría sido más inteligente esperar en la habitación a que volviese ella sola, por su propio pie.

Claro que, para entonces, era posible que Raoul ya me hubiera matado por rebuscar en su equipaje y dar con sus flechas; o que Penélope la hubiera despedazado a ella igual que había hecho con los vampiros de la cueva.

Di golpecitos rítmicos con los dedos sobre el volante, pensando en una solución.

Decidí bajar del coche y escuchar: en el silencio del bosque, no era del todo imposible percibir sonidos lejanos.

El frío nocturno me golpeó al salir, junto al olor del aire que presagiaba nieve: conocía ese aroma y esa sensación; estaban grabadas en mis recuerdos más primitivos, desde mi infancia.

En el merendero no había nada interesante: solo arbustos, papeleras y mesas de picnic.

Avisté unos endrinos; por puro instinto, arranqué un par de ramas y me las metí en el bolsillo, pensativa.

Sí, definitivamente había sido una tontería adentrarme así en el bosque, sin un plan B y sin llamar antes a Teo o a Iris. ¿Qué hora sería en Dubai? Quise llamarlos, pero mi teléfono ya no tenía cobertura.

Decidí dar la vuelta, descansar un poco en algún lugar más seguro y replantearme el plan por la mañana. En cuanto volviese a tener señal le enviaría un mensaje a Teo.

Regresé al 4x4, encendí el motor y los faros y salí del merendero, todavía sin saber a dónde ir. Quizás lo mejor fuese dormir en el coche en algún lugar habitado, pero lo bastante lejos del hotel: lo importante era no encontrarme con Raoul. Podía regresar a la mañana siguiente a por mis cosas, que todavía estaban en Aínsa.

Volví carretera abajo, deseando llegar de nuevo a la carretera principal, más ancha e iluminada.

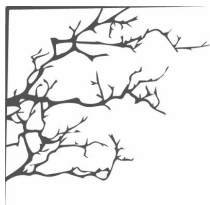
De pronto, unas luces me cegaron. Venían en sentido contrario, y era el primer vehículo con el que me cruzaba.

Una camioneta de estilo pick-up bloqueó la carretera, atravesándose de lado a lado. Paré el coche en seco y permanecí dentro, dudando si salir o hacer marcha atrás y volver por donde había venido. Era difícil dar la vuelta en una curva tan estrecha, así que me quedé quieta.

En el interior se apreciaban las figuras de dos hombres y dos mujeres. Una de ellas me saludó con la mano, aunque no pude reconocerla desde donde estaba.

No tuve mucho tiempo para pensar, porque en ese instante dos hombres gigantesco salieron del vehículo, armados con escopetas de caza.

—¿Es ella, verdad? —preguntó uno, girándose hacia los pasajeros que se habían quedado dentro. No pude oír la respuesta, pero imaginé que fue afirmativa porque el hombre se acercó más a mí, apuntándome con el arma, y dijo—: Sal de ahí, Caperucita... ¿es que no sabes que el lobo feroz anda suelto?



Raoul



No conocía suficientes juramentos, ni en francés ni en español, para expresar la frustración que sentí al recobrar el conocimiento. Me encontré con la cara de bruces contra los adoquines húmedos de una calle anónima, perdida en un remoto pueblo pirenaico.

Me miré las manos, todavía manchadas con la sangre del vampiro, y tomé una inspiración profunda. La herida de mi costado era mucho menos grave de lo que había pensado al principio y podía moverme sin excesivo dolor.

Sin embargo, no me reconocía a mí mismo: había caído en el mismo trance que la noche del jabalí, aunque esta vez había sido mucho peor. Por un instante, había olvidado mi propia identidad y el objetivo de la lucha. Había sentido una fuerza sobrenatural que me poseía, y una energía contenida superior a la que había tenido nunca.

Pero, lo peor de todo era que había estado a punto de atacar a esa mujer aterrada, encogida e indefensa frente a mí en aquel oscuro portal de piedra con olor a orines.

¿Cómo era posible?

Sentía que la cordura comenzaba a fallarme.

Miré a la luna, aullando con el puño en alto.

Seguramente, todo ese tiempo sin transformarme me había causado algún daño desconocido. No era bueno para los de nuestra especie permanecer en forma humana durante tantos meses, y lo que me estaba ocurriendo tenía que ser la prueba de ello.

Regresé caminando al hotel, y ni siquiera me sorprendió ver que nuestro todoterreno ya no estaba aparcado allí, ni tampoco el coche de Penélope.

Pedí la llave de mi habitación en recepción, y el joven empleado me miró con extrañeza.

—Se la di hace un rato a su mujer —contestó con el ceño fruncido—. Subió a coger algo y volvió a marcharse, pero no me la devolvió. —Me lanzó una ojeada cautelosa, probablemente notando el estado de mi ropa y la sangre en mi cara y manos—. ¿Está todo en orden? ¿Se encuentra usted bien?

Después me observó con temor en la mirada, preocupado por haber metido la pata... o quizás algo peor.

Suspiré, controlándome para no dar un puñetazo en el mostrador.

—Todo en orden.

Después de todo, el recepcionista no tenía la culpa de mi estupidez. Viendo que no paraba de mirarme, añadí:

—Solo me he caído, estoy bien, no se preocupe. Hablaré con ella.

Sí, habría sido muy fácil hablar si se hubiera dignado a cogerme el teléfono.

Intenté llamarla otra vez, pero, de nuevo no contestó.

—¿Quiere que llame al médico de guardia? —preguntó el recepcionista, con la mano ya en el teléfono fijo.

Sacudí el brazo en el aire, negando, y salí de allí sin saber qué hacer.

Me senté en la acera, bajo una farola cerca de la entrada del hotel, con la cabeza entre las rodillas.

Había espantado a Selena con mi comportamiento salvaje, que ni siquiera yo comprendía.

¿A dónde podía haber ido? Y, lo peor de todo, ¿estaría en peligro?

Lo único que sabía, sin lugar a duda, era que habría ido a buscar a su amiga Mina.
Y lo último que se sabía de Mina era que había salido a pasear con Penélope.

Penélope...

Recordé cómo había masacrado a aquellos vampiros, y casi también a mí. Recordé también su mirada inocente después, cuando se lanzó sobre el capó del todoterreno suplicando que la lleváramos con nosotros. Había sinceridad en aquella mirada. Había... desesperación pura, exactamente igual que la que yo sentía en este mismo instante.

Había algo en ese bosque.

Algo anómalo, algo oscuro que hacía que los lobos perdiéramos la cabeza.

Me había ocurrido a mí.

Y, claramente, ese *algo* también había afectado a Penélope.

No conseguía entender para qué podía necesitar Penélope a Mina, o a Selena. Aquella mujer parecía trastornada por la muerte de su compañero, y desde entonces solo hablaba del Prisma de Ordesa. ¿Estaba tratando de distraerse del dolor con su trabajo? ¿O había algo más?

Según ella, los fragmentos que faltaban no se encontraban en el lecho del río, sino en posesión de alguien que vivía en ese mismo bosque.

Alcé la mirada hacia la luna y me pareció escuchar un aullido lejano.

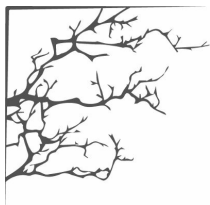
Claro.

Qué tonto había sido.

De pronto, todo cuadraba: tanto en mi pasado como en el momento presente.

Lo bueno era que tenía una idea bastante clara de dónde encontrar a Penélope.

Lo malo, que iba a tener que transformarme de nuevo si quería llegar hasta allí lo suficientemente rápido, y no sabía qué consecuencias podría tener sobre mi comportamiento.



Selena



Los dos hombres que acababan de salir de la camioneta eran altos, de rasgos angulosos y con un preocupante parecido a Raoul: de pelo oscuro y ondulado, barba tupida y raros ojos dorados y lobunos. Además, iban armados, y no parecían particularmente amistosos.

Uno de ellos era más bajo y corpulento, y el otro más alto, casi de dos metros, tenía una extraña muesca triangular en una oreja, como si le hubieran arrancado un trozo en una pelea. Mientras uno me apuntaba de lejos con su escopeta, el más alto se acercó con suficiencia y me ató las manos al frente con una brida de plástico. Luego me abrió la puerta del pick-up, obligándome a entrar en su vehículo.

—El teléfono, ricura —me dijo, empujándome dentro.

Le señalé mi móvil, que aún estaba en el salpicadero del 4x4, y él fue a buscarlo. Mientras tanto, el hombre más bajo me hizo sentarme en la parte trasera de la camioneta.

Dentro del vehículo me encontré a Penélope, que me esperaba con una sonrisa altanera, sentada en medio. Ni siquiera me sorprendí demasiado. Al otro lado, recostada contra la ventanilla con aspecto enfermizo, estaba la pobre Mina. De las dos, solo mi amiga tenía las manos atadas y una mordaza en la boca, lo cual dejaba bastante claro cuál de ellas estaba allí por voluntad propia y cuál no.

—Ni se te ocurra hacer tonterías —dijo el hombre gigantesco, sentándose al volante. Después señaló a su amigo, que iba en el asiento del copiloto. Tenía un aire ausente, como si estuviera absorto en sus pensamientos—. Chamuel se pone nervioso muy rápido, y es de gatillo fácil. ¿Verdad, Chamu?

El tal Chamuel se giró hacia nosotras y mostró una sonrisa boba, acariciando el cañón del arma que sujetaba entre las piernas mientras emitía un sonido gutural.

—Bueno, pues ahora ya tenéis a las dos —dijo Penélope, frotándose las manos con satisfacción—. ¿Veis como podíais confiar en mí?

—Confiamos cuando nos des tu parte del prisma, guapita de cara —replicó el conductor sin mirarla.

El rostro de Penélope se contrajo ante el calificativo *guapita de cara*, que el hombre había expresado con absoluto desprecio, pero no dijo nada.

—El trato no era daros mi parte, sino juntar las piezas que tiene cada uno y trabajar en equipo —siseó Penélope. Sus dedos se crisparon sobre sus rodillas, aunque solo yo pude apreciarlo—. Sabéis que solo será posible si unimos nuestras fuerzas.

Sentí que la brida de plástico me cortaba la circulación en las muñecas, y flexioné las manos un poco, tratando de crear un poco de espacio bajo las ataduras.

La camioneta ralentizó la marcha y se metió en un camino de tierra, tan lleno de baches que nos hizo rebotar las unas contra las otras en el asiento trasero.

—Bueno, ¿y cuál de las dos es la bruja? —preguntó el hombre, enarcando una ceja en el espejo del retrovisor—. La que controlará el portal y a todas las criaturas del bosque.

—La de la trenza es la buena —respondió Penélope, girándose levemente hacia Mina. Me pregunté por qué habría dicho eso, y si quizás no sabía que yo también era una hechicera—. Ni se os ocurra quitarle la mordaza, ni desatarla. Podría meteros en un lío si conjura algún hechizo.

Primero habrá que domarla, aunque una vez el prisma esté completo, no creo que nos cueste mucho.

La camioneta entró en una pequeña aldea de casas bajas y humildes, donde la mayoría de las viviendas tenían las luces apagadas a aquellas horas de la noche.

—Bueno —respondió el conductor, aminorando la velocidad—. Habrá que verlo cuando nos enseñes tu parte. Si es que de verdad tienes algo.

—¿Para qué iba a meterme en este lío y traeros a estas dos preciosidades si no lo tuviera?

—¿Para robarnos nuestra mitad? —replicó el hombre, desviándose suavemente frente hacia una casa apartada de las demás.

Penélope se mordió el labio, y noté que se controlaba para no contestar.

El conductor apagó el motor con un gruñido satisfecho y su secuaz, Chamu, se giró sin abandonar su sonrisa bobalicona. El otro le dio una palmada en la nuca, en un vano intento por despertar la lucidez que, claramente, no poseía.

La casa donde había aparcado era más grande y con más pisos que las otras. Parecía más antigua y lujosa, pero se notaba abandonada, con la fachada cayéndose a trozos y la mayoría de contraventanas colgando rotas de un solo gozne.

—Venga, Chamu, tirando —dijo el alto—. Saca a esas dos princesitas del coche y ponlas en los dormitorios de arriba. Y ya sabes, nada de desatar a la Pocahontas, que es peligrosa, ¿me has entendido? La otra... haz lo que quieras con ella. Solo mantenla viva y coleando hasta que dejemos de necesitarla.

Chamu asintió con fervor y sacó a Mina del coche a rastras. Ella se dejó llevar, tan agotada que ni siquiera opuso resistencia. El otro hombre abrió la puerta de la casa y encendió las luces de dentro. Luego los tres desaparecieron en el interior.

Me quedé a solas en el coche junto a Penélope. Evitando mi mirada, cogió su mochila y luego se agachó a buscar una botella de agua que se le había caído debajo de los asientos.

—Maldita zorra —musité entre dientes—. ¿Cómo pude confiar en ti? ¿De verdad nos has traído aquí solo para conseguir un maldito pedrusco? ¿Después de esforzarnos por ayudarte con lo de Freddy y de pasar noches enteras en el bosque contigo?

Penélope me taladró con la mirada, y su semblante se volvió furioso cuando mencioné a su difunto marido, aunque su expresión pronto dio paso a la indiferencia. Hizo una pausa antes de hablar y metió la botella de plástico en un bolsillo lateral de su mochila.

—En serio, Selena, me sorprende que, siendo la hija de quien eres, tengas la desfachatez de hablar así del Prisma de Ordesa. ¿Cómo puedes decir que es un *maldito pedrusco*? ¡Un portal sagrado a la Umbrícora! ¿De veras? Si tus padres te oyeran, se revolverían en sus tumbas.

La miré sin entender.

—¿Qué sabes tú de mis padres? —le espeté—. Eres una embustera, y además estás completamente loca. Si tuvieras un ápice de decencia ahora mismo me desatarías, me devolverías mi móvil y me dejarías salir a pedir ayuda.

Apreté los puños, todavía atados: toda mi empatía hacia ella se había agotado. Mi capacidad de ser comprensiva era casi ilimitada, pero esa mujer era un monstruo.

Quería insultarla, pero me contuve.

La odiaba. La odiaba con todas mis fuerzas.

—Tus padres conocían muy bien ese “pedrusco”, como tú lo llamas. Me sorprende que seas tan ignorante. ¿Es que nunca hablabas con tu madre, *Capuchita*?

Estaba demasiado furiosa para contestar, así que solo respiré hondo, y el aire salió de mis pulmones con un resoplido.

Penélope se encogió de hombros y salió del coche. Antes de cerrar la puerta asomó la cabeza dentro y dijo:

—Bueno, piensa lo que quieras, preciosa: a mí me da igual. Ahora vendrá Chamu a por ti. Es majo, ¿no? Aunque no parece el más listo de la familia. A lo mejor te conviene hacerte amiga suya. Podrías invitarlo a tomar algo en la tasca del pueblo, dicen que le gusta el vino barato... Porque Raoul no creo que venga, ¿sabes?

Apreté la mandíbula, viendo a Chamuel salir de la casa, directo a la camioneta.

—Qué decepción de hombre, el pobre Raoul —dijo Penélope—. Si los tuviera bien puestos te habría acompañado hasta aquí, ¿no crees?

Luego cerró el coche de un portazo. Me quedé temblando, rabiosa y sacudida por aquella última observación.

Entretanto, Chamuel apareció por el otro lado, empuñando una navaja, y me tiró de los brazos atados para que lo siguiese. Bajé de la camioneta, pisando el suelo embarrado con agotamiento.

Me esforcé por recordar el máximo detalle de todo el entorno: era una casa enorme de muros desconchados, circundada por un jardín descuidado y campos llenos de maleza. Estaba algo apartada de las demás de la aldea, más pequeñas y humildes. Sobre la puerta doble de entrada había una piedra clave en forma de rosa silvestre, con una M tallada en el centro.

Chamuel me hizo pasar al recibidor, y de ahí a un comedor anticuado. Después se dirigió por un pasillo oscuro hacia las escaleras. Me pareció ver una cocina sucia, y un salón polvoriento con butacas viejas de terciopelo.

Subí la escalera agarrándome de la barandilla, que estaba fría y pulida por décadas de uso, prácticamente sin pintura. Llegamos hasta un dormitorio con olor a humedad, en el que solo había una cama estrecha y un crucifijo en la pared, y me señaló hacia el interior.

—Tú ahí —dijo Chamuel, demostrando que, contra todo pronóstico, era capaz de hilar dos palabras seguidas—. Ahora viene Damir.

Me senté en el borde de la cama, apretando una muñeca contra la otra.

—¿Podrías quitarme esto? —pregunté con la voz más dulce que pude—. Necesito ir al baño, y así no puedo.

Chamuel se rascó la cabeza con un movimiento que me recordó a un primate, y se asomó hacia las escaleras.

—¡Eh, Damir! ¿Entonces la gorda es peligrosa o no?

Era bueno que estuviese atada, porque de lo contrario habría arrancado el crucifijo de la pared para asestarle un mazazo en esa cabeza hueca, aunque hermosa, que tan bien le adornaba los hombros.

Unos pasos se acercaron, y el hombre alto que había conducido el coche entró en la habitación, seguido de Penélope.

—¿Tú qué dices, guapita? —le preguntó el hombre a Penélope—. Tú la conoces mejor... ¿si la suelto, es revoltosa?

—Nah. Esta solo hace infusiones de hierbas y cosas así —dijo Penélope, abrazando su mochila fuerte contra el pecho—. No es peligrosa. Lo peor que podría hacer es lanzarte una taza de manzanilla a la cara.

Damir soltó una carcajada al escuchar aquello. La furia comenzó a hervir en mi estómago todavía más fuerte: sobre todo porque, en el fondo, sabía que Penélope tenía razón.

—Vale —dijo Damir—. Que vaya a mear si no puede aguantarse, pero que alguien vigile la puerta.

—Gracias —dije secamente, sin poder ocultar en mi voz el aborrecimiento que sentía hacia todos ellos.

Acto seguido, Damir le cogió la navaja a su hermano y cortó la brida que unía mis manos. Sentí un alivio inmediato, y me froté las muñecas, mirándolos a los tres con desconfianza.

—Más te vale que nos sirva para eso que nos prometiste —le dijo Damir a Penélope, dándose la vuelta para marcharse.

Penélope bufó.

—Por supuesto que serviré, ¿acaso no la ves? —Me cogió la barbilla con las manos y me obligó a alzar la cara, como si fuera un potro en venta—. Es un encanto. Dulce, guapa, resultona... ¿y has visto qué culo? ¿Qué hombre podría resistirse? Te aseguro que cumplirá su función a la perfección.

—¿Y cuál es mi función, si puede saberse? —pregunté, sacudiendo la cabeza para que me soltase.

Penélope me miró con suficiencia, pero ni siquiera se molestó en contestar. Le habría dado una patada en la entrepierna, pero tenía poco que hacer en un cuerpo a cuerpo contra esos tres.

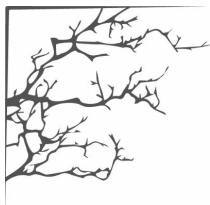
—Te he hecho una pregunta —repetí, con la voz temblando de furia.

—Me cae bien. ¡Tiene mal genio! —comentó Damir con tono divertido, empujándome hacia una puerta más pequeña cerca de las escaleras—. Entra, bonita, ahí tienes el baño. ¡Chamuel, ven aquí! Quédate en la puerta, que no se escape, ¿entendido? Si hace alguna tontería, le das un bofetón, pero que no sea en esa carita tan mona. Mejor en el trasero... O bueno, pensándolo mejor, llámame y se lo daré yo. Mientras tanto, voy a ver qué podemos hacer con la otra.

Chamuel asintió como un perrito obediente y me empujó tan fuerte dentro del baño que casi caí de bruces sobre el inodoro. Después cerró la puerta y me dejó a solas.

Escuché los pasos de Damir mientras se alejaba, diciendo:

—No entiendo por qué una mujer así soportaría al imbécil de mi primo, pero tienes razón: está claro que va a ser un buen señuelo.



Selena



De pie y encerrada en el baño, miré a mi alrededor, tratando de encontrar cualquier cosa que me ayudara a salir de esa casa y llevarme a Mina conmigo.

El espacio era un rectángulo estrecho, con una ventana al final y paredes cubiertas de azulejos verdosos y medio rotos, con las juntas ennegrecidas.

Abrí el grifo para que Chamuel pensara que estaba ocupada, y mientras tanto rebusqué en el armario sobre el lavabo en busca de algunas tijeras o algún producto tóxico que pudiera usar para defenderme.

No había absolutamente nada, aparte de un vaso con cepillos de dientes mohosos y un tubo de pasta reseco. En otro estante me pareció ver una bolsa de plástico con bolas de algodón de desmaquillar, y un bote oxidado de espuma de afeitar.

Me rasqué la cabeza, buscando la manera de salir de esa encrucijada. Luego cerré el grifo, porque el agua había comenzado a salir muy caliente y los azulejos fríos estaban comenzando a empañarse.

Me senté sobre el inodoro tapado, y al hacerlo algo me punzó el muslo. Tanteé los bolsillos y encontré dentro los palitos de endrino que había recogido en el bosque un rato antes.

Una idea se encendió en mi mente, y saqué el vaso sucio que había encontrado en el armario sobre el lavabo. Dejé a un lado los cepillos de dientes y lo lavé.

Fuera se escucharon pasos apresurados y voces. Me pareció que Chamu se alejaba un poco de su puesto de guardia. Dejé mi plan para más tarde y me acerqué a la puerta de puntillas, a escuchar qué estaba ocurriendo fuera.

—¿Qué leches pasa ahora? —gritó Chamuel.

—Nada, mi futura esposa, que ha venido a darme un besito —rio Damir en respuesta.

Chamuel emitió un sonido entre un gruñido y un eructo.

—Más quisieras tú —dijo acto seguido—. Tanaya te rajaría el cuello antes que acostarse contigo. Además, como te oiga Bruna se va a poner hecha una fiera... No creo que a tu mujer le guste esa idea. Y recuerda que mañana vuelve de casa de su madre.

—Los alfas podemos tener varias esposas.

—Pues el consejo de ancianos dijo lo contrario, hermano.

—¡Estupideces! —gritó Damir—. ¿Qué sabrán esos pueblerinos sin voz ni voto? Cuando unamos las mitades del Prisma y sea todopoderoso, Tanaya Montblanc vendrá por su propio pie a suplicarme que la acepte como concubina. —Soltó una risotada—. Y yo fingiré pensármelo.

—Léonide te habría matado solo por decir eso.

—Por eso lo maté yo antes, imbécil.

Sus voces se alejaron, y pegué la oreja a la hoja de la puerta, tratando de escuchar el resto de la conversación.

—¿Qué hago con Tanaya? —preguntó Chamuel—. ¿La mando a casa yo? Porque, si sales tú, se pondrá todavía más borde. Seguro que ha venido otra vez por lo de la electricidad. El generador se ha vuelto a estropear, y he tenido que desconectar todas las casas menos la nuestra. Pensé que no se daría cuenta, en mitad de la noche. Pero es lista, la condenada.

Hubo un silencio de duda antes de que Damir contestase, y se oyeron golpes en el piso de abajo.

—Sí, creo que será mejor que salgas tú. Dile que enseguida lo enchufamos, que habrán saltado los plomos. Invéntate lo que quieras, pero que se largue cuanto antes. No puede estar aquí merodeando con el lío que tenemos. En quince minutos tendremos a su hermanito Raoul en la puerta, y no sería bueno que se cruzasen. Podrían unirse contra nosotros, y ya sabes que esa zorra tiene muy mal genio.

—Y aun así la quieres de esposa.

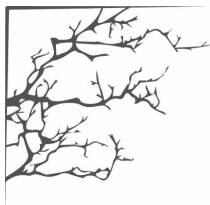
—Para que me dé cachorros, idiota. El imbécil de mi padre me hizo casarme con Bruna, que encima de fea es estéril. Yo necesito una hembra fértil... esparcir mi semilla, ¡maldita sea! Tanaya es la mejor de la aldea. Solo hay que verla.

Chamuel emitió una risa que pareció un graznido, interrumpiendo las repugnantes fantasías de su hermano.

—Vale, tío. Salgo yo. ¿Vigilas tú a las mozas? No sé cuál es peor de las tres, ¿eh?

Los pasos se acercaron al baño, donde yo estaba, y alguien tocó a la puerta con brusquedad.

—¡Eh! —gritó Damir, y yo cerré los ojos con fuerza, conteniendo la respiración. *Por favor, que no se dé cuenta de que los estaba espiando*—. ¿Vas estreñida o qué? ¿Cuándo piensas salir, ricura?



Raoul



Corrí hasta la casa de Damir, la que un día fue de mi familia. Ya había visto el estado deplorable en el que se encontraba; había pasado por delante el mismo día en que había ido a espiar a mi madre y a mi hermana. Regresar a ese lugar dolía casi tanto como las heridas de la espada del vampiro.

El que fue el hogar de los Montblanc durante generaciones se hallaba en ruinas, maltrecho por la codicia y la desidia de Damir y sus secuaces.

A través de la ventana del baño de arriba vi una mano que tanteaba los cerrojos desde dentro, y poco después un rostro quedó enmarcado tras el cristal.

Era Selenia.

Me reconoció desde arriba y comenzó a dar suaves golpes con los nudillos sobre el cristal, llamándome.

Entendiendo, señalé con el dedo la esquina superior derecha de la ventana. Recordaba perfectamente la ubicación del pestillo oculto, porque lo había instalado ahí yo mismo a instancias de mi madre, cuando el viento no paraba de abrir las ventanas y se colaban todo tipo de alimañas en el baño.

Ella miró hacia arriba sin entender, pero yo insistí. Pasó ambas manos por la madera hasta dar con el cerrojo. Segundos después, la ventana se abrió y asomó la cabeza por ella. Su melena negra se desbordó por fuera del cuello de la chaqueta roja, brillando bajo la luz de la luna.

Sonreí sin querer al verla de nuevo: para mí, ella era y sería siempre la mujer más hermosa del mundo.

Señalé hacia la puerta, dándole a entender que iba a entrar en la casa y la ayudaría a escapar.

Ella negó con la cabeza varias veces, con todas sus fuerzas.

—¡No! Te están esperando —susurró, mirando hacia atrás como si temiera que sus captores la oyesen.

Me sorprendió que me alertase del peligro, teniendo en cuenta cómo nos habíamos despedido.

—Me da igual quién me esté esperando. Te voy a sacar de ahí ya mismo.

Selenia inspiró, reuniendo paciencia. Luego alzó una mano, pidiéndome que esperase. Desapareció en el interior de la casa y regresó un par de segundos después, con una bolsita de plástico en la mano.

Me lanzó la bolsa por la ventana abierta. Esta cayó sin hacer ruido sobre la hierba húmeda, y me agaché a recogerla.

La bolsa estaba llena de bolas de algodón, de las usadas para desmaquillarse o curar heridas. El algodón se veía sucio, mojado y caliente. Observé el contenido con cierta aprensión, sin saber qué hacer con ello.

—Escúchame —dijo Selenia, en voz tan baja que tuve que leer sus labios—. Frótate las manos con eso, pero no te toques los ojos ni la boca. ¿Me has entendido?

Se oyó un ruido fuerte dentro de la casa, y Selenia se dio la vuelta con expresión asustada.

—Tengo que irme. Me buscan —dijo secamente.

—¡Espera! ¿Qué es esto?

—No hay tiempo. ¡Haz lo que te he dicho!

Después cerró la ventana con prisas y desapareció, dejándome frente a la casa. Cuando pensaba que no volvería a verla, escuché el cerrojo volver a abrirse bruscamente, y su imagen enmarcada en rojo se asomó fugazmente una vez más.

—Raoul —me dijo antes de desaparecer, con voz insegura—, ten cuidado, por favor.

Se marchó tan rápido como había llegado, pero su aroma quedó impregnado en el aire, retorciéndome las entrañas con la necesidad de verla de nuevo a salvo, y lejos de Damir: aquel maldito siempre fue capaz de cualquier cosa para conseguir sus objetivos.

Olisqueé el algodón mojado que había en la bolsa; tenía un aroma terroso y herbáceo, un poco amargo. Aunque el olor me causaba desconfianza, me froté las manos, tal y como me había pedido. Sentí que la piel me escocía un poco, en particular cuando el líquido se filtró bajo mis uñas.

¿Qué me había dado esta mujer?

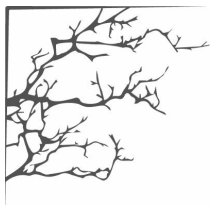
Suspiré.

Habría tiempo para pensar en eso más tarde.

Me acerqué a la puerta de la casa, que no estaba cerrada con llave.

Sí, Selena tenía razón: me estaban esperando.

La inquietud me erizó el vello de la nuca al empujar la hoja de la puerta, a sabiendas de que al otro lado podía estar esperándome la muerte.



Selena



—¡Sales o qué, hermosa? —gritó la voz de Damir al otro lado de la puerta.

Me lavé bien las manos y comprobé que no había quedado rastro de mis pociones en el baño. Tiré varias veces de la cadena y dejé caer la tapa del inodoro, haciendo el máximo ruido posible.

—¡Ya voy! —grité, secándome las manos a toda prisa en una toalla acartonada y con olor a mohó.

Me sentía mal por lo que acababa de hacer, pero era lo único que se me había ocurrido en tan poco tiempo. Ojalá los Dioses pudieran perdonarme algún día.

Quitó el pestillo y encontré a Damir con su escopeta de caza, esperándome en el pasillo. Me miró con cara de desprecio y estuvo a punto de decir algo. Justo en ese momento, Penélope apareció por el otro lado, corriendo.

—La bruja —dijo, como si yo no me incluyese en ese término—. Le pasa algo. Ven a ver.

Damir puso los ojos en blanco y me golpeó el trasero con el cañón de la escopeta.

—Venga —me dijo, mirándome el culo sin disimulo—. Vamos a ver qué le pasa a tu amiguita.

Unos pasos más allá había otra puerta, con candado por fuera. El candado estaba abierto, colgando de una argolla de hierro. Penélope entró a toda prisa y yo la seguí, cada vez más preocupada por Mina.

Mi amiga estaba hecha un ovillo en la cama, completamente pálida y temblando.

—¿Qué le habéis hecho? —le espeté a Damir.

Este ladeó la cabeza, divertido por mi furia, y alzó las manos.

—A mí me la trajeron así. Yo no sé nada.

Me giré hacia Penélope, que se encogió de hombros.

—Ni idea. Supongo que fueron los vampiros. Puede que perdiera mucha sangre.

—Pues la necesitamos viva —escupió Damir, asomándose un poco a la ventana y apuntando a un área en la oscuridad—. Si se muere, lo pagarás tú —le advirtió a Penélope.

Traté de mirar por la ventana tras su imponente figura y no atisé mucho más que una pendiente escarpada de rocas que terminaba en un barranco hondo detrás de la casa. El bosque estaba en calma, aparte del ulular de una lechuza.

Tras unos instantes, durante los cuales mi corazón se detuvo, Damir bajó el arma y se dio la vuelta hacia nosotras.

—¿Esta no era curandera? —preguntó a Penélope, refiriéndose a mí.

—Lo soy —afirmé, cruzándome de brazos.

—Vale, pues cúrala.

Resoplé, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—No es tan fácil. Necesito paz, y seguramente hierbas, medicinas, instrumentos... algunas raíces, un cuchillo y agua hirviendo.

—Estaremos calladitos —replicó Damir—. De lo del cuchillo puedes olvidarte, que no me caí ayer del nido, guapa. Si de verdad tienes magia, cúrala con las manos.

Me quedé pensando un momento y me agaché junto a Mina. Le puse la mano sobre la frente; no tenía fiebre, y su respiración era bastante normal, a pesar de los temblores.

Sus síntomas eran extraños.

—No podéis estar aquí mientras practico la curación —dije, con el tono más seguro que pude.

Damir miró a Penélope, y esta asintió.

—Déjala —corroboró Penélope, a quien de pronto también le preocupaba mucho el bienestar de Mina—. Podemos esperar fuera. No hay nada peligroso en la habitación, ¿verdad?

—Todos los cajones están vacíos, tampoco hay adornos ni figuras —respondió Damir, orgulloso de haber pensado en todo—. Quitó hasta la lámpara, que era de hierro.

—Bien. No creo que puedan hacer mucho —dijo Penélope, paseando la vista por las paredes vacías. Luego se giró hacia mí—: Tienes quince minutos... y más te vale que funcione.

—Hay que desatarle las manos —dije con seguridad, mirando a mi pobre amiga, atada y amordazada—. Necesito ponerle los brazos en cruz, si no, no es posible.

Damir me estudió con los ojos entrecerrados, dudando. Luego miró a Penélope, y esta hizo un gesto con la mano, diciéndole que lo hiciera. El hombre salió un momento y regresó con un cuchillo. Luego cortó la brida que unía las manos de Mina, sin dejar de mirarme con mala cara.

Tragué saliva, irguiéndome junto a mi amiga.

—De acuerdo. Ahora salid y cerradla —ordené, señalando la puerta.

A Damir no le gustó que le diera órdenes, pero obedeció a regañadientes.

Cuando se oyó el clic del candado, Mina abrió los ojos y dejó de temblar.

La observé, sorprendida solo a medias, mientras se incorporaba en la cama y se sentaba con la espalda apoyada en el cabezal de madera carcomida, quitándose la mordaza.

—Bueno... por fin se han ido —susurró, con una sonrisa de oreja a oreja—. Sabía que lo pillarías enseguida.

Exhalé, aliviada al verla sonreír, y sacudí la cabeza.

—Eres increíble. Casi me lo había creído hasta yo.

Mina me abrazó.

—Eres la mejor curandera que conozco. Nadie podría engañarte jamás.

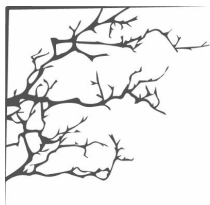
Se me derritió un poco el corazón al escuchar sus palabras.

—Ojalá hubieras conocido a mi madre —dije suspirando—. Ella sí que era la mejor curandera del país... posiblemente del continente. Pero nos la quitaron demasiado pronto.

Mina chasqueó los dedos, y varios ratoncillos salieron de debajo de la cama. Levanté los pies por instinto, un poco asustada.

—¿Y estos qué hacen aquí? —pregunté, observando a los pequeños roedores y comprobando que se mantenían alejados de mis piernas.

—Me hacen compañía. Y seguro que saben muchas cosas —añadió, agachándose para que uno de ellos se le subiera a la palma de la mano—. ¿Verdad, pequeñín? Seguro que tú sabes cómo podemos salir de aquí...



Raoul



En cuanto entré en el recibidor de la casa, un lobo gigantesco saltó sobre mí, seguido por otro más.

“Omega apestoso, méate en los pantalones como muestra de respeto, y te mataremos más rápido”, dijo Damir, forzando el enlace telepático para adentrarse en mi mente.

Caí bajo su peso, con la desventaja de ser el único de los tres con un cuerpo de humano. Me protegí la cabeza con las manos para amortiguar el impacto contra el suelo y ambos lobos se encaramaron sobre mi pecho, sujetándome contra el pavimento. Gruñían y salivaban con rabia, sedientos de violencia. Traté de apartarme hacia atrás, pero choqué contra un enorme perchero de hierro lleno de abrigos, que se tambaleó sobre mi cabeza.

“Te dije que no volvieras más, perro apestoso”, continuó Damir, tan cerca que podía oler su aliento fétido sobre mi cara. “¿Qué parte es la que no entendiste?”

Una gota de saliva caliente me salpicó el ojo, y giré la cara hacia un lado para apartarme. Poco a poco, fui extendiendo la mano que tenía debajo de la mejilla.

Damir le dio un empujón a Chamuel: nunca había sido muy amable con su hermano pequeño, a pesar de ser el seguidor más fiel y estúpido que tenía, lo cual era decir mucho de los pocos Montblanc que aún profesaban respeto a ese alfa patético que un día mató a mi padre. Chamuel se apartó a un lado, gimiendo con el rabo entre las piernas, y Damir miró mi garganta con las fauces abiertas y babeantes.

“¿Últimas palabras antes de morir?” me preguntó, y luego añadió con tono divertido, “Podrás pronunciarlas perfectamente, porque te voy a matar sin honor en tu forma humana, como el despojo cobarde que eres.”

Alcancé el metal frío y rugoso del colgador con la punta de los dedos, sin que ninguno se diese cuenta. Entreabrí los labios, tomando aire para lo que estaba a punto de hacer.

—Bu... —dije, muy lentamente.

El lobo se acercó más a mi cara, con los ojos brillando mientras disfrutaba de su superioridad.

“¿Bu? ¿En serio, eso es lo mejor que puedes decir? ¿Tú qué opinas, Chamu? ¿Está tratando de asustarnos? ¿O será bu... de lobo bu-eno?”

—¡Bu-fón de mierda! —grité, agarrando rápidamente el perchero.

Le golpeé a Damir la cabeza con el pesado objeto de hierro y salí disparado por la puerta, sin mirar atrás.

Chamuel me siguió al exterior a dos pasos de distancia, tan cerca que podía oler las gotas de barro que iba salpicando en su carrera.

Corrí hacia la parte trasera de la casa, cercana al barranco. Allí el terreno era escarpado, y Chamuel tendría que aminorar la marcha para no despeñarse.

Miré hacia arriba, pidiéndole valor a la Madre Luna. No tenía mucho tiempo; si no me transformaba rápido, estaría muerto antes de que la lechuza cantara por tercera vez.

Me puse a cuatro patas, y ni siquiera fui capaz de detectar el instante en que mis manos se convirtieron en zarpas y mis uñas se hundieron en el barro, dejando huellas con forma de grandes óvalos con cuatro dedos y garras visibles.

Al darme la vuelta, casi choqué con Chamuel, que giraba derrapando la esquina posterior de la vieja casa. Quedé atrapado con la pared de piedra a mi derecha y la escarpada pendiente del barranco a la izquierda.

Chamuel saltó sobre mí, directo a la yugular.

Me lo sacudí de encima y le lancé un zarpazo a los ojos, que dio en el blanco. Uno de sus ojos comenzó a sangrar. Retrocedió, gimiendo, mientras se frotaba el morro con la pata.

Entretanto apareció Damir, con el pelaje ensangrentado, y apartó a su hermano de una patada.

“Así que quieres pelear,” gruñó con tono complacido.

“Pelearé hasta que no me quede una gota de sangre en el cuerpo,” respondí, enseñándole los colmillos.

“Bien, porque me aseguraré de que no te quede ninguna,” replicó Damir, cogiendo impulso para saltar. Al oírlo decir eso tensé todos mis músculos, preparándome para atacar antes. “Igual que hice con el enclenque de tu padre,” añadió él.

Me lancé sobre él antes de que saltase, clavando mis zarpas en su lomo tupido. Rodamos unidos por el suelo, con las rocas afiladas magullando nuestras espaldas. Damir me mordió cerca del cuello y comencé a sentirme mareado. Seguí atacando, una y otra vez, con uñas y dientes, hasta olvidar quién era y por qué estaba allí: en mi mente solo resonaban dos pensamientos, de manera intermitente:

Matar a Damir.

Salvar a Selena.

El mareo se volvió tan fuerte que sentí que empezaba a perder la conciencia. Unos tentáculos de humo oscuro se levantaron desde el fondo de las rocas y nos envolvieron, nublando mi entendimiento todavía más. Sin saber cómo, dejé de rodar y me quedé quieto al borde del precipicio.

Entreabrí los ojos débilmente, sin comprender a qué se debía la súbita tregua: Damir, herido, se erguía sobre mí subido a una roca y me observaba. Desde mi posición, malherido junto al precipicio, me pareció más grande y oscuro que nunca.

A lo lejos escuché los gemidos de Chamuel, que lloriqueaba de dolor.

Damir me miró con asco desde su posición elevada y se tambaleó un poco.

“Maldito perro sarnoso,” me dijo. “Eres la vergüenza de los Montblanc.”

Sentí el odio bullir dentro, pero no fui capaz de moverme. Me sentía cada vez más débil y confuso.

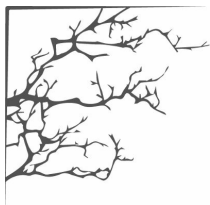
Damir perdió el equilibrio un momento y un torrente de arenilla resbaló por el lateral de la roca desde la que me observaba.

Supe que estaba a punto de saltar sobre mí; a un paso de terminar conmigo.

Esta vez, lo lograría.

Cerré los ojos, y la última imagen que vi en mi mente no fue la de mi padre, aunque pensé que habría estado orgulloso de mí al verme morir tratando de vengar su memoria.

No, lo último que vi fue el rostro de Selena: la mujer que había confiado en mí y a quien le había fallado, aunque a cambio entregaría mi vida.



Selena



Damir soltó un impropio desde el pasillo, y escuchamos sus pasos pesados alejarse escaleras abajo. Mina y yo seguíamos encerradas en la habitación, fingiendo que yo llevaba a cabo un complejo hechizo curativo.

—Vigila esa puerta —le dijo Damir a Penélope antes de marcharse.

Al otro lado se hizo el silencio, aunque el crujir de las tablas del suelo dejaba claro que Penélope seguía fuera sola, caminando de un lado a otro del pasillo mientras montaba guardia.

Mina y yo nos miramos, conteniendo la respiración.

Un estruendo de objetos rotos llegó desde el piso de abajo, acompañado de golpes y rugidos. Luego escuchamos cómo Penélope bajaba corriendo también.

El bullicio se trasladó al exterior, y me acerqué a la ventana para ver qué estaba pasando. Mientras tanto, Mina había empujado la cama a un lado y estaba agachada detrás de ella, escarbando frenéticamente en el muro forrado con tablas verticales de madera.

—Creo que han encontrado a Raoul —musité, peleando con el cierre de la ventana—. Hay varios lobos ahí fuera, mira...

—¿Raoul está aquí? —preguntó Mina sorprendida, levantando la cabeza—. ¿Cómo ha conseguido encontrarnos?

—No estoy segura —respondí—. Aunque me pareció escuchar que querían hacerlo venir. Algo de usarme como señuelo.

Por la ventana vi cómo uno de los lobos atacaba a otro, hiriéndolo en la cara; el lobo herido salió arrastrándose y se ocultó entre unos arbustos. De la oscuridad surgió otro, que se lanzó sobre el primero.

Dos contra uno: solo con ver la proporción me quedó claro cuál de ellos era Raoul, y cuáles eran Damir y Chamu.

Mina seguía hurgando entre las tablas de la pared. En una mano sostenía a uno de los ratones, cerca de la oreja, y asentía como si le estuviera explicando algo.

—¿Tienes una cuchara? ¿Cualquier cosa para hacer palanca? —preguntó sin mirarme.

Miré a mi alrededor, sin ver nada que pudiera servirle. Entonces recordé el cierre de la ventana del baño: había un tornillo plano que la mantenía en el sitio por una esquina, y que podía extraerse, tal y como me había mostrado Raoul un rato antes. Pasé la mano por el interior del marco: esta ventana también tenía un cierre igual.

Saqué el tornillo y se lo tendí a Mina, observando de reojo sus movimientos, pero sin perder de vista a los lobos que peleaban tras la casa.

Estaban enzarzados en una lucha sangrienta, y rodaban junto a una escarpada pendiente que caía en picado junto a la parte trasera del edificio.

Me sentí impotente, de pie junto a esa ventana y atrapada dentro, sin poder hacer nada.

—¡Lo tengo! Sois unos genios —exclamó Mina, apretando suavemente al ratoncillo contra su pecho.

Una de las tablas cedió, dejando entrever un espacio hueco al otro lado.

—Es una partición falsa —me aclaró con una sonrisa, golpeando la pared de madera con los nudillos—. Seguramente dividieron una habitación más grande en dos, y entre ambas colocaron

solo estas tablas, clavadas a un entramado de madera. Si quitamos unas cuantas, podremos pasar a la habitación de al lado. Esos pequeñines dicen que está vacía y la puerta está abierta.

Asentí, reticente a abandonar mi puesto junto a la ventana.

—Vamos, ¿a qué esperas? —me apremió Mina—. ¡Hay que largarse antes de que vuelvan!

Los lobos rodaban por las rocas, ensangrentados entre zarpazos y mordiscos. A la luz de la luna, sus cuerpos eran indistinguibles para mí.

Entre Mina y yo conseguimos quitar tres tablas más, suficientes para poder pasar. Tal y como había predicho mi amiga, en medio había un espacio hueco hecho de listones muy separados, y otra pared de tablas finas al otro lado.

—Venga, cuatro tablas más y lo tenemos —dijo con los ojos destellando de satisfacción.

Un aullido me desgarró los tímpanos, y me levanté de golpe, corriendo hacia la ventana.

Damir estaba subido a una roca, con el pelaje lleno de manchas oscuras. Un poco más abajo se encontraba Raoul, tendido de costado y sin fuerzas.

Contuve la respiración, esperando el impacto final.

Damir se preparó para saltar sobre Raoul.

Una espesa niebla negra subió desde el barranco, y comenzó a enroscarse en torno a los dos lobos.

Cuando Damir se impulsó, la imagen era borrosa debido a la niebla; pero desde donde yo estaba pareció que había calculado mal el salto.

Parecía mareado, a punto de perder la conciencia.

El enorme lobo resbaló y se despeñó barranco abajo mientras yo observaba desde arriba, petrificada.

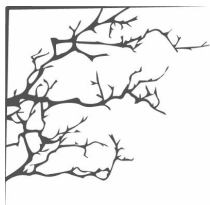
El ruido sordo de su cuerpo al golpear el fondo del despeñadero sonó como un tambor funerario.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —preguntó Mina, saliendo por primera vez de su euforia tras haber dado con la salida.

—Creo que Damir está muerto.

—¿Muerto? —la voz de Mina tembló—. ¿Raoul lo ha matado?

—Creo que he sido yo —dije con voz lúgubre—. Y creo que a Raoul también.



Selena



—¿Estás loca? —me espetó Mina, empujándome para hacerse hueco junto a la ventana.

Más abajo se observaba solo la sombra de un lobo, que según mis cálculos tenía que ser Raoul. Estaba tendido de costado, y en la oscuridad, a esa distancia, era imposible saber si todavía respiraba. El cuerpo de Damir había desaparecido de nuestra vista, tragado por el barranco, y junto a él la niebla negra.

Mis ojos habían quedado clavados en el lobo inerte, mientras trataba de superar el shock de lo que acababa de hacer.

—¿Qué quieres decir con eso? —insistió Mina, sacudiéndome por el hombro—. ¿Cómo puedes haberlos matado tú, si estaban ahí abajo, peleándose entre ellos, y tú estabas aquí encerrada conmigo?

Me obligué a parpadear y flexioné las muñecas, esforzándome desesperadamente por recobrar el control de mi cuerpo y, en particular, el habla.

—Fui yo —dije tragando saliva y evitando la mirada de mi amiga—. Los envenené.

—¿Pero qué dices? —Mina tiró de mí hacia la cama, observando el hueco en la pared con anhelo—. Deja de decir tonterías y salgamos de aquí de una vez. Desde aquí dentro no podemos ayudar a nadie, ¿es que no lo ves?

Mientras yo miraba por la ventana en shock, Mina había conseguido retirar el resto de tablas ella sola. Al estar podridas por la humedad salieron con bastante facilidad.

Nos escurrimos por el hueco en la pared, y encontramos al otro lado una habitación casi idéntica.

Mina se llevó el dedo índice a los labios y se acercó de puntillas a la puerta, asomándose con cuidado para mirar el pasillo.

—Todo en orden —murmuró, tomándome de la mano—. No hay nadie. Vamos.

Bajamos lentamente, sintiendo que con cada crujido de los escalones se nos encogía el estómago. Llegamos hasta el piso de abajo, que estaba en completo silencio.

—¿Se habrán ido todos? —me pregunté en voz alta.

—Eso parece —contestó Mina, buscando por dónde estaba la salida.

—Escúchame —dije, incapaz de mantener mi secreto dentro un segundo más—. Mientras estaba en el baño, hice una poción venenosa de corteza de endrino y se la di a Raoul.

—Es imposible hacer una poción tan potente con eso, y menos con agua del grifo —replicó Mina, agitando la mano en el aire—. Déjate de tonterías.

Miré a un lado y a otro, asegurándome de que no quedaba nadie en la casa.

—No lo entiendes. La embrujé para hacerla cien veces más potente. Mi madre tenía un libro de hechizos, ¿recuerdas? Ese que llevo siempre conmigo.

—¿Ese con la frase en latín en la primera página? «*Principium fundamentale medicinae est amor*». —recitó orgullosa—. Me lo sé hasta yo.

Agité la cabeza; eso no era relevante en ese momento.

—Le dije a Raoul que se impregnara las uñas con mi poción, porque sabía que más tarde o más temprano se las clavaría a Damir.

—Muy inteligente. ¡Enhorabuena por la idea, deberían de darte un premio Nobel de medicina! —dijo Mina impresionada, pero yo la interrumpí, deteniéndome en seco en medio del

corredor.

—No, no lo entiendes. Raoul también tenía heridas. Estaba ya herido cuando llegó, porque un vampiro lo atacó cuando estaba conmigo. Seguramente, la poción entró también en su torrente sanguíneo, y lo peor es que...

Me callé, incapaz de decirlo. Sentí el ardor de las lágrimas en los ojos, y contraí el rostro en un vano intento de contenerlas.

—Que lo sabías —Mina terminó la frase por mí—. Que sabías perfectamente lo que estabas haciendo.

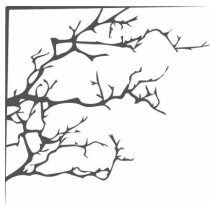
Me eché a llorar y me acurruqué contra su pecho, en medio de la oscura casa vacía.

—No sabía qué hacer, Mina —sollocé—. Ni siquiera sabía si podía fiarme de él, ¿me entiendes?

—¿Fiarte de quién? —preguntó una voz al fondo del pasillo.

Ambas nos quedamos congeladas.

Al parecer, todavía quedaba alguien en la casa.



Selena



Penélope estaba en pie al fondo del pasillo, sosteniendo en las manos tres trozos de cristal brillante: los dos que yo ya conocía, y uno mucho más grande que no había visto hasta entonces. Si no hubiera sido completamente imposible, habría jurado que brillaban con luz negra, absorbiendo la poca luminosidad que había en la casa en vez de emitirla.

—Bueno, bueno, parece que la curandera ha hecho un buen trabajo. ¿A dónde iban, señoritas? —dijo Penélope, bloqueándonos el paso.

Al ver lo que sostenía en las manos, lo entendí todo de pronto.

—Ya tienes lo que querías, ¿verdad? —le espeté con rabia—. Nunca planeaste compartir el prisma con esos lobos. Lo querías para ti, y traernos aquí era parte de tu plan. Así Raoul haría el trabajo sucio por ti, los quitaría de en medio, y tú podrías marcharte con tu premio y sin mover un dedo.

—¡Brillante! Para no tener un máster como yo, eres bastante espabilada.

—¿Mataste también a Freddy? ¿A tu propio esposo?

Penélope puso los ojos en blanco. Mina puso las manos tras la espalda, y escuché un sonido suave, como si estuviera frotándose los dedos.

—Ah, no —suspiró Penélope, aunque su rostro no parecía apenado, sino más bien resignado—. Mi Freddy, que la Madre Luna lo guarde, se mató él solo. Era bueno, hasta el punto de ser tonto. Pero no sabía controlar el poder del prisma. La Oscuridad comenzó a apoderarse de él después de manejar el prisma durante tanto tiempo y bajo su influencia trató de atacarme. Eso fue la tarde en que encontramos el segundo fragmento. Él se dio cuenta y huyó solo al bosque para evitar hacerme daño. Esa flecha feérica era suya; las coleccionaba. En cuanto la vi, lo entendí todo. Se lanzó él mismo sobre la punta cuando perdió el control. Yo no tuve nada que ver. Si no me creéis, podéis comprobarlo. Tenemos decenas como esa en nuestra casa en Granada.

Unos crujidos bajos resonaron por el techo, cerca de la lámpara, que colgaba en el centro del pasillo. Penélope alzó la vista y olisqueó la zona. Se encogió de hombros.

—Ratones —dijo con indiferencia—. Me gustan más asados, pero crudos también los soporto. ¿Y a vosotras?

—No te creo —dije, ignorando su pregunta tonta y acercándome a ella con los brazos cruzados—. Sigo pensando que mataste a Freddy. Estás obsesionada con esos cristales... creo que eres tú la que ha sido poseída por la Umbrícara, y ni siquiera lo sabes.

Penélope estalló en carcajadas. Luego colocó los trozos del prisma sobre un aparador estrecho, a un lado del pasillo. Los giró hasta hacer coincidir las aristas, como las piezas de un puzle, pero sin llegar a juntar los fragmentos.

—No estoy mintiendo, y como heredera de los Guardianes del Prisma deberías saberlo. —Clavó sus ojos en los míos, satisfecha al comprobar que me había dejado sin palabras—. Sí. Sigue sorprendiéndome que toda tu familia muriera por ello y tú ni siquiera lo sepas. ¿Por qué piensas que los Montblanc asesinaron a tus padres y a tus hermanas? ¿No pensarías que era por el dinero que tenían en casa, pobres ratas de alcantarilla?

La lámpara se balanceó sobre Penélope, y los crujidos aumentaron. A mi lado, Mina tenía los ojos entrecerrados, y sus labios se movían de manera casi imperceptible.

—Dicen que los Guardianes del Prisma son los únicos que pueden sujetar el prisma completo en sus manos sin ser poseídos por su poder oscuro. Pero has visto que yo lo he hecho, y no me ha pasado nada. —Penélope sonrió, satisfecha—. Llevo décadas estudiando este artefacto, y todas mis teorías confirman lo que ya sabía: no solo los Guardianes pueden utilizarlo para su beneficio, sino cualquiera de voluntad fuerte y con un buen plan —dijo triunfante.

—Como tú, claro —añadí, aunque era obvio.

—Ya dije que eras bastante lista para una pobre pueblerina sin estudios. Bueno, ahora la pregunta es la siguiente: ¿queréis uniros a mi causa, o preferís morir cuando desate la Oscuridad y esta os arrastre a los infiernos?

Mina abrió los ojos de golpe, con el rostro enrojecido de furia, pero no dijo nada.

Se oyó rascar en el techo, esta vez tan fuerte que Penélope dejó de hablar y se quedó mirando la lámpara, boquiabierta.

En ese momento, la lámpara cayó al suelo, junto a un montón de pedazos de yeso, telarañas y polvo. Entre los escombros se encontraban decenas, quizás cientos de ratones, que se lanzaron sobre Penélope y la cubrieron como un macabro abrigo de armiño, mordiendo cada pulgada de su cuerpo. Penélope chilló mientras los ratones se la comían viva, y Mina me hizo un gesto con la barbilla, señalando la puerta principal.

—¡Vamos! No podré controlarlos por mucho más tiempo —me dijo—. Estos pequeñines ya me han hecho bastantes favores.... ¡Ve a buscar a Raoul, rápido!

Apreté los dientes, horrorizada ante la escena, y salté por encima del cuerpo de Penélope, que se retorció en el suelo cubierta de roedores ensangrentados. Agarré los tres trozos del Prisma, y al hacerlo, se juntaron y se fundieron en una sola pieza.

Una espiral de humo me envolvió como un tornado, y la casa desapareció de mi vista. Por mi mente pasaron a cámara rápida cientos de escenas de mi niñez con mis padres, hasta regresar a la última y fatídica tarde en el bosque, la última en que vería a mi madre, y a su canción:

*«Guardianas del secreto, en la noche sin final,
Con el viento como eco, nuestro deber vital.»*

Guardianas del Secreto...

¿Era ese el secreto de mamá? ¿El secreto por el que la mataron, y por el que yo había crecido huérfana y sola?

El oscuro remolino giró cada vez más rápido, creando lo que parecía un agujero en el suelo, con los bordes metálicos y el interior negro como las plumas de un cuervo.

El prisma había abierto un portal a la Umbrícara.

Si yo era una verdadera Guardiana, debía de tener el poder de destruir un portal si se volvía demasiado peligroso. ¿Era eso lo que trataba de hacer mi madre en el bosque, cuando huyó de la casa y Damir Montblanc la interceptó?

Fuera como fuese, tenía que destruirlo, y cuanto antes.

Sujeté el prisma, ahora perfectamente hexagonal. La geometría de sus lados y ángulos era tan exacta que parecía irreal.

Alcé el brazo, decidida a lanzar aquel artefacto diabólico al otro lado, concentrando toda mi magia y mi voluntad en aniquilarlo para siempre.

—¡No! —gritaron al unísono Mina y Penélope, con voz atormentada.

Pero era demasiado tarde. El proceso había empezado y era imparable.

Lancé el prisma dentro del portal de humo negro, y el pequeño artefacto de cristal desapareció dentro. Al instante, el humo desapareció por completo, y pude volver a ver la casa a

mi alrededor.

Los ratones se habían marchado, y Penélope seguía viva, aunque cubierta de sangre y mordeduras en un rincón. Mina me miraba aterrada.

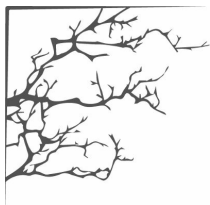
—Lo he hecho. Lo he destruido —dije quedamente—. Este ya no volverá a arrastrar a nadie a la Oscuridad, ni nadie volverá a matar por esa maldita cosa.

—Pero Selena... —musitó Mina, tapándose la boca con las manos—. Penélope dijo algo... y creo que tiene razón.

Penélope gimió desde el suelo, palpándose los labios descarnados. Era una visión tétrica, pero al menos estaba viva.

—¿Qué dijo? —pregunté, atándome el pelo de nuevo para quitármelo de los ojos.

—Dijo que habrías podido usar el poder del prisma para salvar a Raoul... y creo que es cierto.



Selena



Aterrada, salí al jardín y di la vuelta a la casa. Los primeros copos de nieve habían comenzado a caer suavemente, y el frío penetraba hasta los huesos. El aire estaba cargado de un silencio profundo, solo interrumpido por el suave crujir de la hierba escarchada bajo mis botas al avanzar con cautela sobre el terreno resbaladizo.

La parte trasera de la casa había sido construida al borde de una pendiente escarpada, y tuve que caminar con cuidado para llegar hasta donde él estaba sin caer al vacío.

Me pareció que Mina me seguía, pero no le presté atención.

Raoul, en su forma de lobo, estaba tendido sobre una roca helada. Varios metros más abajo se adivinaba el cuerpo inerte de su adversario.

Raoul no estaba muerto, pero le faltaba poco para estarlo.

Posé las manos sobre el pecho del lobo, sintiendo la suavidad de su pelaje y el sorprendente calor de su piel. Estaba cubierto de sangre y heridas, y mostraba desgarros en varias zonas. Sentí una culpa espantosa al pensar en mi veneno, que se habría filtrado en su sangre a través de las lesiones.

Invoqué por él a la Madre Luna, protectora de los lobos; a los espíritus de los ancestros y a todas las diosas paganas que mi madre me había enseñado. Me sentí transportada a esa noche años atrás, cuando había intentado salvar a mis hermanas, las gemelas, sin éxito; de vuelta al día en que había aprendido, por la fuerza, que mi magia era la más inútil de todas y que jamás sería capaz de hacer nada especial, porque, tal y como Penélope había dicho: «solo servía para hacer infusiones de hierbas».

El cuerpo de Raoul permaneció inmóvil, sin cambios.

La capucha roja me cayó sobre el rostro, resguardándome de los copos de nieve. Me impedía mirar hacia fuera, pero me obligó a mirar hacia adentro; hacia mi corazón de niña, hacia la pequeña Caperucita que ya nunca más tendría miedo al lobo...

«Principium fundamentele medicinae est amor.»

El principio fundamental de la medicina es el amor.

Esa cita de Paracelso me había acompañado toda la vida, en la primera página del diario de mi madre, pero había necesitado veinte años para entenderla.

Posé las manos de nuevo sobre su cuerpo; esta vez directamente sobre su corazón, que aún latía, aunque muy despacio.

El lobo comenzó a transformarse en hombre, en una transmutación milagrosa, casi alquímica, de bestia a humano y de muerto a vivo.

Inspiró profundamente y abrió los ojos, moviéndose un poco.

Lo tomé por los hombros, aquellos hombros anchos y poderosos, incapaz de creer que mis humildes poderes hubieran podido matar a un hombre y devolver a otro a la vida. Mis poderes inservibles, que ni siquiera eran magia de verdad...

Pero, al parecer, sí que lo eran.

Raoul se incorporó sobre un codo y me miró con admiración.

—Selena... —murmuró con voz cálida—. Mi Selena. ¿Sabes que tu nombre es la luz de la Luna... la Señora de todos los lobos?

Sonreí. Lo sabía. Él continuó.

—Siempre serás mi ama y señora. Viviré para servirte —dijo, irguiendo la espalda con dificultad.

—No necesito un sirviente, sino un compañero —le dije, abrazándolo.

Estaba tan aliviada de verlo consciente de nuevo que no me importaba lo que dijese. Habría podido decir cualquier cosa y me habría hecho feliz, mientras estuviera vivo y conmigo.

—Ven, vamos dentro, que aquí hace frío —le dije, tratando de ayudarlo a levantarse.

Él negó con la cabeza, obligándome a sentarme de nuevo a su lado.

—No. Espera. Esto es importante.

Pensé que quizás estaba aún aturdido por el veneno. Tenía que ser paciente; después de todo, lo había envenenado yo.

—Tengo que decirte algo —insistió.

—Claro. Dime —contesté con dulzura, como si le hablara a un niño.

—Te amo, Selenia —dijo sin preámbulos—. Desde el primer momento en que te vi lo supe, pero nunca tuve el valor de decírtelo. Es lo que tiene la muerte: cuando la ves de cerca, te das cuenta de todo lo que nunca llegaste a decir.

Sonreí con lágrimas en los ojos, sin saber qué contestar. Luego me abracé a su pecho enorme y desnudo, y nos fundimos en un beso apasionado, mientras le susurraba al oído: «Yo también te amo».

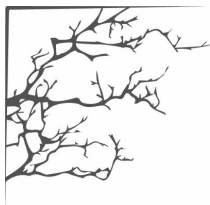
Habríamos permanecido así el resto de la noche, pero los pasos de Mina acercándose hicieron crujir la hojarasca.

Nos separamos, hambrientos el uno del otro.

—La magia curativa es la más fascinante de todas —dijo Mina, acercándose.

Me giré a mirarla y al fijarse en que Raoul estaba completamente desnudo se sonrojó hasta las puntas de las orejas. Se quitó la chaqueta y nos la lanzó, dándose la vuelta.

—Anda, tápale a ese hombre sus atributos, que me estoy poniendo nerviosa. Os espero en la casa.



Selena



Los días siguientes pasaron como un torbellino. Tanaya, la hermana de Raoul, se presentó en la casa poco después de la pelea. A su llamada acudió también su madre, que abrazó a su hijo con lágrimas en los ojos. A la mañana siguiente fueron apareciendo el resto de habitantes de la aldea, los pocos supervivientes que habían permanecido en el clan Montblanc tras la muerte de Léonide, el padre de Raoul y verdadero alfa.

Tanaya y su madre nos acogieron a Raoul y a mí en su cabaña, pero Penélope pidió que la dejásemos regresar a su habitación de hotel en Aínsa. Tras consultar a Teo, que envió a un vampiro que vigilase su ventana las veinticuatro horas del día, este dio el visto bueno y la dejamos marchar.

Unos días más tarde nos llegó una tarjeta postal de Penélope, invitándonos a asistir al funeral de Freddy; se celebraría en el sur de España, en las cumbres de Sierra Nevada, de donde él era originario.

Aceptamos la invitación, a pesar de ser tan solo un día después de la investidura de Raoul como alfa de su manada. Toda la aldea parecía aliviada de haberse deshecho de Damir, que gobernaba con absoluta tiranía y había despojado a sus subordinados de lo poco que ganaban trabajando o lo que cultivaban en el campo.

Una de las más aliviadas era Tanaya, que había sido acosada por aquel oscuro individuo durante años; pero aún más la esposa del difunto alfa, Bruna, que había sufrido maltratos desde el mismísimo día de su boda.

Nadie, a excepción de Chamu, echaría de menos a Damir Montblanc, cuyo corazón estaba corrompido incluso antes de ser infectado por la Oscuridad de la Umbrícora tras robarles el prisma a mis padres.

El día en que se cumplía una semana exacta de la muerte de Damir, todos los cabeza de familia de la zona se reunieron para investir a su nuevo líder.

La deliberación duró desde el amanecer hasta bien entrada la tarde. Mientras la madre de Raoul estaba ausente, decidiendo junto a los otros ancianos, los jóvenes nos dedicamos a limpiar la antigua casa y tratar de eliminar la mugre y la desolación que se habían impregnado en sus muros durante los años en que fue habitada por Damir y su hermano.

A las cinco en punto de la tarde, un coro de aullidos anunció que los ancianos habían llegado a un acuerdo.

—Es la hora —dijo Raoul, tomándome de la mano y guiándome hasta el claro donde se celebraría la reunión.

Mina nos siguió, cargando alegremente una caja llena de magdalenas veganas que había asado en el horno de Tanaya. Pensé en decirle que a los lobos no iban a gustarles, pero no quise quitarle la ilusión.

La hermana de Raoul, casi tan alta como él, se había puesto sus mejores galas, y recordaba a una princesa celta con sus gruesas trenzas rojizas y su vestido verde. Nos esperaba fuera de la casa, junto al sendero.

—Bienvenido de vuelta, hermanito —dijo Tanaya, dándole una palmada en la espalda a Raoul—. Siempre te mereciste ocupar tú el puesto de nuestro padre. Quiero que sepas que todos estamos muy orgullosos de ti, y también muy felices de que hayas regresado.

La ligera nevada de los días anteriores ya se había derretido, dejando tras de sí una calma apacible. Caminamos juntos hasta llegar a un claro en el bosque, donde habían colocado varias piedras grandes en el centro, formando un círculo. Sobre estas había dos ancianos y dos ancianas sentados, entre ellos la madre de Raoul.

Nos sentamos a su alrededor, junto al resto de la manada.

—Los mayores hemos decidido —dijo una mujer, que parecía la más anciana de todas—, y creemos que es justo que Raoul Montblanc, heredero legítimo de Léonide, sea el nuevo alfa de esta manada.

Un fuerte aplauso se levantó entre todos los presentes, y me pareció que a Raoul se le tornaban los ojos vidriosos.

—Gracias... —comenzó a decir, pero se le rompió la voz.

—Un momento —lo interrumpió la anciana, alzando el brazo—. Los mayores no hemos terminado. Tenemos una condición inquebrantable.

El silencio cayó sobre el claro, y todos la observamos expectantes, sin saber qué podía venir a continuación.

—Como alfa de la manada, se espera de ti que nos des un heredero. Por lo tanto, los mayores te elegiremos a una esposa entre las lobas de los clanes vecinos. Una mujer fértil y hermosa, que será la honra de los Montblanc, igual que lo fueron tu madre y tu abuela.

Sentí que se me estrechaba la garganta, pero no dije nada.

Ese era su hogar.

Ese era su destino.

Ese era el cargo para el que Raoul había nacido, y no el humilde puesto de guardaespaldas en un bar de copas que había ostentado hasta la fecha.

Le apreté el antebrazo y me acerqué a su oído.

—Yo... —musité—. Me alegro mucho por ti. Enhorabuena.

Se dio la vuelta y me miró, horrorizado.

—Dijiste que me amabas —susurró en mi oído, mientras los presentes comenzaban a cuchichear. Nos miraban y hablaban entre ellos, intrigados por nuestra conversación a escondidas y la falta de respuesta de Raoul a su nombramiento.

—Y te amo —susurré de vuelta, tratando de no llorar—. Y siempre te amaré. Pero este es tu destino, y no puedo apartarte de él.

—Yo decido mi destino —replicó, y se puso en pie.

Toda la manada lo observó, en un silencio tenso.

—Queridos mayores de la manada, queridos hermanos y primos —comenzó Raoul, saludándolos uno a uno con la cabeza—. Es un honor recibir este cargo tras la votación unánime de todos los miembros del clan. Os lo agradezco, y soy consciente de que este camino ha estado marcado para mí desde que nací.

Mis ojos se encontraron con los de Tanaya, y esta esbozó una sonrisa torcida y se llevó las manos a la cabeza, como si ya supiera lo que estaba por venir.

—Acepto el cargo —dijo Raoul con voz de trueno.

Pensé que iba a morirme al instante, pero la vida nunca era tan piadosa, y permanecí allí con el corazón roto y los ojos llenos de lágrimas al comprender lo que sus palabras implicaban.

—Lo acepto, y como alfa de la manada, abdicó en mi hermana Tanaya, que permaneció aquí durante todos estos años y sostuvo a la comunidad económica y moralmente. Tanaya es la verdadera merecedora del puesto, y la verdadera alfa. Además, no puedo aceptar a la esposa que los mayores me proponen, porque mi corazón ya pertenece a otra para siempre.

Un murmullo invadió el bosque, y los mayores miraron a Raoul, escandalizados.

Sin embargo, como alfa, tenía derecho a tomar esa decisión.

—¿Y quién, si se puede saber, es esa mujer por la que lo vas a abandonar todo, tu deber vital y tu cargo por derecho? —preguntó un hombre al fondo, cruzándose de brazos. Se parecía bastante a Damir y Chamuel, y sospeché que debían de estar emparentados.

Raoul me tendió la mano, haciendo que me levantara y me pusiera en pie a su lado.

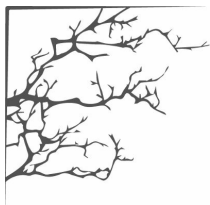
—Esta mujer es Selena Herrera, y la seguiría hasta las mismas puertas del infierno, sea o no una loba como nosotros. —Hizo una pausa y me miró con una sonrisa astuta que solo yo pude ver—. De hecho, ya la seguí una vez y me trajo de vuelta, y volvería a hacerlo en cualquier momento.

Guardó silencio un momento, mirándome con tanto amor como nadie me había mirado jamás.

—No existe deber más importante que cumplir con nuestro destino, y el mío es compartir mi vida con ella, por los años que me queden —dijo para terminar.

Una adolescente comenzó a aplaudir despacio, y a esta se le unieron varios más. Pronto, todos menos el hombre que se había quejado estaban aplaudiendo. El hombre se marchó, airado, y Tanaya se puso en pie, acallando el aplauso con los brazos extendidos.

—Gracias, gracias —dijo, sonriendo—. Queridos primos, queridos vecinos, tengo una buena noticia para vosotros: tendréis un nuevo alfa, y será justo, bueno y honesto. Querido hermano... —añadió después, haciéndole una pequeña reverencia a Raoul con su vestido verde—. Gracias por el nombramiento... acepto el cargo.



Raoul



El funeral de Federico Molina en Sierra Nevada fue el más triste y emotivo que recordaba, y me hizo sentir nostalgia por el sepelio que jamás tuvo mi padre. Al menos, Penélope parecía haber recobrado la cordura una vez que Selenia destruyó el Prisma, lo cual era una buena noticia.

Tener a Selenia a mi lado, y su promesa de permanecer ahí siempre, lo hizo todo más llevadero; sobre todo, cuando toda la manada de Freddy se reunió alrededor de su pira ardiente para aullar a la Madre Luna, rogando que lo acogiese de vuelta en su seno. Añadí un ruego silencioso por mi padre, deseando que también estuviera con Ella, a pesar de no haber tenido una despedida como esa.

Al día siguiente, Selenia y yo regresamos a Ibiza solos en coche. Mina se tomó unos días libres para unirse a un retiro de meditación, y nosotros aprovechamos el viaje para hablar de la vida, del trabajo en la agencia y de nuestros planes de futuro.

Había algo que, sin embargo, no me dejaba dormir, y decidí preguntárselo sin rodeos.

—¿Te gustan los niños? —le solté por las buenas, sin quitar la vista del volante.

—Depende. ¿Para comer o para compañía?

La miré de reojo. A fin de cuentas, era una bruja.

—Interpreta la pregunta como quieras —dije al final.

Selenia rio y me dio una palmada en el brazo.

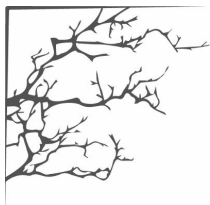
—Me gustan —dijo—. Pero de momento, prefiero los de los demás. A lo mejor dentro de muchos, muchos años...

—No quería decir *ahora* —respondí, sintiendo que me subía el rubor a las mejillas.

—Ya lo sé, tonto —dijo, dándome una palmadita en el hombro—. La respuesta es sí, me gustan. Sobre todo, si son contigo. Seguro que algún día tendremos unos maravillosos cachorritos peludos correteando por ahí.

—Espero que se parezcan más a ti —repliqué riendo.

Me puso la mano sobre la rodilla, sonriendo. Yo seguí conduciendo en silencio durante un rato, adelantando a algunos vehículos, viendo a otros pasar por nuestro lado. Ellos no lo sabían, pero en aquel momento, en aquel lugar, yo era el hombre más feliz de la tierra.



Selena



Ibiza

Esa noche, el sueño fue diferente.
Como siempre, mamá estaba inconsciente, tendida junto al río, y yo le suplicaba que se despertara.

Pero esa noche, contra todo pronóstico, ella abrió los ojos.

—Sely... mi querida niña... mi *Capuchita* —murmuró con una dulce sonrisa.

La observé boquiabierta, pellizcándome los brazos para recuperar la conciencia.

—No, espera —dijo, deteniéndome—. No te vayas todavía. Por fin entendiste mi mensaje, y lo usaste para cumplir tu destino. Me alegro mucho.

—*El veneno está en la medicina* —dije, comprendiendo de pronto.

Me había pasado quince años barajando las últimas palabras de mi madre en mi mente, incapaz de comprender por qué había dicho algo tan banal como «el vino está en la cocina» o «el verano está en la vitrina».

De pronto, todo cobraba sentido.

—*Todas las sustancias son venenos, y no existe ninguna que no lo sea*. Es la dosis la que diferencia un veneno de un remedio —explicó, aunque ya no hacía falta.

—Paracelso —añadí.

—Siempre, Capuchita. Ahí están todas las respuestas. Derrotaste tú sola al lobo malvado... estás ya hecha una mujer. Estoy tan orgullosa de ti...

Mamá se incorporó, me plantó un beso en la frente y después se esfumó.

Desperté de súbito, con los ojos llenos de lágrimas. No estaba en el bosque, sino tumbada a la orilla de la playa de San Antonio. Raoul me abrazaba, y una manta de cuadros nos protegía de la fría brisa de octubre.

—Te quedaste dormida —me dijo con una sonrisa, señalando el cielo estrellado.

Recordé que habíamos bajado a la playa a esperar a que Teo apareciera por el Serenata.

Estaba tan agotada después de lo ocurrido en los Pirineos, y el posterior viaje de ida y vuelta a Sierra Nevada, que debí de quedarme dormida esperando.

—No te lo vas a creer —le dije—. He soñado con mi madre, y esta vez el sueño era distinto...

No pude terminar de contárselo, porque justo entonces apareció Iris, retorciéndose las manos.

—Chicos, os estábamos esperando para empezar la reunión. ¿Venís?

Asentimos y la seguimos, sabiendo que a Teo no le iba a gustar lo que estábamos a punto de contarle.

—¡Por todas las criptas! ¿Qué parte de “recuperad el artefacto para mi cliente” no entendisteis? —exclamó cuando le explicamos lo sucedido, dejando su vaso de whiskey sobre la barra con más fuerza de la necesaria.

No le había gustado nada enterarse del destino del Prisma de Ordesa, aunque yo estaba segura de que, en el fondo, era consciente de que mi reacción había sido justificada. Quizás no la mejor o la más sensata, pero yo desde luego tenía mis motivos, y él sin duda los entendía, aunque no los compartiera.

El Prisma de Ordesa había sido el culpable de la muerte de mi familia, del padre de Raoul y de Freddy, aparte de muchas otras personas cuyos nombres ni siquiera conocíamos.

Era innegable que el planeta estaba mejor sin un objeto así.

—No lo entendéis. En buenas manos, un objeto mágico como ese podría cambiar el mundo —dijo Teo.

—Eso mismo dijo Penélope. Y eso mismo pensaba Damir. Todos creían que sabrían usarlo, a diferencia de los demás, y mira cómo terminaron...

—Si tan solo pudiera pasar una vez al otro lado... Si pudiera comprender qué hay, qué es lo que habita en la Umbrícara...

—Nada te devolverá a Emmanuel —dijo Iris, que acababa de llegar y se había sentado en un taburete a su lado. Le dio un suave beso en la mejilla y lo abrazó.

—Estamos de tu parte, Teo —le aseguré, mientras Raoul me apretaba la mano por debajo de la mesa, dándome ánimos—, y trabajaremos juntos mano a mano, hasta borrar la Oscuridad de la faz del planeta.



¡Gracias por leer la historia de Selenia y Raoul!

Continúa leyendo con MINA, ESPÍRITUS DE SOMBRAS, donde desvelarás el oscuro secreto de Mina, cuya familia sufre bajo una antigua maldición.

[Haz clic aquí para conseguir MINA, ESPÍRITUS DE SOMBRAS](#)



En el siguiente libro:

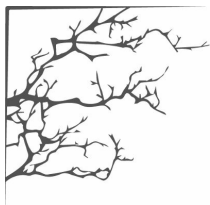
Una bruja con sangre feérica y un arqueólogo con graves problemas deben unir fuerzas para desentrañar un misterio bajo unas antiguas ruinas íberas.

El libra una batalla interna perdida de antemano, mientras ella enfrenta una maldición ancestral que puede tener consecuencias fatales para ambos.

¿Qué ocurrirá cuando Teo d'Alessandro los obligue a colaborar en una arriesgada misión para el Serenata Nocturna?

Descubre la nueva aventura de la Agencia Paranormal Serenata Nocturna.

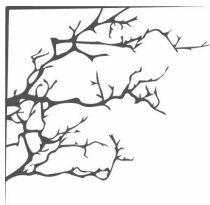
Puedes pasar las páginas para leer el primer capítulo de MINA.



INOCULTURA.



Iris – *Médium*
Selena – *Curación*
Mina – *Espíritus Animales*
Oksana – *Telepatía*
Naomi – *Telequinesis*



Mina



Bar Serenata Nocturna, Ibiza

Era una noche engañosamente tranquila en el Serenata Nocturna.

Estaba sentada en una mesa de la terraza junto a Iris y Teo. El bar ya había cerrado y los clientes se habían marchado. A principios de primavera, el aire costero era fresco todavía, y Luminix se había acurrucado en mi regazo para que le rascara suavemente tras la oreja.

La agencia Serenata Nocturna en Ibiza se había convertido en nuestro refugio; en un escape temporal de la maldición que pesaba sobre mi familia. Aquí, en las noches llenas de música y espectros desconocidos, la oscuridad que me amenazaba parecía mucho más lejana e insignificante.

Iris, Teo y yo charlábamos animadamente mientras esperábamos a Leonard, mi supuesto compañero para la misión en las ruinas íberas de Edeta. «¿Dónde se habrá metido?» murmuré para mis adentros, mirando la hora en el móvil. Ya era pasada la medianoche, y aún no se había presentado. Además, tenía una llamada perdida de la abuela Kamala, que me hizo preguntarme si le habría ocurrido algo malo a Krish. Si el arqueólogo no se presentaba en diez minutos, pensaba irme. Ya nos había dado plantón en otra ocasión, cuando colaboró con la agencia en los Pirineos. Leonard había sido el jefe de la última excavación arqueológica en Huesca, durante la misión del Prisma de Ordesa liderada por Raoul y Selenia. En aquella ocasión ni siquiera llegué a conocerlo, porque se había esfumado con la excusa de una misión urgente en Egipto.

Egipto, pensé, ¿existe una excusa más ridícula y cliché para un arqueólogo?

Seguramente se había ido de vacaciones con su novia a Benidorm, pero eso no sonaba tan importante.

Me serví un vaso más de limonada con hielo y miré el reloj con un bostezo.

—¿Dónde se habrá metido este tipo? —le pregunté a Teo—. Se me están cerrando los ojos.

A Luminix ya se le habían cerrado hacía un buen rato. Ronroneó en mi regazo y yo le rasqué la parte inferior de la barbilla, como a él le gustaba. Restregó la cabeza contra el dorso de mi mano, maullando suavemente en sueños.

Teo se encogió de hombros y miró a Iris con una pregunta muda. Bastaba un simple vistazo para comprender que esos dos se morían de ganas de irse a casa tanto como yo, aunque por motivos muy distintos. Pensar en ello me provocó una punzada en el estómago, a sabiendas de que algo así nunca formaría parte de mi destino: por elección propia, pero también por la maldita maldición que acompañaba a todas las mujeres de mi familia desde siglos atrás.

—¿A qué hora se suponía que tenía que venir el tal Leonard? —preguntó Iris, comiéndose a Teo con los ojos.

—En principio, antes de las once —respondió Teo con impaciencia, apurando el último sorbo de whisky—. Esto no es normal en él; Leonard suele ser muy puntual. Es el mejor experto en historia antigua que conozco; un hombre sumamente serio.

—Pues no lo parece —protesté, cada vez más irritada.

Llevaba tres días seguidos trabajando mañana y noche, y en casa me esperaba una mole de pelos de gato, una cesta de ropa sucia y la nevera vacía.

Luminix abrió los ojos y miró a un lado y a otro, sobresaltado.

—No te preocupes, Luminix —lo calmé—. Si este arqueólogo impresentable no aparece en cinco minutos, nos vamos.

Un crujido me hizo dar un respingo, y todos nos giramos de golpe. No pude ver nada, a excepción de un humo negro que salía de detrás de la barra, acompañado de un sospechoso olor a quemado.

—¿Está Garrett en la cocina? —pregunté a Iris.

Ella sacudió la cabeza con expresión preocupada.

—Qué va... Hace un buen rato que se ha ido, ¿no te acuerdas? Salió antes porque mañana vuela a Sídney. Su exmujer está otra vez dándole la lata con juicios.

—Ese humo no me gusta nada —comentó Teo.

Depositó un breve beso sobre la coronilla de Iris y se levantó de la silla, cauteloso.

Antes de que pudiera llegar a la barra, una criatura monstruosa y negruzca saltó sobre su cabeza. Parecía un perro chamuscado, con la cabeza deformada y semiderretida. Teo intentó apartarlo de un manotazo, pero la criatura era incorpórea y fantasmal y ni siquiera podía tocarla.

El ente, sin embargo, lo atacaba con zarpazos de humo oscuro, que a duras penas podía evitar.

De repente, más de una docena de espectros caninos surgieron de la nada, con pelajes negros como si hubieran sido carbonizados por el fuego. Intenté conectar con los espíritus animales, pero estas criaturas no pertenecían a nuestro mundo.

El tiempo se paralizó para mí y comprendí rápidamente que eso solo podía ser obra de alguien con poderes más allá de lo humano. Y se me ocurría quién podía estar detrás de ello.

Invoqué a las criaturas vivas y espectros animales de los alrededores, empujándolos hacia los espectros. Estos saltaron por todas partes, tratando de alcanzarnos con sus garras gélidas y mortales. Teo intentaba esquivarlas también, mientras Iris, con los ojos cerrados, se había subido a la barra para evitar sus garras humeantes, y se esforzaba por invocar algún espíritu que pudiera ayudarnos, aunque por desgracia sus talentos no servían mucho para la autodefensa.

Mientras luchábamos contra la horda de perros fantasmales, vi a Iris a punto de caer desde la barra: un perro espectral trataba de alcanzarla, y dos más la atacaban por el otro lado. Envié a dos de mis esbirros contra ellos y salté a su lado, seguida por varias ratas de alcantarilla muertas que habían salido en nuestra defensa.

Mis fuerzas comenzaron a flaquear, y comprendí que no iba a poder sostener aquel ejército de espíritus animales por mucho tiempo más.

Teo corrió al almacén y regresó con un saco de sal. Comenzó a echar puñados sobre las criaturas, mientras mis aliados terminaban de alejarlas.

El humo negro desapareció de golpe, con un siseo, y yo suspiré aliviada al ver que las almas errantes de aquellos perros chamuscados habían regresado al lugar del que habían salido.

—¿Qué narices era eso? —gruñó Teo, corriendo a comprobar que estábamos bien—. Gracias a Zeus eran sensibles a la sal. De lo contrario, ahora estaríamos todos muertos.

—Si no fuera imposible, juraría que alguien ha abierto un portal aquí mismo —aventuró Iris, rehaciéndose la coleta con un jadeo.

Teo bufó.

—No hay portales en Ibiza —replicó—. Para abrir uno, se necesitaría un artefacto embrujado, o un brujo muy poderoso. Y dudo que haya nadie así en las inmediaciones. Que yo recuerde, hemos liquidado a todos los posibles candidatos.

Me mordí el labio, sintiendo un fuerte dolor de estómago.

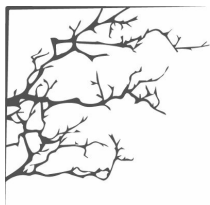
—Se me ocurre quién podría ser —murmuré—, y si es quien yo creo, esto no es nada comparado con lo que podría hacernos.

Lee Mina: Espíritus de Sombras



Consíguelo aquí:

<https://mybook.to/mina>



Una vez más, con esta serie, he tenido la suerte de poder transportarte a lugares a los cuales les tengo especial cariño. En este caso, Selena nos llevó a los bosques de los Pirineos, donde yo misma pasé tantos veranos junto a mis padres, de niña.

Por suerte o por desgracia, nunca llegué a encontrarme con ningún licántropo en ninguna de esas excursiones. Pero, si has estado allí, sabrás que el aire pirenaico tiene un aroma distinto al de las grandes ciudades. Allí, los arroyos susurran historias y, si te quedas dormido bajo un árbol, puede que sueñes con duendes y elfos, o que alguno te ate los cordones de los zapatos y te caigas al levantarte.

Son sitios donde la magia rezuma en el aire, y no es difícil imaginar a Raoul y sus hermanos de cachorros, retozando por las riberas del río Ara. Tampoco es descabellado pensar que pueda haber curanderas como Selena y su madre, viviendo en casitas con tejado de pizarra y sólidos muros de piedra entre hayas y abetos.

Quiero confesarte que este es el primero de mis libros en el que uno de los protagonistas es un hombre lobo. No es un secreto que me encanta la fantasía y la magia, pero durante años pensé que los hombres lobo “olían a perro mojado” y que no me interesaba escribir sobre ellos, habiendo criaturas mucho más bellas y glamurosas sobre las que inventar mis cuentos.

Pero, como suele decirse, “nunca digas de esta agua no beberé”. Pues sí: aquí estoy, en esta tarde de verano que contrasta con los copos de nieve que caían al final de la novela, escribiendo las últimas líneas de Selena y completamente encariñada con Raoul, ese hombretón enorme y sencillo, con un corazón aún más grande que sus anchísimos hombros (lo cual no es poco).

Espero que hayas disfrutado de esta aventura, y que te unas a los miembros del Serenata también en el próximo volumen: en el siguiente, levaremos anclas con destino al Levante español, explorando las sombrías leyendas de los íberos, pasando por la misteriosa India y las maldiciones de los faraones de Egipto.

Esta serie es fantasía, pero los viajes puedes hacerlos de verdad, si lo deseas. Esa es la magia de contar cuentos que suceden en lugares reales. Por cierto: si has estado en Aínsa, seguro que estarás de acuerdo en que es uno de los pueblos más bellos de España.

Como sucede con todos los viajes, los compañeros de travesía siempre lo hacen todo mucho mejor. Por eso, quiero agradecer a quienes me han ayudado a timonear este navío:

En primer lugar y siempre a Riccardo, víctima inicial de mis lluvias de ideas y de mis momentos de “este libro no le va a gustar a nadie”.

También a mis lectoras cero, y en particular a Anna, por su talento especial para detectar pequeños errores en escenas y personajes.

A Andrea, por su sensibilidad y su perspectiva alternativa e inteligente, que siempre me ayuda a mejorar las novelas.

A Patri, quien ha leído todo en este género y siempre es la primera en terminar mis historias.

A todos vosotros que me apoyáis, ya sea de cerca o a distancia, siguiéndome en redes sociales o en la lista de correo, enviándome esos emails maravillosos y esos mensajes de aliento que me animan a seguir escribiendo cuando tengo un mal día y me entran ganas de tirar la toalla.

¡Mil gracias!

Con cariño,

Eva Alton.

*Si te gusta lo que escribo, eres bienvenida/o a mi grupo de lectores. Además, ahí podrás leer algún que otro cuento gratis, como por ejemplo, **Los amantes del templo de Hades**.*

Únete aquí:

<https://www.facebook.com/groups/evaalton>

PD: Te invito también a leer mis otros libros:

- Serie *Los Vampiros de Emberbury*: empieza con *La bruja extraviada* (también hay un pack de 4 libros titulado *Los Vampiros de Emberbury*).
- Serie *Serenata Nocturna*: empieza con *Iris*, continúa con *Selena* y la tercera entrega es *MINA*.
- Fantasía histórica: *Notas Ocultas*, una novela que entrelaza la Guerra Civil con fantasmas, viajes por Europa y un tesoro perdido.

^[1] *"Quien siembra vientos, cosecha tormentas." Toda acción irresponsable o negativa generará consecuencias aún peores.*

^[2] *Perteneciente o relativo a las hadas.*